



EL FAVOR MORTAL

LAS CRÓNICAS DE WOLDSHEART LIBRO 1

RUTH DANES

EL FAVOR MORTAL
LAS CRÓNICAS DE WOLDSHEART
LIBRO UNO

RUTH DANES

TRADUCIDO POR
CESAR ZAMBRANO

Copyright © 2022 Ruth Danes

Diseño y Copyright © 2024 por Next Chapter

Publicado en 2024 por Next Chapter

Editado por Celeste Mayorga

Portada por CoverMint

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Querido lector](#)

[Sobre la autora](#)

SOLSTICIO DE VERANO DE 2015, CASTILLO DE LA COSTA ORIENTAL, REINO DE WOLDSHEART

Narración abierta por Lady Millabess de la Casa de Lothwold

Sonreí al sacerdote que había visitado a mi tutor con vistas a concertar un segundo matrimonio para mí. Intenté parecer agradable y despreocupada mientras mi corazón latía furiosamente y mi espíritu se revolvía ante lo que era antinatural para mí.

—Por supuesto. Estoy de acuerdo con usted, padre. Llevo viuda más de dos años y, aunque sigo echando de menos a Horacio, sé que debo cumplir con mi deber y casarme de nuevo. Sólo pido conocer bien a cualquier posible novio.

«Necesito esperar mi momento».

El sacerdote y mi tutor asintieron. Este último habló ahora de su otra pupila.

—Hawise debería entrar en un convento. No tiene sentido intentar arreglar otro matrimonio para ella. He discutido esto con ella, y dijo que lo consideraría. Creo que el Convento de la Luna Nueva sería lo mejor. No está demasiado cerca. Necesita un nuevo comienzo.

«Necesito cambiar de lugar con ella. Es mi única oportunidad de ser feliz. Es cierto que su comportamiento no siempre ha sido impecable, y que debería abandonar la sociedad local, al menos por un tiempo, pero técnicamente no ha hecho nada malo. No. Estoy segura de que se podría arreglar un matrimonio para ella. Sólo que no con alguien demasiado crítico o del vecindario».

—Bueno, si las dos damas están de acuerdo —concluyó el sacerdote—, puedo empezar a hacer averiguaciones en sus nombres. Conozco bien a la abadesa del Convento de la Luna Nueva y a menudo me llaman para asuntos eclesiásticos. De hecho, tengo previsto reunirme con ella el jueves. Entonces podré discutir la posibilidad de que Lady Hawise entre en su convento, aunque no creo que haya ningún problema. El convento tiene apenas la mitad de las monjas y novicias que tenía hace diez años.

—Ah, los efectos de la guerra —suspiró mi tutor. Salió de su triste ensueño y continuó la conversación—. En cuanto a Bessy, hablaré con mi esposa sobre un posible emparejamiento con el hijo de su hermana. Cuando veas a la abadesa, ¿puedes preguntarle por su sobrino y su ahijado? ¿Siguen libres o han contraído segundas nupcias?

Se volvió hacia mí.

—Bessy, sabes que nunca te obligaríamos a hacer nada que realmente no te gustara, pero estoy seguro de que no hace falta que te diga que no puedes quedarte viuda para siempre. Todos sabemos que es tu deber casarte de nuevo e intentar tener hijos una vez más. Nuestra casa se ha visto mermada por la guerra. Necesitamos continuar el linaje y criar a la próxima generación. Suponiendo que los tres jóvenes que hemos mencionado sigan solteros, puedes elegir al que te

plazca. De hecho, si sabes de un cuarto noble soltero que te guste, háznoslo saber a mí o a tu tía, y nos pondremos en contacto con su familia para buscarle pareja.

Asentí.

«Es una noble soltera la que me interesa. Una que entró en el Convento de la Luna Nueva hace tres semanas. Hawise *debe* intercambiar lugares conmigo. Debo estar con Jennet. Somos almas gemelas. Seguramente, debe haber un hombre en algún lugar, alguien de sangre noble y ya sea de nuestra casa o un aliado nuestro, que podría pasar por alto su comportamiento auto-indulgente. Ella permaneció virgen hasta que se casó; sólo recuperó el tiempo perdido después de su boda con Adam y en su viudez en mayor grado que la mayoría. Además, es guapa, brillante, aunque un poco perezosa, y tiene el corazón más grande del mundo».

El cura se despidió y yo fui a buscar a Hawise, intentando parecer tranquila e imperturbable. Conocía bien a mi querida amiga. Haría cualquier cosa por mí, igual que yo haría cualquier cosa por ella, pero mi plan tenía que redundar tanto en su interés como en el mío.

«Le conviene más casarse que convertirse en monja. Hawise ama a los hombres como yo amo a las mujeres, y tiene un apetito carnal mayor que el mío, mayor que el de cualquier otra mujer que conozco. También es más aficionada al lujo y menos devota que yo. Un convento, con Jennet, me vendría muy bien, pero ella haría mejor en casarse de nuevo».

Vi a mi amiga sentada sola bajo un árbol junto al lago. Había estado cosiendo, pero ahora tenía las manos vacías mientras contemplaba la idílica vista que tenía ante ella. Sonrió al verme.

Le devolví la sonrisa y me dirigí hacia ella, fijándome en su aspecto. Era decididamente guapa; bajita, con una figura curvilínea, una cara redonda con rasgos que armonizaban bien y una piel clara y blanca. Al acercarme, pude ver también sus brillantes ojos azules, su pelo rubio y sus mejillas rosadas.

«Incluso cuando estaba gorda, la gente seguía llamándola guapa. Debería ser capaz de atraer fácilmente a un segundo marido. Además, es ingeniosa y divertida. Es sólo tres meses mayor que yo y debería poder concebir fácilmente. No hace ni dos meses que cumplió los veintitrés y viene de una estirpe fértil. Fueron la guerra y la mala suerte las que se llevaron a sus hermanos y a sus padres, no la mala salud. Igual que la guerra se llevó a mis padres y a Horace. Igual que la mala suerte se llevó a Adam».

Tragué saliva. Tenía que confiar en que vendría un mundo mejor y sacar lo mejor de aquel en el que vivía por el momento.

—¿Qué pasa, Bessy? Pareces nerviosa.

Me senté junto a mi amiga y le conté lo que había pasado y lo que creía que debíamos hacer al respecto.

—El padre Gudarro acaba de hablar con el tío Piers. Las sugerencias de nuestros tutores de que yo me case de nuevo y tú te hagas monja se están convirtiendo en realidad. El padre Gudarro hará averiguaciones sobre posibles parejas para mí y una plaza en la Luna Nueva para ti. El tío Piers también hablará con tía Illustra sobre la posibilidad de que me case con el hijo menor de tía Ankarette.

Mi amiga palideció.

—¡Oh, Dioses! ¿No podemos aplazar esto un poco más?

—No lo creo. Soy tan inadecuada para casarme con un hombre como tú lo eres para el celibato. Mi corazón está atado a Jennet, que ya está en Luna Nueva. Lo que sugiero que hagamos es intercambiar lugares. Yo me voy al convento y tú te casas.

El pálido rostro de Hawise se tornó decididamente sonrosado.

—Un buen plan, pero... bueno, he estropeado bastante las cosas allí, ¿no? Me he acostado

con demasiados hombres y he sido demasiado descarada al respecto. He adquirido la reputación de ser demasiado despreocupada e inconstante. Sé cómo me ven. Divertida para ligar, buena para mentir y agradable para pasar el tiempo, pero no el tipo de mujer adecuada para sentar la cabeza. No, está bien, Bessy. La Diosa sabe que me he divertido, pero la Diosa sabe que pronto pagaré por ello. Ningún hombre sensato se me declarará, y poca gente me toma en serio.

Nos sentamos en silencio durante un rato, escuchando el sonido lejano del canto de los pájaros y los sonidos más cercanos de la brisa en los árboles y nuestros pensamientos.

Por fin Hawise volvió a hablar.

—Tengo primos que viven en el Reino de los Francos. Podría preguntarles si conocen a algún hombre adecuado para mí. Mi franco no es bueno, ambos sabemos la poca atención que presté a mis lecciones, pero vale la pena intentarlo. Podrían hablar nuestro idioma mientras yo intento dominar el franco.

—Podrías viajar en barco, no estamos a ocho kilómetros de Port Ness. Sin embargo, nos separaríamos.

Se me hizo un nudo en la garganta.

Ella me miró con ojos tristes.

—Ah, amiga mía, nos separaremos hagamos lo que hagamos, todo en nombre del deber. Un deber que ambas hemos estado evitando.

No podía negarlo. El deber nos había llevado hasta nuestros guardianes hacía más de una docena de años, cuando ambas perdimos a nuestros padres. Su deber hacia sus amigos muertos se había convertido en amor hacia nosotros, un amor que les correspondimos. El deber nos había obligado a casarnos, a mí a los dieciséis y a ella a los diecisiete. Ambas intentamos amar a nuestros maridos por deber, y las dos habíamos fracasado, pero por razones diferentes. Yo no podía sentir por Horace la lujuria que él sentía por mí. Sólo podía cumplir con mi deber con una sonrisa fija en la cara y alegrarme de que su trabajo como guerrero a menudo nos mantuviera separados.

También me alegré de no haber concebido nunca porque no era en absoluto maternal, por chocante que fuera admitirlo. O yo era estéril, él era estéril o no habíamos pasado suficiente tiempo en compañía el uno del otro. Sentí pena cuando murió en la batalla, una flecha le atravesó el pulmón, y culpa por no haber sido la esposa que necesitaba y merecía. Sin embargo, no pude evitar sentir también una sensación de alivio, alivio por no tener que volver a abrirle las piernas, aceptar de nuevo sus besos viscosos o intentar parecer entusiasmada mientras mi corazón volvía a hundirse. Esto no había hecho más que aumentar mi sentimiento de culpa.

A Hawise le había ido mejor con Adam. Sin duda habían sentido lujuria, pero dudaba que fueran una pareja enamorada. Disfrutaban de la compañía del otro de un modo superficial, se alegraban de verse siempre que no fuera por mucho tiempo y no tuvieran que hablar de nada profundo y significativo, pero el vínculo entre ellos no era fuerte. Tanto él como ella tenían amantes abiertamente y eran muy civilizados al respecto. Debido a su cargo de diplomático, estaba fuera casi tan a menudo como Horace. Cuando murió de una intoxicación alimentaria en un castillo lejano, casi un año antes de yo enviudar, ella lo había llorado de todo corazón, pero sabía que no había perdido al amor de su vida. Pudo distraerse parcialmente con comida, vino, baile y hombres. De hecho, se había afligido más profundamente por el bebé que había perdido en el embarazo; consiguió concebir una vez durante su interrumpido matrimonio.

Mi pena había sido menos dolorosa y se había expresado más discretamente. Conocí a Jennet, lo que me ayudó enormemente. Era mi opuesta tanto en aspecto como en personalidad, pero nos llevábamos muy bien. Ahora tenía dieciocho años, era albina y menuda, con el pelo tan

liso y lacio como el de Hawise. Sus rasgos eran un poco demasiado grandes para su cara, pero a mis ojos era la perfección. Yo era de tamaño medio y en más de una ocasión me habían elogiado por mi belleza clásica. Mi piel era tan limpia como la de Hawise, pero del color de un grano de café tostado, y mi cabello negro crecía en espiral y en todas direcciones menos hacia abajo.

Nuestras personalidades eran opuestas. Yo era constante, ella impulsiva. Yo me aplicaba, ella no veía sentido en azotar a un caballo muerto. Le encantaba hablar y yo podía escucharla durante horas. *Teníamos* que estar juntas. Las dos habíamos acordado ingresar en el mismo convento, hacerlo antes de que mis tutores me preguntaran si estaba preparada para casarme de nuevo.

Hawise me miró con su habitual optimismo.

—No pongas esa cara, ya pensaremos en algún noble que se arriesgue conmigo y encontraremos la manera de llevarte a tu Jennet. Ya surgirá algo. Y seguiremos en contacto. Pase lo que pase, nunca nos perderemos de vista.

Para mi sorpresa, estaba en lo cierto. Esa misma noche se produjo un acontecimiento inesperado, y cuando lo supimos a la mañana siguiente, parecía ser la respuesta a nuestras plegarias.

Un mensajero llegó al castillo a última hora de la tarde y solicitó hablar con la tía Illustra o tío Piers inmediatamente. Yo iba camino de la cama, cansado por la emoción del día, y no presté tanta atención como habría prestado a su expresión ansiosa y a sus palabras apresuradas. Además, la guerra continuaba y los mensajeros no eran visitantes infrecuentes, aunque se susurraba la esperanza de la paz. La paz, es decir, una paz duradera, que abarcara a los diez reinos, que actualmente libraban diversas guerras tanto dentro de los reinos como entre ellos, parecía imposible. Las guerras se habían prolongado durante décadas, fundiéndose en nuevas batallas tan pronto se ganaban como se perdían. La paz nunca era permanente en estas islas. Era tan imposible de imaginar como el verano eterno o perlas que crecen de los árboles.

A la mañana siguiente, Hawise me agarró, animada y con los ojos muy abiertos por la emoción. Me metió en su armario para que pudiéramos hablar libremente.

—¿Qué pasa? —pregunté inmediatamente—. ¿Son malas noticias?

—No, son muy buenas noticias. Una noticia muy sorprendente, pero podría ser la solución que estamos buscando.

—¿Has encontrado marido?

—No, y no lo necesitaré si logramos esto. El mensajero que llegó anoche vino a discutir el intercambio de rehenes con la Casa de Malwarden en las Tierras Occidentales. ¿Ya ves que hicimos una tregua con ellos a principios de mes? Pues bien, para asegurarnos de que nadie la rompa, se ha acordado que tres personas de nuestra casa irán con ellos como rehenes. A cambio, tres personas de su casa se quedarán aquí.

»Si me ofrezco como una de los rehenes, no necesitaría entrar en un convento, todavía, ni intentar un segundo matrimonio. Estaría haciendo algo útil en lugar de merodear por el castillo, y para cuando regrese, debería tener más posibilidades de encontrar marido. Por lo que dijo el mensajero, es probable que esté allí entre varios meses y un año. Para entonces la gente habrá olvidado mi comportamiento salvaje, además de que me elevarán en su estima al hacer un sacrificio por el bien de Lothwold. Puedes ir al convento en mi lugar. Además estarías haciendo algo más provechoso que matar el tiempo aquí.

La miré boquiabierta. Cuando Hawise se animaba, podía ser brillante. El problema era que rara vez veía la necesidad de hacerlo. Había sido la desesperación de nuestros tutores cuando crecíamos. Tuve que confesarme a mí misma que a veces me molestaba que ella pudiera sobresalir cuando quisiera, mientras que yo sólo podía hacer bien mis estudios, y más tarde adquirir fama de inteligente, si me esforzaba mucho.

—Es una idea inspirada, pero ¿no son los niños los que se intercambian?

—Sí, pero nadie quiere enviar a sus hijos a unos trescientos kilómetros de distancia, lejos en

territorio enemigo, especialmente mientras la lucha continúa. Hay otras batallas que se libran además de nuestra disputa con ellos. Hoy he visto a nuestra tía intentando sacar el tema con más de un padre. Todos estaban llorando. Además, no hay ninguna regla que diga que sólo se pueden intercambiar niños. Es sólo una tradición.

—Oh, Hawise, ¿de verdad harías esto por mí? —Estaba profundamente conmovida.

—Claro que lo haría. También lo haría por mi propio bien y por el bien de la Casa de Lothwold. Incluso podría decir que por el bien de todos nosotros, si conduce a una paz duradera.

—Estarías viviendo con el enemigo. Estarías a su merced. —Mi conciencia me obligó a decir lo obvio.

—Es en interés de mis captores, o anfitriones, según se vea la situación, que yo y los niños enviados seamos bien tratados. La situación no durará para siempre, y lo que nos hagan a nosotros, se lo podemos hacer a sus parientes.

Admiré su valor, pero no pude evitar pensar en las historias sangrientas que habían llegado a mis oídos, algunas de las cuales sabía que eran ciertas.

Era cierto que a todos nos interesaba que los rehenes recibieran un trato humano, pero ese trato sólo era muy probable y no estaba garantizado. Sabía de intercambios en diferentes casas en los que los rehenes habían sido golpeados y encadenados. La peor historia que había oído se refería al envío de la cabeza de un niño de catorce años a su padrino tras el incumplimiento de un tratado. Sabía que era cierto. Era una historia famosa.

«Sin embargo, eso ocurrió hace más de treinta años y en Doggerdale. Eso es un reino diferente y a más de ochenta kilómetros de distancia. Los implicados en el asesinato pagaron con sus vidas, y nadie aprobó lo que hicieron. La gente aprendió de ellos que semejante crueldad no se paga. Esa atrocidad mantendrá a salvo a mi amiga porque nadie quiere que vuelva a ocurrir».

Hawise estaba muy animada, su estado de ánimo preferido.

—Si estás de acuerdo, Bessy, entonces vamos con nuestros tíos ahora, antes de que convenzan a la gente para que entregue a sus hijos. El mensajero dijo que el intercambio formal de rehenes debía tener lugar ayer hace quince días y en el Claro de los Elfos, en el Bosque de Basset.

Nombró un lugar muy conocido, del que se decía que estaba tocado por la magia, que técnicamente se encontraba en Woldsheart, pero a unos cientos kilómetros de distancia y que no estaba en manos de la Casa de Lothwold. Ninguna de nosotras había estado en el bosque, y mucho menos en el claro. Se consideraba territorio neutral y a menudo se utilizaba para celebrar ceremonias entre diferentes casas o reinos, como el intercambio de rehenes.

—Si estás segura de que estás dispuesta a correr este riesgo, entonces sí, estoy de acuerdo y te lo agradezco. Te agradezco de todo corazón que lo hagas.

Ella asintió, ahora un poco menos alegre. Empezaba a asimilar la enormidad de lo que había sugerido. Sin embargo, no dijo nada más y fuimos a buscar a nuestros tutores.

Por suerte, encontramos a tía Illustra y a tío Piers hablando juntos en el jardín de hierbas. No había nadie más y aprovechamos la ocasión. Los saludamos y Hawise les contó su plan.

Permanecieron en silencio durante unos segundos mientras intentaban digerir su inesperada sugerencia. Un sudor frío se extendió bajo mis axilas. Necesitábamos que esto funcionara, pero temía por mi amiga si se ponía a merced de un enemigo, lejos de todos nosotros.

—Bueno —dijo por fin mi tía—, no veo por qué no deberías hacerlo. No es habitual enviar a un adulto, pero es mejor que enviar a un niño. No se nos pidió específicamente que enviáramos sólo niños, sino tres almas de sangre noble. Estaríais lejos, pero volveríais dentro de doce meses, como mucho. No dañarías tu oportunidad de unirte a Bessy en el convento. ¿Qué piensas, Piers?

—O podríamos buscar un marido para mí —sugirió mi amiga antes de que él pudiera replicar—. Para entonces, la gente habrá olvidado mi... salvajismo, y se me tendrá más respeto por ofrecerme.

—¿Es ese tu principal motivo para ofrecerte a ir? —Nuestro tío intentó no sonreír.

—No, pero confieso que es un motivo.

—Tendremos suerte si conseguimos que alguien entregue a sus hijos sin sobornos —continuó él—. No hace falta que diga lo mal que están nuestras finanzas. Mantener este castillo cuesta una fortuna en estos tiempos difíciles. No necesitamos sobornarnos para renunciar a Hawise, por mucho que la echemos de menos, y sirve de ejemplo a todos los demás.

Se volvió hacia Hawise.

—Tú y Bessy son mayores de edad y, en realidad, tu tía y yo somos tutores sólo de nombre. Les ayudaremos en todo lo que podamos, ya sea encontrando maridos o hablando con abadesas, pero ambas deben hacer lo que crean que es correcto. Sólo insistimos en que sigas los dictados de la ley y el decoro, y que antepongas los intereses de Lothwold.

—Creo que es correcto que yo vaya al Convento de la Luna Nueva —dije—. No me siento inclinada a casarme de nuevo. En cambio, me siento atraída por la vida religiosa. Creo que podría hacer más bien a nuestra casa allí, a través de buenas obras y oraciones, que si tomara un segundo marido y tratara de tener hijos nuevamente. No concebí ni una sola vez con Horace. ¿Quién puede decir que no soy estéril? Mis padres sólo me tuvieron después de años de matrimonio y ambos eran hijos únicos. Nadie podría decir que vengo de una estirpe fértil.

—Y creo que yo no soy apta para ser monja —interrumpió mi amiga antes de que pudiera extenderme más y hacer que nuestro argumento parezca débil—. Me gustaría volver a casarme y sacrificarme brevemente como rehén aumentará mi valor ante los ojos de todos.

Después de intercambiar una larga mirada, nos dieron su bendición.

Se hicieron arreglos a una velocidad pasmosa después de esa conversación. El tío Piers se puso en contacto con el sacerdote para decirle que Lady Millabess ya no necesitaría un marido porque tenía la intención de convertirse en monja. Tía Illustra y yo escribimos a la abadesa del Convento de la Luna Nueva con mi intención. Recibimos su respuesta en tres días y me invitaron a quedarme seis meses. Si al final de ese tiempo todavía creyera que tenía vocación, podría comenzar mi noviciado.

Se convenció a dos grupos de padres para que renunciaran a sus hijos. Un chico de nueve años y una niña de siete años, ambos de Lothwold y de alta cuna pero no emparentados entre sí, estaban preparados para su destino. Mi tío tenía razón al decir que la partida de Hawise era un ejemplo. Era dudoso que alguien se hubiera ofrecido voluntario sin que ella se ofreciera primero. También tenía razón en que aumentaba su valor ante los ojos de la gente. Vi que la miraban y escuché su nombre en una conversación. Por lo general, ocasionalmente se destacaba por su apariencia y solo se la mencionaba como una mujer relajada o como una compañera amable. Ahora, la gente la miraba con sorpresa y respeto y constantemente hablaban de ella en los términos más admirativos.

La mensajera abandonó nuestro castillo la segunda mañana después de su llegada, prometiendo regresar cuando se hubieran finalizado los detalles de la entrega. Nos despedimos antes de que mi tía se dirigiera a Hawise y a mí y nos aconsejara qué deberíamos empacar para nuestra nueva vida.

Los ojos azules de Hawise se encontraron con los míos negros. Sabía que mi expresión era idéntica a la de ella.

«¡Dioses míos, todo esto se está volviendo muy real!»

Los días siguientes transcurrieron a una velocidad aterradora. Resolvimos nuestros asuntos. Recibí una lista de lo que necesitaba empacar para el convento. Sonreí mientras lo leía. Pocos conventos eran particularmente estrictos en estos días. Al leer las líneas, pude ver que no renunciaría a todas las comodidades a las que me había acostumbrado. Además, el rango se consideraba tanto en el mundo monástico como en el secular, aunque no en la misma medida.

A Hawise y a los dos niños, Lord Drogo y Lady Rosamund, se les dijo que empacaran lo que pudieran necesitar para los próximos seis meses, en términos de considerar ropa de invierno como de verano. Todos sabían leer entre líneas y asegurarse de que no se tomara nada que estuviera en mal estado o fuera de lugar para un noble. Era deber de cada rehén vestirse y comportarse de una manera que los reflejara bien a ellos y a su casa.

Nos despedimos de nuestros amigos y familia adoptiva. Estaban agradecidos por lo que estaba haciendo Hawise y también aprobaron mi decisión. Aceptamos sus elogios con sonrisas cada vez más tensas a medida que la enormidad de lo que habíamos acordado hacer se hacía más difícil de ignorar.

Finalmente llegó el día. El 5 de julio, Hawise partió hacia las Tierras Occidentales con Lady Rosamund, Lord Drogo y un grupo de sirvientes, guardias y diplomáticos. Llegarían al claro de los elfos al día siguiente, momento en el que yo estaría en el convento y me reuniría con mi Jennet.

Se veía más hermosa mientras estaba de pie bajo la brillante luz del sol. El sol tornó dorado su cabello bajo un fino velo, e hizo resplandecer los rubíes de las horquillas que lo sujetaban y su cabello. Llevaba un cinturón decorado con las mismas piedras y una falda de seda a juego con las joyas. Debajo, llevaba una camisa azul pálido que hacía que sus ojos parecieran más azules que nunca.

Lo único que estropeaba esta bonita imagen era el terror en sus ojos. Su postura era tan erguida como debería ser la de una dama y sonreía serenamente, pero sus ojos revelaban lo que realmente sentía.

Conteniendo las lágrimas, la estreché entre mis brazos para darle un último adiós. Todo el castillo se había reunido afuera para despedir al grupo. Muchos lloraban abiertamente.

—Adiós, y te escribiré tan pronto como confirmes que puedes recibir cartas mías. Ya conoces la dirección del convento.

—*Escribiré*. Si no puedo escribirte, te enviaré un mensaje a través de nuestros tutores. Adiós, Bessy.

Ella me soltó antes de que ambas pudiéramos derrumbarnos. El tío Piers pronunció un discurso que no pude seguir, me sentí demasiado enferma y abordaron sus dragones. Con un toque de trompetas, el grupo se dirigió hacia el oeste.

Hawise fue sensata y no se volteó a despedirse. Yo y muchos otros esperamos hasta que se perdieron de vista antes de dar la vuelta y entrar lentamente.

—Bueno, Hawise ha superado mis expectativas sobre ella —le comentó una anciana matrona a su amiga—. Siempre pensé que era una joven de buen carácter, pero no alguien que se mostraría así.

—¿Quizás esta será la creación de ella? —sugirió su compañera.

—Me pregunto qué hará la Casa Malwarden con *ella*.

Se tomaron del brazo y se alejaron de mi oído.

Narrativa continuada por Lady Marjory de la Casa de Malwarden

Me desperté la mañana del 4 de julio por la tos de mi hijo y por mi corazón palpitante. Bran, que nació con piernas casi inútiles hace unos trece años, gracias a mis inútiles intentos de deshacerme de él. Él era la fuente de gran parte de mi orgullo y alegría, y la fuente de la mayor parte de mi culpa. Su constitución no era mala, aparte de su discapacidad, pero no podía ir al este, al claro del elfo, y mucho menos ir al Castillo de la Costa Este, un lugar del que no había oído hablar hace quince días.

«No. No debe hacerlo. Está demasiado enfermo y ¿cómo se las arreglará sin mí? Es demasiado vulnerable».

Inmediatamente me levanté y le traje una bebida para calmarle la garganta. La tomó con manos temblorosas y eso le alivió la tos.

—Gracias, mamá —susurró—. Si llevo las hierbas conmigo, estaré bastante bien en Woldsheart.

Sacudí la cabeza vigorosamente.

—No, hijo mío, no debes ir. Apenas estás lo suficientemente bien como para salir de esta habitación, y mucho menos para ofrecerte como rehén. No tiene nada que ver con tus piernas —le interrumpí antes de que pudiera hacer su habitual protesta por estar sobreprotegido—. Tiene todo que ver con la tos, el dolor de garganta, la fiebre y el cansancio.

—¡Pero tengo que ir! El consejo luchó por encontrar tres rehenes. Nos llevó días llegar a un acuerdo sobre me, Lord Ness y Lady Lithuise. Nadie más es apto. Somos muy pocos. Además, ellos sólo tienen nueve años. En octubre cumpliré catorce años. Debería darles el ejemplo y estar ahí para guiarlos lo mejor que pueda.

Esto era cierto. La guerra y sus hijos, el hambre, las enfermedades y la anarquía habían segado muchas vidas. Ninguna familia quedó intacta, aunque algunas se vieron afectadas mucho más gravemente que otras.

Tuve relativamente suerte (tenía que recordármelo con frecuencia). Tenía treinta y un años, y todavía tenía a mi madre, una prima y el pupilo de mis padres, quienes eran como hermanos para mí, Cerys que era como una hermana para mí, mi hijo y mis dos hijas, así como también familiares y amigos en general. Estaba sana, aunque propensa a la amargura y a pensar en el pasado. Era una mujer noble y vivía en el Castillo Malwarden, un paraíso en comparación con las cabañas de los campesinos y tan seguro como cualquier lugar en tiempos de guerra.

«Las cosas podrían ser peores. Ánimo. Sigue adelante. No hay alternativa, Marjory».

Bran me entregó la taza vacía y lo miré con ternura. Sin una mirada amorosa, no tenía mucho

que ofrecer, ya que era de estatura promedio, flaco y de piel cetrina, con una nariz grande, una barbilla prominente, y cabello lacio y rubio opaco. Sin embargo, sus ojos eran del color del chocolate derretido, enmarcados por largas pestañas, y revelaban más que una pizca de su inteligencia y determinación.

Mi hijo no sólo tenía un dragón discapacitado, Desdémona, como lo tendría cualquiera en su situación, sino que entrenaba hábilmente halcones y también entrenaba gatos, como también lo haría cualquier persona en su situación. Hasta donde nadie puede entrenar criaturas tan caprichosas. Magdalena era su halcón favorito y le obedecía casi tan perfectamente como lo hacía Desdémona. Quería entrenar halcones como profesión, no deseaba heredar mi negocio, así que lo había puesto como aprendiz del Maestro Evan, cuya experiencia era legendaria.

Podía sentirme segura de su futuro allí, pero me preguntaba sobre su futuro interno. Sus muchos amigos pasaban por alto su discapacidad, pero ¿lo haría una esposa?

«¿Puede incluso engendrar hijos? ¿O mis brebajes destruyeron eso al igual que su movimiento?»

Intentando no llorar, me mordí el labio y me pregunté dónde estaban Eluned e Isabeau.

Como si fuera una señal, entraron corriendo a la habitación, charlando y riéndose como era su costumbre. Se dirigieron directamente hacia su hermano y me hicieron sonreír.

Los extraños siempre se fijaban en lo parecidas que eran las chicas. Ambas se parecían a su padre; bastante alto, decididamente delgado e innegablemente guapo, con cabello rizado, casi negro, ojos castaños muy oscuros y piel castaña más clara. Los tres tenían hoyuelos cuando sonreían y las niñas tenían labios y mejillas rosados. Ahora Isabeau había celebrado su noveno cumpleaños hace casi un mes, y Eluned haría lo mismo a finales de noviembre, las personas que no nos conocían asumían que eran gemelas, en lugar de las medias hermanas que en realidad eran. La gente también asumía incorrectamente que Bran era su hermano, que yo era la madre de los tres hijos y que todos compartían un padre.

El hecho de que todos fueran tan cercanos y cariñosos contribuyó a la impresión que yo estaba feliz de dejar sin corregir, a menos que preguntaron directamente.

—¡Mamá, Bran no puede ir a Woldsheart y ser un rehén! —exclamó Isabeau—. Está demasiado enfermo. —Se volvió hacia el chico al que llamaba su hermano—. Deberías quedarte aquí y descansar. Quizás Eluned y yo podríamos ir en tu lugar. Sería una aventura. Tendríamos que estar juntas para que fuera una verdadera aventura y no sólo aterradora —añadió apresuradamente.

Su hermana no parecía muy segura de ello. Como regla general, Eluned era la más tímida de las dos. En momentos como este, también podría ser considerada la más sensata.

—¿Qué dice papá? —preguntó ella ahora—. ¿Cree que alguno de nosotros debería ir? Estará aquí pronto, esta mañana. Escuché a la abuela decir eso.

Gethin. Su padre. El hombre que debería haber sido el padre de Bran. El hombre que debería haber sido mi marido y que ahora era monje, lo que le impedía ser marido de nadie. Sin embargo, eso no lo había hecho célibe. El fraile fornicador fue uno de los apodos más suaves que se le atribuyeron.

—Hablaré con tu papá y veremos qué dice... —Incluí a Bran al llamar a Gethin su padre porque su padre había muerto antes de su nacimiento, y todo lo que su familia había hecho por nosotros fue proporcionarme fondos suficientes para comenzar a comerciar con telas. Por el contrario, Gethin nos visitaba tan a menudo como podía y había fomentado el amor de Bran por los animales. Fue él quien sugirió que fuera aprendiz con el Maestro Evan. El vínculo entre los dos era fuerte, aunque sólo sus hijas lo llamaban papá en público.

—Los dejaré a ustedes tres para que se diviertan. Bran, no te esfuerces demasiado. Chicas, no atormenten a su hermano y déjenlo en paz si les dice que quiere descansar.

Con eso, salí de la recámara y me dirigí a buscar a Gethin o saber cuándo podría llegar. No me molesté en mirarme en el espejo, pero inconscientemente jugueteé con mi cabello y mi ropa mientras caminaba. No necesitaba un espejo que me dijera que mi nariz sólo se habría visto bien en un halcón o que mi piel era cetrina. También sabía que era demasiado delgada para mi estatura media y parecía mayor de mi edad. Gethin fue una de las pocas personas que vio belleza en mí, pero incluso a mí me gustaba mi cabello. Era de un color castaño oscuro brillante y colgaba grueso y rizado hasta mi cintura. Gethin también había comparado una vez mis ojos con plata líquida.

«Tendrás que hacerlo. Estás vestida de forma ordenada y apropiada para tu rango. No pidas nada más».

Tragué. Pedir más había hecho que mi vida tomara un camino extraño y doloroso hace unos quince años.

Pronto vi a Gethin. Estaba de pie en el Gran Comedor, hablando con un par de jóvenes con su habitual actitud alegre. Mi corazón dio un vuelco. Todavía era guapo a los treinta y siete años. Las mujeres todavía acudían en masa a él. La túnica sin teñir del monje hacía poco por ocultar su atractivo moreno, porque ciertamente lo era. Su piel era de un marrón más oscuro que la de sus hijas, cuyas madres habían sido de piel lechosa.

«¿Cómo habrían sido Eluned e Isabeau si yo las hubiera dado a luz? Mi tez es oscura para ser pelirroja pero mucho más clara que la suya. ¿Ambas serían tan bonitas como son? Las madres de ambas fueron elogiadas por su apariencia, pero se parecen a él».

Regresé al presente. Preguntar «¿Qué pasaría si?» nunca ayudaba en ninguna situación.

Gethin me vio acercándome a él y dijo algunas palabras a los otros hombres. Los tres se volvieron hacia mí y se inclinaron. Hice una reverencia. No tenía una relación íntima con los otros dos hombres, por lo que este saludo con un «Buenos días» tendría que ser suficiente. No tenía ningún motivo oficial para tocarlos, al igual que no tenía a Gethin.

El hombre en el que pensaba cada hora me sonrió ampliamente. Tuve que recordarme a mí misma que sonreía a todos: hombres, mujeres y niños.

—Me alegra volver a verla, mi señora. —Su voz era tan profunda y rica como siempre con el tono del sur de donde venía—. ¿Están bien usted y los niños? He oído que Lord Bran no lo está.

No podríamos hablarnos por nuestro nombre en público más de lo que podía desear mi corazón, aunque siempre hablábamos libremente en privado.

—Isabeau y Eluned están como siempre, felices y gozan de excelente salud. Bran todavía sufre la enfermedad que me contó mi madre en su última carta.

Su expresión se volvió grave.

—Por favor, llévame con él, mi señora. Por favor discúlpennos, señores.

Lo llevé a la habitación donde Bran yacía en la cama, pálido y exhausto, mientras sus hermanas estaban sentadas en el borde, charlando. Cuando vieron a Gethin, las chicas chillaron y se arrojaron sobre él. Bran se levantó a medias y sonrió.

Los saludó a todos como un padre después de una larga ausencia. Le preguntó a Bran cómo le fue antes de declarar solemnemente:

—No estás en condiciones de salir con tus halcones, y mucho menos ir como rehén a un castillo enemigo a unos trescientos kilómetros de distancia.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Bran con voz ronca—. Si no ofrecemos tres rehenes, provocaremos más derramamiento de sangre al no cumplir nuestra palabra.

—Podemos ir —sugirió Isabeau.

—Gethin es su padre biológico y, como hijas de un monje, no se les puede tener en cuenta —expliqué.

—Sin embargo, no existe ninguna regla que indique que un hombre del clero no pueda ser rehén en estas circunstancias. —Gethin se volvió hacia mí—. Soy de sangre noble, y aunque nació en la Casa de Pendroch, entré a la iglesia en la Casa de Malwarden, por lo tanto soy de ambas casas. Tomaré el lugar de Bran, vigilaré a Lithuise y Ness y me aseguraré de que se mantenga la tregua.

Todos lo miramos con la boca abierta. Tal solución no se me había ocurrido porque era tradición, pero no ley, que los niños fueran intercambiados como rehenes. Nunca había oído hablar de que un adulto fuera utilizado de esa manera. Si lo hubiera hecho, habría ocupado el lugar de mi hijo en un instante.

—He estado pensando en esto desde que recibí la carta de tu madre. Mi decisión está tomada. Informaré a todos de mi decisión y mañana por la mañana iré con Ness y Lithuise al Claro de Elfos. No veo objeciones. No hay otros niños adecuados disponibles y tiene sentido que haya un adulto allí.

No necesito describir lo que sentí ni cuántas lágrimas derramé. Mi gratitud llenó mi corazón y mis ojos. Más tarde también fue gratificante comprobar cómo la oferta del Fraile Fornicador lo elevaba a los ojos de todos los sentados en el Gran Salón. El pupilo de mi madre, el hombre al que yo llamaba mi hermano, Owen, no estaba presente, y me preguntaba cómo *consideraría* las acciones de Gethin. Su esposa, Cerys, estuvo presente junto con cuatro de sus hijos. Parecían tan aliviados y agradecidos como cualquier otra persona.

«Me pregunto qué le contó Owen sobre lo que él, Matthew y Bernard hicieron hace quince años».

Me sacudí interiormente. Bernard había estado muerto durante los últimos doce años, y tanto su esposa como su hijo por nacer lo siguieron menos de un año después. Mateo murió, sin hijos y ya viudo, en la misma batalla que Bernard. Lo habíamos reconciliado, hasta donde yo podía perdonar, cuando murieron, y eso debe ser suficiente.

Esa noche, Gethin me llevó a un lado para que pudiéramos tener una última conversación privada antes de que él se fuera. Hablamos de los niños, y le agradecí una vez más por lo que estaba haciendo. Parecía un poco avergonzado.

—Confieso que tengo otro motivo, mi Marjory.

—¿Oh?

—Sí... Salvar a Bran es mi motivo principal y es razón suficiente para ir. Mantener a los niños es otra, pero hay una tercera razón que me alegra tener la oportunidad de irme lejos de aquí.

Miró discretamente a nuestro alrededor antes de continuar en un susurro.

—He hecho que las Tierras Occidentales sean demasiado calientes para retenerme. Necesito huir para salvar mi vida.

—¿Eh?

Él se sonrojó. Un hecho poco común pero entrañable.

—Sé cuáles son mis apodos. Ambos sabemos cómo me he estado entregando a lo largo de los años. Tú, que los Dioses te bendigan, asimilaste los dos resultados más deliciosos de mi... mi falta de respeto por mis votos de celibato. Ahora lo estoy pagando.

—¿Tienes viruela?

—No, recibí una dosis de algo más suave hace doce años, tomé medicina y aprendí a ser más

cuidadoso, tal como aprendí a ser más cuidadoso después de que Gwennlian y Megan de Merendysh concibieran. El problema es que las autoridades eclesiásticas están tomando medidas drásticas contra el comportamiento de su clero. Me hablaron discretamente hace quince días. Se han tomado nota de mis actividades a lo largo de los años. No se volverán a hacer la vista gorda. Se aplicará la antigua pena de castración por fornicación de un célibe. No es sólo la fornicación lo que tomarán medidas enérgicas; es todo indulgente, ya sea comida, vino, ropa o pasatiempos. Todas las reglas que hemos ignorado felizmente durante casi un siglo pronto se aplicarán estrictamente.

Me quedé demasiado sorprendido para hablar por algunos momentos.

—Pero tú no eres un violador, no impones a nadie. Tus parejas están dispuestas y no son chicas jóvenes. Oh, nunca me gusta oír hablar de eso, pero no haces ningún daño. ¿Por qué la iglesia está tomando tal línea dura en esto cuando han estado dispuestos a mirar hacia otro lado durante décadas? Y no sólo en lo que respecta al sexo sino a lo austeros que son los monasterios y conventos. Todo el mundo sabe que las reglas se modifican para hacer soportable la vida clerical. ¿Quién haría votos religiosos si no lo fueran?

—Ese acuerdo de caballeros muy pronto quedará sin efecto. Yo y, por lo que entendí por las insinuaciones de Abbott Morgan, muchos otros, sufriremos las penas más severas si continuamos comportándonos como lo hemos hecho.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Estas fantasías puritanas se apoderan a veces de la vida pública y privada. Generalmente, cada vez que la sociedad sufre un cambio masivo, la gente se vuelve más moralista y hablar de una paz duradera puede conducir a un cambio masivo. ¿No diría que la gente juzga más que hace un año?

—Sí, estoy de acuerdo, pero eso no explica por qué necesitas huir. ¿Por qué no le prometiste a Abbott Morgan que te portarías mejor en el futuro? ¿Se aplicarán las reglas retrospectivamente?

—Él cree que no, pero es posible que aún me investiguen, y si me encuentran deficiente... Me aconsejó que abandonara las Tierras del Oeste, si fuera posible. Sugirió un viaje al Reino Esmeralda y luego recibí la carta de tu madre.

—Tienes que ir. Debes ir mañana. No podría soportarlo si te pasa algo.

—¡Oh, mi Marjory, cuando pienso en lo indulgente que has sido a lo largo de estos años! Todo lo que has hecho por mis hijas, por mí y por sus madres.

—Rompí nuestro voto primero. Tenía menos que perdonar. Ahora son nuestras hijas, así como Bran es nuestro hijo.

—Bran fue el resultado de que rompiste tu voto. Un resultado tan feliz. ¿Qué podía yo perdonar?

Su voz se quebró. Escuché gente hablando a lo lejos. No estaríamos solos por mucho más tiempo. Él también lo sabía.

—Adiós —susurré ferozmente—. Eres el mejor de los hombres y algún día nos *volveremos* a encontrar. Incluso si tengo que caminar hasta la costa este de Woldsheart.

—No te pongas en peligro siguiéndome, ángel mío. Abbott Morgan pensó que debería irme por un año o algo así, no por la eternidad. Volveré. Mientras tanto, haré algo más productivo y noble que girar y tú seguirás siendo la excelente mujer que eres, madre de nuestros tres, consuelo y ayuda a tu familia y cabeza de un negocio exitoso. Como te digo cada vez que nos separamos, un día vendré por ti, Marjory. En cuanto pueda lo haré. Adiós.

Con eso rápidamente se inclinó, besó mis dedos y me dejó. Giré sobre mis talones, alejándome de él y de los conversadores que se acercaban. Nosotros sabíamos que vendría a mí, a los niños, siempre que pudiera, pero nunca podía venir con frecuencia ni quedarse tanto tiempo como quisiéramos.

A la mañana siguiente nos despedimos públicamente junto con todos los habitantes del Castillo Malwarden. Se sentía como si la gente estuviera mirándonos furtivamente, pero puede que haya sido mi fantasía. Oficialmente todo fue hace mucho tiempo. En cualquier caso, casi todos lloraron y los despedimos con toda la pompa que pudimos reunir. Los padres, enfermeras y hermanos de los dos niños rehenes fueron los que más lloraron. Mi corazón se rompió por ellos.

«Gracias a los dioses, Bran está a salvo aquí y su fiebre no es tan grave como para poner en peligro su vida. Esperemos una semana y volverá a la normalidad, volando en Desdémona, entrenando a sus animales y riéndose con sus amigos. ¡Oh, que Gethin regrese lo antes posible y que sea seguro para él hacerlo!»

Esperábamos que los rehenes del Woldsheart llegaran a última hora de la tarde o al anochecer del día siguiente. Todo lo que sabíamos era que esperaríamos a tres personas de sangre noble y de la Casa de Lothwold. Como era habitual en estas circunstancias, no nos habían dicho los nombres ni las edades de los implicados. Sólo podía suponer que serían niños y me preguntaba cómo reaccionarían cuando vieran que estábamos intercambiando a Gethin por ellos. Sonreí para mis adentros al imaginar su sorpresa y esperé que enviar a un adulto no causara ninguna dificultad.

Nosotros nos sorprendimos cuando vimos a los rehenes de Lothwold. Los exploradores habían visto a su grupo, y todos los que pudieron reunirse para saludarlos lo hicieron. En ese momento, las Tierras Occidentales estaban bajo un interregno y gobernadas por un consejo. La Casa de Malwarden estaba encabezada por Owen. Había llegado a mis padres como pupilo cuando tenía diez años después de que sus padres, el Señor y la Señora de Malwarden, murieran. La casa estaba gobernada por mis padres y otros adultos en el entendimiento de que Owen se haría cargo al cumplir veintiún años, lo cual así hizo. Él y Cerys estaban un poco alejados del resto de nosotros, para ser los primeros en hablar con los rehenes como el Señor y la Señora de Malwarden. Me quedé un poco más atrás con mis sobrinos y sobrinas y el resto de mi familia.

Oímos la procesión antes de verla. Primero vimos a los guardias, luego a los diplomáticos y finalmente a los tres rehenes. Estaban formados por un niño que parecía de la misma edad que mis niñas y una niña un poco más joven. Ambos niños estaban callados y quietos, pero parecían aterrorizados. Lo sentí por ellos. El tercer rehén, para sorpresa de todos, era una mujer que parecía tener poco más de veinte años. Iba tan ricamente vestida como los niños y parecía consolarlos.

—¿La mujer rubia de rojo es una rehén? —me susurró mi madre—. No parece una diplomática ni una sirvienta, está tan bien vestida como los niños. Ella no puede ser su enfermera.

—Debe serlo. Mira el brillo de sus vestidos y las joyas de su cinto. Tiene que ser una mujer noble. Deben haber enviado a un adulto, tal como lo hicimos nosotros. ¡Qué casualidad!

—Me pregunto por qué la enviaron o por qué se ofreció voluntaria. Seguramente una mujer de su edad y posición debería casarse y tener hijos. No puedo ver si lleva un collar o no. Claramente no es una monja, ya que está vestida de civil de esa manera.

No hubo tiempo para que yo respondiera. Rápidamente se hizo el silencio cuando mi hermano y mi cuñada dieron un paso adelante.

Los tres rehenes fueron conducidos hasta ellos por el diplomático de mayor rango de

Lothwold. Todos se inclinaron o hicieron reverencias, casi como un solo cuerpo. Me alegró notar lo elegantes que lucían Owen y Cerys. Era muy importante dar la impresión correcta.

—Señor, le doy la bienvenida al Castillo de Malwarden. Soy Lord Owen y ésta es mi esposa, Lady Cerys.

—Mi señor, mi señora, se lo agradezco. Mi nombre es Guy de Lothwold. ¿Puedo presentarles a tres hijos de Lothwold? Lady Hawise, Lord Drogo y Lady Rosamund. Gethin el Monje, Lord Ness y Lady Lithuise han sido aceptados en la Casa de Lothwold y pronto estarán en el Castillo de la Costa Este, si es que aún no han llegado.

Los rehenes dieron un paso adelante e hicieron una reverencia o una reverencia cuando el diplomático dijo su nombre. Miré a Lady Hawise más de cerca. Sin lugar a dudas, era una mujer bonita que se portaba admirablemente, pero podía ver la tensión en su mandíbula y el miedo en sus ojos. Llevaba un collar, para indicar un matrimonio, y estaba envuelto en una cinta negra para mostrar que ya había enviudado.

—Aceptamos a Lady Hawise, Lord Drogo y Lady Rosamund. Por favor, entren en nuestro castillo.

Owen le ofreció su brazo a Lady Hawise, quien lo tomó con una sonrisa encantadora y la condujo al interior del castillo. Cerys tomó las manos de los niños temblorosos y les habló amablemente. Una vez terminada la ceremonia, los seguimos al interior.

Mi familia y yo habíamos discutido qué hacer con los rehenes. Como era costumbre, serían criados con otros niños de su misma edad en el castillo. El niño tomaría lecciones con Isabeau y Eluned, la niña tomaría la suya con los niños más pequeños y dormiría en la misma habitación que mis niñas.

«Los cuatro jugarán juntos y ojalá sigamos. Es poco probable que Rosamund o Drogo hayan sido rehenes antes, y este castillo no ha recibido rehenes desde hace una docena de años. Ninguno de nosotros sabe exactamente qué esperar, lo que nos inquieta a todos. Pobres cositas. Espero que se adapten pronto y gracias, Diosa, por mantener a Bran conmigo y por aliviar un poco su fiebre».

Ninguno de nosotros había planeado qué hacer con una mujer adulta, simplemente porque no habíamos imaginado que nos enviarían una. Yo, mi madre, Cerys, Owen y nuestros primos Madoc, Lewis y Ambrose nos reunimos mientras Hawise de Lothwold hablaba con los niños antes de la cena.

Madoc y Lewis eran hermanos, tenían veintinueve y treinta y dos años respectivamente, y Ambrose tenía veinticuatro años y era su medio hermano del segundo matrimonio de su madre. Madoc estaba casado con Nessa y tenían tres hijos. Lewis estaba casado con Clementia y tuvo cuatro hijos con ella.

Madoc, Lewis y Nessa eran tan tontos como ladrones. No eran padres especialmente cariñosos con sus hijos, los dejaban a sus niñeras o tutores, y dejaban a Clementia sola y cuidando de sus hijos, sobrinas y sobrinos lo mejor que pudiera. El corazón de Clementia era bondadoso pero oculto por su tranquilidad. Siempre sentí pena por ella. Estaba aburrida y tímida, pero estaba claro por qué. Nessa era tan brillante, dinámica y carismática como los hombres, además de hermosa. Clementia me parecía buena compañía cuando estaba sola y cuando no estaba deprimida, pero las otras tres no me gustaban. Eran entretenidos e ingeniosos, pero nunca confié plenamente en ellos. Había visto demasiadas señales de carácter frío y falta de respeto hacia los demás a lo largo de los años.

Ambrose se mantuvo alejado de nosotros, literal y metafóricamente. Esto era típico. Era un buen hombre, pero nadie se atrevía a acercarse a él. A diferencia de sus medio hermanos, era

viudo y sin hijos.

—Bueno, tenemos un problema bastante inesperado entre manos —afirmó Lewis. Se pasó una mano azul por el pelo—. ¿Cómo ocupamos a Lady Hawise? ¿Dónde debería dormir por la noche? ¿Quién debería acompañarla durante el día?

—Podemos decidir fácilmente dónde debería dormir, porque tenemos habitaciones vacías. Que le lleven sus cosas al Salón Amarillo. No está lejos de nuestros apartamentos ni de las guarderías. Espero que los niños de Lothwold se sientan más seguros si ella está cerca —sugirió Cerys. Su voz era tan melódica como la de Gethin, lo cual no era sorprendente porque provenían de la misma región, además de la misma casa.

Estuvimos de acuerdo con su sugerencia. Después de una discusión más profunda, mi madre sugirió que Lady Hawise actuara como dama de honor de Cerys y me ayudara con el negocio.

—Ella no sería oficialmente una señorita. Sin embargo, ella puede realizar las tareas que realiza una dama de honor así. También podría serte útil en tu negocio, Marjory. Darle dos roles la mantendrá ocupada y le presentará a muchas personas. La carga de vigilarla no recaerá en una sola persona.

Mi cuñada y yo estuvimos de acuerdo y sugerí que nos sentáramos los tres con ella a cenar para saber más sobre ella y contarle lo que habíamos decidido.

—También deberíamos preguntarle sobre ella misma —concluí—. Necesitamos descubrir cuáles son sus talentos y experiencia. Las diferencias son para que podamos usarlas en nuestro beneficio.

Una vez resuelto el problema, fui a ver a Bran antes de ir a comer. Estaba muy recuperado pero no estaba en condiciones de unirse a nosotros en el Gran Comedor. Tenía mucha curiosidad acerca de los rehenes.

—Debemos hacer que se sientan bienvenidos sin perderlos de vista —le dije—. Los niños, en particular, deben sentirse desorientados y tímidos. ¿Quizás podrías mostrarles a ellos y a Lady Hawise tus animales? Recuerda, aunque sean de una casa enemiga, los de nuestra sangre están a merced de sus parientes.

Bran asintió, besé su frente y prometí volver más tarde para darle las buenas noches.

Lady Hawise y los niños se habían lavado y cambiado de ropa antes de entrar al Gran Comedor para cenar. El pequeño Lord Drogo y Lady Rosamund se sentaron en la mesa de los niños, y me alegró ver a mis hijas charlando con ellos. Una cosa menos de la que preocuparse.

Mi madre acompañó a Hawise a un lugar frente a ella y entre Cerys y yo en la mesa principal.

Al principio me interesó esta visitante inesperada. Yo vivía en tierra enemiga y estaba decidido a ser agradable con ella. Incluso sentí simpatía por ella. Ser rehén fue una experiencia estresante y sólo puedo estar agradecida de no haber sufrido.

Al final de la comida, a Cerys y a mi madre les agradó. Estaba menos interesado en ella y luché por mantener una conducta tranquila.

Podía consolarme sabiendo que no me desagradaba por ser bonita. No. Cerys y Nessa eran francamente hermosas y yo amaba a Cerys por su personalidad alegre y su buen corazón. Nessa sólo me desagradaba porque sabía que tenía dos caras y que era de mal carácter.

No me desagradaba por ser del Woldsheart. Esto fue un motivo de orgullo para mí. Yo estaba siendo más noble que la mayoría y me negaba a juzgar a alguien por su nacimiento. ¿No eran Gethin y Cerys de una casa que alguna vez había sido nuestra enemiga? Ambrose era muy inusual porque tenía sangre de las seis casas de las Tierras Occidentales, sin embargo, lo admiraba por sus excelentes cualidades, a pesar de no poder interactuar mucho con él.

Incluso podría decir que no me desagradaba por ser ingeniosa y buena conversadora. Disfruté estar rodeado de gente así.

No, no me gustaba Hawise de Lothwold porque menos de una hora en su compañía reveló que era una mujer vaga y de moral relajada, que siempre se puso a sí misma en primer lugar.

«Puedo decir esto sin prejuicios, —pensé mientras estaba acostada en la cama esa noche, digiriendo los acontecimientos del día para prepararme para dormir—. Habló demasiado de sí misma, dada su posición, pero fue mejor que lo hiciera porque yo tengo la medida de ella, aunque los demás no. Confesó haber venido aquí porque era eso o un convento de monjas, pero luego se mostró tímida cuando mamá le preguntó por qué no contraía un segundo matrimonio. Dijo que no podía molestarse en buscar maridos. Cuando Cerys preguntó si no era necesario por el bien de su casa, ella confesó su indolencia antes de cambiar de tema».

«Sin embargo, ¡varios de los hombres presentes no la llamarían indolente! Pronto corrieron por las mesas los rumores de que ella es una puta notoria; incluso se acostó con media docena de hombres presentes cuando estaban en tierras enemigas. Pensar que su única respuesta fue: "No soy una puta, porque a ellas les pagan". Y pensar que ¡Mamá, entre todas las personas, se rió! El joven Adam, que no puede tener más de diecinueve años, se acercó a ella después de que terminamos de cenar, para agradecerle por prepararlo para el matrimonio mientras estaba prisionero en las tierras de Lothwold hace tres años».

«Incluso se acostaría con un prisionero de guerra, que entonces tendría quince o dieciséis años y estaría prometido. No era mucho mayor que Bran ahora. Si siquiera piensa en probárselo con él, juro que será lo último que haga de este lado del infierno».

Lágrimas calientes de indignación corrieron por mis mejillas y me alegraron de estar sola. Pasaría mucho tiempo antes de que pudiera admitir que yo tampoco había obedecido las reglas de decoro de la sociedad, pero nunca habría tenido el descaro de descarlo frente a un tribunal enemigo. También había pagado mucho más por mis pecados de lo que ella parecía haber sufrido.

Me desperté al día siguiente sintiéndome más tranquilo que al acostarme, pero todavía sentía frío hacia Lady Hawise.

Cerys me agarró antes de entrar a desayunar. Sus brillantes ojos azules brillaban especialmente con interés.

—¿Cómo encuentras a Lady Hawise? —ella preguntó.

Intenté ser cortés porque no quería parecer mezquina. Nadie más pareció oponerse a nuestro inesperado rehén.

—Bueno, ciertamente ella causó una gran impresión anoche. Nadie la llamaría tímida. Siempre que no seduzca a nadie, no creo que nos dé ningún problema.

—Sí, estoy de acuerdo. Veré cómo es ella como señorita hoy.

Nos despedimos y no tuvimos oportunidad de hablar confidencialmente hasta la mañana siguiente.

Me sentí bastante justificada después de nuestro segundo encuentro. Cerys informó que Lady Hawise era de buen humor y estaba dispuesta a llevarse bien con todos, pero bastante perezosa cuando se trataba de tareas que no le gustaban, aunque no se había negado a hacer nada de lo que se le pedía.

—Ella habló sobre algunas trivialidades relacionadas con la moda durante cinco minutos completos antes de que yo cambiara de tema —concluyó mi cuñada—. Algunas de mis damas estaban interesadas, otras parecían aburridas. Creo que puedo decir que sus peores defectos son la lascivia, la pereza y la mente superficial. Si podemos evitar que se acerque demasiado a los

hombres, no debería darnos dolores de cabeza. En cualquier caso, espero que para el nuevo año esté de vuelta en casa.

—Probablemente será demasiado floja para intentar escapar primero, y dudo que se atreva a coquetear con Ambrose —fue el único comentario malicioso que me permití. Cerys se rió.

—Sí, es poco probable que ella haga daño, y parece tan contenta como se podría esperar de cualquier alma en tal situación. Los niños parecen estar acomodándose, aunque anoche lloramos un poco antes de acostarnos. ¿Hablarás con ella sobre tu negocio mañana, Marjory? Al menos a ella le interesa la ropa, así que puede que te sea de alguna utilidad.

Estuve de acuerdo, luego me pregunté en voz alta cómo les iría a nuestros rehenes en el Corazón de los Mundos. No me pregunté qué pensaría Lady Hawise de nosotros, porque la consideraba demasiado superficial y ociosa para considerar algo que no fuera masculino o un vestido nuevo y justo delante de ella.

Carta de Lady Hawise de la Casa de Lothwold a Lady Millabess de la Casa de Lothwold

11 de julio, Castillo Malwarden

Mi querida amiga,
Espero encontrarte bien y que puedas recibir esta carta. Sé que Guy el Mensajero ya habrá regresado al Castillo de la Costa Este, así que todos saben que estamos a salvo, pero quiero escribirte para que podamos comunicarnos como siempre lo hicimos y contarte lo que un anuncio oficial no puede.

Puedo enviar y recibir cartas. Lady Cerys y Lord Owen, los jefes de este castillo, lo han confirmado. Confío en que esto te llegue antes de que vayas al convento, por eso lo envío con mi carta a nuestros guardianes. Lord Owen me aseguró que mis cartas no serán revisadas, pero verás que estoy escribiendo el código que ideamos cuando éramos niñas. Si voy a abrir mi corazón, necesito privacidad. Si me confrontan, les mostraré el código y sus cartas para demostrar que no hacemos más daño que chismear. Hasta ahora han demostrado ser personas decentes y sensatas. Debo confiar en que mis impresiones son correctas.

Puedo confirmar que tengo muchos chismes que contarte, mi querida amiga. No puedo creer cuánto ha cambiado mi vida en menos de una semana, pero no me arrepiento. Realmente creo que hice lo correcto al venir aquí, lo que es correcto para mí, lo correcto para ti y lo correcto para nuestra casa.

Estoy tan feliz como se puede esperar. No tan feliz como cuando estaba contigo en el Castillo de la Costa Este, pero esa situación nunca iba a durar para siempre, y soy más feliz aquí de lo que hubiera sido como monja.

Intentaré describir cómo es aquí, la gente, el lugar y lo que es ser rehén. Es todo tan extraño que a veces siento que estoy soñando.

Para empezar, nuestro viaje desde casa hasta el Castillo Malwarden transcurrió sin problemas. Al principio todos estábamos un poco aturridos por la sorpresa, parecía tan irreal, luego los niños se asustaron. Todos estábamos asustados, lo sé. La historia de la decapitación de Doggerdale estuvo muy bien, pero los adultos lograron mantener la calma y yo distraía a los niños con historias. Historias que no involucraban decapitaciones u otras formas de asesinato.

Fue tan extraño, tan desconcertante, abandonar la tierra de Lothwold y entrar en territorio Sharman, y son nuestros aliados. Mientras nos dirigíamos hacia el oeste, pasamos por los dominios de Ishelmer y nuestros diplomáticos tuvieron que presentar documentos a su guardia fronteriza. Esto era aún más desconcertante y, de hecho, francamente aterrador. Nunca me alegré

más que entonces de que estuviéramos acompañados por un guardia experimentado. Afortunadamente, los guardias fronterizos nos permitieron pasar al Claro de Elf con la condición de que fuéramos escoltados por un grupo de sus guerreros. Es de esperarse, aunque hay algo muy desalentador en estar rodeado de tropas enemigas, incluso si son de una casa de Woldsheart. Puedo asegurar que no ocurrió nada peor que nuestros dragones haciendo muecas a los suyos y viceversa, pero tal comportamiento es de esperar de bestias tan infantiles y caprichosas.

Llegamos al Claro del Elfo a tiempo y los hombres de Ishelmer insistieron en esperar con nosotros hasta que llegara el grupo de las Tierras del Oeste. Esto me asustó porque no esperaba que se quedaran y temía lo que podrían hacer cuando se unieran a sus aliados. Sin embargo, mantuve la calma para mantener a los niños tranquilos y le susurré a Guy. Me aseguró que esto era bastante típico cuando se intercambian rehenes.

Pronto llegó el grupo de Malwarden. Dio la casualidad de que también fueron escoltados por tropas extranjeras. Para mi sorpresa, la Casa de Malwarden también había enviado a un hombre, además de un niño pequeño y una niña un poco más joven. El hombre dijo que se llamaba Gethin, un nombre que nunca había oído antes y, para colmo, es un monje. Parecía tan asombrado de verme allí como yo de verlo a él. Me miró fijamente y yo no pude evitar devolverle la mirada, porque era un hombre apuesto. Bastante perdido en una vida célibe, estoy segura.

Los diplomáticos hablaban mientras los distintos guardias se alzaban siniestramente, y los sirvientes atendían a los dragones y niños. Gethin y yo gravitamos hacia los diplomáticos. Firmaron y sellaron varios pergaminos y tomaron detalles sobre nosotros y los demás rehenes. Todos parecieron sorprendidos de que se estuvieran intercambiando adultos, pero dijeron muy poco, más allá de que no había ninguna regla que lo prohibiera, y era muy difícil reclutar rehenes en esta etapa de la guerra. Todos asintieron y pasaron al tema de la probabilidad de la prometida paz permanente. Fue interesante, casi alentador, ver cómo los diplomáticos de dos bandos en conflicto se consideraban iguales. Estaba claro que consideraban que tenían mucho en común. Supongo que debieron haberse conocido en varios momentos. No puede ser la primera vez que se recurre a sus servicios. En menor medida, los distintos guardias parecían llevarse bien entre sí.

Esto me habría dado que pensar si no fuera por el hecho de que entramos en las Tierras Occidentales muy poco después, y yo era muy consciente de estar en territorio enemigo y de que debía mantener la calma por el bien de los niños. Por supuesto, en las Tierras Occidentales también se habla suvern, pero no nuestro dialecto. Podía entender a la gente, pero tenía que escuchar con atención y me preguntaba qué otros nombres escucharía por primera vez. Vi montañas por primera vez y eran muy impresionantes.

El Castillo de Malwarden es de mayor escala que nuestro castillo, y utiliza las montañas como parte de sus considerables defensas. Por dentro es al menos tan cómodo como en casa, pero aquí las cosas son un poco diferentes, no sólo en términos de habla y algunos nombres, sino también de ropa y actitudes.

Para ser franco, sentí que como si hubiera aterrizado en otro planeta. Todavía lo hago a veces.

De alguna manera, todos nos mantuvimos unidos, la ceremonia de presentación fue perfecta y ahora los tres estamos detenidos a merced de un señor y una dama que no conocíamos hace una semana. Intento no pensar en eso y trata de concentrarte en lo que es bueno.

No es necesario mirar muy lejos para ver muchas cosas buenas. Rosamund y Drogo se están adaptando mejor de lo que esperaba y encajan bien con los demás niños del castillo. Lady Cerys se esforzó mucho en ello, que Dios la bendiga. Soy su dama no oficial y ella es una mujer

agradable y fácil de atender. Las otras señoritas se muestran bastante cautelosas, lo cual es de esperar, supongo, pero creo que están empezando a descongelarse hacia mí. Me las arreglo para charlar con ellas sobre temas seguros como la vestimenta, no quiero parecer demasiado orgullosa o fría. Sé que necesito congraciarme con esta gente.

Lady Isolde, la suegra de Lady Cerys, es una mujer tranquila pero sigue siendo una persona encantadora. Uno tiene la impresión de que ha visto tiempos difíciles y juega sus cartas cerca de su pecho. Dada la historia reciente, no sólo no es sorprendente sino admirable.

No trato tanto con Lady Isolde como con su hija Lady Marjory, que es un enigma. Esta mujer debe estar en medio de sus treinta años y con tres hijos, pero no lleva ningún collar que muestre que está casada. En cambio, siempre lleva un pañuelo alrededor del cuello. Las modas difieren de las de mi país, si las describiera mi carta sería el doble de larga, así que sólo diré que no he visto a ninguna otra dama usar un pañuelo. Se refieren a ella como una dama y la tratan como tal, sin embargo, ha tenido tres hijos sin casarse. Puede que sean adoptados, pero nunca he oído hablar de una sola mujer que haya adoptado niños de esa manera. También cabría preguntarse cómo una mujer permanece soltera tanto tiempo sin entrar en un convento.

Naturalmente, no puedo preguntarle a nadie aquí, y ciertamente no puedo preguntarle a Lady Marjory. Es inteligente, puedo decir que a su favor dirige un negocio exitoso en estos tiempos difíciles, pero su manera es tranquila, reservada y bastante orgullosa a veces. Para hacerle justicia, no se comporta de manera desagradable con nadie. De hecho, ella es la calidez misma para sus contactos más cercanos. Sin embargo, ella es fría y reservada no solo conmigo sino también con algunos miembros de su familia en general.

Lady Marjory tiene primos. ¡Dos hombres guapos! Son hermanos, Madoc y Lewis, y claramente descienden de las hadas, ya que ambos tienen la piel azul brillante y están hechos como dioses. Sus lenguas son regalos de los dioses; saben cómo conversar y encantar a cualquiera. Me caen bien. También me cae bien la esposa de Lord Madoc, una señora varios años mayor que nosotros, llamada Nessa, que también promete ser divertida. Lord Lewis está casado con una ratoncita cuyo nombre no recuerdo y que apenas me ha dirigido dos palabras. De hecho, rara vez la veo hablar con nadie.

La última persona que describiré es un hombre sobre el que Lord Owen me advirtió. Lord Ambrose es el medio hermano de Lords Madoc y Lewis y no se parece en nada a ninguno de ellos. Nadie se atreve a acercarse a él. No porque es violento o lujurioso. Oh, no. Nada tan interesante como eso.

Lord Ambrose es viudo desde hace unos cuatro años. Desde que perdió a su esposa, no se ha lavado más que la cara y las manos. Se cambia de ropa, que supongo que lavan los sirvientes, pero apesta. Recuerdo haber dado limosna a los mendigos en casa, pero ninguno olía tan mal. Para salvar tu cena, no lo describiré más allá de decir que es como una pared de ladrillos que lo rodea. Uno no puede acercarse a él, lo cual bien puede ser el objetivo.

Por lo demás, es un hombre tranquilo, pero parece tener más en él que la esposa de Lord Lewis. Se dice que es muy inteligente. Después de haber intercambiado apenas una docena de palabras con él, no puedo ni confirmarlo ni desmentirlo. Él es sencillo al lado de su medio hermano y no se parece en nada a ellos. Los medio hermanos dirigen algún tipo de negocio y parecen aportar la mayor parte de la riqueza de la familia, mientras que no sé muy bien a qué se dedica Lord Ambrose. Tampoco sé por qué alguien no ha insistido en que se lave antes, pero no desespere por descubrirlo.

Me estoy quedando sin papel, querida amiga, y no me atrevo a pedir más por miedo a levantar sospechas. Sin embargo, no creas que me están tratando mal y ten por seguro que

volveré a escribirte pronto.

Tu cómplice del crimen,
Hawise

Narrativa continuada por Lady Hawise de Lothwold

Dejé el bolígrafo, me dolía la mano por escribir una carta tan larga, y pensé mucho. Sinceramente me había quedado sin papel, pero tampoco le había contado todo a mi vieja amiga. Intenté el ser honesta pero positiva, y por eso no escribí nada que pudiera angustiarla.

Por eso no había mencionado mi primera comida en el Castillo Malwarden. Al entrar al Gran Salón, reconocí a media docena de hombres con los que me había acostado cuando estaban en el Castillo de la Costa Oriental, en misiones diplomáticas o similares. Los dioses sabían que había sido consensuado, los dioses sabían que todos lo habíamos disfrutado y los dioses sabían que yo no era la única mujer que había hecho algo así, pero mi corazón se hundió hasta las entrañas cuando las reconocí. Me había atrevido lo mejor que pude, *parecía* haber funcionado, pues nadie me acosaba ni me maltrataba. Los hombres y sus esposas estaban tan contentos como yo de dejar el pasado en el pasado, donde pertenecía. Lady Marjory fue la única persona que fue fría conmigo, pero no me hizo daño.

Me sentí aliviada de ver a Adam y de experimentar la gratitud y la conversación amistosa de su parte. Recordaba bien el consejo que le había dado mientras estaba cautivo en nuestro castillo. Luego se comprometió y alardeaba de lo que planeaba hacer en su noche de bodas. Lo que escuché me horrorizó. No tenía idea de la anatomía femenina ni de que está mal forzar a alguien. Lo llevé a un lado y le expliqué con suavidad pero firmeza los hechos de la vida y la cortesía básica. En ese momento, él tenía los ojos muy abiertos por el asombro, así que supuse que mis palabras habían sido asimiladas. Por su comportamiento hacia mí ahora estaba claro que así era.

«Está bien. Tienes al menos un aliado en él. Tal vez dos, si alguna vez le dijo algo a su esposa, cuyo nombre no entendí y a quien aún no he conocido».

No estaba segurz de lo que los demás pensaban de mí. Había evitado lo mejor que pude las preguntas sobre por qué no había vuelto a casarme. El tiempo diría si había tenido éxito o no.

«En cualquier caso, sólo Lady Marjory es fría contigo. Ni siquiera ella es hostil. Eres un rehén de una tierra enemiga. No puedes esperar que te traten como si estuvieras en casa».

La idea de estar en casa hizo que una lágrima corriera por mi mejilla antes de que me diera cuenta. Una vez tuve otro hogar, con mis padres y hermanos, más a lo largo de la costa, antes de que el destino se los llevara y me entregara al tío Piers y a la tía Illustra. Más tarde, otro Adam y yo formamos un hogar. Estábamos bastante contentos el uno con el otro y concebí un hijo de él antes de que muriera repentinamente y abortara. Mis pérdidas posteriores me habían afectado tan fuerte como las anteriores, aunque de manera diferente.

«El Castillo Malwarden no es mi hogar. Por lo tanto, no sentiré el dolor que una vez sentí y que sigo sintiendo, si es que alguien muere aquí o si me envían a otro lugar».

Esto era sólo parcialmente cierto. Si Rosamund o Drogo murieran, eso me apuñalaría en el corazón y sabía que me sentiría culpable, sin importar la causa. También sabía que ser enviada a otro lugar podría implicar ser enviada a un calabozo o a un cadalso. Era una pequeña posibilidad, pero no podía descartarse.

Me alejé de este sombrío pensamiento.

«Sé alegre y agradable. Acepta todo lo que digan. Habla sólo de temas seguros e interesantes que a ellos les interesa, siempre que no sea política o historia. Esa es tu mejor ruta para salir ilesa de esto. Hazlo bien, impresiona a todos en casa y, dentro de doce meses, podrías estar comprometida con un hombre agradable que te siente bien. Este es un pequeño dolor a corto plazo para evitar la miseria a largo plazo del resto de tus años en un convento. Es muy posible que seas más compatible con tu segundo marido que con el primero».

«Incluso podrías experimentar el amor».

Con la mente más tranquila, entregué mis cartas selladas a un sirviente y salí. Era un día glorioso y quería disfrutarlo.

Ni Lady Marjory ni Lady Cerys me necesitaron esa mañana, así que el tiempo era mío. Salí hacia donde estaban ejercitando a los halcones, consciente de que alguien, en algún lugar, probablemente me estaría observando.

Estar bajo observación casi constante era agotador y desconcertante. También fue nuevo para mí. Sólo podía relajarme realmente en mi habitación por la noche porque podía cerrar la puerta con llave, pero me preguntaba si todavía podría ser espiada a través de pequeños agujeros o alguien escuchando a través de tubos ocultos. En cualquier caso, sospechaba fuertemente que alguien había hurgado en mis pertenencias más de una vez.

Reaccioné levantando la cabeza y sonriendo con más encanto. Debo parecer al mismo tiempo por encima de toda sospecha y noble, la perfecta dama rehén. Así llegué a una pequeña multitud formada por quienes se ocupaban de los halcones y mirones. El grupo incluía a los hijos de Rosamund, Drogo y Lady Marjory. Me alegró comprobar que los niños parecían llevarse bien y me acerqué a ellos.

Lord Bran, el mayor, estaba sentado sobre su oscuro dragón discapacitado y mostrando un hermoso halcón a los otros cuatro. Un gato gris y blanco estaba junto al dragón, también interesado en lo que estaba pasando. Reprimí una risa. No era una amante de los gatos, pero sabía que eran criaturas con actitud distante, así que me divertí ver a uno mostrar tanto interés en un grupo de humanos.

El joven grupo se volvió hacia mí y me hizo una reverencia. Lord Bran sólo pudo inclinarse levemente debido a su halcón y su discapacidad. Hice una pequeña reverencia en respuesta y mostré una amplia sonrisa.

—Lady Hawise —anunció Rosamund con su habitual tono entusiasta—, Lord Bran tiene un ejército de animales. Ese halcón y ese gato son sólo dos de ellos. ¿Alguna vez escuchaste algo parecido?

Me tragué una segunda risa, pero no lo suficientemente rápido. El adolescente se volvió hacia mí.

—Le aseguro que es verdad, señora. Aquí Magdalena es mi halcón más viejo, y yo tengo mi favorito. Tengo media docena de pájaros más. El gato que tienes a tus pies se llama Gremlin. Es más difícil de entrenar que cualquier pájaro, ¿no es así, mi pequeño demonio voluntarioso? Sólo tengo tres gatos en total. Son parte del orgullo mayor que vive en el castillo.

—¿Para qué está entrenando a los gatos?

—Para volar y caminar donde yo quiero. A cazar lo que les digo. Para alertarme del peligro.

Gremlin agitó sus suaves patas grises mientras lo miraba fríamente, como diciendo: «Buena suerte con eso».

—¿Ha tenido mucho éxito allí? ¿Por qué quiere un ejército de animales?

Él sonrió con tristeza.

—Ves mis piernas. Tengo a mi fiel Desdémona, por supuesto. —Acarició la suave cabeza del dragón—. Sin embargo, me gustaría más. Quizás algún día necesite defenderme y no soy como los demás niños. Además me gustan los animales. Quiero sacar lo mejor de ellos, tal como lo hace el Maestro Evan. Algún día espero poder suministrar a la gente gatos útiles, además de pájaros y perros.

—Apuntas alto —fue todo lo que dije—. Rosamund y Drogo, ¿también les interesan los pájaros?

Drogo afirmó que sí, y los cuatro charlamos durante uno o dos minutos más antes de que los niños más pequeños fueran llamados a sus lecciones.

—Veo que conoces bien a Lord Drogo y Lady Rosamund, por lo que renuncias a sus títulos —señaló Lord Bran.

—Sí. Los conozco a ambos desde su infancia.

«Es un chico observador. Me pregunto si le habrán pedido que me espíe».

Antes de que pudiéramos intercambiar otra palabra, el Maestro Evan llamó a los aprendices al orden. Ellos obedecieron y fueron hacia él. Gremlin se alejó tranquilamente. Los demás espectadores se alejaron. Al no tener nada mejor que hacer, me quedé.

Después de haber enviado a sus aprendices y animales en diferentes direcciones, el Maestro Evan se acercó a mí. Él me sonrió y yo le devolví la sonrisa.

Aprovechando la oportunidad para congraciarme, comenté la habilidad de Lord Bran.

—¿Crees que sus hermanas seguirán sus pasos? Está claro que llevan el amor por los animales en la sangre.

El habitante del oeste se rió, dejando al descubierto unos dientes decididamente amarillos.

—¿En la sangre? Ciertamente está en la sangre de Lord Bran, pero no sé cuál es la de ellos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Nadie te lo dijo?

—¿Decirme qué?

Miró discretamente a su alrededor antes de explicar en voz baja.

—Lord Bran es el hijo de Lady Marjory y un temible guerrero, ahora muerto, de Woldsheart. No era de Lothwold ni de Ishelmer, debía ser de alguna de las otras dos casas de tu tierra natal, y estábamos luchando contra ellos.

—Me sorprende saber que a su señoría se le permitió casarse con un enemigo.

Mi cara se sonrojó ante mi estupidez. El Maestro Evan no había mencionado el matrimonio. ¿Y si la hubieran violado? Por suerte, echó hacia atrás la cabeza picada de viruela y se echó a reír.

—Oh, no, ella nunca se ha casado. Hace unos quince años, en la época del milenio, ella tenía dieciséis años y era la amada hija de este castillo. La familia era más rica en aquellos días y ella era Lady Isolde y la única hija del difunto Lord Oliver. Tuvieron dos hijos, Bernard y Matthew, ambos mayores que ella y un pupilo, ahora Lord Owen. La familia vivía en un castillo tan bonito debido a la herencia de Lord Owen.

»Lady Marjory era la mascota de su familia y una doncella encantadora y favorecida. Tenía

todo a su favor excepto la apariencia, y diré que era tan alegre en aquellos días que un hombre nunca notaba su rostro sencillo o su cuerpo escuálido por más de un momento. Todo el castillo esperaba que ella hiciera un gran partido.

»Cuando tenía dieciséis años, conoció a un hombre de veintidós, que quedó viudo después de un breve matrimonio del que no tuvo hijos. Ese hombre era Gethin de Pendroch, ahora Gethin el Monje y el Fraile Fornicador... entre otros nombres. Lo ha conocido, mi señora. Fue intercambiado como rehén, lo habrías visto en el Claro del Elfo.

Me sorprendió escuchar esto y tenía muchas ganas de saber más.

—Sí, lo recuerdo bien. Me sorprendió ver a otro adulto.

—Bueno, hoy en día somos firmes aliados de la Casa de Pendroch, pero en aquel entonces teníamos términos mucho más fríos. Ya no éramos enemigos, pero después de algunos conflictos, no estábamos del todo preparados para confiar en nuestro vecino más cercano. Gethin vino aquí como médico, era de sangre noble pero de linaje empobrecido. No sólo llamó la atención de Lady Marjory, sino de casi todas las mujeres del castillo, porque, como puedes admitir, es un tipo apuesto y siempre ha sido inteligente, carismático y amable.

»Sin embargo, sólo tenía ojos para Lady Marjory, y al cabo de unas semanas la pareja estaba profundamente enamorada y deseaba casarse. Su familia pensó que ella podría ser una mejor pareja, especialmente considerando su edad, pero sus padres estaban empezando a sentirse conquistados por el encanto de Gethin y sus sinceros sentimientos por su hija. Conocían a su familia y lo habían conocido antes, por lo que para ella no habría sido un gran salto hacia lo desconocido.

—¿Entonces por qué no se casaron?

Sacudió su fea cabeza y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ah, es una historia triste, señora, y no hay un alma aquí que no se arrepienta. Los hermanos de Lady Marjory, entre los que incluyo a Lord Owen, se encargaron de deshacerse de Gethin.

—¿Por qué? ¿Qué derecho tenían a hacer eso si sus padres en realidad no prohibieron el matrimonio?

—No tenían ningún derecho, sólo un sentido de superioridad moral y la creencia de que su hermana debería hacer una unión más grandiosa. Estaban demasiado orgullosos y demasiado ansiosos por demostrar su virilidad. Expulsaron a Gethin del castillo, muy lejos, a punta de espada. Juraron una terrible venganza contra él y sus parientes si se atrevía a regresar o contactar a su hermana. Gethin obedeció la primera orden, porque entonces tenía muchos familiares y amigos viviendo en nuestras tierras, pero no la segunda. Le pasó de contrabando una carta a Lady Marjory para explicarle que la dejaba y por qué, a pesar de amarla. Nunca podría poner en peligro voluntariamente la vida de sus seres queridos. En cambio, se convertiría en monje. Si no pudiera tenerla a ella, no tendría a nadie.

»Lady Marjory estaba desconsolada y furiosa a partes iguales. Sus padres estaban enojados con sus hijos, pero lo hecho, hecho está. Además, todavía esperaban que su hija fuera una pareja brillante. El tiempo parecía estar de su lado. Gethin pronto hizo sus votos y envió un mensaje al castillo para informarles que había unido su alma eterna y su cuerpo mortal a la iglesia.

»Puedes imaginar cómo los jóvenes señores se regocijaron y creyeron que habían hecho lo correcto, porque Gethin les había obedecido. Sin embargo, Lady Marjory, todavía angustiada más allá de lo razonable, le envió un mensaje diciéndole que nunca se casaría ni se acostaría con un hombre, ya que no podía tenerlo. Cuando sus padres empezaron a hablar de una posible unión con otro joven, poco después de los votos de Gethin, ella tomó el asunto en sus propias manos.

—¿Qué hizo ella? —Apenas podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

—En ese momento, varios guerreros de Woldsheart estaban en el castillo. Habían venido a negociar la liberación de algunos prisioneros. Lady Marjory se arrojó sobre su líder, coqueteó con él descaradamente cuando pudo alejarse de su familia, y él respondió con entusiasmo. Entonces todavía era una doncella seductora con voluntad de hierro. Para abreviar la historia, cuando los prisioneros fueron intercambiados, Lady Marjory sabía que estaba embarazada.

»Puedes imaginar la conmoción que causó eso. El orgullo y la alegría de Malwarden la habían arruinado deliberadamente en un momento de locura. Ahora que sabía que estaba embarazada de un bebé, la realidad la golpeó. Esta vez sus hermanos sabían que no podían intimidarla ni amenazarla. El guerrero tenía una reputación tan formidable como rica y bien conectada. En cambio, uno de nuestros capitanes, su homólogo, fue a buscarlo para tratar esto formalmente. No había manera de ocultar el escándalo, así que creímos que él también debía pagar. Necesitaba mantener a su hijo.

»El guerrero había muerto en batalla cuando nació su hijo, Lord Bran. Nuestro capitán fue llevado rápidamente al Castillo Malwarden por un gran grupo de sus hermanos guerreros y sus parientes. Nuestros jóvenes lores eran tan mansos como ratones, como estoy seguro te podrás imaginar. Sin embargo, los hombres de Woldsheart sólo habían venido para intimidarnos y obligarnos a aceptar condiciones decididamente razonables. Nos entregaron una enorme suma de dinero con la condición de que no volviéramos a comunicarnos con ellos sobre el asunto.

»Lord Oliver y Lady Isolde aceptaron esto en nombre de su hija, porque ella todavía estaba tumbada. Los hombres de Woldsheart cumplieron su palabra y se marcharon sin causar ningún problema. Nosotros conservamos el nuestro y Lady Marjory montó su negocio.

Estuvimos un rato bajo el cálido sol mientras yo intentaba digerir lo que había oído. El Maestro Evan notó mi asombro.

—Es una historia muy conocida, mi señora, así que no hago ningún daño en contársela, pero le ruego que sea discreta. Usted sabe lo que quiero decir. Todos los involucrados han sido más o menos perdonados, y el pasado es en gran medida el pasado. Todo el mundo quiere que siga así.

—Por supuesto, no diré nada. ¿Sería tan amable de responder unas cuantas preguntas más?

Este amable chisme podría ser mi única oportunidad de satisfacer mi curiosidad y darme toda la información que necesitaba para sobrevivir en Castle Malwarden. Él aceptó alegremente.

—Si un hombre de la Casa Pendroch no era lo suficientemente bueno para Lady Marjory en el año 2000, ¿por qué Lord Owen se casó con Lady Cerys unos años más tarde? Debió haberse casado con ella a finales de 2004 porque su hijo mayor tiene casi diez años. Además, ¿quiénes son los padres de Lady Eluned y Lady Isabeau, y por qué llaman a Lady Marjory Mumma si ella no es su madre?

—Responderé primero a tu segunda pregunta. Eluned e Isabeau no tienen título porque ninguno de sus padres lo tenía. Sí, digo ninguno, ninguno de los dos, porque las niñas comparten padre pero no madre. Son medias hermanas y apenas hay medio año entre ellas. No son parientes consanguíneos ni de Lord Bran ni de Lady Marjory. El hermano Gethin dejó embarazadas a dos mujeres de baja cuna aproximadamente al mismo tiempo. Después de enterarse del nacimiento de Lord Bran, rompió sus votos de celibato y... con entusiasmo recuperó el tiempo perdido, digamos. Sin embargo, él y Lady Marjory nunca dejaron de amarse.

»El tiempo pasó. Lady Marjory hizo las paces con su familia, todos amaban a su hijo y ella montó su negocio para mantenerse. Lord Bernard y Matthew murieron en batalla. Lord Oliver murió en su cama cuatro años después. El hermano Gethin y Lady Marjory se pusieron en contacto de alguna manera y construyeron algún tipo de relación, pero él no puede abandonar su

monasterio para casarse con ella. Creo que últimamente incluso mantiene una relación razonable con Lord Owen. En cualquier caso, ha sido un padre para Lord Bran hasta donde su vocación se lo permite.

»Hace casi una década, el hermano Gethin se enteró de que había dejado embarazadas a dos mujeres con meses de diferencia. Una de ellas estaba recién casada, sin hijos y con el marido en el mar. La otra estaba comprometida con un hombre que vivía lejos. Por suerte, lograron ocultar sus embarazos a sus familias y a su comunidad, y ambos se retiraron a un convento antes de que comenzaran a aparecer. El hermano Gethin estaba arrepentido y quería ayudarlos. Lady Marjory inmediatamente se hizo cargo de la situación y se ofreció a adoptar a los bebés. Incluso ayudó a las madres a ocultar lo que estaba pasando mintiéndoles a sus familias. Funcionó, y Lady Marjory, el hermano Gethin, Lord Bran, Isabeau y Eluned son una familia feliz, aunque poco convencional. Todos se aman muchísimo.

Pensé mucho. Nunca en mil años podría haber imaginado que esta fuera la explicación del desconcertante sistema doméstico.

«La señora Prim no debería mirarme con desprecio como lo hace. Su comportamiento ha sido mucho peor que el mío. No, Hawise, eso es cruel. Tenía dieciséis o diecisiete años cuando sucedió todo. Debí haber sentido como si su mundo se estuviera derrumbando y no podía recurrir a nadie».

«Qué suerte han tenido y qué bien han conseguido que esa familia funcione. Me sorprende que nadie la haya enviado a un convento ni haya enviado a los niños a un hogar de acogida, pero son una familia amorosa. No todas las familias lo son, especialmente las mixtas. Bessy y yo siempre nos sentimos aceptados por el tío Piers, la tía Illustra y sus hijos, pero también siempre nos sentimos separados. Puede que haya sido lo que nos unió, y sospecho que la brecha de seis años entre su hijo menor y yo no ayudó».

El Maestro Evan continuó su relato.

—En cuanto a Lady Cerys, se casó con Lord Owen en el verano de 2005. Ella dio a luz a su hijo mayor, Lord Oliver para su abuelo, a principios de septiembre de 2005.

Me observó para ver cómo tomaba esta revelación. Me tapé la boca con una mano antes de que pudiera pensar en ello.

—Sí —continuó—, ella caminaba por el pasillo con una barriga enorme, aunque es una criatura diminuta, parecía a punto de caerse, y sí, el bebé era de Lord Owen.

—No sé qué decir. ¿Es ese tipo de cosas común aquí? —Me atreví a preguntar.

—Oh, no. Absolutamente no, pero tampoco es del *todo* inaudito. Las relaciones entre nuestra casa y la de ella empezaban a mejorar y ella vino aquí con algunas otras damas para hacer una visita diplomática. Ella y Lord Owen se enamoraron y, bueno... se organizó apresuradamente una boda. Para entonces todo el mundo amaba a Lady Cerys, siempre fue una persona muy vivaz y amigable y muy dispuesta a adaptarse a nuestras costumbres, pero nadie anticipó un matrimonio. Sin embargo, su familia se limitó a encogerse de hombros e insistió en que se casaran antes de que naciera el bebé. Éramos la más poderosa de las dos familias y creo que pensaron que era una buena combinación para ella.

»Lord Oliver y Lady Isolde no estaban contentos con su comportamiento ni con el de su hijo, y Lady Marjory estaba *furiosa* con su hermano por su hipocresía. Ciertamente era consciente de su buena suerte y de su mal comportamiento y se sentía consternado por sus acciones pasadas. Creo que nunca se ha arrepentido de haberse casado con Lady Cerys, pero un ciego puede ver cuán profundamente lamenta haber separado a su hermana de su verdadero amor. Sin embargo, Lord Matthew y Bernard fueron asesinados en 2003, lo que unió a la familia. No querían

separarse, así que Lady Cerys pasó a formar parte de la familia y la vida siguió adelante.

Bebí de esta historia vertiginosa, tratando de digerirlo todo. Hasta el momento había tenido poco que ver con Lady Isolde y menos aún con Lord Owen. Pasé gran parte de mis horas de vigilia con Lady Cerys. Nunca hubiera creído que una castellana aparentemente tan perfecta hubiera tenido un comienzo tan vergonzoso en su matrimonio.

«¿Por qué me juzgan tan duramente cuando era virgen cuando me casé? Tampoco he obligado ni engañado a nadie para que haga nada. Todos mis socios eran adultos dispuestos. Sin embargo, Lady Cerys es muy admirada. Basta verla con su familia, sus señoritas o los sirvientes para comprobarlo. Westlands es un reino diferente, no un mundo diferente. La situación en este castillo no puede considerarse normal».

Un ruido a lo lejos me sacó de mis pensamientos y llamó la atención del Maestro Evan. Sus aprendices regresaban. Me había quedado el tiempo suficiente y cualquier otra pregunta podría hacerle preguntarse cuál era mi propósito.

«Es un tipo inusualmente hablador. ¿Alguien lo ha enviado a espiarme? ¿Esperaba que yo confiara en él a cambio de tales chismes inesperados? ¿Me han dado cebo para ver qué hago con él?»

—Le daré los buenos días, señor, y no lo detendré más en su trabajo. Me callaré, puedes estar seguro de ello.

No podía decir mucho más a cambio porque los aprendices pronto estarían al alcance del oído. Nos despedimos y pensé que debía regresar con Lady Cerys. Era casi mediodía. No podía darme el lujo de ofender a nadie por llegar tarde.

Cuando entré en sus habitaciones, ella estaba con dos de sus señoritas, Lady Isolde, una sirvienta y Lady Nessa. Todas hablaban rápidamente con caras preocupadas.

—Sólo repito lo que oí, señora —decía la criada—. Pensé que deberías conocerla como la Dama de Malwarden. Al principio pensé que mi sobrina estaba repitiendo el cuento de hadas del Favor Mortal, pero no. La entendí mal. En realidad ha sucedido.

Nessa me vio y me saludó, lo que provocó que el resto del grupo se alejara del sirviente. El sirviente dejó de hablar y también me miró.

Sintiéndome tan llamativa como siempre cuando entré en las habitaciones de su señoría, bajé la mirada respetuosamente e hice una profunda reverencia. Las otras mujeres también se levantaron e hicieron una reverencia. La sirvienta ya estaba de pie y se dispuso a irse.

—No, por favor no te vayas —dije, consciente de que no debía causar ningún inconveniente y también contenta de tener una excusa para irme—. Si tienes asuntos confidenciales que discutir, puedo regresar en otro momento. —Me volví hacia Lady Cerys—. ¿Sería mejor para su señoría si me reuniera con usted en el Gran Comedor cuando almorzáramos? —Tuve que recordar que decían «comida del mediodía» aunque ellos no comían exactamente al mediodía, mientras que nosotros decíamos «almuerzo».

—No, está bien, Lady Hawise, puede quedarse. —Lady Cerys se volvió hacia la criada—. Gracias por venir a verme, Jane, y contarme lo que te ha dicho tu sobrina. Se lo repetiré a Lord Owen y decidiremos qué hacer juntos. Puede ser que necesitemos hablar contigo o tu sobrina. Por ahora, puedes dejarnos y no decir ni una palabra hasta que vuelva a hablar contigo.

Jane asintió e hizo una reverencia con más reverencia que yo. Cuando abandonó el grupo, pareció verme por primera vez.

—Le pido perdón, señora, pero usted es Lady Hawise del Woldsheart, ¿no es así?

—Sí, Jane. Así es.

La joven me miró. Parecía tener como máximo diecinueve años.

—Me gustaría darle las gracias, señora. Mi marido y yo te debemos mucho. No diré más, ya sabes... pero te lo agradezco. Me contó todo después de casarnos y gracias a ti estamos felizmente casados.

Ahora estaba realmente perpleja. Las otras mujeres en la sala nos miraron con curiosidad no disimulada.

—Lo siento, Jane, pero debes estar equivocada. No te había visto antes de hoy y nunca conocí a tu marido.

—Lo conocí, señora. Su nombre es Adam, el hijo del Viejo Adam, entonces era un guerrero. Estuvo prisionero en tus tierras hace tres años, donde se conocieron. Siempre dice que usted prácticamente lo entrenó para el matrimonio, señora, y estoy de acuerdo.

El rostro blanco como la luna de Lady Cerys se sonrojó de ira.

—No creo que ninguna de nosotras necesite escuchar esto, Jane. La seducción de un chico, que no habría cumplido los dieciséis años por una mujer mayor en cuyo castillo estaba retenido, no es algo que desee ser mencionado en mi presencia.

Jane la miró con el horror y el asombro que yo también sentía.

—¿Seducción? —La sirvienta jadeó—. No, señora, se lo ruego, pero eso no es cierto. Mi Adam vino a mí tan puro como yo vine a él, y puedo jurar por cualquier cosa que yo era virgen cuando nos casamos. Lady Hawise le explicó las realidades de la vida y la importancia de tratar a su cónyuge con amabilidad y respeto. Reconoce que de otro modo no me habría tratado con la dignidad que merezco, ni habría sabido consumir el matrimonio.

Ella miró al suelo, ahora de un color carmesí más intenso que el de su señora. De hecho, la roja ira de Lady Cerys se había convertido en un pálido asombro.

—¿Eso es lo que pasó? —me preguntó, sin nada de su habitual fría dignidad—. ¿Tu nunca...? ¿Simplemente habló con Adam?

—Sí, mi señora. Si Jane me lo permite, diré que entonces era algo así como un fanfarrón, y temí que, sin saberlo, cometiera un gran error si alguien no interfería. Así que lo asumí yo misma, como alguien con conocimiento de matrimonio y quién tenía autoridad sobre él, para corregirlo suavemente antes de que pudiera requerirse una corrección más firme.

La vergüenza rosada se apoderó del rostro de Lady Cerys, algo que nunca había esperado ver, y de los rostros de muchos de los demás.

—Señora, ¿qué cree que hice? ¿Qué piensa de mí?

«¿Es ésta una de las razones por las que Lady Marjory ha sido tan fría conmigo? Ella es la única que tiene un hijo de esa edad, hasta donde yo sé. ¿Me habrían tratado diferente si hubieran sabido la verdad?»

Lady Cerys se recuperó.

—Jane, te agradezco que aclares esto. Puedes dejarnos. Lady Hawise, le pido disculpas sinceramente. Se escuchó a Adam agradeciéndote por prepararlo para el matrimonio la noche de tu llegada, diciendo que sin eso no habría sabido que hacer. Esto se difundió y su significado estaba bastante retorcido cuando llegó a mis oídos. Sin embargo, debería haber hablado contigo directamente, en lugar de creer algo tan bajo. Pido disculpas. Sólo diré que nadie ha estado chismorreando a tus espaldas sobre esto.

Jane salió corriendo por la puerta. Sentí alivio pero también incomodidad.

—Mi señora, la perdono de todo corazón. De hecho, no sabía que se había extendido tal rumor sobre mí. Sólo debo rogarte que difundas la verdad. Sé que mi reputación no es inmaculada y no culpo a nadie más que a mí mismo por ello, pero insisto en que hay profundidades en las que nunca me he hundido.

Me obligué a mirarlas a los ojos. Todas me miraban con más respeto que antes.

—Por supuesto —dijo Lady Cerys. Los demás hicieron ruidos de asentimiento, mientras su suegra me miraba con algo parecido a la simpatía en sus ojos verdes.

Lady Isolda me pidió que me sentara y hablamos de asuntos más informales hasta que llegó la hora de comer. Envalentonado por el repentino cambio de opinión de Lady Cerys hacia mí, empujé mi suerte un poco más mientras caminábamos hacia el Gran Comedor.

—¿Puedo pedirle consejo, mi señora? Si me permite ser tan atrevida, usted vino aquí hace una década desde lo que entonces era una casa enemiga. Cualquiera puede ver lo amada y respetada que es. Ahora no sólo es parte de esta casa sino uno de sus jefes. Nunca intentaría salir de mi situación, sólo quiero saber cuál es la mejor manera de encajar con la gente del castillo mientras me quedo aquí. Esto es diferente a todo lo que he experimentado antes y no quiero ofender.

Ella me sonrió con su encantadora sonrisa.

—Por supuesto. Camina conmigo cuando tomemos el aire en el jardín de rosas esta tarde y hablaremos entonces.

Ella cumplió su palabra y me familiarizó con algunos puntos de etiqueta que había ignorado.

—Pero usted no ha hecho nada que pueda ofender, Lady Hawise —me aseguró—. Habría hablado contigo antes, si lo hubieras hecho. Aprecio que este sea un mundo nuevo para ti.

Ella me sonrió tan cálidamente. Pero empujé mi suerte un poco más allá.

Devolviendo su sonrisa con la mía propia, le pregunté sobre el Favor Mortal. Estábamos a cierta distancia de las otras mujeres. No había nadie más en el jardín de rosas aparte de aquellos que habían estado presentes en sus habitaciones aquella mañana.

—Entré justo cuando Jane te lo estaba contando. ¿Es algo de qué preocuparse? ¿Podría ayudar?

Su sonrisa cambió. Aunque no frunció el ceño, su expresión se volvió cautelosa y sacudió la cabeza, haciendo brillar su suave cabello negro a la luz del sol.

—No, no te afectará. Hablemos de otros asuntos.

Puede que me hubieran criado en otro reino, pero todavía sabía cuándo me estaban despidiendo cortésmente. Yo era rehén de una casa enemiga, de una tierra enemiga, y no de una demoiselle d'honneur, criada desde su nacimiento para estar al servicio de la Casa de Malwarden.

Era de esperarse, pero aun así dolió. Con una alegría que yo no sentía, comencé a hablar de Bessy y de su decisión de hacerse monja. Lady Cerys se interesó por mi amiga y recordé que pronto sería su cumpleaños.

Narrativa continuada por Lady Millabess de Lothwold

Me desperté la mañana de mi vigésimo tercer cumpleaños sintiéndome tan contenta como un gato bien alimentado. El sol entraba por la ventana demi celular, y suspiré de felicidad. Miré a mí alrededor. Técnicamente estaba durmiendo en una celda, que así se llamaban las habitaciones donde dormíamos solos, pero la palabra no hacía justicia a la habitación espaciosa y ricamente amueblada que había decorado a mi gusto con pertenencias de mi antigua vida. Tampoco estaba sola. Mi amada Jennet dormía a mi lado. En la amplia cama había mucho espacio para ella.

La vida en el convento era mejor de lo que me había atrevido a esperar. La abadesa Richeldis estaba muy feliz de hacer la vista gorda ante lo que hacían las treinta y tres mujeres y niñas bajo su mando, siempre que el convento funcionara sin problemas e hiciéramos la vista gorda ante sus actividades. Le gustaba su propio estilo de vida tanto como cualquier otra persona bajo su techo, y le gustaba leer novelas románticas frente a una copa de hidromiel o dar largos paseos con amigos que la alejaban de sus deberes. Todos los demás llevaban una vida igualmente relajada. Había otra pareja entre las monjas y varios monjes de un monasterio cercano vinieron a visitar a algunas de las monjas y novicias.

Jennet y yo no éramos técnicamente novicias, ya que aún no habíamos comenzado formalmente nuestros noviciados. Nadie insistió en ello, así que deambulamos por el convento, vestidas de civil, cumpliendo con los deberes que se nos exigían. Nuestra ropa distinguía instantáneamente nuestros rangos y, naturalmente, nos dividimos en pequeños grupos según el rango. De las nueve futuras novicias, sólo tres éramos nobles: Jennet, yo y Matilda, una chica de la Casa de Sharman, con quien me llevaba bien.

Jennet se movió y la desperté con un beso. Ella sonrió.

—Feliz cumpleaños, mi amor.

La besé en respuesta.

Sonó la campana para el primer servicio del día y la ignoramos, con la seguridad de que casi todos los demás lo harían. Finalmente nos desenredamos, nos levantamos, nos lavamos y nos vestimos antes de ir a desayunar.

Creo recordar lo que llevaba puesto esa luminosa mañana de agosto, no porque fuera mi cumpleaños o estuviera muy feliz, sino por lo que pasó después, un momento que me cambió la vida, aunque no me di cuenta en ese momento. Llevaba una falda verde peridoto, mi color favorito, sobre una camisa color crema. La falda estaba hecha de seda gruesa y estaba bordada con hilo dorado y marrón. La camisola estaba hecha de un linón tan fino que parecía tan suave

como la falda de seda. Llevaba un costoso cinturón adornado con perlas alrededor de mi cintura y llevaba un velo traslúcido sujeto con una banda tachonada de perlas en la cabeza. El espejo y las palabras de Jennet me dijeron que tenía buen aspecto y les creí.

Llegó una carta para la abadesa, que no habría despertado mi atención, si no hubiera sido por el efecto que produjo en ella. Su rostro redondo y normalmente plácido adquirió una expresión decididamente preocupada y se fue apresuradamente. Todos nos preguntamos qué podría contener la carta.

Nos enteramos durante el almuerzo. Una vez todas fueron servidas y sentadas. La abadesa Richeldis se levantó, pareciendo muy angustiada.

—Mis queridas hijas, he recibido algunas noticias que debo comunicarles.

Se hizo el silencio y la miramos expectantes. Continuó con el mismo tono ansioso.

—Esta mañana recibí una carta, la misma carta que ha sido enviada a los jefes de todas las casas religiosas de todos los reinos. El Sumo Sacerdote ha ordenado una revisión exhaustiva de las actividades de sus casas. Durante casi un siglo se nos ha dejado en paz para interpretar las reglas como mejor nos parezca. Ahora habrá una investigación y se tomarán medidas drásticas contra cualquier desviación de las reglas que se establecieron por primera vez hace más de mil años. Es posible que esperemos que los visitantes dentro de los próximos quince días hagan preguntas e insistan en los cambios.

Un murmullo de descontento se extendió por la habitación. No podíamos creer lo que oíamos. Miré a mis compañeras. Todas mostramos la misma conmoción e incredulidad.

—Reverenda Madre, eso es una locura —se atrevió a exclamar una de las monjas—. ¿Cómo puede alguien vivir según reglas que se decidieron en el siglo X? Mucho ha cambiado desde entonces. Han ocurrido muchos acontecimientos que nuestro fundador nunca podría haber previsto. Además, ¿cómo harán cumplir tantas reglas en las diferentes casas religiosas? Sólo en Woldsheart hay cincuenta conventos y monasterios.

Un murmullo de aprobación resonó por toda la habitación. La abadesa nos miró con tristeza.

—Me han dicho que se aplicarán las sanciones originales, establecidas en 992.

Estábamos horrorizadas.

—¡No se atreverían! —tuve el valor de gritar—. Nadie aquí ni en el mundo civil lo toleraría. Mis hermanas estuvieron totalmente de acuerdo conmigo.

—¿Qué hacemos ahora, Reverenda Madre? —Matilda preguntó tímidamente.

Ella pensó detenidamente por un momento.

—Continuar como estás por ahora. Ni siquiera sabemos cuándo nos visitarán. No permitiré que nadie sea castigado a posteriori. No veo la necesidad de cambiar la forma en que hacemos las cosas hasta que se nos ordene cambiar.

Esta noticia nos dio que pensar durante todo agosto, pero como nadie apareció a finales de mes, pensamos que estábamos a salvo. Visité a mis guardianes en el Castillo de la Costa Oriental y les conté lo que me habían dicho. Su hija Rowena estaba de visita con su familia y dijo que había escuchado un rumor al respecto, pero que no le había dado crédito. Nadie más había oído nada. Me aconsejaron que intentara olvidarlo.

—Después de todo, puede que sea un escándalo por nada —aconsejó tía Illustra—. Los combates continúan, aunque menos generalizados que antes, y se están redactando tratados de paz. El clero ya tiene suficiente con enterrar a los muertos, curar a los heridos y brindar orientación espiritual. El Sumo Sacerdote y sus secuaces no deberían tener tiempo para implementar reformas. Además, las Tierras Occidentales todavía se encuentran bajo un interregno. Eso es una preocupación incluso para nosotros por la inestabilidad que está

generando. Debería interferir allí. Si es que debe interferir.

Se interrumpió con inquietud, pensando en Hawise, como todos nosotros. Ella era prisionera en ese reino inestable. Me había escrito cartas alegres, pero no podía convencerme del todo. Admiré su coraje tanto como siempre lo había hecho y sólo podía rezar para que no fuera puesto a prueba con demasiada severidad.

Gethin el Monje y los dos niños pequeños de las Tierras del Oeste estaban en el castillo y aproveché la oportunidad para observarlos. Sentí curiosidad después de leer la descripción que Hawise hizo de él.

No podía apreciar a un hombre apuesto como ella lo hacía, pero tenía que admitir que era guapo. Hablé con él brevemente y lo vi en grupo. Sólo pude concluir que parecía bastante agradable y aprobé cómo vigilaba al chico y a la chica que habían sido enviados con él. Los niños parecían felices hasta que uno notaba la cautela en sus ojos.

«Al igual que Hawise, Drogo y Rosamund, nunca se relajarán del todo hasta que regresen a casa. Tampoco nos relajaremos del todo hasta que llegue ese día».

La mañana en que debía regresar al convento, un día claro de principios de septiembre, llegaron al castillo una monja de aspecto solemne y dos monjes igualmente graves. Hablaron con mis tutores y con el hermano Gethin por separado.

—Esto parece siniestro —me susurró Rowena—. ¿Podrían haber venido del Sumo Sacerdote?

Resultó que ella tenía razón. Los tres también querían hablar conmigo.

Esto fue una sorpresa para mí. Ni siquiera había comenzado formalmente mi noviciado. ¿Qué influencia podría tener yo en la gestión del Convento de la Luna Nueva?

Entré al solar y encontré no sólo a los tres extraños sino también al hermano Gethin esperándome. Esta fue otra sorpresa.

Tratando de ocultar mi asombro, hice una reverencia respetuosa al grupo.

—Buen día. Soy Lady Millabess de Lothwold. Entiendo que deseas hablar conmigo.

Sólo el hermano Gethin me sonrió. Los extraños permanecieron impassibles mientras se presentaban como Agnes del Convento del Hombre Verde, y Harold y Percy, ambos del Monasterio del Parhelion. Nombraron lugares lejos de mi castillo pero aún en tierras de Lothwold. Agnes y Percy eran de mi casa, mientras que Harold era de la Casa de Ishelmer.

El sudor goteaba por mi espalda. Se había puesto mucho esfuerzo en reunir a esta gente, uno de una casa enemiga y todos ellos de muy lejos.

«No juzgaré a nadie por su sangre, por muy impopular que pueda ser esa línea de pensamiento. Además, una vez que alguien hace votos religiosos, se convierte en hermano o hermana del mundo. No, sé que estoy nervioso porque esto parece muy serio y no me gusta cómo me miran. Ella me mira como si fuera un niño travieso, sorprendido en el acto de alguna fechoría».

—Me han dicho que estás visitando a tus tutores, Lady Millabess, y que eres una monja novicia en el Convento de la Luna Nueva. Cruzaste sus puertas en julio.

—Si, hermana.

Ella pareció desconcertada.

—Mis ojos me dicen que llevas maquillaje y un traje hecho casi enteramente de seda, con un cinto de tela de plata. También llevas joyas en el pelo.

No respondí. Esperó un momento antes de continuar con el mismo tono sarcástico.

—Puede que no todas estas afirmaciones sean ciertas, Lady Millabess. De hecho, ni siquiera deberías utilizar tu título. Se supone que las novicias deben evitar las distinciones mundanas. No

sólo vistes ropa de civil, sino ropa de civil que está tan lejos de lo que debería usar una novicia como puedo imaginar. Finalmente, las novicias no deben hacer ni recibir visitas durante los primeros tres meses de su noviciado, a menos que algún pariente cercano esté muriendo. ¿Es ese el caso, Lady Millabess? ¿Alguien cercano a ti, en este castillo, está muriendo, y adornarte alivia su sufrimiento de alguna manera?

Me sonrojé pero me negué a disculparme o mirar hacia abajo. En cambio, le levanté las cejas con frialdad y no quise hablar. De hecho, yo era Lady Millabess y no alguien a quien hablar de manera tan insolente.

La hermana Agnes me miró fríamente durante unos segundos antes de continuar.

—¿Todas las novicias visten tan ricamente? ¿Todos hacen visitas?

—No todas. No todas somos de sangre noble, ni todos estamos felizmente situadas cerca de nuestros seres queridos.

—¿Me atrevo a preguntar si todos las novicias son tan deliberadamente obtusos en su discurso?

—Hermana, no soy una novata. Todavía tengo que empezar mi noviciado. Lo mismo ocurre con la mayoría de las otras mujeres y niñas que aún no son monjas y viven en el convento.

La hermana Agnes, el hermano Percy y el hermano Harold ahora parecían horrorizados.

—¿Quieres decirme que llevas varias semanas ahí sin asumir ningún compromiso? ¿Y no eres la única que lo hace? El hermano Percy no podía creer lo que oía.

—Así es, hermano.

Se quedaron estupefactos y entonces la hermana Agnes tomó el mando.

—Hermanos, esta tarde debemos ir a este convento como pretendíamos. A menos que el bendito fundador haya sido imperdonablemente indulgente, ha ocurrido algún grave daño. Millabess, insistimos en que nos acompañes.

Incluyó en su discurso al hermano Gethin, que no parecía tan entusiasmado como los demás monjes. Asentí. No me molesté en que ella dejara mi título porque tenía otra preocupación. Originalmente había planeado viajar de regreso esa tarde porque íbamos a tener una fiesta esa noche.

—Muy bien, hermana. Iré y empacaré.

Salí antes de que pudieran retrasarme, decidida a enviar un mensaje al convento antes de que llegaran. El hermano Gethin apareció justo cuando se lo estaba entregando a un duende dorado.

—¿Vas con nosotros, hermano?

—Sí. Insisten.

—Pero eres un rehén. ¿No tienes que quedarte aquí, en el castillo?

—La orden del Sumo Sacerdote lo anula todo. Además, no voy a ir muy lejos. El Convento de la Luna Nueva está a un corto viaje y está rodeado por las tierras de tus guardianes.

Asentí, pensando que podría ser un aliado. Hawise me había contado todo lo que sabía sobre él en su última carta. Éste no era un hombre austero. No podría regañarnos sin ser un hipócrita. El resto del convento sabía de él porque yo les había contado sus historias.

«Me habría contenido la lengua si hubiera sabido que él visitaría ese lugar. Aun así, dada su reputación, quizá apreciaría a las mujeres advertidas. A algunas de ellas les encantaría acostarse con él, estoy segura».

Discretamente le eché otro vistazo. Ni siquiera su bata holgada y sin teñir podía ocultar su buena apariencia. Noté que también llevaba una bufanda hecha de material azul cielo alrededor de su cuello, algo que no había visto antes en un monje. Estaba medio escondido bajo el escote de su bata.

—¿Qué significa esa bufanda? —pregunté—. Nunca antes había visto a un monje usar una así.

Se metió más la fina tela dentro de su túnica mientras decía que era médico en su monasterio, y que era una señal de su posición.

Rowena se acercó a nosotros y le conté lo que estaba pasando. Ella no quedó impresionada.

—El rango es el rango, Bessy. *En teoría*, está muy bien que todos sean iguales detrás de los muros de un convento, pero ninguna persona en su sano juicio esperaría que se renunciaran a títulos o que uno renunciara a sus finas ropas. No hasta que te hayas convertido en monja, e incluso entonces estoy segura de que se te podría dar un poco de margen de maniobra. Estoy segura de que tu fundador pronto habría visto que hay una diferencia entre la práctica y la teoría, si hubiera vivido lo suficiente para ver crecer el convento. No, el rango es rango y ca...

—Será mejor que supervise mi embalaje —interrumpí rápidamente—. Mis pertenencias no impresionarán a ese grupo amargado, pero son mías, así que las llevaré conmigo al convento. —Sabía que Rowena estaba a punto de decir «y casa es casa», olvidando la presencia del hermano Gethin. Era uno de sus dichos favoritos. Ella se sonrojó y volvió a la ridiculez de una orden que toma sus reglas al pie de la letra.

Luego hablé con el hermano Gethin cuando estábamos a punto de despedirnos. Necesitaba tenerlo de mi lado.

—La cuestión es —susurré—, vamos a tener una fiesta más tarde hoy y no estoy segura de si habrán recibido mi nota para advertirles.

—Ah. ¿Qué tipo de fiesta?

—Oh, nada demasiado salvaje. Sólo un poco de hidromiel y algo de comida, algo de música, y los monjes y novicios del monasterio de al lado nos traen hierbas felices para fumar. No durará toda la noche.

Sus pobladas cejas negras casi llegaban a la línea del cabello.

—¿Estás loca? ¿Cómo crees que se lo tomarán esos tres?

Me tomó por sorpresa.

—Bueno, no es que supiéramos que vendrían. Claro, la abadesa recibió una carta sobre las reformas propuestas, pero no se dieron detalles reales. Difícilmente íbamos a renunciar a todas las comodidades hasta que fuera necesario.

—Vives en un convento y deberías haber comenzado tu noviciado hace semanas. Entonces deberías haber renunciado a tus comodidades.

—¿Y tú, hermano? ¿Has renunciado a todas las comodidades de la vida?

Estaba empezando a enojarme. Parecía tan razonable y de mi lado. Ahora se estaba mostrando bastante hipócrita. Hawise me había dicho que desde que hizo sus votos le había ido peor que asistir a fiestas.

Él enrojeció de molestia.

—No puedo decir que mi comportamiento haya sido ejemplar. Estoy seguro de que habrá oído... —Se interrumpió porque la hermana Agnes se acercaba a nosotros.

Me despedí y me pregunté qué nos esperaba en el convento. También me preguntaba cuándo me permitirían volver a visitar el Castillo de la Costa Oriental.

«Tal vez debería haber dejado tantas pertenencias como pude con mis tutores. ¿Qué pasa si esa trucha de cara agria y sus secuaces gruñones deciden confiscar mis cosas o venderlas para pedir limosna? Técnicamente pueden, pero no puedo creer que se atrevan. Más importante aún, ¿pueden impedirme ver a mi familia? ¿Pueden impedirme escribirle a Hawise?»

Eran pensamientos aterradores. El hermano Gethin notó que yo parecía ansioso cuando me

bajé de mi dragón y se olvidó de nuestra casi pelea.

—Intentaré trabajar contigo, no contra ti. Como saben, soy un rehén aquí, pero la iglesia me ha ordenado ayudar con su investigación y reforma. No estaba en condiciones de negarme. Muchos monjes y monjas han sido obligados de manera similar. Algunos, como estos tres, se han presentado voluntarios. Ahora bien, ¿qué tan mala crees que será realmente esta fiesta? ¿Cómo podemos restarle importancia si su nota no llegó a tiempo?

Le respondieron el sonido de una zanfona y de una flauta y el ruido de charlas y cantos. Los otros dos monjes y la hermana Agnes se volvieron hacia mí horrorizados.

—¿Qué está pasando? —preguntó el hermano Harold.

Un fuerte grito dentro del convento le respondió. Supuse que era la hermana Ida. Era una de esas mujeres tranquilas que siempre se sueltan el pelo en una fiesta y se ponen ruidosas.

El hermano Gethin se mordió el labio y rápidamente miró a lo lejos.

—Millabess, nos llevarás directamente a la fuente de ese ruido —ordenó la hermana Agnes.

¿Qué podía hacer sino entrar al convento, gritando muy fuerte dónde estábamos, como si estuviera dando a los invitados un recorrido por el lugar? Era la única advertencia que podía darles a mis hermanas.

Jennet me escuchó y salió tambaleándose para saludarme, sin lugar a dudas un poco desgastada. Ella me rodeó con sus flacos brazos pero afortunadamente no me besó.

—¡Bessy! Me alegra que hayas podido llegar a tiempo. Entra, todos están aquí y tenemos una pequeña montaña de hierbas felices. El hermano Wilf nos ha hecho sentir orgullosos. Oh, hola. ¿Son estos tus amigos? Entra. Hay mucho para todos.

Ella agarró mi brazo para estabilizarse. La hermana Agnes jadeó horrorizada.

—¿Estás borracha, jovencita?

—No. —Jennet estaba indignada—. Puedo sostener mi hidromiel. Vamos, Bessy. —Ella me empujó hacia adentro. Intenté explicarle quiénes eran los cuatro, pero ella estaba demasiado borracha para entender bien y seguía haciéndome la misma pregunta una y otra vez en voz alta.

Nos dirigimos al lugar donde se celebraba la fiesta, en el refectorio y en el jardín que había justo afuera. Unas cincuenta personas, entre monjes, monjas y novicios, además de un par de civiles, cantaban, bailaban, bebían, comían, fumaban y charlaban. Dos monjas tocaban instrumentos musicales con gran entusiasmo y cierta habilidad. Varias parejas se besaban y abrazaban. Pocas personas llevaban sus hábitos como se suponía que debían llevarse. Muchos, como yo, vestían vestidos de civil de una forma u otra. Fue una escena alegre, pero no una que hiciera sonreír a nuestros visitantes.

Los hermanos Percy y Harold y la hermana Agnes intentaron detener todo. El hermano Gethin se quedó atrás. Aplaudieron, gritaron y pidieron silencio durante minutos antes de lograrlo. Había demasiado ruido y había demasiada gente, la mayoría drogada o borracha, repartida en una gran sala y un jardín. A todos les llevó aún más tiempo comprender quiénes eran estas personas y qué querían.

Cuando por fin se hizo el silencio, la hermana Agnes empezó a castigarnos. Explicó quiénes eran ella y los tres monjes y que pronto las cosas serían muy diferentes por aquí, o si no. Nuestra bendita fundadora se horrorizaría si pudiera ver lo que se hace bajo su techo.

—¿Dónde está la abadesa Richeldis? —ella finalmente concluyó. No podía decir si había dicho todo lo que quería decir o si simplemente necesitaba respirar.

La monja que había estado tocando la flauta dejó su instrumento y se acercó tambaleándose a ella. El olor distintivo de las hierbas felices la siguió y sus ojos estaban rojos.

—¿Qué? —preguntó hoscamente—. ¿Qué quieres conmigo y mis mujeres?

La hermana Agnes perdió los estribos.

—Lo que quiero, más bien en lo que insisto, es que tu casa se reforme instantánea y completamente. Que vuestro convento se haga digno de ese nombre y sea ejemplo para el mundo. Que sigas los principios de caridad, castidad, obediencia y pobreza. ¡Por el momento no sois dignas de llamaros monjas!

La abadesa levantó una mano temblorosa. Por un momento realmente pensé que la golpearía.

—Suficiente. No estoy en condiciones de escucharte hoy. Ven y habla conmigo mañana, si es necesario. —Ella la despidió con desdén.

La hermana Agnes parecía a punto de arder cuando el hermano Percy intervino.

—Quizás eso sería lo mejor. Casi todas las personas que se encuentran bajo este techo están bajo la influencia del alcohol o las drogas. Esta noche no les sacaremos ningún sentido. Deberíamos hablar con ellos mañana por la mañana.

La hermana Agnes hizo una pausa.

—Tienes razón, hermano. Ya he perdido suficiente tiempo hoy. Millabess, estás sobria. Puede mostrarnos las habitaciones de invitados. Nos dirigiremos a la mitad femenina de esta... chusma mañana en el desayuno. Hermano Percy, por favor escriba al hermano Norbert tan pronto como pueda. Él y su grupo pueden ocuparse de los hombres y los niños mañana. Deberían llegar al monasterio al mediodía.

Una vez terminada la fiesta, mis compañeros se marcharon murmurando sombríamente. El hermano Gethin ayudó a un joven monje novicio a ponerse de pie.

—Juro que no estoy borracho —farfulló.

—Estoy segura de que no lo estás.

Ofreció su brazo al joven, quien lo tomó y rápidamente vomitó. El hermano Gethin rápidamente lo hizo girar para que se alejara de él.

—¿Es ese el fraile fornicador? —preguntó la hermana Ida en voz demasiado alta mientras una de las monjas intentaba deshacerse de las hierbas felices prendiendo fuego al alijo. Un pequeño grupo la rodeó inmediatamente, deteniéndola con fuertes súplicas y llamadas a ser discreta.

Rápidamente llevé a la hermana Agnes y a sus tres monjes a las habitaciones de invitados.

El hermano Gethin me habló brevemente esa noche para preguntarme si una fiesta así era típica de mi convento.

—Bueno, no llevo aquí mucho tiempo. Es el tercero que tenemos desde que llegué. Los otros dos tuvieron la misma asistencia.

Sacudió su cabeza rizada.

—¿Es nuestro convento *muy* disoluto? Pensé que todos los conventos eran como el nuestro.

—El tuyo no es peor que muchos —fue su única respuesta—. Sin embargo, me prepararía para mañana por la mañana. Esta es mi primera misión, pero puedo decirles que pase lo que pase no será agradable.

Estaba en lo cierto. La única bendición para mí fue que no sufría resaca mientras me lanzaban la dura reprimenda y las espantosas promesas.

La hermana Agnes comenzó mostrando la bula del Sumo Sacerdote y terminó enumerando los terribles castigos que podían esperar los desobedientes. En el medio, nos reprendió, especialmente a nuestra Reverenda Madre, por convertir una Casa de los Dioses en un lugar de indulgencia e indolencia. Siguió diciendo cuán diferentes serían las cosas a partir de hoy.

Para empezar, a todas nos dijeron que nos vistiéramos como debían vestir las monjas o novicias, y se esperaba que aquellas de nosotras que debíamos haber comenzado su noviciado

diésemos nuestros primeros pasos en una ceremonia esa misma noche.

—El noviciado se hará *adecuadamente* —subrayó—. Se necesitará un año y un día, *como exigen las normas*, a partir de esta tarde. Quienes lo completen se convertirán en monjas. Aquellos que no lo hagan serán devueltos a sus familias. Confieso que no hemos dado el mejor ejemplo.

Todos la miramos con esperanza y sorpresa.

—El hermano Gethin hizo su noviciado en nueve meses y yo en trece —confesó. Todos suspiramos por dentro—. Sin embargo, no debéis utilizar nuestro ejemplo imperfecto como excusa para la negligencia. Todos debéis esforzaros por hacer los mejores noviciados que podáis y preguntaros resueltamente si sois realmente dignas de entrar en nuestra hermandad.

Debíamos comenzar nuestra nueva vida en serio. El hermano Gethin había sido médico en su monasterio y también lo abandonaba regularmente para atender a los pacientes. Me encargaron acompañarlo al pueblo más cercano para ver qué asistencia médica se necesitaba allí. Me pregunté si me habían elegido porque me interesaban las medicinas y las hierbas y había ayudado en la enfermería del convento o porque la hermana Agnes sabía que sería inmune a sus encantos.

«Esto no es tan malo —pensé mientras los dos entramos en Landesmar—. Es un día agradable para pasear, el hermano Gethin parece ser el mejor de los cuatro y debería ser interesante».

Fue complicado charlar con él porque Hawise me había contado mucho sobre él, pero sabía que no debía saber lo que ella me había dicho. No me preguntó cómo sabía la hermana Ida su apodo. En cambio, se contentaba con hablar de medicina y preguntarme qué sabía sobre ella y sobre la salud de la población local.

Podría decirle fácilmente lo que había aprendido. Había aprendido bastante de mi tía Illustra, que era hábil, y en el convento. No me habían formado para una profesión como tal porque se esperaba que me casara y llevara una casa.

No fue tan fácil decirle lo poco que sabía de la vida de los campesinos y de la clase media en Landesmar y sus alrededores. Sabía que era mi deber como noble y religioso dar limosna y cuidados, pero mi conciencia me decía que sólo había proporcionado dinero o bienes. Me había interesado muy poco en sus vidas. En cambio, confié en otros para que me dijeran qué necesitaba dar y a quién.

«El hermano Gethin debería haber llevado consigo a una de las novicias o monjas de órdenes inferiores. Soy una dama. ¿Cómo se supone que voy a saber qué se necesita?»

Resultó que en Landesmar hacía falta mucho. La larga guerra había provocado el aumento de las epidemias y la pérdida de cosechas, y muchos aldeanos padecían problemas de salud. Las dolencias menores se volvieron graves muy rápidamente. El médico local, los hombres astutos y las mujeres sabias quedaron abrumados. Lejos de resentirse por la interferencia de un extraño, agradecieron toda la ayuda que pudieron obtener. La enfermería de mi convento estaba demasiado lejos para que la mayoría pudiera viajar, y sólo los gravemente enfermos estaban dispuestos a ser llevados allí.

Mis mejillas se pusieron calientes. No tenía idea de que estaba faltando a tal punto en mi deber. Tampoco me gustaba cómo me sentía cuando estaba rodeado de gente común. A menos que fueran sirvientes o monjas y novicias que cortésmente se mantenían reservadas, yo no sabía cómo comportarme. Me sentí incómodo y llamativo. ¿Qué pensaban de mí y qué esperaban de mí? Me parecían tan extraños que no sabía qué decir ni qué hacer.

El hermano Gethin sabía lo que estaba haciendo y me asignó tareas que hacer, por lo que le

agradecí. Cuando trató a un niño por un corte infectado, yo estaba casi relajado.

—Te la ganaste a ella y a su padre —le dije mientras nos dirigíamos de regreso al convento—. Los dejaste a ambos de buen humor.

—La física tiene tanto que ver con la mente y el espíritu como con el cuerpo. Le conté a la niña un cuento de hadas de las Tierras Occidentales para tranquilizarla y distraerla de lo que le estaba haciendo a su rodilla. Eso sí —se rió irónicamente—, mi elección de la historia podría haber sido imprudente.

—¿Oh? No lo escuché. Estaba ocupada con la anciana que se quejaba de dolores de cabeza.

—Le conté la historia del Favor Mortal. Los padres se lo dicen a sus hijos para evitar que se escapen con extraños. Aun así, como su padre no se opuso a mí, tal vez ella no me vio de esa manera.

Recordé la mención que Hawise hizo del informe de Jane, la sirvienta, a Lady Cerys y la renuencia de esta última a explicar nada. Mi curiosidad estaba viva.

—¿Qué es el Favor Mortal?

—Es una historia sobre un grupo de espíritus malignos, disfrazados de humanos bondadosos, que se acercan a los niños. Los ablandan con dulces palabras antes de mostrarles algún tipo de favor, como digamos... cintas para el cabello o dulces. Luego animan al niño a bailar con ellos y nunca más se vuelve a ver a ellos ni al niño. El niño está desaparecido y se presume muerto.

—Suenas como una lección útil para un niño que confía demasiado en aprender.

Ya estaba escribiendo mentalmente mi próxima carta a Hawise. ¿Qué estaba pasando en tierras Malwarden?

Tuve cuidado no sólo de escribir nuestro código sino de incluir una advertencia de lo que estaba sucediendo en el convento y enviar la carta lo antes posible. Tenía la firme sospecha de que la hermana Agnes iba a tomar medidas drásticas contra nuestras cartas. Noté lo cargados que estaban los sprites y cómo una gran proporción de ellos eran dorados. Los demás habitantes del convento evidentemente tenían los mismos temores y estaban dispuestos a pagar por el mensajero más rápido y caro.

Un aire de desesperada imprudencia rápidamente se apoderó del convento. Queríamos aprovechar todos los placeres que pudiéramos, porque ¿quién sabía cuándo nos los quitarían? Jennet y yo aprovechamos cada oportunidad que pudimos para estar juntas. Hasta la llegada de la hermana Agnes y sus secuaces habíamos sido relativamente discretos, pero ahora nos volvimos más atrevidos. Éramos menos cautelosos y era inevitable que al final nos descubriera alguien a quien le importara. Mirando hacia atrás, sólo puedo negar con la cabeza ante nuestra ingenuidad.

Tuvimos suerte de que fuese el hermano Gethin quien fue sorprendido acostado en su celda, medio desnudo, uno en brazos del otro. Me estremezco al pensar qué habrían hecho los otros tres.

No había manera de que pudiéramos negar lo que estábamos haciendo, ni lo intentamos. Jennet se sonrojó y miró al suelo. Logré sostener su mirada consternada, esperando que hablara.

—Podía oírte desde el pasillo. Cualquiera podría haberse topado contigo. ¿Qué pasaría si uno de los demás te hubiera escuchado a ti en lugar de a mí?

No pudimos discutir eso, así que nos vestimos. Me levanté para irme.

—Por favor, no se lo digas a nadie —rogó Jennet.

—No lo haré, pero seguramente puedes ver que lo que estás haciendo está mal. Debes considerar a todas las monjas y novicias como hermanas de igual valor, aparte de la abadesa, que será tu madre. Se le pedirá que haga una promesa de castidad de por vida cuando haga sus votos perpetuos.

Continué sermoneándome mientras me acompañaba a la sala tranquila, donde debía estar. Me enfureció. La hipocresía siempre lo hizo. Comprobé cuidadosamente que no hubiera nadie alrededor antes de decir lo que pensaba.

—Tienes poca memoria, hermano.

—¿Qué quieres decir?

—Hermano, me acuesto con *una* mujer. Tu reputación te precede. ¿Necesito decir algo más?

—No niego que he roto repetidamente mis votos de castidad, pero nunca he tomado a ninguna de esas mujeres en mi corazón. No puedo porque ya lo tiene alguien más. Tampoco he hecho nunca nada en propiedad de la iglesia o cuando debía cumplir con mi deber.

—No renunciaré a mi Jennet. —No podría decir más que eso.

—Lady Millabess, ¿sabe qué pena sufrirá si alguien que no sea yo la pille acostada con su Jennet? Me enviaron al Woldsheart por miedo a la castración. Sí, castración. El antiguo castigo para un monje fornicador. No se ha llevado a cabo desde hace más de doscientos años, pero una fuente muy bien situada me informó de forma fiable que todo esto cambiará pronto. Sólo puedo confiar en su esperanza de que los castigos no se apliquen retrospectivamente. Sería imposible castrarte, pero ya sabes lo que implica el equivalente femenino.

Imágenes de hierros candentes aparecieron en mi mente. Jadeé antes de que pudiera detenerme. La expresión de sus ojos se suavizó.

—Como dije el día que nos conocimos, quiero trabajar contigo, no contra ti. Déjame advertirte. Cambia tus costumbres y obedece todas las reglas que una monja novicia debe obedecer o abandonar el convento. Estás lejos de hacer tus votos perpetuos. Tendrás la oportunidad de irte.

—Vine aquí porque era preferible a contraer un segundo matrimonio. —No vi el sentido de mentir frente a su honestidad. También sentí que sería una falta de respeto.

—Quizás pienses diferente ahora que puedes ver cómo serán las cosas. Sospecho que muchos se irán porque la vida del convento no es lo que esperaban. Algunos novicios incluso pueden ser retirados por sus familias, por temor a las duras penas que podrían sufrir si desobedecen.

El hermano Gethin tenía razón. La vida en la Luna Nueva cambió por completo en una semana. La abadesa Richeldis fue pensionada en un lugar lejano. Tenía más de sesenta años, pero gozaba de excelente salud y era más que capaz de dirigir el convento hasta que llegara el nuevo régimen. Todos lloramos al verla partir. La hermana Agnes se instaló como abadesa temporal hasta que se pudiera nombrar un candidato permanente adecuado. Los tres monjes se quedaron para ayudarla.

Mi ropa de civil, mis joyas, mis libros, mi laúd, todas mis posesiones que había dado por sentado fueron devueltas a mis tutores, con una explicación genérica. Las reglas ahora se estaban aplicando correctamente y una monja novicia no necesitaba bienes tan mundanos. De hecho, ahora era una monja novicia. Mi cabello todavía era largo, pero lo cubrí todo con un pañuelo sencillo y mi cuerpo estaba cubierto con una túnica de lino tosco y sin teñir. Lo que llevaba debajo de la bata, mi camisola, calzoncillos, medias, falda, enagua y botas, era idéntico a lo que llevaba cualquier otra novicia y de peor calidad que a lo que estaba acostumbrada.

Había hecho mis primeros votos, los votos que demostraban que estaba comenzando el noviciado, junto con las otras niñas y mujeres que no eran monjas en el convento. Mis días los pasaba en el culto, en la enfermería, visitando a los necesitados en Landesmar y en la contemplación. También tuve largas conversaciones con las monjas mayores sobre mi viaje espiritual y lo que significaba ser monja. La hermana Agnes, el hermano Percy o el hermano Harold casi siempre estaban presentes, mirándonos con ojos brillantes y escuchando atentamente. El hermano Gethin rara vez estaba a solas con cualquiera de nosotras, aparte de mí y de otras dos monjas que se amaban. Me preguntaba si eso era para preservarnos a nosotros o para preservarlo a él.

Como novicias, no debíamos visitar a nadie ni recibir visitas durante los primeros tres meses de nuestro noviciado, pero incluso la hermana Agnes tuvo que hacer concesiones para apaciguar a las familias enojadas. Muchos padres, hermanos y tías se presentaron ante su puerta, exigiendo ver a sus parientes que inesperadamente se les ocultaban. Permitió visitas al convento a principios de octubre.

—Hicimos nuestros primeros votos el 10 de septiembre —le dije a Jennet la tarde del 28 de

ese mes. Habíamos tenido pocas oportunidades de estar solos desde que el hermano Gethin nos atrapó, y no nos hubiéramos atrevido a hacer nada si nos hubieran presentado más—. Mucho ha cambiado desde entonces. No puedo esperar a ver a mis guardianes. ¿Te dije que te visitarán el fin de semana? ¿Verás a tu padre y a tu madrastra?

—Sí.

Continué puliendo el latón frente a ella. Desde que la hermana Agnes se hizo cargo, habíamos empezado a hacer trabajos de baja categoría, para mi disgusto. Sin embargo, esta no fue la razón de mi infelicidad. En las raras ocasiones en que podíamos hablar, Jennet hablaba monosilábica y evitaba mirarme. Le había preguntado más de una vez qué había hecho para lastimarla, pero ella simplemente se encogió de hombros y dijo que no pasaba nada.

Esa tarde no repetí la pregunta. En cambio, adopté un enfoque diferente.

—Jennet, estamos bastante seguras charlando, siempre que no digamos nada tan provocativo. Prometo nuevamente que nunca volveré a hacer nada que pueda ponernos en peligro a ninguna de las dos. No te tocaré más de lo que tocaría a otra persona. No te llamaré por un apodo. Seremos amantes sólo en espíritu. Nada nos separará.

—Sí. Ya lo has dicho antes.

Me mordí el labio mientras mi garganta se contraía y traté de concentrarme en frotar mi sección de latón. Intenté decirme a mí mismo que ella simplemente tenía miedo de cualquier castigo que pudiéramos recibir por ofensas pasadas.

—¿Cuándo vendrán tus padres? —preguntó de repente.

—Me dijeron que llegarán aquí alrededor de las dos de la tarde del sábado.

El silencio volvió a caer. Envalentonado por su inesperada curiosidad, le hice la misma pregunta.

—No lo sé todavía. —Sus ojos granates se centraron en el metal brillante frente a ella. Ella no me miraba y se sujetaba la cabeza con torpeza. La conocía demasiado bien como para no saber cuándo estaba mintiendo.

Para salvarme de más dolor, la dejé tan pronto como pude. Ella apenas pareció darse cuenta de que me había ido.

Prometí evitarla tanto como fuera posible, con la vana esperanza de que ella me extrañara, viniera a buscarme, se disculpara y me explicara. No lo hizo. Matilda recibió al día siguiente una carta de su madre ordenándole que abandonara el convento. Lady Mariynn declaró que no quería que su hija de alta cuna trabajara como una campesina. Como Matilda tenía menos de veintiún años y aún no era monja, podía ser retirada si sus padres lo ordenaban, sin su consentimiento. Esto no fue una sorpresa para Matilda, ni tampoco se sintió decepcionada. Estaba feliz de dejarnos el fin de semana. Jennet estaba presente cuando nos lo dijo. Matilda y las demás novicias nos dejaron en paz. Esperaba que ella hablara, pero no lo hizo. En cambio, rápidamente siguió a los demás fuera de la habitación, pareciendo decididamente avergonzada.

La siguiente vez que habló conmigo fue el sábado por la mañana a las once. La vi en el jardín con su padre y su madrastra, quienes hablaban con la hermana Agnes. Muchos otros visitantes se mezclaron con las monjas y novicias.

—Te doy permiso para partir en esta misma hora —afirmó la nueva abadesa—. Puedes viajar con tu atuendo de convento, si nos lo envías tan pronto como puedas. Del mismo modo, toma sólo lo que necesites y no tengas en casa, como un peine, y devuélvelo si puedes.

—No, tenemos suficiente para nuestra hija —declaró con orgullo su padre—. Ella no necesita llevar nada con ella. Jennet, ¿quieres despedirte de alguien antes de que nos vayamos? ¿Permitirá esta pequeña indulgencia, Reverenda Madre?

Antes de que cualquiera de las mujeres pudiera responder, di un paso adelante para que tuvieran que verme. Todos se volvieron hacia mí. Jennet parecía a la vez culpable y desafiante, la hermana Agnes parecía sospechosa, mientras que el padre y la madrastra de Jennet parecían neutrales. Podía sentir mi rostro tornarse frío y mi mandíbula caer. Sólo puedo adivinar cómo me veía.

Jennet se hizo cargo de la situación.

—Déjame hablar con Millabess por un momento. —Ella me tomó del brazo y me apartó, tratando de ocultarnos moviéndose detrás de un grupo grande.

—Bessy, me voy. No te lo dije porque no quería lastimarte. No me gusta el nuevo régimen del convento. Es demasiado duro y las penas que podemos sufrir son demasiado crueles. Le escribí a mi padre. Está buscando concertar un matrimonio para mí con Oswin, un pariente lejano nuestro.

Me tambaleé hacia atrás como si ella me hubiera apuñalado. Ella se movió para dejarme, pero rápidamente la agarré del brazo. A pesar de mi conmoción y dolor, tenía preguntas para ella.

—Pensé que habías venido aquí para evitar el matrimonio. Pensé que eras como yo, que amabas a las mujeres y no querías acostarte con ningún hombre. Me dijiste que tu padre intentó desposarte con Oswin hace un año y estabas decidida a impedirlo.

—Ese fue Godwin, no Oswin. Godwin estaba debajo de mí. Sus abuelos eran pastores y sus ingresos son dos tercios de los de mi padre. No, si me caso con Oswin, seré rica y con mi igual social. Si no, todavía hay tiempo para buscar otro partido adecuado y mientras tanto estaré más cómodo que aquí.

—¿No me amas? ¿Era esto... todo entre nosotros... sólo una mentira para evitar el matrimonio con alguien que no te importaba?

Sacudió la cabeza como si quisiera deshacerse de una mosca que la atormentaba.

—Mira, me gustan tanto las mujeres como los hombres. Sabes que eres hermosa. No fingí nada allí... pero necesito mirar hacia mi futuro. Tenemos que cuidarnos a nosotras mismas en este mundo. Cuando hicimos nuestro pacto, pensé que viviría una vida más fácil sin la amenaza de hierros candentes y Diosa sabe qué más se cernía sobre mí. Obviamente, todo eso ha cambiado así que...

Ella se alejó. Intenté agarrarla del brazo otra vez, pero ella poseía una fuerza nervuda y pies rápidos.

—Adiós, Bessy —gritó alegremente por encima del hombro—. Gracias por tus buenos deseos y te deseo suerte en tu camino espiritual.

De repente, una mano me agarró del brazo y me apartó. Me di vuelta sorprendida. Era el hermano Gethin. Me estaba arrastrando hacia la enfermería, diciéndome en voz alta que necesitaba mi ayuda para preparar las tinturas.

—Ven conmigo —siseó, dejando caer mi brazo—. Pareces a punto de colapsar. La hermana Agnes ya te mira con mucha astucia. Menos mal que el hermano Percy la ha distraído.

Obedecí y lo seguí en silencio hasta la enfermería vacía.

—Pensé que ella me amaba —gemí—. Pensé que lo que teníamos era real. Pensé que podríamos tener una amistad especial sin el lado físico de las cosas. ¿Acaba de usarme? ¿Fue todo sólo una mentira?

Me miró con ojos comprensivos. Recordé que él también se separó de la mujer que amaba.

«Sin embargo, según Hawise, el amor entre él y Lady Marjory es recíproco y real. Es un vínculo fuerte y apasionado que ha resistido muchos traumas. ¿Qué es peor? ¿Amar como ellos o ser engañada como yo?»

—Mira. —Atravesó mis pensamientos y me arrojó un mortero—. Párate a mi lado y muele las hierbas que cortaré. Mantén tu voz en un susurro si debes hablar. No creo que corras peligro porque ella ha salido del convento. La hermana Agnes debe haber adivinado lo que pasó entre ustedes, pero eso ya es cosa del pasado. Por el amor de Dios, no le escribas ni intentes visitarla. Ella, odio decirlo, nunca se comunicará contigo. Eso debería mantenerte a salvo.

—Gracias —susurré, ahora agradecida por lo que había hecho.

Él asintió y comenzó a hablar en voz más alta sobre el valor de las tinturas y las muchas dolencias que podían curar. Apenas entendí nada de lo que me dijo. Mis pensamientos eran un torbellino. No podía digerir cómo Jennet me había dejado y solo había aceptado estar conmigo en primer lugar porque la primera opción de su padre era un hombre relativamente pobre con raíces humildes. ¿Cuánto de nuestra relación se había basado en mentiras? Ella había dicho que me encontraba atractiva, pero ¿podría siquiera creerla? Repasé cada toque y palabra que habíamos intercambiado, tratando en vano de encontrar alguna señal de su engaño.

Cuando llegaron mis guardianes, yo podía parecer tranquilo y con los ojos claros. Pude hablar y actuar de una manera que sólo podría atribuirse a vivir bajo un régimen severo. Ciertamente así lo pensaron.

—¿Quieres quedarte? —me preguntó el tío Piers—. Esto no es lo que ninguno de nosotros esperábamos.

Me encontré respondiendo de inmediato y con sinceridad.

—Sí.

—Si te fueras, podrías quedarte con nosotros antes de volver a casarte —ofreció tía Illustra.

Esta fue mi razón para quedarme. No podía afrontar un segundo matrimonio, especialmente después de la traición de Jennet. ¿Cómo podría volver a confiar en alguien así o acostarme con un hombre?

—No, me quedaré aquí, gracias.

Me dijeron que habría otras oportunidades para que los visitara o que vinieran al convento antes de que yo tomara mis votos definitivos e irreversibles. Asentí, todavía segura de que estaba tomando la decisión correcta. El menor de los dos males.

La hermana Agnes no se acercó a mí. Esa noche me quedé mirando el techo de mi celda, preguntándome si me atrevería a escribirle todo lo que quería escribirle a Hawise.

Narrativa continuada por Lord Ambrose de las muchas casas de las Tierras Occidentales.

El otoño de 2015 comenzó con rumores lejanos de problemas que se convirtieron en huracanes que nos amenazaron a todos. Mi profesión de observador significaba que no sólo veía lo que pasaba en el otro mundo, ese extraño lugar de Internet, las democracias y los aviones, sino que veía casi todo lo que pasaba en mi mundo. Sabía más que la mayoría de la gente porque hablé con muchas personas diferentes sobre el otro mundo, nuestro mundo y el vacío entre ellos.

Desafiaron el olor de mi piel sucia para hablar conmigo, un señor que podría tener alguna influencia sobre los acontecimientos. Mi decisión de no lavarme estaba dando sus frutos de forma inesperada. Si alguien se acercaba a mí, tenía algo importante que decirme. Nadie me molestó con trivialidades.

El interregno de las Tierras Occidentales había comenzado en el verano de 2012, cuando todos los posibles candidatos a su trono finalmente estaban muertos y el consejo que gobernaba mi tierra natal no lograba mantener el control del país sin la autoridad de un monarca. Más habitantes de Occidente estaban ahora más preocupados por su gobierno inestable que por la guerra en curso con su vecino. No fueron las tropas enemigas las que saquearon, violaron y masacraron, sino bandas criminales locales, que se volvieron audaces por la falta de elementos disuasorios eficaces. La milicia en su mayoría hizo lo mejor que pudo, pero sus comandantes los enviaron aquí, allá y a todas partes, incapaces de permanecer en un lugar el tiempo suficiente para imponer el orden. Algunos incluso habían desertado y se habían pasado al Woldsheart, o peor aún, a bandas criminales. La pobreza y sus hermanas, el hambre, las enfermedades y la desesperación, abundaban.

Se llevaron a cabo muchas discusiones serias sobre lo que se debía hacer, pero cualquier alivio fue temporal ante un gobierno tan deficiente.

Un buen día de mediados de octubre, estaba de regreso en Castle Malwarden cuando Marjory me trajo nuevas noticias de una peste en un pueblo cercano.

—Owen y Cerys, por supuesto, han ordenado su aislamiento durante cuarenta días y cuarenta noches, y han enviado socorro. Ya hemos recogido casi toda la cosecha, lo que facilita un poco la situación.

Asentí con aprobación.

—¿Hay noticias? —ella me preguntó.

—Todos los habitantes del otro mundo, con excepción de unos pocos elegidos, siguen

ignorando nuestro mundo, ojalá continúe por mucho tiempo. Ninguna criatura malvada del vacío entre los mundos ha escapado desde que capturaron y dispararon a la última en la primavera.

—Bien.

—Sin embargo, he escuchado dos informes más de personas desaparecidas. Uno es un adulto, esta vez, un hombre de veinte años. La otra es una niña de diez años. Ambos son de la Casa de Malwarden y viven en nuestras tierras, aunque no viven cerca uno del otro. El consejo, algunos observadores y la milicia están investigando y no creen que se conocieran.

—¿Creen que fueron las desapariciones de las llamadas Favor mortal? ¿Había señales de ello?

—No lo sabemos en el caso del hombre. Parece haber desaparecido sin previo aviso el pasado jueves por la tarde. Sin embargo, las amigas de la niña contaron que tenía un fino collar de cuentas de vidrio, que su familia dice que no le regalaron, y habló de una amable señora que le regalaba dulces a cambio de intentar buscar a su gato perdido. Sus amigas dicen que la niña hablaba como si estuviera orgullosa de ver a esta misteriosa señora que le hacía regalos, cuando sus amigas nunca la vieron ni recibieron nada.

—¿Le describió a la dama a sus amigos? ¿Alguien más podría haberla visto?

—Todo lo que los niños pudieron decir fue que ella era una señora, que era amable con su amiga y capaz de proporcionarle un collar de aspecto costoso. Tres niñas vieron el collar y dijeron que parecía de mayor calidad que cualquier cosa que ellas o sus madres poseyeran. Nadie vio a la señora, ni al gato ni a los dulces. Es justo lo que la niña desaparecida les dijo a sus amigos.

—¿La chica también desapareció repentinamente?

—Sí, en algún momento entre el mediodía y las primeras horas de la tarde del lunes.

—¿Se vio a algún extraño cerca del hombre que desapareció?

—No se mencionó ninguno.

Caminamos por el tranquilo huerto, sumidos en nuestros pensamientos durante algún tiempo. Esta era una noticia más preocupante después de años de incertidumbre que no prometían nada bueno.

—Les recordaré a mis tres que tengan cuidado y no se vayan con extraños —dijo finalmente—. Cerys y Owen harán lo mismo. En cuanto a Nessa, Madoc y Lewis... —Su voz se apagó.

—Clementia hará lo mejor que pueda —le ofrecí—. Además, tú, Owen y Cerys siempre les demuestras tu amor y cuidado.

—Es mejor que lo hagamos porque Dios sabe que los otros tres fallan en su deber como padres. Se lo dejan todo a Clementia, tutores y sirvientes.

—¿Cómo se llevan los pequeños rehenes?

—Por lo que sé, ambos se han adaptado. Eluned e Isabeau se llevan bien con ellos, especialmente con Rosamund. Me enorgullece decir que Bran está atento a ellos. Es todo un hermano mayor para ellos.

—Bien. Volverán a casa en enero, ¿no?

El rostro de Marjory decayó.

—Entre tú y yo, no creo que eso sea muy probable. Es demasiado peligroso viajar lejos. No es tanto la guerra sino las bandas criminales. Nuestra mejor esperanza es persuadir al gobierno de Lothwold de que no intercambie rehenes hasta que las cosas mejoren.

—Hacerlo les conviene tanto a ellos como a nosotros —los tranquilicé—. Nadie quiere que sus familiares sufran daño, especialmente cuando se hizo en un viaje innecesario.

«Además, es poco probable que Gethin regrese pronto a las Tierras Occidentales. Necesita

comportarse en otro reino y que se le vea comportarse así para permanecer intacto».

El rostro de Marjory me dijo que ella estaba pensando lo mismo, así que traté de distraerla.

—¿Cómo te llevas con Lady Hawise estos días? Hace varias semanas que no la veo, porque me llaman de aquí para allá por asuntos de negocios.

—Ella mejora al conocerla más de cerca, eso se lo reconozco. Ella no es una completa flibbertigibbet ni absolutamente egocéntrica. La he oído hablar en tono muy preocupado sobre su familia y amigos. Ella es capaz de cuidar y sirve bien a Cerys. Creo que ha dominado el arte de llevarse bien con la gente y he logrado utilizarla en mi negocio. Es agradable y ha mostrado momentos de astucia. Sin embargo, nunca seremos amigas cercanas. Su situación como rehén siempre será un obstáculo y nuestros personajes son completamente diferentes.

—¿Cómo la encuentras?

—Bastante agradable. No hablo mucho con ella.

Marjory fue demasiado amable al decirme que rara vez hablaba mucho con nadie y que mi olor mantenía alejada a la gente. Sabía que sólo estábamos teniendo una larga conversación porque estábamos afuera y caminábamos en medio de una fuerte brisa.

Me sentí particularmente feliz de mantener alejada a Lady Hawise. Francamente, la mujer me aterrorizaba. Sólo podía estar de acuerdo con la mayoría de los habitantes del castillo en que ella tenía modales encantadores, un carácter tranquilo y una cara bonita, pero aun así me asustaba.

Fue su apetito sexual y su comportamiento licencioso lo que me llenó de miedo. Había visto indicios de ello en cómo miraba a ciertos hombres y en cómo coqueteaba. Nada pudo convencerme de que era paranoia. Temía que volviera sus hermosos ojos azules hacia mí. El sexo, en general, me ponía nervioso, aunque nunca lo admitiría.

Cuando era un joven de dieciocho años, tenía muchas ganas de casarme con Sophie. Lady Sophie de Malwarden, que vivía en la costa. Sin embargo, sus cicatrices pronto se convirtieron en las mías y el sexo rápidamente nos aterrorizó a ambos. Logramos consumir el matrimonio, pero sólo tres veces, y el sexo rápidamente se convirtió en un tema tabú y algo que había que evitar a toda costa.

Sólo Owen sabía lo que había pasado entre nosotros, y sólo más tarde supe lo que le había sucedido a Sophie antes de unirnos. Murió poco después de nuestro segundo aniversario de bodas debido a complicaciones causadas por años de hambre autoinfligida. Me quedé lleno de culpa, resentido, decidido a no volver a casarme nunca más y sin mucha idea de cómo ser marido o cómo tener intimidad con una mujer.

No lavarme el cuerpo funcionó. Nadie se acercó a mí, a menos que fuera necesario, y yo no era un heredero presionado para casarme y continuar un gran linaje. Me quedé en una paz solitaria.

La robusta salud y apariencia de Lady Hawise, su confianza, su extroversión y su reputación me fascinaban y repelían al mismo tiempo. Su gran apetito y su fuerza general de cuerpo y mente me hicieron estremecer. Los rumores sobre ella, que no la hicieron sonrojar, fueron sólo la guinda del pastel. Ella era lo opuesto a Sophie en todos los sentidos posibles. Nunca me alegré más de haber evitado el agua y el jabón que cuando estaba en su presencia.

A finales de mes, habían ocurrido acontecimientos que alejaron de mi mente a Lady Hawise y a mi difunta esposa, e incluso a la política y a los niños desaparecidos.

Debido a la guerra y al interregno, quienes vivían en mi país se habían familiarizado con la violencia, el hambre, las enfermedades y la pobreza en diversos grados. Los pobres fueron los que más sufrieron, pero nadie quedó inmune. El caos y la incertidumbre eran parte del día a día de todos. Sin embargo, había límites. A veces se producían protestas, pero nadie esperaba que se

violara la bandera. De manera similar, los perros se utilizaron ocasionalmente como armas, pero nadie imaginó jamás que los dragones pudieran usarse de esa manera.

Violar la bandera significaba tomar la brillante y familiar bandera de la propia nación y desfigurarla con pintura, antes de prenderle fuego. Señaló una protesta para poner fin a todas las protestas, un motín en el que se ignorarían todas las reglas de la sociedad. El objetivo era derrocar no sólo al gobierno actual sino al mismo sistema bajo el cual opera el gobierno.

Esto no había sucedido en ningún lugar que se recordara, ni durante los últimos mil años en las Tierras Occidentales. Tuvo lugar hace un siglo en Doggerdale, y los efectos todavía se sienten cien años después. El acto de violar la bandera era tabú por sus consecuencias. Iba en contra del orden natural de las cosas, pero no era inimaginable porque la gente lo había hecho.

El uso de dragones como arma *era* inimaginable hasta que sucedió. Nunca se había hecho antes. Los dragones discapacitados eran ayudantes leales que defenderían a sus dueños, pero solo si la vida o la integridad física estaban en peligro. Los dragones normales eran como niños o gatos del tamaño de un carro. Dóciles con nosotros, contrarios a veces y propensos a riñas entre nosotros. La idea de que uno pudiera ser entrenado para apuntar con su fuego a las personas era impensable. La idea de que alguien lo entrenara para hacerlo provocaba escalofríos en la columna vertebral de cualquier persona en su sano juicio.

Era el sabbat de Samhain y lo celebramos con entusiasmo en el Castillo Malwarden. Es decir, la mayoría de la gente lo hizo. Yo, como siempre, mantuve la distancia. El tiempo que pasé con Sophie había apagado mi apetito de alegría. Además, no quería encontrarme con su alma en la época del año en la que el velo entre nuestro mundo y el próximo es más permeable.

Lady Hawise se unió a la alegría, gritando y riendo mientras se jugaban los tradicionales juegos estridentes. Marjory parecía más feliz de lo que la había visto en semanas, y sus hijos estaban tan emocionados como cualquier otro niño en el ruidoso y abarrotado castillo. Owen, Cerys y mi tía Isolde se unieron con tanto entusiasmo como todos los demás. Incluso la mansa Clementia se animó.

Me escabullí y fui a buscar mi telescopio. Era una buena noche para contemplar las estrellas y hacía mucho tiempo que no había tenido la oportunidad de contemplar un cielo despejado.

Me dirigí a la torre más alta, saboreando la paz y el aire frío después del ruido y el calor del Gran Salón.

Algo que no era celestial me llamó la atención. Algo que parecía lava brillante, algo que vi una vez en mis viajes, ardía intensamente en la distancia. Me puse el telescopio en el ojo y lo ajusté antes de jadear de horror, sin querer creer lo que me decían mis sentidos.

Nuestro pueblo más cercano, Mendoc, estaba en llamas. Podía distinguir edificios en llamas, llamas anaranjadas saltando y gente diminuta dando vueltas.

Corrí de regreso al Gran Comedor e interrumpí el juego de Adivina en quién estoy pensando. Fue necesario medio minuto de un tiempo precioso para llamar la atención de todos.

—¡Mendoc está en llamas! Todo el pueblo se ha levantado. Estaba mirando las estrellas y las vi a través de mi telescopio. Debemos ir allí de inmediato.

Después de los esperados gritos de incredulidad y de las exigencias de que me repitiera, me hice lo suficientemente comprendido como para reunir un grupo para ir allí directamente. Volamos sobre los dragones más rápidos que teníamos, pero cuando llegamos allí, la aldea era un muro de calor insoportable.

Una mujer se acercó tambaleándose a nosotros y reconoció a Cerys. Ella cayó de rodillas.

—¡Señora, sálvanos! Violaron la bandera y luego usaron un dragón para quemar la iglesia. Se rió al ver arder el edificio sagrado antes de incendiar varias cabañas, y se está extendiendo.

Ayúdanos. Si usted no puede ayudarnos, señora, ¿quién podrá?

Esta noticia fue más espantosa que las llamas. Al principio pensamos que la habíamos entendido mal, pero nuestros ojos lo confirmaron. Un dragón verde esmeralda deambulaba, escupiendo fuego al azar. La gente huyó gritando.

—Los santos y las almas santas nos preservan —susurré, haciendo la señal del círculo.

—Humano, tengo miedo —gimió mi dragón Herbert—. Ese es un dragón malo. No deberían usar el fuego de esa manera.

Intenté calmarlo, pero se estaba poniendo peligrosamente irritable, lo que hizo enojar a los otros dragones. Tuvimos que desmontarnos por nuestra seguridad.

El dragón verde nos vio y se acercó pesadamente, pero afortunadamente estábamos preparados con virotes y ballestas. Los guardias lo mataron a tiros, lo que puso histéricos a nuestros dragones.

Todos hicimos lo mejor que pudimos en esa noche terrible. Una cadena humana, que yo encabezaba, llevaba agua del río para apagar las llamas. El entrenador de dragones más experimentado entre nosotros calmó a nuestras bestias. La gente iba a ayudar a los demás.

Descubrir exactamente qué había ocurrido no era nuestra primera prioridad y, en cualquier caso, resultó ser más difícil de lo que habíamos previsto.

Finalmente supimos lo que había sucedido.

A última hora de la tarde del 31 de octubre, justo cuando oscurecía, tres hombres y una mujer entraron en el pueblo montados en un dragón verde brillante. Con ellos llevaban la bandera de las Tierras Occidentales, lo que llamó la atención pero no la preocupación.

Se dirigieron al mercado, junto a la iglesia, que estaba llena de gente. Allí, la mujer pronunció un discurso devastador, condenando al corrupto Consejo del Interregno y a la nobleza que supervisaba un estado moribundo. Había llegado el momento de darle la vuelta al mundo fallido y forjar uno nuevo a través del fuego.

Los discursos incendiarios no eran raros en estos tiempos turbulentos, por lo que nadie se molestó demasiado por las ardientes palabras de la joven. Eso cambió cuando dos de los hombres tensaron la bandera mientras el tercero le arrojaba pintura negra. Luego el dragón le prendió fuego.

Esto sorprendió a todos los presentes. Al igual que yo, les costaba creer lo que veían. Los manifestantes no se sorprendieron por lo que habían hecho. En lugar de eso, vitorearon, acariciaron al dragón y lo llevaron a la iglesia, tras lo cual respiró hondo y prendió fuego al antiguo edificio.

Se produjo el pánico. El grupo de cuatro pareció desvanecerse, nadie sabía quiénes eran ni adónde iban. La única preocupación de los aldeanos era por sus propias vidas. Parecía una bendición de los dioses que ninguno de ellos muriera o resultara gravemente herido, pero la devastación en hogares y medios de vida fue enorme. El daño a la tranquilidad de todos fue incalculable.

Conocí a Owen dos días después del ataque. Mi sorpresa y miedo se reflejaron en su rostro pecoso.

—Dios mío, primo —susurré—. ¿Qué hacemos ahora?

Narrativa continuada por Lord Owen de Malwarden

No tenía respuesta a la aterrorizada pregunta de Ambrose, pero esperaba tenerla pronto. El Consejo del Interregno, formado por hombres y mujeres de todas partes de las Tierras Occidentales, se reuniría después del mediodía. Con su ayuda, Cerys y yo esperábamos hacer milagros y decidir qué hacer a continuación.

La violación de la bandera y el uso de un dragón para provocar un incendio provocado fueron tan terribles que casi todo el consejo se reunió en nuestro castillo sin previo aviso. Sólo quienes alegaron estar enfermos se mantuvieron alejados. Cerys y yo asistimos, pero nadie más de mi familia fue parte. Inusualmente, estuvo presente un embajador extranjero, Fulk de Lothwold. Su señor se había enterado de lo sucedido y había enviado a su portavoz al oeste para lanzar terribles amenazas.

—Su señoría insiste en que se restablezca el orden o las Tierras Occidentales serán invadidas para lograrlo —afirmó suavemente.

Lo miré, bastante horrorizado pero no del todo sorprendido. Fulk era un hombre de unos cincuenta años que había sido embajador durante más de veinte años. Su actitud era fría y confiada hasta el punto de la arrogancia. El señor de Lothwold no era conocido ni por su diplomacia ni por sus sabias palabras.

—Por supuesto, su señoría no puede invadir otra tierra soberana sin el permiso de su soberano, algo que la reina Isabel nunca concederá. Naturalmente, debo obedecer a mi señor y amo y venir aquí a repetir sus palabras, a pesar de estar disgustado por su estupidez. Sin embargo, estoy de acuerdo en que se debe restaurar y mantener el orden. Es de interés tanto para Woldsheart como para Westlands. Nadie quiere un Estado fuera de control en su frontera. La violencia traspasa las fronteras, seguida de los refugiados, cuando tenemos suficientes pobres propios, no podemos comerciar con un Estado así y los desvalidos locales se sienten inspirados a lanzar sus propias campañas violentas. No, hay que restablecer y mantener el orden.

Como jefe de la Casa de Malwarden, me sentí obligado a hablar.

—Puedo asegurarle, señor, que estamos abordando esto. Los malhechores están siendo perseguidos, al dragón le dispararon, la milicia ha aumentado su apoyo y estamos dando limosna a los afectados.

Sacudió la cabeza.

—Esa es una solución temporal y ambos lo sabemos. El interregno debe terminar. Genera inestabilidad política y sus muchos males.

Esto era algo en lo que todos estábamos de acuerdo. El problema era que no teníamos un

candidato adecuado. Si lo hubiéramos hecho, habría sido coronado hace años.

—¿Por qué no se ha ungido ningún monarca? —preguntó Fulk.

—El último de la línea se extinguió hace tres años, y nosotros no podía elegir a nadie más sin provocar una guerra civil —respondió Magnus. Se había casado con la hermana de Cerys y una vez dirigió a los guerreros de Ishelmer. Tras su matrimonio con el jefe de la Casa de Pendroch, renunció y actuó como consorte de su esposa. No reveló secretos nacionales. Este problema ocurrió en todo el mundo civilizado. Había tanta rivalidad entre casas como entre reinos—. Elijamos a quien elijamos, alguien se opondrá. Producirán a alguien con un mejor reclamo hasta el infinito, pero todos necesitamos una figura que los respalde.

Asentí. La belleza de nuestro sistema era que la calidad del monarca real no importaba demasiado. En el trono podía sentarse un niño, un idiota, un déspota o un loco. Cualquiera o todos, y los cortesanos podrían garantizar que una buena imagen como se mantuvo en público, mientras que el consejo se aseguró de que los negocios transcurrieran sin problemas entre bastidores. Sin embargo, era preferible un adulto sabio, humano y con experiencia en la vida.

—Lo que necesitamos es alguien que tenga vínculos con todas las casas de Westlands y sea como para producir descendencia sana. Alguien que escuche los consejos y que vea el mundo con claridad. Lo suficientemente mayor para tener experiencia y lo suficientemente joven para las exigencias del trabajo. Una persona así no existe —afirmó mi esposa con triste sencillez.

Me golpeó como agua fría.

—Ambrose —susurré.

—¿Qué? —exigieron muchas voces.

—El sobrino de mi tutor. Ambrose. Tiene sangre de todas las casas de Westlands en sus venas. En el pasado le fue en contra, pero ahora está decididamente a su favor. Cumplió veinticinco hace aproximadamente un mes. Tiene años de experiencia como observador. Él es noble. Su salud ha sido buena desde que lo conozco.

Cerys negó con la cabeza.

—Eso es cierto, pero no agregues que apesta al cielo. Literalmente no se ha lavado durante años. No desde que murió su esposa. Ese no es el acto de un hombre en su sano juicio y, para ser sincero, me asombra su estado de ánimo. Se reserva para sí mismo hasta un punto ridículo, eso no puede hacerlo feliz, pero parece vivir voluntariamente en una prisión solitaria que él mismo ha creado.

—Sin embargo, su matrimonio fue suficiente para volver loco a cualquiera, pobrecito. Que Dios descanse Sophie, pobre alma. —Rápidamente hizo la señal del círculo.

No todos estaban familiarizados con la historia, por lo que se vio obligada a explicarla. Estaba molesto. Este era un negocio familiar, y no vi la necesidad de que ella hablara de ello más de lo necesario para dejar claro por qué Ambrose nunca podría ser rey. Sin embargo, tuve que admitir que ahora podía ver por qué no nos habíamos acercado a él antes.

Ella contó una historia lamentable, una que siempre me hizo suspirar por dentro. Ambrose no siempre había sido un hombre sombrío ni maloliente. En su juventud había sido un hombre alegre y amigable, siempre a la sombra de sus medio hermanos mayores, pero mejor hombre que ambos juntos. Tenía muchas buenas cualidades. Su inteligencia y determinación se mostraron. En aquella época incluso lo llamaban guapo. Una vez más, Lewis y Madoc lo eclipsaron, pero muchas chicas y mujeres le dieron una segunda mirada.

Sophie llegó al Castillo Malwarden cuando él tenía dieciocho años y ella diecisiete, a finales del otoño de 2008. Sabíamos poco sobre ella, sólo lo que sus padres habían contado a mis tíos, que entonces aún vivían. Sólo podía maldecir su ingenuidad.

«El dolor de Marjory se debe a que nuestros hermanos y yo interferimos demasiado y cuando no estaba justificado. Diosa sabe cómo todavía me remueve la conciencia, y con razón. Me sorprende que ella y Gethin tengan algo que ver conmigo. Sin embargo, puede ir demasiado lejos en el otro sentido. Mis tíos fueron extraordinariamente negligentes al no conocer a su futura nuera y simplemente confiar en la palabra de sus viejos amigos, sus padres. También deberían haber dejado que Ambrose la conociera antes de que finalizara el compromiso, como él seguía rogando».

Se conocieron poco antes de su boda. Estaba claro que algo no estaba del todo bien, pero mis tíos no quisieron escuchar los llamados de su hijo pidiendo un retraso. Sin embargo, no fue hasta después de la boda que se revelaron los verdaderos problemas.

Sophie era una chica sencilla con cara de calavera del color de un hongo crudo, cabello áspero castaño oscuro, una sorprendente cantidad de vello en los brazos y ojos saltones con una mirada atormentada. Su apariencia sugería mucho sufrimiento físico y mental y años de alimentación insuficiente. Todo esto era verdad.

Sophie había sufrido violencia física por parte de un amigo de la familia poco después de cumplir trece años. Cuando sus padres descubrieron los tormentos de su hija, después de más de tres años de crueles agresiones, hicieron arreglos para que el perpetrador sufriera una muerte accidental y le buscaron un novio. Creían que si podía empezar de nuevo con un joven agradable, que no se parecía en nada a su atacante, se curaría.

Naturalmente, esto fracasó estrepitosamente. Sophie podía lidiar con su dolor limitándola severamente su comida y lo había hecho durante años. Esto no era suficiente frente a la intimidad física y emocional del matrimonio. Ambrose no tenía idea de lo que había sufrido, ninguno de nosotros la tuvo hasta varios meses después de su llegada. Mientras tanto, ella se puso histérica, aparentemente sin razón, arremetía contra cualquiera, especialmente contra su marido, y sufría terrores nocturnos que también a él le aterrorizaban.

Ambrose fue paciente. Todos lo éramos. Intentó ayudarla, pero ella no podía hablar. Sólo supimos la verdad después de su palabra. Ella finalmente confesó. La noticia golpeó a Ambrose como la muralla de un castillo. Estaba consumido por la culpa de no darse cuenta de lo que ella había soportado, doblemente porque sus intentos de consolarla a través del tacto sólo le habían causado más dolor.

Intentamos ayudarla, buscamos consejo médico, pero fue en vano. Su dolor la consumió, se enfermó y, finalmente, su corazón falló.

Consumido por el dolor, la culpa y la rabia, Ambrose juró no volver a casarse nunca más. Nadie lo desafió. Entonces se hizo evidente que también se había comprometido. Nunca volví a lavarme, pero nuevamente nadie lo atacó.

«Eso fue imprudente. Hicimos bien en no presionar para un segundo matrimonio, pero deberíamos haberlo hecho lavar y arrastrarlo de regreso al mundo de los vivos hace mucho tiempo. Los malos hábitos se han arraigado. ¿Cómo podemos convertirlo en un hombre funcional, y mucho menos en un esposo, un padre y un rey?»

Cerys concluyó su relato y el resto del consejo asintió con seriedad o pareció consternado, dependiendo de si habían oído o no la historia antes.

—Parece que Ambrose no es el hombre adecuado para el trabajo —suspiró Magnus—. Además, ¿qué haríamos por una consorte? No podemos elegir a una mujer de las Tierras Occidentales, causaría demasiadas luchas internas, pero ¿qué novia extranjera sería adecuada? ¿De qué país debería provenir?

Consideramos a la Casa de Ishelmer en Woldsheart y a la Casa de Tinvaal en el Reino de las

Islas, ambas nuestras aliadas en un momento u otro, y actualmente no nuestras enemigas. Fue inútil. Sólo podíamos pensar en chicas jóvenes, demasiado jóvenes para casarse que no teníamos, o mujeres pasadas la edad de dar a luz.

—Ahí está Morwennat de Tinvaal —sugirió alguien—. Tiene quince años y es tan adulta como cabría esperar de una niña así, pero en mente se parece más a una niña de once o doce años. Ella no es lenta, pero es tan infantil. Sin embargo, es de buena familia y parecía bastante sana cuando la vi en el último equinoccio. Sus padres son personas razonables. Podríamos hacerlo peor.

No era suficiente. Necesitábamos una consorte adulta. Alguien que entendiera el peso de sus responsabilidades pero aun así las asumiría.

—¿Entonces quién? —alguien más demandó—. ¿A quién más podemos acercarnos después de años de lucha? Se han cortado tantas ramas de tantas casas nobles. No hay nadie más.

—Lo hay. —Los ojos de Cerys se iluminaron con una idea repentina—. Nuestra rehén mayor. Hawise de Lothwold. Tiene la edad adecuada, goza de buena salud y buen humor, y es brillante y amable. Sabemos todo esto porque la hemos observado en condiciones difíciles durante meses. También añadiría que tiene un buen corazón. He visto cómo ella cuida de la gente, como los otros rehenes. Ella es noble y no de las Tierras Occidentales. Lothwold es nuestro enemigo, pero este matrimonio podría asegurar una paz duradera.

—Todo eso es cierto —admití—. Sin embargo, no agregues sus faltas. Es promiscua, simplemente no ha tenido oportunidad de darse un capricho mientras estuvo bajo nuestra protección, es vaga y no creo que se tome la vida en absoluto en serio. Son faltas letales para una consorte.

—Creo que se esconde mucho de lo que siente —afirmó Cerys—. Ella me ha atendido desde que llegó en julio. Por algún que otro suspiro escapado y una expresión pensativa, estoy convencido de que ella piensa y siente mucho más profundamente de lo que deja ver. Además, la capacidad de ocultar las emociones es invaluable en una figura pública. No se puede negar que sabe encantar y que sus conocimientos de etiqueta son perfectos, aunque no siempre los pone en práctica. Deja que su pasado permanezca en el pasado. Hay muchos en altos cargos a quienes les ha ido peor y todavía son aceptados. —Rápidamente miró hacia la mesa.

Nos sentamos en silencio durante algún tiempo. Ambrose y Lady Hawise no eran las opciones ideales, pero literalmente no había nadie más para elegir. Cualquier otro monarca provocaría una guerra civil. Cualquier otra consorte como un niño o alguien que probablemente no pueda tener hijos. Fulk tenía razón. El interregno tenía que terminar antes de que el reino colapsara.

Me dirigí a la habitación.

—Votemos sobre ello. Aquellos que estén a favor de que Ambrose se convierta en rey, que se pongan de pie.

Me puse de pie y todos me siguieron, excepto Fulk, a quien no se le permitía votar.

—Aquellos que están a favor de que Hawise de Lothwold se convierta en su consorte permanezcan en pie.

Nadie se movió.

Era como si finalmente se hubiera disipado una gran nube, pero ahora estaba muy nervioso. Ni hombre ni mujer era lo que cualquiera habría elegido voluntariamente, pero se había hecho una elección. Una elección que podría hacer avanzar a nuestro país hacia la paz, la prosperidad y mejores relaciones con nuestros vecinos.

—Eso lo resuelve. Con su permiso, me acercaré a Ambrose de inmediato.

Me dieron su permiso.

—Y encontraré a Lady Hawise —declaró Cerys—. Si ella da su consentimiento, podemos escribir a la Reina del Corazón de los Lobos para pedirle que permita el matrimonio. No tiene sentido acercarse a Su Majestad si ella se niega.

—¿Por qué ella debería negarse? —Magnus estaba incrédulo—. Es un gran honor y muchísimo mejor que ser una rehén.

Por suerte, Ambrose todavía estaba en el castillo y rápidamente descubrí exactamente dónde estaba. Estaba leyendo uno de sus amados abucheos con evidente placer en la biblioteca, asegurándose así de que nadie más entrara en la habitación. Instintivamente comencé a respirar por la boca y lo miré más de cerca de lo habitual.

Era un hombre enjuto, de mediana estatura, un poco más alto que yo pero mucho más bajo que sus hermanos. Su piel marrón dorada solo parecía pálida contra su cabello negro azulado rizado, mientras que sus ojos eran de un gris púrpura intenso. Las mujeres más románticas los habían comparado con un cielo justo antes de una tormenta, además de elogiar sus largas pestañas y sus pobladas cejas. Su rostro era más llamativo que atractivo clásicamente, pero, una vez más, había atraído la atención de las mujeres antes de renunciar al agua y al jabón. Hoy estaba vestido tan sencillamente como siempre. Uno sólo se daría cuenta de que era noble porque la tela de su ropa era claramente de alta calidad.

«¿Cómo sería si estuviera mejor vestido, recién lavado y tuviera una corona en la cabeza?»

—Ambrose —lo llamé. Levantó la vista, sorprendido—. Lamento molestarte, pero necesito hablar contigo sobre algo importante. Necesitamos ir a mi armario. No debemos ser molestados.

Pareciendo un poco ansioso, obedeció. Mientras se levantaba, me golpeó un olor a cebolla y a axilas. Aparté mi rostro de él, jurando en silencio que incluso si él se negaba a convertirse en rey, no iba a estar sin lavarse por mucho más tiempo.

«Es repugnante. Deberíamos haberlo detenido hace años. No puede estar haciéndole ningún bien, ni a su cuerpo ni a su mente. Si tengo que detenerlo personalmente, ¡que así sea!»

Llegamos a mi armario y cerré no sólo la puerta sino también la puerta de la cámara exterior. La privacidad era vital.

—¿Qué pasa, primo? —preguntó—. ¿Alguien ha muerto?

—No, y lo que voy a proponer salvará muchas vidas.

Respiré hondo antes de dar el discurso. Me había estado preparando mentalmente desde que dejé el consejo.

—El consejo se reunió esta mañana, Ambrose. No necesito contarte lo que discutimos. La situación actual es peligrosa. Incluso corremos el riesgo de que el Corazón Wolds nos invada. Sí, uno de sus diplomáticos estaban presentes. La causa fundamental de nuestra inestabilidad política es el interregno. Necesitamos un monarca y lo necesitamos ahora. Discutimos esto y acordamos, acordamos por unanimidad, que necesitamos a alguien que sea joven pero experimentado en las costumbres del mundo, noble y vinculado a todas las casas, inteligente y decidido.

Caí de rodillas. Me miró con los ojos muy abiertos y la mandíbula floja.

—Ambrose, mi querido primo, te ruego como Señor de Malwarden, como miembro del consejo y como tu pariente, que aceptes el trono de las Tierras Occidentales. Tómallo y sácanos de una situación que está arruinando no sólo a nuestro país sino también al de nuestros vecinos. Esto acabará con tanto sufrimiento. Incluso la guerra terminará si tomas a Lady Hawise de Lothwold como tu consorte.

Miré hacia arriba. Él miró listo para desmayarse. Me levanté y me senté. Él también se dejó caer en una silla, todavía en silencio. Esto no fue como esperaba.

Esperé y finalmente habló.

—Primo, no puedo.

—¿Por qué?

—Mírame. Apenas puedo hacer frente a mi vida tal como es. No puedo empezar a imaginar cómo me las arreglaría para ser rey. ¿Cómo me las arreglaría como esposo y padre? El matrimonio con Sophie casi me mata. Además, Lady Hawise me aterroriza.

Su última frase me desconcertó.

—¿Cómo te aterroriza?

—Ella es tan... tan segura, tan ruidosa y tan saludable. Es franca sobre su apetito por los hombres y por la vida en general. Mírame. Soy una sombra a su lado. Ella me comía en el desayuno y luego se iba a tomar un refrigerio a media mañana. Nunca podría volver a casarme, pero si tuviera que hacerlo, una esposa así sería mi fin. No, por favor, que alguien más tome el poder.

—Lo harán. Ambrose, si tú no tomas el poder, lo harán aquellos que violaron la bandera. Si los capturamos, otros seguirán inspirados por sus acciones y los emularán. Alguien, algún día pronto, derribará a la nación. No necesito enumerar las consecuencias.

Se sentó en silencio y aproveché para continuar.

—Toma el poder, empieza a lavarte y empieza a interactuar más con el mundo, y toma a Hawise de Lothwold como tu novia. Te sentirías mucho mejor si estuvieras limpia y hablaras más, todos lo haríamos, y Lady Hawise es la consorte perfecta.

Él se rió amargamente.

—No, lo es. —Insistí—. Casarse con ella pone fin a la guerra con su casa. Nos da una buena posición en Woldsheart y mejora nuestra posición entre nuestros demás vecinos. Señala un cambio hacia la estabilidad y un gobierno fuerte. A la gente le gusta que alguien los apoye y los anime. Es bonita, encantadora y sabe hacerse agradable. Creo que ella también tiene un cerebro agudo y una sólida comprensión, cuando decide usarlos. Sois jóvenes y sanos, deberíais poder tener hijos y asegurar la sucesión.

Me miró y pude ver que mis palabras estaban asimilando.

—Ambos tendrían que cambiar —concluí—. Ella tendrá que permanecer fiel a ti por el resto de tu vida, como debe hacerlo cualquier consorte. También tendrá que esforzarse y tomarse la vida más en serio. Tendrás que lavarte, reincorporarte al mundo, ser sociable y ser un marido fiel. Pero, honestamente, ¿son estas dificultades tales que sacrificarás el futuro mismo de nuestra nación por ellas? Le gustan los hombres y tiene buen corazón. Incluso podría hacerte feliz.

—¿Realmente no hay otra salida a esto? ¿Nadie más podría tomar el trono?

—No. Discutimos esto en consejo y tú eres la única persona que tiene todas las cualidades necesarias para que un monarca sea aceptado. Hawise de Lothwold es la única consorte que podrías tomar, que no presentaría problemas diplomáticos y que probablemente tendría hijos.

Suspiró tan profundamente que temí una negativa.

—Owen, si no hay otra manera de traer paz y prosperidad a nuestro reino, entonces iré ahora

y me lavaré. Luego presentaré mi aceptación al consejo y a todos los habitantes del castillo.
¿Alguien hablará con Lady Hawise mientras tanto?

—i no se hubiera puesto de pie, no me habría atrevido a creer lo que oía.

—Sí. Cerys debería estar con ella ahora.

Narrativa continuada por Lady Hawise de Lothwold

Poco sospechaba lo que me esperaba cuando Lady Cerys regresó apresuradamente de su compañía. El tío se reunió una tarde fría a principios de noviembre. Estaba trabajando con sus señoritas, organizando ayuda para aquellos que habían sufrido en Mendoc. Sólo hablábamos de acontecimientos recientes y nos preocupábamos por lo que nos deparaba el futuro.

«Al menos ni a mí, ni a Rosamund, ni a Drogo se nos puede culpar por esto. Por lo poco que sabemos sobre los perpetradores, no eran de nuestra casa ni de nuestro reino. Este castillo tiene un enemigo nuevo y más interesante».

Lady Cerys entró apresuradamente en el Gran Comedor donde estábamos trabajando y se dirigió directamente hacia mí. No pude evitar ver la determinación y la ansiedad en su rostro.

—Lady Hawise, por favor venga conmigo.

Dejé el paquete que acababa de envolver y asentí.

«Mantente bien, Hawise. Pase lo que pase a continuación, que nadie diga que actuaste de manera indigna. La histeria no ayudará a nadie. Una rápida reverencia a su señoría y otra a las demás mujeres para disculparse, luego sígala con la cabeza en alto. Resiste hacerle preguntas. Pronto descubrirás lo que está pasando y probablemente ella te engañará. Nadie nunca le contó a nadie secretos importantes mientras caminaban por pasillos concurridos».

Lady Cerys me llevó a su habitación y me pidió que la atravesara hasta su armario antes de cerrar la puerta con llave. Cerró la puerta del armario con firmeza tras ella. Ahora estaba más desconcertado que petrificado.

—Mi señora, ¿qué está pasando?

Me pidió que me sentara y me miró con aprensión.

—Lady Hawise, debo contarle lo que pasó hoy en el consejo, lo que sucederá y el gran favor que debo rogarle.

Ahora estaba muy desconcertada. ¿Qué poder o influencia imaginaba que yo poseía?

—Señora, con mucho gusto haré todo lo que pueda para ayudarla, pero soy una extranjera y una rehén. No veo cómo puedo ayudarle con los asuntos del consejo.

—Que seas de sangre extranjera es una de las razones por las que puedes ayudar no sólo a mí sino a cientos de miles de personas que ninguno de nosotros ha conocido.

Luego me contó lo que había sucedido en la reunión del consejo, las noticias que había traído Fuk de Lothwold y la necesidad de poner fin al interregno ahora. Me explicó por qué Lord Ambrose era el único monarca adecuado, me habló de su infeliz matrimonio y me explicó por

qué yo debería ser su reina.

—Lady Hawise, usted tiene muchas buenas cualidades, además de no estar vinculada a ninguna casa de Westlands y es probable que tenga hijos. Ha estado a mi servicio durante casi cuatro meses y en las condiciones más difíciles. Durante este tiempo he visto evidencia de tu inteligencia, tu fortaleza y tu compasión. Si aplicaras estas cualidades a ser reina consorte y esposa de Ambrose, salvarías muchas vidas, las de los que viven y las de los que aún están por nacer.

La miré fijamente, consciente de que estaba bastante boquiabierta y con los ojos saltones de asombro. Olvidado cualquier pensamiento de dignidad.

—Owen está con Ambrose ahora —continuó—. Si me das tu consentimiento, se aplicará a tu reina. Dudo mucho que ella se niegue. Es un honor tener a una hija de su reino sentada en un trono, y ella debe desear una paz duradera tanto como nosotros dos.

—No sé qué decir. —Eso era bastante cierto. Por todo lo que Lady Cerys hubiera podido decir, nunca lo habría imaginado. La paz, un segundo matrimonio y ser liberada de ser rehén eran mis sueños, pero nunca pensé que los tres se lograrían tan rápido y de una manera tan dramática.

La idea de vivir en las Tierras Occidentales por el resto de mi vida, en el centro del poder y como esposa de Lord Ambrose hizo que todos los nervios de mi cuerpo se encogieran. Quería volver a casa, pero una vez más, el hogar había cambiado irreversiblemente. Bessy era ahora una monja novicia y vivía bajo condiciones muy estrictas. No pudimos reanudar nuestra antigua amistad. Como reina consorte, disfrutaría del poder, pero la responsabilidad y el escrutinio me aterrorizaban. Además, ¿cómo podía un hombre con tantas cicatrices como Ambrose ser un marido o un padre receptivo, y mucho menos un rey?

Todo esto pesaba en contra de una paz duradera y del cambio de una situación difícil por otra menos difícil. También permitiría el intercambio de los otros rehenes. El hermano Gethin tendría que permanecer en el exilio., pero nadie podría cambiar eso.

Sabía mi deber, pero dudaba de mis habilidades. Conocía mi carácter y mis defectos. Dios sabe que me los habían señalado con bastante frecuencia. Ansiaba amantes, lujo, libertad y diversión. Ser Reina Consorte sólo garantizaría el segundo. Ciertamente podría despedirme del primero y del tercero.

Lord Ambrose no era un marido que pudiera soportar. Me encontré diciéndole esto a su primo por matrimonio en términos más educados.

—Déjeme ser franca, señora. Ambas sabemos que Lord Ambrose no se lava. Ambas sabemos cómo huele. ¿Cómo va a dirigir la nación en tal estado? ¿Cómo voy a acercarme a él?

Lady Cerys insistió en que lo obligarían a lavarse con regularidad. Pensé que eso lo hacía parecer un niño testarudo. Luego explicó porque había dejado el agua y el jabón.

—Él no siempre fue así —concluyó con tristeza—. Antes de casarse, era un joven apuesto, de modales cautivadores y de corazón sincero. La gente valoraba su empresa. Es posible que puedas recuperar algo de eso. Se beneficiaría de tu vivacidad y de tu buen carácter. A su vez, él te apoyaría.

—Parece dañado. ¿Puede un hombre con tales cicatrices mentales convertirse en rey? No es culpa suya, pero tiene años de malos hábitos que superar. ¿Esta falta de aseo le ha dañado incluso físicamente?

—Las cicatrices pueden sanar. Además, no tenemos otra opción. Literalmente no existe ningún otro candidato que no provoque una guerra civil. No es cruel, te lo prometo. Él no te hará daño a ti ni a ningún niño que puedas tener. Tú y él tendrán que realizarse un examen médico y

un examen espiritual antes de que se anuncie, para que podamos comprobar su salud en ese momento. Dios sabe lo que haremos si él quiere...

Su voz se apagó. Ella tenía razón. Ésta era nuestra única oportunidad de lograr la paz.

—Si Lord Ambrose y yo pasamos esos exámenes, y si la Reina Isabel da su consentimiento a mi matrimonio, entonces lo haré. Me casaré con Lord Ambrose y seré la mejor esposa y consorte que pueda ser.

Ella retrocedió aliviada. Me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Para mi sorpresa e incomodidad, ella besa mi mano.

—Gracias. Has salvado a muchos.

El resto del día pasó a una velocidad aterradora. Ni a Lord Ambrose ni a mí se nos permitió decir una palabra sobre lo que había sucedido. Un sacerdote y un médico nos examinarían al día siguiente. Lady Cerys había enviado un mensajero a buscarlos.

Lord Owen me habló en privado y me expresó su placer y gratitud. No sabía qué decir. Mientras estuvo bajo su poder y protección, siempre me había tratado bastante bien, pero mi situación iba a cambiar rápidamente. Me uniría a su familia y estaría en un rango superior a él. No sabía qué sentir.

«No seré rehén por mucho tiempo más, pero tampoco seré libre otra vez. Ojalá mi familia todavía estuviera aquí. Desearía poder volver a ser una niña pequeña, cuando todos todavía estaban vivos, y al mismo tiempo tener a Bessy en mi vida. Dios mío, ¿qué dirían todos? ¿Qué dirá Bessy? La necesito. Necesito verla ahora».

Me mordí el labio y miré a mi alrededor mientras comíamos en el Gran Comedor. Para sorpresa de todos, Lord Ambrose estaba presente, luciendo limpio y oliendo fresco. La gente se daba codazos y susurraba. Suponiendo que este cambio se produjo por mi culpa o por su cambio de situación, lo miré con más interés que antes.

Estaba sentado cerca de mí y hablando con Lady Marjory. Era sorprendente lo que un buen lavado había hecho por él. Parecía mucho más saludable y se mantenía mucho más erguido. Tuve que admitir que era guapo. No es tan guapo como el hermano Gethin, Lord Madoc o Lord Lewis, pero definitivamente vale la pena verlo y es una gran mejora en comparación con su apariencia anterior.

Lord Lewis fue mi vecino durante la cena y se mostró encantador conmigo, pero no logró seducirme. Mi opinión sobre él, Lady Nessa y Lord Madoc había disminuido desde que nos presentaron. Al principio me llevaron y cautivados por sus modales inmaculados y su aparente preocupación por mí, un cautivo en una tierra extraña. También disfrutaba de su compañía, porque eran vivaces, ingeniosos y sabían hacerse agradables. Sin embargo, una vez vi a Lord Lewis regañar a su hijo. El motivo parecía justificado, el niño había estado jugando con un cuchillo y podría haberse cortado, pero los cinco minutos de ferocidad dirigidos al niño de siete años no. El padre no dejó de gritar y maldecir, poniéndose directamente en la cara de su hijo, hasta que el niño lloró. Luego lo dejó ir, pero la mirada de triunfo y placer en sus ojos me revolvió el estómago y mi opinión sobre él. Había visto ejemplos menos dramáticos de comportamiento tan malicioso por parte de Lord Madoc y Lady Nessa, lo que me llevó a formarme una visión muy diferente de ellos en comparación con mi primera impresión.

Tuve cuidado de guardar mis pensamientos para mí y de mantener mi semblante agradable y mi conversación ligera. Ya fuera reina o rehén, esposa o viuda, no quería bajar la guardia antes que cualquiera de esos tres.

«Lady Marjory y yo nunca estaremos de acuerdo, pero me siento más seguro con ella que con ellos. Puede que sea una mujer fría y posiblemente también crítica, pero es una persona

decente. Este placer por la crueldad simplemente no es algo que ella disfrute».

Lord Ambrose desvió la conversación hacia un tema que no era alegre. El llamado favor mortal. No se había reportado la desaparición de más niños, pero un joven llamado Bryn había desaparecido repentinamente.

—¿Eran los responsables de tomar a los niños también responsables de llevarse a Bryn de Lower Warden? —Nombré un pueblo que estaba relativamente cerca del Castillo Malwarden. Me habían hablado de las desapariciones hace algunas semanas, pero sólo me sentí capaz de hablar de ellas en público ahora que mi posición estaba cambiando. Como reina consorte, necesitaba saber esto. Como rehén, podría parecer un deseo de chismear o de regodearse ante la desgracia de mi enemigo.

—Eso creemos —dijo Lady Marjory—. Sin embargo, se sabe muy poco sobre la desaparición de Bryn. Todavía se está investigando y la gente todavía lo está buscando.

—Su pobre familia —suspiró Lady Nessa—. Cómo deben estar sufriendo. —Su cuñada, Lady Clementia, estuvo de acuerdo.

Hablamos del asunto durante algunos minutos. Me encontré observando a Lord Ambrose más que nadie más. Este hombre iba a ser mi marido y gobernar una nación, que técnicamente todavía era una nación enemiga para mí. A través de él, obtendría la nacionalidad Westlander y el estatus real.

«No tiene mal aspecto en absoluto. Tiene una sonrisa tan encantadora, unos dientes tan buenos y el tipo de mirada que te gusta a ti. El lavado le ha hecho bien. Seguramente ambos aprobaremos ambos exámenes mañana».

El obispo de Westlands examinó el espíritu de Lord Ambrose mientras Gytha de Merendysh, un renombrado médico, examinaba mi cuerpo. Hizo que me desnudara, revisó varias partes de mí y me hizo docenas de preguntas.

—Tienes una salud excelente. No tienes enfermedades venéreas de tus parejas anteriores. Sólo diría que tu ánimo se ha visto un poco afectado por tus meses como prisionera, lo cual no es sorprendente. No hay ninguna razón por la que no debas casarte con Lord Ambrose y convertirte en reina, mi señora.

Le agradecí de todo corazón y volví a sujetarme el pelo y el velo. Lo que dijo fue un gran alivio para mí porque me preocupaba que mis indulgencias anteriores hubieran desaparecido. Me ha dado algún tipo de enfermedad. Siempre había tomado precauciones y nunca había tenido ningún síntoma que no pudiera atribuirse a la preocupación, pero el miedo a contraer algo desagradable a veces me mantenía despierto por las noches.

«Nadie puede decir que no debería casarme con Lord Ambrose. No permaneceré como rehén ni regresaré a Woldsheart y terminaré en un convento. Al menos aquí puedo demostrar que soy una esposa adecuada gracias a mi sangre Lothwold, mi alta cuna y mi buena salud. En casa mi reputación nunca podría ser blanqueada y esas cualidades no significaban nada. Sólo necesito aprobar el examen del obispo».

Su Excelencia era más difícil de complacer que el médico. Le preocupaba que yo fuera voluble y estaba bastante horrorizado por la gran cantidad de hombres con los que me había acostado. A mi vez, me volví frívolo, a pesar de saber que tal defensa probablemente resultaría contraproducente. En más de una ocasión enarcó sus limpias cejas, me sermonizó sobre la necesidad de pensar en cosas serias antes de anunciar que estaba satisfecho conmigo, siempre que siguiera sus consejos sobre mi conducta futura.

Aturdida por el alivio, asentí. No podría haber esperado un resultado más indulgente.

«Me pregunto si está bajo presión para pasarme. Lady Cerys dijo que no hay otra posible

consorte que no cause más problemas de los que ella resuelve. Me pregunto cómo le habrá ido a Lord Ambrose. El obispo y el médico también podrían verse presionados para aprobarlo».

Gytha de Merendysh volvió a entrar en la habitación donde estábamos sentados el obispo y yo, con aspecto angustiado. Mi corazón se hundió.

—¿Qué pasa? —preguntó el obispo—. Encontré pocos problemas en el alma de su señoría. ¿Qué has encontrado en su cuerpo?

Hizo una pausa y nos miró a los dos.

—Él está bien apartado de... Vengan a verlo por ustedes mismos. Tiene una condición de piel terrible debido a años de no lavarse. Si no hubiera cambiado sus ropas con regularidad, me da miedo pensar en qué estado podría encontrarse.

Corrí tras ella, preguntándome qué le pasaba. No era de extrañar que cinco años sin lavarse hubieran dañado su piel, aunque no había visto ninguna señal de ello en lo que era visible en la cena, es decir, su cara, cuello y manos.

Ambrose estaba vestido sólo con su camisa y pantalones. El resto de su ropa estaba amontonada ordenadamente sobre una silla. Se quedó mirándonos como una especie de animal asustado. Mi corazón se volvió tierno hacia él.

—Señor, ¿preferiría que Su Excelencia y yo saliéramos de la habitación?

—Deberías quedarte, pronto me verás por completo.

El obispo se disculpó y nos dejó, asegurándonos su silencio al salir.

«Qué vulnerable debe sentirse. Parece que sólo se ha acostado con su esposa, y eso fue un desastre para ambos. ¿Cuántas personas han visto su cuerpo desde que se hizo adulto?»

Con una mirada que me derribó bastante el corazón, se quitó la camisa, hizo una pausa, le dio la espalda y luego se quitó los pantalones y la ropa interior. No sabía muy bien qué esperar. De frente, parecía un joven naturalmente delgado que vivía un estilo de vida activo. Su constitución era delgada y tenía músculos bien definidos con pelo negro en las extremidades y el pecho. No había nada extraño allí. Cuando nos mostró su vista trasera, tuve que taparme la boca con la mano para detener mi grito de horror.

Desde los hombros hasta el trasero, estaba cubierto de lo que parecían pequeños tubos y agujeros, algunos verdes, otros amarillos y otros blancos. Era casi como si lo hubieran enrollado en algo.

—Por Dios, Ambrose, ¿no sientes dolor? ¿No sabías que tenías esto?

Se giró ligeramente hacia mí, todavía cubriéndose la ingle con las manos.

—Siento algo, especialmente cuando me siento, pero nunca me gustó mirarme y apenas podía ver mi espalda. Gytha me ha mostrado cómo usar ese espejo. Debe haberse extendido a lo largo del tiempo. La primera vez que sentí algo entre mis omóplatos fue hace aproximadamente un año y luego la sensación, una especie de bulto, se extendió. Supongo que si no hubiera aceptado esto, se habría extendido por todo mi cuerpo. ¿Me habría matado? —Se volvió hacia Gytha.

—Bueno, sí. Si lo hubieras dejado el tiempo suficiente para cubrir todo tu cuerpo, entonces sí, sí lo haría. Sin embargo, se puede curar. —Ella rebuscó en su bolso y sacó un gran tarro de crema.

—Frota esto mañana y noche. Sigue usándolo hasta que el frasco esté vacío. Para entonces habrá desaparecido y no sufrirás efectos duraderos.

Él le agradeció.

—Me alegra informarles que ambos aprobaron ambos exámenes.

—¿Incluso con esta condición? —Él parecía incrédulo.

—Sí, porque es curable, si quieres curarlo, y veo que así lo deseas. El obispo y yo informaremos al consejo a través de Lord Owen y Lady Cerys que no vemos ningún impedimento para que usted se convierta en rey y reina. Los dejaré ahora. —Hizo una reverencia y se fue, cerrando la puerta antes de que pudiera apresurarme tras ella.

Lord Ambrose se había subido los pantalones y me miró con torpeza. Quería irme pero vi una oportunidad que tenía que aprovechar.

—¿Te ayudo con tu espalda? —Me obligué a sonreír como si no me preocupara.

—Gracias. —Me entregó el frasco y se alejó.

Abrí el frasco y noté un olor a algo fresco y medicinal. Gytha no había dicho lo que contenía. Sentí frío en mis dedos.

—Prepárate. Está frío.

Se estremeció levemente cuando mis dedos hicieron contacto con sus hombros. Instintivamente agarré su otro hombro para estabilizarlo. Los tubos se sentían duros y aplastados bajo mis dedos. Reprimí un escalofrío.

«No debo dejar que piense que lo rechazo. Pobre hombre. ¿Cuándo fue la última vez que alguien lo tocó aparte de Gytha, que sólo lo hizo para cumplir con un deber? ¿Fue un toque amoroso?»

Seguí aplicando el ungüento blanco sobre su espalda, extendiéndolo finamente sobre los tubos y agujeros. Llegué a la cintura de sus pantalones y me detuve.

—¿Quieres que continúe? —pregunté, sintiendo que ir más allá podría ser ir demasiado lejos.

Se dio la vuelta y me quitó el frasco de la mano.

—Estaré bien ahora. Gracias, Lady Hawise.

Asentí, hice una reverencia y salí de la habitación, consciente de que sus ojos me seguían.

Los días siguientes transcurrieron en una atmósfera extraña. El consejo había enviado un mensajero a la reina Elixabeth para pedirle que me casara con Lord Ambrose, que pronto sería el rey Ambrose III, y me convirtiera en reina de las Tierras del Oeste. todos los que estaban en el castillo sabían que algo estaba pasando pero no qué. Los que lo sabían no dijeron una palabra. Rosamund se me acercó y me preguntó qué estaba pasando y si tenía que ver conmigo, con ella o con Drogo.

—¿Ha pasado algo malo con la guerra? —susurró con los ojos cerrados—. ¿Seremos castigados?

Deseando de todo corazón poder decirles a ella y a Drogo la verdad y tranquilizarlos, sonreí y mentí.

—No. Pregunté a alguien y me dijeron que lo sucedido no es grave y no nos afectará. No me pudieron decir algo más.

Ella se fue, no completamente satisfecha.

«Pobre niña y pobre niño. Sólo me queda esperar que pronto podamos tranquilizarlos. Deberían poder volver a casa pronto y los niños de Westlands volverán aquí. ¡Qué bueno será eso!»

No estuve presente cuando el mensajero regresó al Castillo Malwarden. Estaba cosiendo para los pobres con las señoritas. Era la primera hora de la tarde del 14 de noviembre, un sábado. Un sirviente llamó a Lady Cerys para que saliera de la habitación, algo común; siempre alguien necesitaba algo de ella antes de regresar a buscarme.

Entonces lo supe.

Dejé mi costura, me disculpé y salí de la habitación, muy consciente de los crecientes susurros detrás de mí.

«Que esta noche no haya susurros, sólo gritos de alegría. Deja que esto funcione».

El sirviente me llevó al armario de Lord Owen, donde él estaba esperando con su esposa y Lord Ambrose. Sus rostros hablaban por ellos.

—La reina Isabel ha concedido su permiso, Lady Hawise —declaró Lord Ambrose—. ¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa y consorte?

—Sí, señor. Sí, lo haré. Sería un honor.

Se sintió como un sueño.

Lady Cerys y Lord Owen parecieron exhalar.

—Bienvenida a la familia, Hawise. —Ella me besó en ambas mejillas.

—Gracias, Cerys. —Le devolví el gesto.

Lord Owen hizo lo mismo, entonces Lord Ambrose me miró. Me besó tan rápido en una mejilla que no me di cuenta de que lo había hecho hasta que terminó. Tomó mi mano y la sostuvo mientras hablábamos sobre lo que tenía que pasar a continuación.

Él y yo volveríamos a lo que hacíamos antes de que nos llamaran y evitamos cualquier pregunta. Lord Owen escribiría a la reina Isabel para decirle que había aceptado. Lady Cerys informaría al consejo, que todavía estaba en el castillo.

Esa noche, durante la cena, Lord Owen se levantaría y el resto del consejo se reuniría. Yo seguiría. Lord Owen luego le pediría a Lord Ambrose que se convirtiera en Rey de las Tierras Occidentales. Lord Ambrose aceptaría con la condición de que yo fuera su consorte. Me levantaría, caminaría hacia él y le daría mi consentimiento. Luego me abrazaría y el consejo aplaudiría y esperaría que todos se unieran.

Una docena de ojos curiosos me saludaron cuando volví a coser, pero nadie me hizo preguntas y me quedé callada.

«¿Me aceptarán estas mujeres como su reina? Hawise la puta. Hawise la rehén. Hawise de Lothwold. ¿Realmente puedo transformarme en una consorte real?»

Cuando entré al Gran Comedor para cenar, estaba temblando y consciente de que estaba pálido, porque sentía la cara fría. Me había puesto mi segundo mejor vestido de terciopelo azul intenso, consciente de que ponerme el primero atraería demasiada atención demasiado pronto, pero la gente recordaría este momento. Quería lucir lo mejor posible para ello.

La habitación nadaba. Se dijo gracia. Nos sentamos. La gente empezó a amontonar sus platos y llenar sus copas. No toqué nada. En cambio yo mantuve mis ojos en Lord Owen. Después de unos minutos, me miró significativamente, asintió y luego se levantó.

Los miembros del consejo se levantaron segundos después, casi como un solo cuerpo. Todos se giraron para mirar, claramente nerviosos y sin estar seguros de lo que iba a pasar a continuación. Intenté respirar profundamente.

Owen habló con una voz clara que resonó por toda la gran sala.

—Lord Ambrose de las muchas casas de las Tierras Occidentales, en nombre del Consejo del Interregno, le ruego que acepte el trono de nuestro noble país y se convierta en Rey de las Tierras del Oeste. Toma la corona y trae paz y justicia a nuestra tierra.

Toda la sala contuvo la respiración. Nadie habló, pero todos parecían mirarse unos a otros.

Respondió Lord Ambrose. Noté lo confiado que sonaba y que su voz tenía un tono agradable. Buena calidad para mis oídos.

—Concilio del Interregno, acepto el trono con gratitud y juro por todo lo santo ser digno de él y de vuestra fe en mí, con una condición.

—Nómbrela —respondió Lord Owen.

—Deseo elegir a mi consorte.

—Nómbrala, y la aceptaremos.

«Eso es todo. No te muevas todavía».

—Deseo que Lady Hawise de Lothwold de Woldsheart sea mi novia, poniendo así fin al conflicto entre nuestra tierra y la de ella.

Me levanté, tan consciente de la mirada de docenas de personas, y caminé con tanta gracia como lo que pude hacia él. Hice una reverencia tan profunda como debería hacerlo un súbdito ante su monarca.

—Mi señor, me siento honrado y acepto.

Me levantó y me tomó entre sus brazos, besándome torpemente en la oreja. Le rodeé la cintura con mis brazos, esperando que no fuera más estrechar que el mío.

El consejo aplaudió y sentí que tanto Lord Ambrose como yo conteníamos la respiración, pero sólo por un segundo. El resto del salón se puso de pie y comenzó a animar y aplaudir, expresando sus buenos deseos para nosotros. Algunos de los niños eran demasiado pequeños para apreciar no se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo, y mucho menos de la enormidad de la situación, pero todavía estaban atrapados en la atmósfera cargada.

Miré a mi alrededor, sin apenas atreverme a creer lo que veían mis ojos y mis oídos. La gente estaba encantada. No sólo aceptaron nuestra decisión, sino que la abrazaban.

—No lo puedo creer —me susurró al oído mi prometido—. Lo hicimos.

Asentí, tratando de no llorar y fallando. No lo solté a él, ni él a mí. Agradecí aún más que hubiera comenzado a lavarse de nuevo. De pie cerca de él, la corona de mi cabeza cerca de sus labios, estaba lejos de sentir repulsión por él. No sentí una lujuria abrumadora, pero había algo allí.

«Quizás esto no sea tan malo. En cualquier caso, pocas personas se casan por amor. Muchos matrimonios felices han comenzado en peores circunstancias. No se parece en nada a Adam, pero con el tiempo podría ser tan feliz con él como lo fui con mi primer marido. Haremos que esto funcione. La gente está detrás de nosotros. No podemos fallar».

El resto de la comida transcurrió sin problemas, pero después de levantarme de la mesa, sentí que el pánico crecía dentro de mí. Lo que sentí cuando me ofrecí a convertirme en rehén el verano anterior no era nada comparado con la enormidad de mis actuales sentimientos de pavor.

Estaba sentada con Lord Ambrose en el solar, nos habían dejado solos, cuando el pánico me invadió. De la nada, me sentí entusiasmado. Me sentí presa de la sensación más espantosa. Mi respiración se aceleró, simplemente no podía tomar suficiente aire y sentí como si me estuviera ahogando. Mi cuerpo se volvió entumecido y húmedo. Honestamente pensé que estaba a punto de morir, pero no quería llamar la atención.

Lord Ambrose estuvo conmigo en un instante. Se sentó a mi lado, me pasó un brazo por los hombros y me tapó la nariz y la boca con un paño limpio.

—Respira lenta y profundamente, inhalando y exhalando. No muevas la tela. Esto te ayudará.

Dejé de intentar apartarlo y seguí sus indicaciones. Al cabo de un rato, no sé cuánto, pude hablar.

—Estoy bien ahora. ¡Oh, Dioses, eso fue horrible! ¿Cómo supiste qué hacer? ¿Qué era?

—No sé cómo se llama, pero a mí me ha pasado lo mismo por muchos años. Me aconsejaron que me tapara la boca y la nariz con un paño sin apretar y que respirara profunda y lentamente cuando esto sucediera. Funciona, por eso siempre llevo un paño encima.

—Gracias.

Nos sentamos así durante algún tiempo. Me sentí más tranquila, pero no completamente tranquila y bastante exhausta.

—Me iré a la cama —dije finalmente—. Es temprano, pero estoy muy cansada. Buenas noches, mi señor, y gracias una vez más.

Ambos nos levantamos y nos quedamos de pie torpemente por un segundo. Me preguntaba si me iba a besar. Él no lo hizo, pero sonrió y dijo:

—Llámame Ambrose en privado, ahora estamos comprometidos. Buenas noches, Hawise.

—Buenas noches, Ambrose.

Sonreí y me fui, dirigiéndome a la habitación amarilla donde dormía. Mientras caminaba por un pasillo, escuché a Lady Marjory y Lady Cerys hablando entre sí en serios susurros en una habitación que daba al pasillo.

Me apresuré. Supuse que ahora serían Marjory y Cerys, o incluso mi prima, pero supuse que estaban hablando de mí y no quería escucharlo.

«Los chismosos sólo escuchan cosas malas de sí mismos y no quiero escuchar su verdadera opinión sobre mí, mis habilidades o la situación. Especialmente no quiero saber qué piensa Marjory».

Caminé por mi habitación durante algún tiempo antes de estar listo para dormir esa noche. Deseaba desesperadamente a Bessy a mi lado para poder hablar y hablar. Me preguntaba cómo le iría bajo el nuevo y duro régimen del convento. Todavía intercambiábamos cartas escritas en nuestro código secreto, pero ambos creíamos que su convento pondría fin a nuestra correspondencia secreta en poco tiempo y que tendríamos que escribir cartas más suaves en Suvvern.

Narrativa continuada por Gethin el Monje

Bessy la Novicia recibió la noticia de que su amiga Lady Hawise se casaría con Ambrose y se convertiría en mi reina el mismo día en que llegó la carta de Marjory para mí. Ambos quedamos impactados y tuvimos mucho tiempo para hablar juntos en la enfermería. Ninguno de nosotros podía creerlo.

—¿Cómo se siente tu amiga? —pregunté. Marjory había mencionado a la mujer en varias cartas anteriores. A ella no le desagradaba exactamente Lady Hawise, incluso tenía una opinión más alta de ella que después de sus primeros días juntos, pero todavía sentía que era voluble y propensa a tomar la opción más fácil de la vida.

Lady H es muy capaz de ser amable, ella escribió y tiene cerebro. Incluso le permitiré ser leal, en cierto modo. Escucho lo bien que habla de su amiga que conoces y veo que no habla mal de la gente. Sin embargo, ella simplemente no es apta para el cargo de reina ni para ser la esposa de Ambrose.

En cuanto a esto último, no creo que ninguna mujer sea capaz de ser una buena esposa para Ambrose porque él no es capaz de ser ningún tipo de marido. Lavarse él mismo nos tomó a todos por sorpresa, pero lo ha dejado demasiado tarde. Su cuerpo puede estar ileso, pero su mente, sus hábitos, su capacidad para estar con la gente han quedado destrozados sin posibilidad de reparación. Su matrimonio con Sophie fue el primer gran mal de su vida. El segundo fue que no lo abordamos cuando dejó de lavarse y se encerró en sí mismo. Esa culpa nunca me abandonará. ¿Cómo puede un hombre así tomar a una mujer como esposa y dejarla embarazada, y mucho menos tener bajo control a un país turbulento como rey?

En cuanto a la primera, Lady H es demasiado vaga para las exigencias de un cargo público. He enumerado sus buenas cualidades, ahora las haré. Enumero sus vicios: pereza, amor por el lujo e incapacidad para resistir la tentación. Diez a uno contra que Ambrose no haya puesto allí a ningún niño en su vientre. Es probable que su futuro refleje su pasado. Hoy se acercaron a ella sobre su nuevo guardarropa. Cuando vi que sus ojos se iluminaban, mi corazón se hundió. Con ella se trata de los dulces de la vida. Gastará dinero que el país no tiene en sedas, terciopelos y telas de oro y dejará que los pensamientos sobre las joyas la distraigan cuando debería ser una madre para la nación. Al menos se verá obligada a adoptar nuestras modas y parecerse más a nosotros. Eso podría hacerla sentir mejor porque encajará mejor o podría disfrutar destacarse como alguien exótico.

¡Por el amor de Dios quema esto una vez que lo hayas leído!

Bessy me dio una bienvenida visión de la mente de una mujer que había conocido sólo

brevemente, pero de la que había oído hablar mucho y que pronto ejercería tal influencia.

—Para ser sincera contigo, hermano, Hawise está aterrorizado. Considera que casarse con Lord Ambrose y convertirse en reina es su deber, porque así será. Traigo paz y estabilidad, así como honor a su casa y a su reino. Sé que puede ser vaga, pero siempre ha tenido una fuerte moral. Ella hará esto porque lo considera lo correcto.

»Ha sido una excelente amiga para mí, como una hermana desde que nos conocimos, cuando ambas quedamos huérfanas a la edad de diez años y nuestros tutores nos acogieron. Realmente, ella es una persona especial. Sin embargo, no sé cómo le irá como Reina de las Tierras Occidentales o como esposa de Lord Ambrose. Ella no me ha contado mucho sobre él en sus cartas, pero sé que mentalmente se alejó de la sociedad, y no sé cómo alguien se las arregla como reina hoy en día. Tanta responsabilidad y tantas expectativas encontradas.

Que Bessy mencionara una brújula moral me animó, especialmente porque también mencionó una falla. Cualquiera que estuviera en el poder necesitaba la capacidad de distinguir el bien del mal y el coraje para actuar en consecuencia.

«No puedo juzgarla por su pasado. Los dioses saben que el mío está contaminado y todavía hoy estaría divirtiéndome si no fuera por la amenaza de un cuchillo y hierros cauterizadores».

Hice una pausa. Sabía que mi promiscuidad no solo estaba impulsada por la lujuria sino también por la desesperación. Necesitaba distraerme del dolor de estar lejos de Marjory y nuestros tres hijos. Ya había sido bastante difícil cuando vivía en las Tierras Occidentales, pero ahora, en el exilio, era cien veces peor, sobre todo porque no sabía cuándo terminaría mi exilio.

«Si alguna vez se termina. Marjory y yo nos habíamos reservado minutos y horas aproximadamente cada pocos meses. Vi a los niños cada vez que los visité. Se volvieron los ojos ciegos. Ese mundo ya no existe».

Bessy empezó a hablar de nuevo y me devolvió al presente.

—¿Qué puedes decirme de Lord Ambrose? ¿Crees que será un buen rey y marido?

Le respondí con sinceridad.

—Era un hombre excelente, con buenas habilidades y una personalidad atractiva. Estaba callado y pensativo, pero eso era mucho mejor. La gente sabía que a él le importaba. La determinación de Bran me recuerda a él a esa edad. Sin embargo, se casó con una chica que estaba extremadamente preocupada y eso lo marcó. Ahora está irreconocible de lo que era entonces. Aunque nunca llegó a ser un mal hombre, se volvió retraído y estoy segura de que Lady Hawise te ha contado cómo mantenía a raya a la gente. No sé cuánto ha cambiado en su corazón, pero tales experiencias deben alterar a un hombre.

»Estoy seguro de sus intenciones. Estoy seguro de que hará todo lo posible para ser lo que las Tierras del Oeste y su amigo necesitan, pero en cuanto a si tendrá éxito...

No pude terminar mi frase.

—Hawise necesita un buen hombre que sea amable con ella y le hable con franqueza —afirmó Bessy—. Ella tiene sus propias cicatrices que mantiene ocultas. La pérdida de su familia, tener que vivir con relativamente extraños, luego perder a su marido y sufrir un aborto espontáneo la han marcado. Preferiría morir antes que dejar caer su alegre máscara en público, pero necesita a alguien que la apoye en privado.

—Espero que Ambrose haga eso. Espero que ella también pueda apoyarlo. Eso es vital en cualquier matrimonio, y mucho menos en uno real, y en un momento tan turbulento.

Trabajamos en sobrio silencio durante unos momentos antes de que sintiera la necesidad de desahogarme. Había crecido un vínculo entre la monja novicia y yo. Nos habíamos confiado el uno al otro durante los meses que pasamos trabajando juntos, lado a lado, en la enfermería.

Había llegado a quererla y respetarla. Confiábamos el uno en el otro.

—Temo por mi hijo y mis hijas. Los considero a los tres mis hijos y tengo las preocupaciones habituales de los padres, pero los acontecimientos recientes en Westlands las han empeorado. La violación de la bandera y el incendio provocado en Mendoc fueron bastante malos, pero tendrán repercusiones en todo el país, a menos que los perpetradores sean atrapados y castigados severamente. Nunca pensé que pasarían cosas así. Nunca.

»También temo que al menos las chicas sean víctimas del Favor Mortal. Bran es lo suficientemente mayor y astuto como para no dejarse engañar, mientras que ellos son jóvenes y confiados. Nunca pensé que eso sucedería tampoco. Fue simplemente un cuento de hadas con el que todos crecimos.

Bessy me miró con simpatía. Aliviado de poder desahogar mi mente, continué.

—¿Si tan solo hubiera podido casarme con Marjory hace tantos años! Ella no habría tenido que cargar sola con todos los cuidados de los niños y yo habría estado con ellos constantemente. Cada vez que nos separamos, le digo que algún día vendré por ella, que vendré por ella tan pronto como pueda. Sin embargo, ¿quién sabe cuándo volveré a ver a alguno de ellos?

—Si tan solo Lord Owen y sus hermanos no hubieran interferido.

—Sí. Si no hubiera estado atormentado por la culpa hasta el día de hoy, no habría podido perdonarlo. Su madre adoptiva siente dolores similares, y debería hacerlo. Entonces él era un muchacho de quince años y sus hermanos también eran adolescentes. Lady Isolde y Lord Oliver podrían haber intervenido, pero decidieron no hacerlo. Creo que creían que Marjory sufría de amor de ternero y que debería superarlo y hacer una mejor pareja. Incluso creo que estaban orgullosos de que sus hijos defendieran el honor de su hermana.

Me reí amargamente y Bessy intervino.

—Sin embargo, Lord Owen dejó embarazada a Lady Cerys antes de casarse.

Asentí.

—Marjory estaba furiosa tanto con él como con sus padres porque aceptaron la situación, aunque de mala gana. Sin embargo, ahora todos nos llevamos bien.

—¿Te importa si te pregunto algo?

—Pregunta lo que quieras.

—¿Cómo se toma Lady Marjory tu forma de trabajar? Me habría roto el corazón si Jennet hubiera hecho eso.

—A ella no le importa porque sabe que es una liberación física. Es lujuria, no amor. Ella tiene mi corazón. Otras mujeres sólo tienen mi atención de vez en cuando. O lo había hecho, mejor dicho. No arriesgaría nada ahora.

Ella se quedó pensativa por un momento y luego dijo:

—Me recuerdas a Hawise en ese sentido. No porque ella también se acostaba con muchos, sino que se sirvió comida y vino cuando tuvo mucho dolor. Cuando llegó por primera vez al Castillo de la Costa Oriental, poco después de perder al resto de su familia, nuestros guardianes tuvieron que alejarla de los dulces. Cuando abortó, comió en exceso y bebió para adormecerse. Lo mismo sucedió cuando murió su marido. Se atiborró y se arrojó en los brazos de cualquier hombre que quisiera tenerla. Sin duda, siempre apreció la comida, la bebida y los hombres y tuvo buen apetito, pero no se trataba de codicia. Se trataba de matar el dolor, o al menos adormecerlo brevemente.

No lo podía negar. Si yo hubiera elegido a Marjory como esposa, nunca habría coqueteado con otra mujer.

—No caigas en malos hábitos como nosotros, Bessy. Sé fuerte. Jennet era falsa y no merece

tus lágrimas.

Ella asintió, pero me di cuenta de que el dolor seguía ahí, aunque no sabía si era el dolor del engaño o de extrañar a Jennet.

—De hecho, hemos caído en malos hábitos —dijo ella con demasiada ligereza. Se quitó la bata, que le quedaba un poco grande y estaba cuidadosamente remendada—. Las normas sobre vestimenta también se aplican adecuadamente. Compartimos toda la ropa, excepto las faldas, y eso es sólo porque se adaptan a nuestro cuerpo. Supongo que vosotros, los monjes, compartís todos los elementos.

Esto era cierto. La ropa ahora era común para todos y estaba discretamente marcada para indicar la talla. Cada vez que necesitaba cambiarme de ropa, elegía lo que necesitaba de un cofre que estaba disponible para todos los monjes y novicios. Sin embargo, todavía llevaba mi bufanda. Lo toqué tímidamente.

—¿No te preocupa que te lo quiten, hermano? No estamos destinados a tener posesiones personales que no sean estrictamente necesarias. No puedo imaginar que ninguno de los dos se dé cuenta de que el amor es una necesidad.

Bessy ahora sabía lo de mi bufanda. Poco después del nacimiento de Bran, compré un trozo de tela azul con el que cosí dos bufandas. Uno para mí y otro para Marjory. No podíamos usar collares porque no estábamos casados, pero esto era la mejor opción.

Sabía a quién se refería Bessy con «ellos». ¿Quién más había puesto nuestras vidas patas arriba y con una alegría apenas disimulada?

—Creo que empezaré a ocultarlo. Me mataría si la hermana Agnes o su secuaz, el hermano Harold, se apoderaran de él.

No incluí al hermano Percy en mi discurso porque no pensé que su corazón estuviera en nuestra persecución, y él sintió tanta pena por nosotros como yo estaba empezando a sentir pena por él. El hombre bajo y corpulento, de cabello color arena y rostro pecoso, parecía a la vez vigilante y miserable cada vez que lo veía. Había notado cómo trató de advertir a las monjas desprevenidas sobre el acercamiento de la hermana Agnes hablando en voz alta con la babosa hinchada mientras ella intentaba acercarse sigilosamente a las monjas. De hecho, era como una babosa, siempre deslizándose por los pasillos del convento en alguna misión desagradable, con su flaco compañero nunca muy atrás. El hermano Harold podría animar a la hermana Agnes, pero a menudo se escuchaba al hermano Percy sugerir que se le aplicara una pena menor o que se le concediera una segunda oportunidad.

—Me pregunto si el hermano Percy sabía en qué se estaba metiendo cuando aceptó unirse a la hermana Agnes. Quizás, como yo, no tuvo otra opción.

—Espero que Hawise sepa en qué se está metiendo y pueda manejarlo. Si no, las consecuencias serán catastróficas.

Narrativa continuada por Lord Ambrose de las muchas casas de las Tierras Occidentales

Una vez que acepté el trono y Hawise aceptó mi oferta de matrimonio, los acontecimientos se desarrollaron rápidamente. Tuvimos que planificar una boda y una coronación con un presupuesto muy limitado y asegurándonos de que nadie se sintiera desairado. La historia de las casas de Westlands y las de Woldsheart fue turbulenta y los recuerdos largos. La historia reciente entre los dos reinos fue aún peor. Ofender a nadie sería un verdadero desafío.

También tuve que enfrentarme al gobierno y abordar tres problemas principales; la pobreza causada por la guerra, atrapando a los que habían violado la bandera y encontrando a los que habían desaparecido debido al Favor Mortal.

Abordé esto de la mejor manera que supe, siendo directo, inquebrantable y metódico. Esta era mi única oportunidad de salvar mi patria. La idea del fracaso me aterrorizaba.

Hawise habló conmigo en privado el día después de que le di la tela. Ella me aseguró solemnemente que haría todo lo posible para ayudarme como mi consorte.

—Quiero prometerte esto en privado porque lo digo en serio. Sé que mi reputación es la de una mujer superficial, pero eso es sólo una parte de mí. Puedo tomarme la vida en serio y dedicarme a tareas difíciles. Seré la mejor esposa y consorte que pueda ser. La mejor madre que puedo ser, si Dios lo permite. No me acostaré con nadie más que contigo y no haré nada que dañe a la monarquía. Tienes mi lealtad, Ambrose.

Estaba conmovido. Desde que empezamos a pasar más tiempo juntos, estaba empezando a verla bajo una luz diferente. Ciertamente tenía coraje, un corazón bondadoso y una naturaleza dulce. Su ligereza ocultaba una mente aguda. Ella ya no me intimidaba. De hecho, creí que podría confiar en ella. Iba a tomar en serio su posición.

Su apariencia no había cambiado, pero la veía de una manera diferente. No fue el cambio a un vestuario más elegante lo que me hizo mirarla con más cariño, sino mi mejor conocimiento de la mujer. Siempre había estado de acuerdo en que era bonita, ahora podía llamarla atractiva. Si tuviera que tomar una segunda esposa y convertirme en rey, Hawise de Lothwold sería una buena elección como socio.

—Te lo agradezco, Hawise. Aprecio tus palabras. A cambio, cuentas con mi lealtad y haré todo lo posible para ser lo que necesitas, como esposo y como monarca. Es de esperar que con el tiempo también un padre para tus hijos.

Ella sonrió y hablamos de nuestra boda y coronación. Ambas ceremonias debían realizarse lo antes posible para evitar cualquier desafío a nuestro reclamo. Tuve que sellar mi autoridad y dar

una imagen de firme estabilidad tan rápida y firmemente como pudiera. Habíamos fijado el 4 de diciembre. La boda tendría lugar por la mañana y la coronación por la tarde. Se había invitado a la realeza, nobles, cortesanos y diplomáticos de las Tierras del Oeste, Woldsheart y algunos otros reinos. Decidir a quién invitar y dónde ubicarlo había sido un dolor de cabeza diplomático. Me alegré del consejo del Consejo del Interregno.

—Mantendré el consejo como está pero con un nuevo nombre después de nuestra coronación —le dije—. Todo monarca necesita asesores y son las mejores personas para el trabajo.

Ella estuvo de acuerdo.

—Son hombres y mujeres con experiencia en quienes se puede confiar. Dime, ¿tus medio hermanos alguna vez tendrán un lugar en él?

—¿Se han acercado ellos o sus esposas sobre esto?

—No, pero tengo he notado cuánta más atención me prestan desde que te acepté. Espero una solicitud así en algún momento.

—Nunca le daré ningún poder a Lewis, Madoc, Nessa o Clementia, aparte del que ya tienen. Clementia está completamente gobernada por ellos, por lo que darles nuestro poder es entregárselo. No confío en los otros tres y nunca lo haré. Te sugiero que tú tampoco lo hagas.

Ella dudó y luego habló.

—Yo nunca lo he hecho. Al principio me impresionaron Nessa, Madoc y Lewis, mientras que apenas me di cuenta de Clementia. Sin embargo, yo he visto cómo actúan cuando se les cae la máscara. Una vez vi a Lewis sentir un gran placer al hacer llorar a uno de sus muchachos, y he visto lo suficiente de Madoc y Nessa para indicar una naturaleza rencorosa similar. Estoy de acuerdo, Clementia está bajo su control. Dios sabe lo que ella realmente piensa y siente porque nunca expresa ninguna opinión que no sea la de ellos.

Asentí, complacido de que mi prometida tuviera la confianza suficiente para hablar así conmigo y de que no la hubieran engañado.

—Tendremos que mantener una actitud discreta y contraria. No les pierdas de vista —dije—. Marjory, Owen y Cerys nos ayudarán.

—¿No tu tía Isolda?

—No. Mi tía siente la lealtad familiar con tanta fuerza que no ve los defectos de aquellos en la suya. Ella también cree en estar unidos. Ella creería que estamos destrozando a la familia.

—Al menos no están a menudo en el castillo y su profesión los mantiene ocupados. ¿Qué es exactamente lo que hacen?

—Nadie lo sabe.

Ella me miró asombrada. Yo continué.

—Tienen algún tipo de negocio que involucra muchos viajes y comercios con reinos extranjeros. Han podido viajar con poca antelación durante la guerra y ganan mucho dinero. La razón por la que el castillo es tan seguro y lujoso se debe en gran parte a su dinero. Desgraciadamente, eso les da una influencia que yo preferiría que no tuvieran. Sí, vivimos bien y dormimos profundamente y sí, los pobres reciben limosna por eso, pero desearía que fuera el negocio de Marjory el benefactor. Confío y respeto a Marjory más que nunca en ellos, y ella es abierta sobre lo que hace.

—¿Crees que lo que están haciendo es ilegal? ¿Nadie les ha preguntado nunca al respecto? Oh, Ambrose, si están involucrados en algo que infringe la ley, eso te perjudicará como rey.

Suspiré pesadamente.

—Lo sé. Ésa es otra carga que soportar. Hace tiempo que sospecho que están haciendo algo ilegal por la cantidad de dinero que tienen y pueden viajar libremente, pero engañan a la gente

cuando les hacen preguntas. Si el interrogador persiste, insinúan que se alejarán ellos y sus fondos del Castillo Malwarden. Nadie los ha cuestionado más ni nos han abandonado. Lo que sea que hayan estado haciendo, lo han estado haciendo durante muchos años.

—¿Tienes alguna idea de qué podría ser?

Negué con la cabeza.

—No. Mi única suposición es que se trata de algo criminal y lucrativo. Si no les reporta mucho dinero, no se molestarían.

Hawise hizo una pausa y pude verla reflexionando sobre mis palabras.

—¿Cómo eran Lewis y Madoc cuando eras pequeño? ¿Se llevaban bien?

—A pesar de lo que se pueda pensar, nunca fueron crueles conmigo. Compartimos un padre, que era un buen hombre pero débil, porque hacía la vista gorda ante cualquier cosa desagradable. Vio cómo les estaban yendo a sus muchachos. Le dolía, por lo tanto no hizo nada. Cuando tuvieron la edad de Bran, ya era demasiado tarde. Estaban fuera de la influencia de cualquiera que no les importara ya. Abusaban de su privilegio de nobles, tomaban todo lo que les apetecía, fuera suyo o no, e insultaban y agredían a todo aquel que les desagradaba y que no era más poderoso que ellos. Hicieron negocios con un hombre llamado Eoin, un hombre del Reino Esmeralda, que ahora está muerto. En poco tiempo habían ganado mucho dinero.

»Se casaron aproximadamente al mismo tiempo, Lewis tenía casi diecinueve años cuando se casó con Clementia y, unos meses después, Madoc se casó con Nessa. Creo que los conocieron a través de sus negocios, Eoin los presentó y nuestros padres no pusieron objeciones. Estoy seguro de que Eoin murió un año después de la boda de Madoc, y eso los devastó a ambos. Lo consideraban una figura paterna y lo trataban con más respeto que a nuestro padre.

»Mi madre era una buena mujer cuyo mayor error en la vida fue casarse con mi padre. Así no hubiera tenido a Lewis y Madoc, ella simplemente habría tenido el desafío de estar unida a un hombre que nunca podría ser fuerte para ella ni enfrentar las dificultades. Tal como estaban las cosas, tenía que lidiar con dos viles hijastros. Por eso no tengo hermanos menores.

»Ella no podía irse, así que me enseñó a sobrevivir. Por eso mis medio hermanos nunca fueron crueles conmigo, no tuvieron la oportunidad. Desde mis primeros años, aprendí a leer una habitación, a ser autosuficiente, a calmar una situación y a defenderme físicamente y ella me animó a estudiar y hacer aliados. Por eso pude convertirme en observador. Había adquirido las habilidades necesarias en la infancia para analizar un mundo extraño, mientras permanecía oculto a sus habitantes.

—¿Qué pasó con tus padres?

—Ambos murieron de peste poco después de mi boda con Sophie. Al principio culpé a sus muertes por mi mal matrimonio, pensé que el dolor nos estaba afectando, pero no podía hacer lo que hizo mi padre e ignorar la verdad para siempre...

Hawise tomó mi mano y me sonrió con empatía. Puse mi mano libre sobre la de ella, maravillándome de que me sintiera cómoda con esta pequeña intimidad.

«Tendrás que hacer mucho más que tomarte de la mano para consumar tu matrimonio, y deberás hacerlo más de una vez. Mantenerla satisfecha y asegurar la sucesión. Dioses, ¿cómo puedes pensar que puedes mantener interesada a una mujer como ésta? ¿Un hombre como tú?»

—No envidio tu infancia, Ambrose, aunque sí envidio las habilidades que aprendiste de ella. Determinación y autodisciplina. Ves una tarea y la abor das sin rendirte nunca. En lo que a mí respecta, sólo me alegro de que golpear a los niños que no cooperan ya no estuviera de moda cuando me entregaron a un tutor. Yo era la desesperación de él y de todos los que vinieron después. No alardeo, sé que tengo habilidades, pero cómo te envidio a ti y a mi amiga Bessy, que

aprovecharon al máximo tus talentos. ¡He desperdiciado tantas oportunidades y cómo me arrepiento!

Su rostro decayó levemente. Apreté su mano.

—Tengo miedo —continuó en un tono que, por primera vez, me hizo sentir protector hacia ella—. Se nos exigirá mucho y nunca antes me habían puesto a prueba de esta manera. Siempre estaremos en exhibición. No tendremos un hogar estable. En cambio, nos mudaremos de castillo en castillo, quedándonos con varios nobles.

—Haremos que esto funcione. Sé por qué quieres un hogar, ¿por qué no después de tu infancia? Sin embargo, haremos que esto funcione. La nación está detrás de nosotros. Unas doscientas mil personas quieren que hagamos que esto funcione. Nunca es demasiado tarde para aprender. Estoy aprendiendo a no esconderme, a estar con la gente y a comunicarme. Ya no puedo mantener alejada a la gente con un cuerpo asqueroso. Aprenderás a aplicarte. Lo sé.

Ella me sonrió y podría haberme besado de no haber sido por un golpe en la puerta. La querían hablar sobre ropa de boda. Dijimos que no nos reuniríamos en la cena.

Ahora solo por primera vez en horas, qué contraste con mi antigua vida, me miré al espejo. Me veía diferente. Más grande, más sano, menos asustado y más decidido. Puede que todavía no pareciera un rey, pero en realidad no lo sería hasta ahora que fui coronado.

Toqué mi collar. Era un adorno de plata maciza, un estilo clásico para hombres, y lo que yo había elegido con orgullo cuando era joven cuando se anunció mi compromiso. Lo había usado todos los días desde que Sophie me lo puso por primera vez alrededor del cuello. Fue ahora envuelto en un trozo de cinta blanca para indicar que era viudo y estaba a punto de casarme de nuevo. El collar de oro y zafiros de Hawise estaba decorado de manera similar.

Suspiré pesadamente. A los veinticinco años todavía era un hombre joven, pero me sentía viejo y agotado.

«¿Cómo voy a hacer esto precisamente yo?»

El día de nuestra boda y coronación fue un viernes gris y helado. No había brisa, pero había una pizca de nieve en el aire. Esto no fue un gran augurio, ni para mi matrimonio, ni para mi reinado ni para una multitud que me vitoreaba, pero no podía permitirme el lujo de ser supersticioso. Tenía que jugar las cartas que me habían repartido lo mejor que pudiera.

Me desperté temprano, pero no lo suficiente como para justificar estar acostado en una cama caliente durante más de unos minutos. Necesitaba levantarme y prepararme para el día más importante de mi vida.

«Y pensar que pensabas que tu boda con Sophie iba a ser el día más importante de tu vida. ¡El primer capítulo de una era más feliz! No, había señales de que algo no estaba bien. Intentaste plantear tus preocupaciones pero te cerraron. Puedes confiar en tu criterio y ahora la gente está obligada a escucharte».

Hice una pausa en la cámara fría. ¿Podría confiar en mi juicio ahora? Creía que Hawise era la mejor esposa y consorte que podía elegir. Creí que incluso podría ser una buena madre. ¿Me estaba diciendo esto simplemente porque, una vez más, estaba obligada a casarme?

Negué con la cabeza. No. Hawise sólo se parecía a Sophie en ser mujer. Yo era varios años mayor y mucho más sabio. El panorama político había cambiado. La historia no se repetiría.

Entró un criado con agua caliente, seguido de otro con botellas y toallas. Mi día había comenzado.

Me lavé los dientes, me lavé, me afeité y me peiné con mucho cuidado. Me apliqué generosamente colonia en las axilas. No podía volver a caer en malos hábitos. No fue justo para Hawise ni inspiraría fe en mi liderazgo. La ropa que me puse no sólo estaba limpia sino también nueva y hecha de telas de mayor calidad que cualquier cosa que hubiera tocado mi piel antes. La batista se volvió tan blanca como la nieve fresca. Terciopelo suave como un gatito que se sentía pesado y cálido. Botas hechas de cuero tan suave como la mantequilla.

Apenas me reconocí en el espejo.

Como era costumbre, comí solo con mis padrinos de boda y otros hombres de la familia, mientras Hawise cenaba con mis parientes femeninas y los invitados comían en el Gran Comedor. Owen estaba de muy buen humor. ¡Cómo reía y charlaba! Marcó la pauta para el resto de la comida. Todos se sintieron aliviados de que el interregno terminara y terminara pacíficamente.

Después del desayuno la mayoría de los hombres y niños se marcharon, dejándome a mí con quienes debieron ser mis más cercanos compañeros; Owen, Lewis, Madoc y el cuñado de Cerys, Magnus. Era costumbre que la novia y el novio se mantuvieran separados hasta la ceremonia, y tuvimos algo de tiempo para matar. Siempre me alegré de estar con Owen y me llevaba bien con

Magnus cada vez que lo veía, pero habría pagado un buen dinero para que mis medio hermanos estuvieran lejos. Estaba convencido de que estaban tramando algo, tal vez tratando de ponerme nervioso, porque me preguntaron cómo me sentía y me agradecieron por haber asumido el peso de la corona. Hicieron los esperados comentarios lascivos sobre la noche de bodas. Owen y Magnus se unieron.

Sonreí suavemente. Esto era algo en lo que había tratado de no pensar.t.

Un golpe en la puerta trajo a Marjory, ven a llevarme a la iglesia. Lewis saltó para escoltar a Hawise. Habría preferido enviar a Owen, pero me sentí obligado a ofrecerle el trabajo a Lewis como mi pariente más cercano.

Mi prima lucía mejor con un fino vestido. Tenía un brocado azul y plateado y ella sonreía, pero sabía que no aprobaba del todo a mi novia. Ella y Hawise nunca fueron menos educados el uno con el otro, pero yo sabía que hasta ahí llegaría su relación. Hawise no me había dicho nada, aparte de condenar a Marjory con débiles elogios. Las expresiones faciales y el tono de voz de Marjory habían indicado que Hawise, como esposa, era mejor que ninguna esposa.

Hoy ella parecía cada centímetro de la noble dama, viniendo a apoyar a su pariente y a su novia. La bufanda que siempre llevaba estaba claramente oculta debajo de su vestido. Sabía que ella no se lo habría quitado.

—¿Estás listo? —ella preguntó.

—Sí.

Nos pusimos en marcha. Magnus, Madoc y Owen caminaban un poco delante de nosotros, hablando alegremente. Marjory y yo no hablamos. Me sentí demasiado nervioso, y adiviné qué sentimientos despertaban en ella las bodas. Sin embargo, su rostro estaba sereno y su postura excelente. Podría esperar igualarlos. Ambos éramos de alta cuna y nos criaron para actuar en ceremonias públicas.

Cuando salimos del castillo, me alegré de ver multitudes de gente y escuchar sus vítores. Me encontré sonriendo con naturalidad. Saludé y dije gracias. Me aceptaron. Me desearon lo mejor. Antes de darme cuenta, estábamos en la iglesia.

Madoc, Owen y Magnus se sentaron en sus asientos. Marjory me escoltó al pasillo.

—Todos los ojos están puestos en ti, hermanito —susurró Madoc mientras se sentaba—. Qué día para ti. ¡Lo que nos espera!

Le sonreí suavemente y volví la cabeza hacia el sacerdote.

Varios minutos más tarde, Hawise llegó a la iglesia con su pareja. Se hizo un silencio colectivo cuando entraron en el edificio sagrado. Me volví para mirarla.

Ella se veía hermosa. El vestido color lavanda, el aro plateado y la capa rosa oscuro le sentaban bien, pero su buena apariencia era mucho más que eso. Para ellos era más que su cabello brillante y suelto, sus excelentes dientes y su piel clara. Su personalidad y su carácter brillaban a través de su sonrisa alegre y sus ojos expresivos. Parecía que podría ser una reina, pero seguía siendo ella misma y lo que era atractivo.

Ella me miró y tomé sus manos. El sacerdote se aclaró la garganta y la ceremonia para unirme a Hawise de Lothwold por el resto de nuestras vidas. Comenzó la ceremonia nupcial, siempre breve, terminó antes de que me diera cuenta. Era casi como estar en un sueño.

El sacerdote llegó al final de las antiguas palabras y sonrió ampliamente. Nos declaró marido y mujer, mujer y marido, unidos por la voluntad de los dioses e inseparables hasta la muerte. Con un tono sonoro nos permitió besarnos. Hawise, mi esposa me miró casi con timidez. Todavía sintiendo que podría estar soñando, la acerqué suavemente hacia mí y la besé en la boca.

Era la primera vez que lo hacíamos. Las libertades habituales del cortejo no se nos habían

aplicado. La nuestra era una política alianza, nuestros deseos personales deben quedar en un distante segundo lugar. Sin embargo, ella me devolvió el beso y sentí algo parecido a la lujuria por primera vez en años. Lágrimas de felicidad se formaron en sus ojos.

«¿Podría la felicidad estar a mi alcance? ¿Podría hacerla feliz? ¿Soy capaz de ello?»

La congregación rugió en aprobación y la primera parte del día terminó.

—Lo logramos, esposo —respiró Hawise. Parecía sorprendentemente tímida.

No se me ocurrió nada que decir en respuesta, así que besé su frente.

Hicimos nuestro camino de regreso al castillo a un ritmo tranquilo a través de un río de ruidosos simpatizantes. Hawise sonrió y saludó con la mano, como si hubiera nacido para el papel. Cualquier timidez que sintiera, la ocultó bien. Sólo podía esperar estar ocultando mis sentimientos de irrealidad con el mismo éxito.

Pasaríamos relativamente poco tiempo juntos en ese día trascendental y casi nada solos. Técnicamente era un día de celebración, pero para mi esposa y para mí era un evento enorme que teníamos que organizar y hacer que pareciera sencillo.

Después de la comida del mediodía, Hawise y yo fuimos a cambiarnos de ropa para la coronación. Me lavé y limpié los dientes nuevamente antes de agregar más colonia a mi cuerpo. Nuestros atuendos serían más suntuosos que los que habíamos usado para nuestra boda. Ahora que estábamos a punto de convertirnos en realeza, podíamos vestir telas de oro y diamantes.

Hawise lucía espléndida con una capa azul lapislázuli sobre un vestido carmesí. Como yo, llevaba un cinturón de oro alrededor de su cintura. Su cabello todavía estaba suelto, pero ahora no llevaba nada en la cabeza. Por primera vez desde que podía caminar, aparecía en público con la cabeza descubierta.

La coronación la realizaba en la misma iglesia el mismo sacerdote, ya que era costumbre que el sacerdote o sacerdotisa más local hiciera el trabajo. Esta vez, Hawise y yo esperamos a que nos convocaran al altar por el rugido de la multitud. Sólo podríamos ser coronados con su consentimiento.

Se hizo el silencio cuando llegamos al altar. El sacerdote se interpuso entre nosotros. Cuando habló, sonó aún más autoritario que esa mañana. Realmente sonaba como si los Dioses estuvieran presentes. Estamos hablando directamente a través de él.

Un rayo recorrió mi espalda.

El sacerdote habló del encargo sagrado entre un monarca y su pueblo y de cómo una consorte debe honrar a su monarca y este encargo. Describió las responsabilidades solemnes y permanentes que implicaran.

Hawise lo miró fijamente con una mirada paralizada.

«¿Cómo puede alguien pensar que ella no se tomará esto en serio?»

Finalmente se volvió hacia mí. En sus manos sostenía una corona de oro adornada con diamantes.

—Lord Ambrose de las muchas casas de las Tierras Occidentales, usted ha sido invitado a reinar como Rey de las Tierras Occidentales por su gente. ¿Aceptas esta invitación?

—Padre, lo acepto.

—¿Juras solemnemente hasta la muerte respetar las leyes de esta tierra y gobernar sabia y justamente? ¿Ser un padre misericordioso con tus súbditos?

—Padre, lo juro.

—¿Juras solemnemente defender las enseñanzas de la iglesia y guiarte por sus valores en todo lo que digas y hagas?

—Padre, lo juro.

Levantó la corona muy por encima de su cabeza. Me arrodillé y cerré los ojos, luego sentí su peso sobre mi cabeza. él siguerojo estaba seguro antes de estallar:

—Levántate, rey Ambrose III. Westlands es tu dominio. ¡Gobiérnalo bien!

Se volvió hacia Hawise.

—Lady Hawise de la Casa de Lothwold de Woldsheart, está casada con el rey Ambrose III. ¿Consientes en ser su Reina Consorte?

—Padre, lo acepto.

—¿Juras obedecerlo como tu señor soberano?

—Padre, lo juro.

—¿Juras apoyarlo hasta que la muerte los separe y criar a tus hijos como dignos príncipes y princesas?

—Padre, lo juro.

Levantó otra corona, también dorada pero más pequeña y sencilla sin adornos. Mi esposa se arrodilló y cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, era mi reina consorte y madre de su nación adoptiva.

Unió nuestras manos y nos instó a cumplir con nuestro deber sagrado guiando y protegiendo a la nación. Asentimos y la ceremonia terminó.

La congregación rugió su aprobación con más entusiasmo que en nuestra boda. Se escuchó su alivio. Su tierra tenía un rey y una reina. Dos adultos inteligentes y sanos que podrían gobernar y levanta la siguiente regla. Los años de incertidumbre habían terminado. Al tomar a una mujer de la Casa de Lothwold, la guerra había terminado en todo menos en el nombre. Muy pronto se firmaría un tratado de paz y los niños rehenes podrían regresar a sus hogares.

Hawise me sonrió como diciendo: «Lo logramos» y le sonreí. Otra parte de este importante día casi había terminado.

Regresamos en procesión al Castillo Malwarden bajo una lluvia de bendiciones y vítores. El campesinado y las clases medias se sintieron tan aliviados de tener finalmente un monarca como los nobles lo eran. Me sentí realmente conmovido y dejé que la gente lo viera. Necesitaba que vieran mi agradecimiento por su aprobación y que comenzaran a confiar en mí.

La última parte pública del día fue una fiesta y baile, muy propio de cualquier boda, aunque en un formato mucho más amplio y había que tener mucho cuidado para que nadie se sintiera desairado. Se había debatido el lugar de cada uno en las mesas, y se había puesto un cuidado similar al decidir quién invitaría a bailar a quién.

A medida que avanzaba la alegre tarde, podía sentir que me volvía más. Estoy nervioso. El evento más privado tuvo que ser anunciado con el último anuncio. Miré a mí alrededor. La mayoría de los platos ya estaban comidos y había platos sucios esparcidos por las mesas. El baile había terminado y los músicos pusieron una suave música de fondo, sobre la cual la gente podía hablar. La gente charlaba con la copa en la mano. Los niños más pequeños se habían quedado dormidos debajo de las mesas.

Me armé de valor. No podía flaquear ahora. Respiré profundamente y encontré a mi esposa. Estaba hablando con Owen, con quien también necesitaba hablar. Adivinaron lo que estaba a punto de preguntar.

—¿Estás listo? —preguntó Hawise. Estaba sonrojada por el baile y la alegría.

Asentí y le apreté la mano, esperando que la mía no estuviera húmeda de miedo. Ella me miró alentadoramente.

Owen se dirigió a uno de los bancos y se subió a él. Se hizo el silencio. Mi estómago dio un vuelco, pero me recordé a mí mismo que por eso les di a Lewis y Madoc los trabajos que les

había dado. Podría darle a Owen este trabajo, un trabajo que sabía que habrían usado para socavarme.

Mi primo tiró su cabeza pelirroja y gritó las antiguas palabras:

—¡Muchacho, es hora de hacer tu trabajo!

La sala estalló. Gritos y vítores resonaron en mis oídos. Mis mejillas ardían y sólo podía esperar que mi sonrisa no fuera demasiado fija. Hawise se sonrojó de un rosa más brillante y sonrió.

Habíamos ensayado qué hacer a continuación. La mayoría de las parejas lo hacían, a pesar de que debía ser un momento espontáneo.

Le hice una reverencia de una manera demasiado elaborada, con cuidado de seguir sonriendo. Ella se lo devolvió con la más profunda de las reverencias y le ofreció una mano. Se la besé ostentosamente, provocando un atronador aplauso y luego le ofrecí mi brazo, que ella tomó. No quería arriesgarme a levantarla como lo hacían muchos nuevos maridos. No era exactamente gorda, sólo extremadamente sólida, y esperaba que pesara más de lo que parecía. El hecho de que ella no fuera alta también me haría difícil levantarla con gracia.

En lugar de eso, nos abrimos camino, tomados del brazo, perseguidos por docenas de personas gritando, hasta nuestra cámara. Abrí la puerta con fingida ceremonia e hice una reverencia. Ella se rió y entró antes de lanzar un beso a la multitud que se agolpaba. Sonreí, tratando de no llamar la atención de nadie, y cerré la puerta.

Así terminaron las partes públicas del día. Todos retrocedieron, sus pasos y sus voces se apagaron. Ni siquiera mis medio hermanos podrían interferir ahora.

Ahora estaba completamente solo con mi esposa.

Estaba aterrado.

«Oh, Diosa, ¿cómo puedo hacer físicamente lo que hay que hacer? Años de sufrimiento con Sophie me han destruido».

Hawise se sentó en la cama gigante. Su cabello hasta la cintura estaba enredado y brillaba dorado a la luz de las velas. La corona que recibió esa tarde había sido reemplazada por un aro de oro y diamantes para el baile. Ella ahora lo quitó. Conscientemente, me quité la banda plateada de mi cabeza. Tomé su aro y coloqué el mío y el de ella encima de un cofre. Me di la vuelta, sintiéndome incómoda. Ella me estaba mirando de manera amable.

—Ven aquí. —Me hizo una señal.

Obedecí, temblando. Era imposible dejar de temblar. La mujer que tomó mis frías manos entre las suyas no se parecía en nada a mi difunta esposa, pero como ninguna tranquilidad. La vida me había llevado a lugares oscuros que ninguna tranquilidad podía aliviar.

—Hawise, no puedo —suspiré—. Sophie... lo siento, no debería haberme casado contigo. No puedo... no podría casarme con nadie. Ya sabes lo que pasó en mi primer matrimonio. Se aniquiló...

Me eché a llorar. Madoc y Lewis tenían razón.

Hawise me abrazó.

—Lo sé. Y no es tu culpa. Nos reconstruiremos. Haremos que nuestro matrimonio funcione y ambos seremos felices. Seré una esposa feliz contigo.

—No creo que pueda físicamente...

—No tenemos que hacer todo esta noche. Hay tiempo. Ven, preparémonos para acostarnos y acostémonos juntos. Ha sido un día muy agotador, pero ¿nadie puede negar que también ha sido un triunfo?

En silencio, asentí, apenas capaz de creer lo que oía.. ¿Podría esta mujer, famosa por su

apetito devorador de hombres, ser realmente tan tierna, especialmente cuando eso debía causarle molestias? Seguramente había sido célibe desde que abandonó el Castillo de la Costa Este, y debió haberlo resultado tenso.

Me lavé, me limpié los dientes y me peiné, tratando de evitar sus ojos. Cogí mi camisón, mi camisón nuevo. Ahora éramos rey y reina, todo lo que alguna vez poseímos lo habíamos dado a cambio de limosna. Las joyas que los tutores de Hawise le habían prestado les habían sido devueltas. En lugar de eso, sacamos nuestras pertenencias del guardarropa real. Técnicamente ya no poseíamos nada, simplemente tomamos prestado lo que se había acumulado durante décadas y siglos y había sido diseñado para adaptarse a nosotros y a las modas actuales.

—¿Le pongo crema a tu espalda? —preguntó Hawise, tal como cualquier esposa podría preguntarle a su marido.

Ahora estaba vestido sólo con la camisa que había usado durante la última parte del día. El tarro de nata aún no estaba vacío. Había logrado aplicármelo yo mismo con ayuda de una espátula, pero no tenía ni idea de cómo me veía ahora desde atrás. Además, sería de mala educación negarse.

—Sí, por favor. —Le di la espalda y me quité la camisa.

Hawise aplicó el ungüento frío sobre mi piel. Me estremecí.

—¿Cómo está mi espalda? ¿Y... mi trasero?

—Completamente limpio, pero creo que deberías usar el resto del frasco, como dijo Gytha.

—Sí, estoy de acuerdo.

Sus dedos alcanzaron mi cintura y se detuvo.

—Por favor continúa —me obligué a decir.

Frotó más ungüento en mis nalgas. Se sintió tan fuerte. Es extraño que me toquen en un lugar tan privado después de tanto tiempo.

«Hace menos de un mes que no me lavaba, salvo la cara y las manos. Este es progreso».

Me di vuelta y le agradecí cuando terminó y me puse mi camisa limpia. También estaba vestida para dormir.

Nos metimos bajo las pesadas mantas y corrí las cortinas a nuestro alrededor. Alguien había encendido un fuego, pero todavía hacía frío.

—Ven aquí —susurró Hawise en la oscuridad. Me acerqué a ella y la tomé entre mis brazos. Ella apoyó su cabeza en mi pecho, la corona debajo de mi barbilla. Su cabello parecía seda y se lo dije.

—Gracias, sólo desearía que fuera más grueso. Envidio las gordas trenzas de Marjory.

—Pero tu cabello no es fino y es de un color muy bonito. Siempre luces bien. Mucha gente te admira. Yo nunca he escuchado a alguien decir algo malo sobre tu apariencia.

—Oh, supongo que todos tenemos nuestras inseguridades.

Permanecimos un rato en la oscuridad, mientras nuestros ojos se acostumbraban a la falta de luz. Se sintió cálida contra mí.

Ella se volvió ligeramente hacia mí. Hizo una pausa y luego dijo.

—Te voy a besar, a tocarte. Dime cuándo parar.

Puse mi boca en la de ella en respuesta. No podría ser pasivo. Esta no era Sophie, alguien a la vez histérica y agresiva por miedo. Esta era una mujer a la que le gustaban los hombres y que me quería.

«Ella debe decirme si lo que hago no le agrada».

—Guíame, Hawise. ¿Qué te gusta?

Sus dientes brillaron mientras sonreía. Ella me tomó entre sus brazos y comenzó a besarme,

sus brazos acariciaron mi espalda y mis hombros. Ella sabía lo que estaba haciendo, lo que ella quería. Todo lo que tenía que hacer era seguir su ejemplo.

La rodeé con mis brazos, cómo Sophie habría luchado para liberarse, pero esta audaz mujer de Woldsheart solo soltó un gemido de alegría y se acercó aún más. La sangre corrió a mi ingle, ella lo sintió y le gustó. Ella se presionó contra mí, excitándome aún más. Hacía años que no me sentía tan libre, tan hombre, tan yo mismo y tan vivo.

Hawise se detuvo para quitarse el camisón. Retiró las mantas para revelarse. Era una perla. Su piel era luminosa y su cuerpo se curvaba hacia adentro y hacia afuera como una diosa de la fertilidad. Sabía que era hermosa y se regocijaba por ello.

—Déjame verte desnudo, Ambrose. Sólo te he visto por detrás. Déjame verte por completo.

Antes de que pudiera perder el coraje, me senté y me quité la camisa. Aparté las mantas de una patada. Hawise me atrajo hacia ella. Sus ojos eran grandes, sus pupilas dilatadas y su boca suave.

—Eres un hombre hermoso. —Ella me puso encima de ella y me besó más apasionadamente que antes. Empecé a besarle el cuello, lo cual a ella le gustó, luego dijo—: Te quiero dentro de mí, Ambrose. Quiero sentirlo todo.

—Guíame. ¿Cómo te gusta?

Ella se acostó debajo de mí y me guió. No podía creerlo del todo. Estaba dando placer a una mujer. Lo que a Sophie le había resultado repugnante, hasta el punto de que pronto nos rendimos, hizo que Hawise gemiera de alegría. Descubrí que dejé de pensar y, en cambio, sólo me concentré en lo que estaba experimentando y en el éxtasis de mi esposa.

Después la sostuve en mis brazos, su cabeza en mi pecho.

—Tu corazón late muy rápido, Ambrose. —Ella me miró y sonrió.

—Has hecho lo que nadie más pudo hacer. —Me quedé franco con asombro—. Me has hecho un hombre y me has hecho feliz.

Narrativa continuada por la reina Hawise de Westlands

Ambrose durmió bien en nuestra noche de bodas y pronto se quedó dormido después de haber consumado nuestro matrimonio. Él estaba tranquilo, pero yo no. Me quedé despierto en la oscuridad durante mucho tiempo, componiendo mentalmente todas las cosas. Le escribo a Bessy para que pueda calmar mis pensamientos locos y poder dormir.

Mi boda, mi coronación y mi noche de bodas habían ido mejor de lo que me había atrevido a esperar. No hubo abucheos lascivos y todos parecían realmente contentos de que nos casáramos y tomáramos un trono vacío. Sentí que ambos habíamos desempeñado bien nuestras partes.

Mi noche de bodas fue confusa. Había sido tan bueno tocar a un hombre y sentirlo dentro de mí después de muchos meses de abstinencia. Sin embargo, no fue sólo la abstinencia lo que hizo que la experiencia fuera agradable. Había llegado a apreciar y respetar genuinamente a Ambrose. Disfruté de su compañía y pude apreciar sus cualidades más profundas: su mente astuta, su firme sentido del bien y del mal y su coraje para actuar en consecuencia. También fue valiente al superar tanto dolor y miedo para volver a unirse al mundo, tomar un reino en problemas y tomar una esposa.

Lo miré mientras dormía, casi pude distinguir sus rasgos en la oscuridad.

«Es guapo. Encuentro atractiva su voluntad de complacerme y esta noche lo disfruté. Teniendo en cuenta su pasado y la poca experiencia que ha tenido, todo fue mejor de lo que nos hubiéramos atrevido a esperar. No pensé que fuera capaz de consumir nuestro matrimonio hasta dentro de muchas semanas. Creo que puedo enseñarle lo suficiente para que podamos divertirnos juntos. Definitivamente será un alumno dispuesto».

Me di la vuelta, tratando de no gemir y despertar a Ambrose. Lo que había descrito era muy bueno. Era más de lo que tenían muchas esposas. Intenté compararlo con cómo me sentí cuando me casé con Adam por primera vez, pero fue imposible. Eran dos hombres muy diferentes y yo había estado en una etapa de mi vida completamente diferente, viviendo en un país diferente y en un clima político totalmente diferente. Además, ser reina consorte estaba a un mundo de distancia de ser la esposa de un diplomático.

La cama era la más cómoda en la que había dormido jamás. Cualquiera que fuera el castillo en el que nos alojáramos, nuestros apartamentos estaban garantizados como los más lujosos. El camisón arrugado en el suelo estaba hecho de batista de la más alta calidad. Las joyas que había enviado a mis antiguos guardianes eran una gota en el océano comparadas con las montañas resplandecientes entre las que podía elegir.

«Solo es eso. —Me di cuenta con un sobresalto—. Nada de lo que uso o uso es mío.

Pertenece al reino. Simplemente estoy tomando prestados artículos como su reina. Nunca tendré una casa propia. Estoy viviendo en el castillo de otra persona otra vez y siempre lo haré. Mi comportamiento debe estar dirigido por necesidades diplomáticas por el resto de mi vida. Rara vez podré poner mi propio sello en algo. Puede que ni siquiera tome amantes porque hay mucho en juego. Ambrose y yo sólo debemos acostarnos el uno con el otro hasta que la muerte nos separe».

Respiré profundamente, tratando de mantener la calma. No quería despertar a mi marido y tener que responder a sus preguntas. Era un buen hombre, felizmente podía besarlo y acostarme con él. Eso era todo lo que había pedido alguna vez. Mi nuevo estatus y mi fortuna fueron a la vez bendiciones y piedras de molino inesperadas.

«Pocas personas encuentran el amor verdadero, todo lo que desean en un cónyuge. Tienes un compañero agradable, alguien a quien puedes respetar y en quien algún día podrías confiar, y un hombre con quien te gusta acostarte. Eso es lo que tuviste con Adam y ambos estabais contentos. Sería una tontería pedir más».

Me pregunté si podríamos tener bebés antes de llorar en silencio hasta quedarme dormida.

La siguiente vez que desperté ya era de día y Ambrose no estaba a mi lado. Estaba de pie junto a la ventana, contemplando el día. Se volvió hacia mí y sonrió. Parecía genuino.

—Buenos días, Hawise. ¿Dormiste bien?

Me obligué a devolverle la sonrisa.

—Sí. ¿Tú?

Me levanté y lo besé brevemente. No quería que experimentara mi aliento matutino ni probar el suyo.

—¿Pido agua caliente? Probablemente sea hora de que nos despertemos.

Él asintió, pareció preocupado y luego preguntó:

—¿Crees que alguien preguntará si consumamos nuestro matrimonio anoche?

Esto me desconcertó un poco.

—Por qué... no sé si alguien lo haría, supongo que darán por sentado que lo hemos hecho. Si alguien preguntara, creo que deberíamos decir que sí y dejarlo así. No es asunto de nadie más que nuestro.

—Hawise, todo lo que tenga que ver con nosotros ahora es asunto de todos. Somos rey y reina. Propiedad pública.

Los sirvientes llegaron con agua caliente y preguntaron qué nos gustaría ponernos. Intenté no parecer demasiado perturbado. Ambrose estaba a punto de hablar conmigo, pero los sirvientes regresaron rápidamente con brazadas de ropa. Como era costumbre, nos vestiríamos nosotros mismos al día siguiente de nuestra noche de bodas, pero en el futuro lo harían otros, aunque todavía vendría alguien a peinarme.

Elegí un vestido verde azulado con cordones a los lados. Mientras Ambrose abrochaba los cordones, tuve que respirar un poco. Me encantó el color intenso, pero el vestido era muy ajustado y no se podía dejar salir más.

«No puedo darme el lujo de comer reconfortantemente. Todos verán cada cambio en mi apariencia y me juzgarán. Además, la mayoría de mis comidas las haré en público. ¿Qué clase de reina se llena la cara para que todos la vean?»

Mi marido notó mi rostro pálido cuando abrochó el segundo cordón y tomó mis manos entre las suyas.

—¿Qué pasa, mi amor? Pareces a punto de desmayarte.

—Estoy aterrorizada —susurré—. Todo lo que hacemos y decimos será notado y

posiblemente tergiversado. Viviremos espléndidamente pero enteramente en público. Disfrutaremos de una gran riqueza y poder, pero no poseeremos nada y cargaremos con enormes responsabilidades. *Debo* darte hijos...

Me abrazó y no se sintió tan delgado.

—Saldremos de esto juntos. Anoche me ayudaste y me hiciste darme cuenta de la alegría que puedo experimentar. Haría lo mismo por tí. No soy sólo tu soberano, también soy tu marido.

Asenti. Dos de mis damas tocaron con mis joyas, así que no se podría decir más, pero ya había oído suficiente. Ambrose era más fuerte de lo que muchos pensaban.

Fuimos a desayunar al Gran Salón y ocupamos los asientos de honor. Cerys y Owen tuvieron que cedernos el paso, lo que me hizo sentir incómodo, aunque ellos parecían considerarlo el orden natural de las cosas. Parecía lo más alegre y satisfecho posible. Nadie debe pensar que no estaba completamente seguro y satisfecho.

Mientras untaba un panecillo con mantequilla, se me ocurrió que no podía abrirle mi corazón a Bessy tan libremente como lo había hecho antes. Quizás todavía le escribiera y quizás aún usara nuestro código, pero Ambrose tenía mi primera lealtad. No fue sólo el miedo a ser descubierto lo que detendría mi pluma. No podía anteponer mi necesidad de confiar en mi más antiguo amigo a mis votos hacia mi marido. Todavía podría escribir con sinceridad, pero no con franqueza.

Este fue un duro golpe.

Después del desayuno, hicimos nuestro ejercicio. Ambrose se fue a algún lugar con sus hombres, mientras mis damas, Cerys, Clementia, Lady Isolde y yo íbamos a caballo. La edad de Lady Isolda significaba que no me sentía cómoda dejando caer su título, ni siquiera en mis pensamientos. Marjory estaba ocupada con sus asuntos y me sentí aliviado de no tener que incluirla. Nunca seríamos cercanos, mientras que podía sentir que se estaba desarrollando un vínculo real entre Cerys y yo. La extrañaría cuando nos fuéramos, que sería después de que aquellos que violaran la bandera hubieran sido capturados y castigados.

Lady Isolde nunca había sido más que educada y agradable conmigo, por lo que disfrutaba de su compañía. Apenas me di cuenta de si Clementia estaba presente o no. Ella era tan tranquila y discreta. En cuanto a mis señoritas, viajarían conmigo de castillo en castillo y me apoyarían. Me llevaba bien con ellos, pero la barrera entre la realeza y los gobernados era demasiado grande para una intimidad inmediata.

«Sé paciente. Muchas grandes damas forman vínculos con quienes las sirven. Sólo lleva tiempo. Las más jóvenes son chicas jóvenes. Te preparará para la maternidad».

Después de cambiarme de ropa, me dirigí con Cerys al Gran Salón donde se reunía el antiguo Consejo del Interregno, ahora Consejo Real. Puede que Ambrose sea rey, pero todo gran hombre sigue necesitando consejeros.

Nessa nos vio mientras caminábamos hacia el Gran Comedor. Ella hizo una profunda reverencia.

—La vi cabalgar desde mi ventana, señora. Espero que hayas pasado un rato agradable. Es un buen día para ello.

—Sí, lo hicimos, gracias.

—Debes haber llegado hasta el Bosque de los Mil Pinos.

—Sí, estábamos a la vista del bosque.

Me preguntaba a qué estaba jugando. Su hermoso rostro moreno era la viva imagen de la inocencia. Una vez, sin embargo, no confiaba en ella más de lo que confiaba en su marido o su hermano.

«Si está buscando una invitación la próxima vez que salga, está perdiendo el tiempo. Elegiré a mis compañeros donde pueda. He elegido a su hija mayor, Jane, como señorita, lo cual es suficiente para ese lado de la familia. Los dioses saben que ahora tengo pocas opciones reales que pueda tomar en mi vida».

—Cerys, he estado pensando —dije, tan pronto como Nessa se hubo marchado—. Tengo acceso a tantos lujos, ropa, joyas, caballos, lo mejor de todo. Sin embargo, en realidad, no poseo nada.

Ella asintió.

—¿Crees que podría comprarme algo de ropa? Sólo un par de prendas sencillas, algo que pudiera usar en la intimidad del solar o de mi cámara. Quiero algo que sea *mío* y no de la monarquía.

Parecía un poco desconcertada. Todavía estábamos solos, así que ella podía hablar abiertamente y llamarme por mi nombre.

—Hawise, escucho lo que estás diciendo, pero no puedes. Los reyes y reinas de las Tierras Occidentales no poseen propiedades personales de esa manera. Puede tomar lo que necesite y modificarlo, pero comprar algo como lo que sugiere parecería muy extraño. En estos tiempos difíciles, no se puede ver que usted esté haciendo nada extraño. Lo lamento. Quizás algún día puedas introducir cambios. Pero ahora no es el tiempo.

Asentí, habíamos llegado al Gran Comedor y ya no podíamos hablar. Me enderecé y entré a la habitación con toda la gracia regia que pude reunir.

Me esperaban buenas noticias. El capitán de la milicia local informó alegremente que el cuatro que habían violado la bandera habían sido perseguidos y capturados.

—Recibí la noticia hace menos de una hora. La mujer y los tres hombres fueron sorprendidos intentando cruzar la frontera con Woldsheart. Era territorio de Lothwold y era Guerreros de Lothwold que los arrestaron. Gracias al matrimonio de Su Majestad con la Reina Hawise, los están escoltando al Castillo Malwarden. Deberían llegar esta tarde.

Un murmullo de alegría murmuró por la habitación. Esta fue realmente una buena noticia.

«No sólo han sido capturados, sino que la forma en que lo hicieron ayudará a mantenerme a mí y a mi matrimonio a favor de la gente».

Ambrose insistió en que los cuatro fueran entregados en el castillo con la máxima discreción.

—Debemos guardarnos esto para nosotros el mayor tiempo posible. Deben ser entregados como lo más silenciosamente posible y ser llevados directamente a celdas separadas. No quiero que aparezca una multitud, como tampoco quiero que tengan la oportunidad de conferenciar entre ellos. Pueden decir lo que tengan que decir en un juicio mañana. Una vez que el juicio esté en marcha, será imposible mantenerlo en secreto. La noticia se difundirá después de que se haya dictado sentencia, porque no creo que el juicio dure mucho.

Miró a Owen, como si pudiera estar pisando los dedos de los pies del Señor de Malwarden, pero Owen sólo asintió con la cabeza. Alguna vez todos estuvieron de acuerdo en que ésta era la mejor solución.

«No es un hombre carismático ni ruidoso, pero tiene el correcto aire de autoridad y toma decisiones acertadas. Una mujer puede estar orgullosa de un marido así, y una reina puede estar al lado de un rey así sin sonrojarse».

Logramos llevar a los cuatro prisioneros a sus celdas sin alertar a nadie innecesariamente. No los vi, mi papel era distraer a la corte liderando un grupo de equitación, pero Ambrose estaba presente y me habló de ellos esa noche.

«Qué diferente es esto de anoche. Han pasado tantas cosas en un día. Tenemos algo más

urgente que afrontar que el lecho conyugal y siento que conozco a mi marido un poco mejor. Lo respeto más que hace veinticuatro horas».

—¿Cómo son? —pregunté tan pronto como estuvimos solos en nuestra habitación—. ¿Confesaron algo?

Se había estado lavando la cara y se la secó con una toalla antes de contestar.

—De hecho, la milicia nos trajo a los tres hombres y a la mujer que violaron la bandera en Samhain. Nadie ha escapado por el camino. La mujer es la más joven del grupo, yo diría que tiene diecinueve o veinte años. Ella dijo que su nombre era Isleen y tenía un acento de algún lugar al oeste de aquí, pero no puedo ubicarlo. Los hombres deben tener entre veintitantos y veintitantos años. Dos de ellos parecen ser hermanos. Dijeron que se llamaban Oliver y Rodnap y sonaban locales. El tercer hombre era el mayor del grupo y apenas podía entender lo que decía, y mucho menos decir de dónde podría ser. Dio su nombre como Ness. Nunca antes había oído una forma de hablar tan confusa.

»Estaban enlodados por los días en el camino, pero no parecían haber sido maltratados por los guerreros o la milicia. Parece que se rindieron rápidamente. La milicia me dice que no llevaban más pertenencias que una pequeña bolsa de monedas en ellos. Su vestimenta indicaría que son habitantes de Occidente y de baja cuna, pero no indigentes. El vestido de Isleen, en particular, parecía bastante nuevo.

—¿Crees que estaban tratando de disfrazarse?

—Sí. Y creo que es por eso que no tenían nada que los identificara. Isleen y Ness parecían haberse teñido el pelo. Sus cejas y pestañas eran mucho más oscuras que su cabello, y parecía que las raíces de su cabello eran rubias, mientras que el largo era castaño rojizo. Sin embargo, no me acerqué lo suficiente para ver correctamente. Isleen, Rodnap y Oliver parecieron sorprendidos cuando Ness abrió la boca. No creo que normalmente hable de esa manera.

—¿Qué tenían que decir ellos mismos?

—Poco. Parecían sorprendidos y exhaustos. Isleen me preguntó dos veces si tendrían una prueba y cuándo. Le dije que sí y mañana. Fueron examinados por un médico poco después de llegar. No encontró nada que pudiera decirnos más de lo que ellos estaban dispuestos a decirnos. No encontró heridas ni marcas que no fueran consistentes con viejas peleas y una vida dura. Les dimos comida y agua, que atacaron con entusiasmo, pero no parecen demasiado delgados y fue un largo viaje.

—Parece que alguien los ha estado protegiendo.

—Mis pensamientos exactamente. Él significa que tienen partidarios, partidarios que todavía están ahí fuera, en alguna parte.

Nos sentamos en silencio por unos momentos antes de que continuara.

—Recibí un informe esta tarde de algunas personas que los apoyan, pero no les brindan apoyo práctico.

—¿Oh?

—Puede que no sean peligrosos, pero ese apoyo podría aumentar. Hay un grupo de chicas adolescentes, unas tres docenas en sus primeros años de adolescencia, que piensan que las cuatro son luchadoras por la libertad. Están escribiendo folletos y cantando baladas que describen los cuatro en los términos más nobles. Han romantizado completamente lo que pasó. Sin embargo, es poco probable que hayan conocido a los cuatro porque las descripciones físicas que dan no coinciden con las que hemos capturado.

—¿Definitivamente tenemos a las personas adecuadas?

—Espero que sí. Espero que lo sepamos mañana. También debo agregar que las

descripciones de quienes violaron la bandera varían ligeramente en la escritura y en la canción. Las chicas no se conocen bien, son vecinas de muchas primas de amigos en el grupo, si entiendes a lo que me refiero. Es dudoso que alguno de ellos haya conocido a todos los demás del grupo.

—Eso es bueno. Debilita sus argumentos. ¿Serán llevados ante los tribunales por alentar la traición, porque fue una acción de traición?

—No estoy seguro de qué es lo mejor. Todavía no tengo lo suficientemente oído como para arrestar a cualquiera, pero sé dónde se encuentran las chicas. Tienen su base en pueblos muy al sur de aquí, bastante cerca de la frontera con Pendroch. Los pueblos están cerca unos de otros.

—Entonces, ¿ninguna de estas niñas ha experimentado realmente la violación de la bandera, ni conocen a nadie que haya pasado por la experiencia?

—Precisamente. También escuché de campesinos quejándose de la monarquía y la nobleza en general y deseando que aquellos que habían violado la bandera hubieran derrocado todo el sistema. Sin embargo, puede que simplemente seremos personas hartas de la guerra y la pobreza y que quieren algo mejor antes de que podamos lograrlo.

No parecía esperanzado, así que lo tranquilicé.

—Eso ocurre en todo el mundo civilizado. La gente siempre se queja de su suerte. Es cierto que el campesinado tiene una vida más dura que nosotros y están obligados a servirnos, pero a cambio los protegemos y hacemos que el gobierno funcione. No olvidemos la revuelta de Doggerdale en los años ochenta. Al cabo de un año, rogaban que regresara su rey. El país estaba en caos. Está muy bien realizar una revolución y pedir un cambio, pero algo debe venir después, y no es fácil hacer que eso funcione.

Mi esposo estaba un poco tranquilo y se le ocurrieron dos buenas ideas cuando nos fuimos a dormir esa noche.

—Si alguna de las doncellas causan verdaderos problemas y hay que llamarlas a los tribunales, no las convertiré en mártires. En cambio, les abriré los ojos y los enviaré a Mendoc para que ayuden allí. Una semana de caridad y trabajo duro pronto les abrirá los ojos y les callará la lengua. Si no, los habitantes de Mendoc seguramente los educarán. Si los campesinos siguen refunfuñando, no los molestaré. Con suerte, el juicio y el castigo de los cuatro, en caso de que sean declarados culpables, les dará fe en nuestra justicia y los disuadirá de rebelarse. Si no, que se enfrenten a lo mismo. No podemos permitir que la gente piense que está por encima de la ley.

—Si los cuatro son culpables, deben ser ejecutados y en público. El castigo debe adaptarse al crimen y la gente debe ver que se hace justicia. No podemos permitir que se propaguen rumores y leyendas. Todo debe ser abierto y honesto. Sin embargo, insistiré en la ejecución por decapitación.

—¿Por qué? Ésa no es la pena habitual por violar la bandera. Es una muerte demasiado rápida.

—No quiero crear mártires, personas que los descontentos puedan poner como ejemplo, y deseo ser un rey misericordioso. Necesitamos que nuestro gobierno tenga un buen comienzo.

Estuve de acuerdo con él y respeté sus decisiones como sabias y correctas. Nos besamos y abrazamos pero no hicimos nada más antes de quedarnos dormidos. Me alegré. El día me había agotado.

Aunque no participaría activamente en el juicio, necesitaba que me vieran allí. Me vestí sobria pero ricamente para reflejar mi nuevo rango. Sin embargo, estaba segura de que todos los ojos estarían puestos en los cuatro extraños y en Ambrose. Aquí estaban las personas más interesantes de la sala.

Yo tampoco podía dejar de mirar a Isleen, Oliver, Rodnap y Ness mientras los conducían al Gran Salón, que ahora hacía las veces de tribunal de justicia.

Parecían nerviosos pero no abrumados por el miedo. Siguieron escaneando la habitación, como si buscara ayuda. Mi marido los había descrito bien y pude ver que Isleen y Ness efectivamente se habían teñido el cabello. El vestido de Isleen y las capas que llevaban todas ellas no parecían quedarle bien. Su vestido era demasiado ajustado en la cintura y holgado en el busto. Su capa se arrastraba por el suelo, y las capas de los hombres no llegaban hasta la mitad de las pantorrillas o los tobillos, como debería hacerlo una capa de invierno.

«El dobladillo de la capa de Ness parece haber sido bajado y él es el más alto del grupo. Quienquiera que haya hecho o modificado el vestido de Isleen lo hizo mal, o no había suficiente material alrededor de la cintura para dejarlo salir correctamente. Todo el mundo debería poder coser, especialmente las personas de baja cuna. Sospecho que rápidamente se cambiaron de ropa para tratar de disfrazarse más. Me pregunto cómo adquirieron esta ropa y si quemaron o cambiaron la vieja».

Un movimiento llamó mi atención, Madoc se había colado en la habitación y permaneció cerca de la parte de atrás. Ambrose se levantó para indicar que el procedimiento había comenzado. Todos nos levantamos en respuesta.

El día transcurrió con una secuencia de acontecimientos sorprendente y desconcertante, aunque no estoy seguro de lo que esperaba, porque nunca antes había asistido a un juicio, y mucho menos a uno en las Tierras Occidentales o de tanta importancia.

Para evitar la colaboración, fueron interrogados por separado y tres permanecieron bajo vigilancia en habitaciones alejadas en todo momento. Al principio todos negaron haber actuado mal. Nunca habían estado en Mendoc, nunca habían violado ninguna bandera, ni habían visto a un dragón prender fuego a una iglesia. Cuando se les preguntó por qué habían estado intentando cruzar la frontera sin permiso, su defensa comenzó a desmoronarse, ya que sus historias no concordaban. Detalles pequeños pero cruciales, como cómo era el clima en un momento determinado o con quién pretendían encontrarse en Woldsheart, no coincidían.

Aunque todos los presentes estaban legalmente obligados a guardar silencio y no comunicarse de ninguna manera con el acusado, se creó una atmósfera a medida que se respondían las preguntas. La gente intercambió miradas y arqueó las cejas. Los cuatro juzgados

escanearon desesperadamente a la multitud. Todos juraron su inocencia y pidieron clemencia.

«Todo el mundo piensa que, si son declarados culpables, los quemarán vivos. Sólo Ambrose, yo y unos pocos elegidos sabemos que su destino será la decapitación. Les dijimos a Lady Isolde, Owen, Cerys y Marjory que no dijeran nada, pero en cualquier caso no podrían haber hablado con nuestros prisioneros».

Ambrose y su consejo de seis se retiraron a media tarde, después de que todos hubieran tenido la oportunidad de hablar. Como su consorte, no podía ser miembro del consejo. Los acusados fueron devueltos a un calabozo a la espera de su suerte. La gente empezó a moverse.

Madoc salió de la habitación. No me habría dado cuenta si Rodnap no hubiera dicho su nombre.

—Mi señor, ¿puedo suplicarle misericordia?

Madoc pareció brevemente perplejo antes de decirle al guardia que sostenía a Rodnap que hablaría con el hombre.

«¿Qué tiene esto que ver con Madoc? ¿Rodnap adivinó su título o lo conoce? Su vestimenta y comportamiento indican su alto estatus. ¿Madoc tiene permitido hacer esto?»

Parecía que no se le permitía hablar con el acusado, pero cuando un empleado llamó la atención del guardia, habían pasado algunos segundos y los dos hombres habían tenido la oportunidad de hablar a solas. Madoc se escabulló, con la cabeza gacha.

Ambrose y su consejo de seis regresaron al Gran Comedor. Antes de que pudieran emitir un veredicto, Rodnap pidió que le permitieran hablar en nombre del grupo.

Ambrose no parecía alterado por esta interrupción inesperada y consintió.

Rodnap se volvió para dirigirse a todos nosotros, aunque sus comentarios iban dirigidos a Ambrose como su soberano.

—Muy amable señor, *todos* humildemente le pedimos perdón, porque todos somos culpables de violar la bandera en Mendoc en Samhain. Intentamos escapar al Woldsheart para evitar la justicia. Sólo podemos pedirles clemencia y decirles que nadie más estuvo involucrado en nuestras fechorías, ni hemos cometido ningún otro acto repugnante del que este tribunal no tenga conocimiento. Entre el momento de Samhain y nuestra captura, simplemente deambulamos por el campo, dirigiéndonos a la frontera.

—¿Cómo se mantuvieron? —Ambrose quería saber—. ¿Cómo comieron?

—Mendigamos al borde del camino y la gente fue muy generosa con nosotros. No sabían lo que habíamos hecho.

—¿Qué habrías hecho *realmente* si hubieras cruzado la frontera?

—Habríamos rogado a un monasterio, e Isleen habría rogado a un convento, para que nos acogieran. No teníamos planes más allá de eso.

—¿Esperaban convertirse en monje y monja? —Ambrose estaba incrédulo.

Rodnap se encogió de hombros con tristeza.

—Como digo, noble señor, no teníamos planes más allá de ser admitidos en una casa religiosa.

Ambrose pareció desconcertado y luego se recuperó.

—Se ha tomado nota de su confesión. Habéis admitido voluntariamente vuestra culpa, pero todavía sois todos culpables de un acto que se castiga con la muerte. Por lo tanto, todos seréis decapitados.

Un murmullo recorrió la corte. Ambrose levantó la mano pidiendo silencio.

—Sus ejecuciones tendrán lugar hoy dentro de una semana y tendrán lugar en Mendoc Green. Mientras tanto, regresarás a nuestras mazmorras. Que los dioses tengan misericordia de

sus almas.

Se sentó para indicar que el juicio había terminado. Rodnap inclinó la cabeza y no dijo nada. Miré a sus tres compañeros pero no pude leer sus expresiones. Todos miraban al suelo. Busqué a Madoc pero no pude verlo.

Se llevaron a los prisioneros y la gran sala se vació gradualmente de gente. Me dirigí hacia Ambrose, que estaba dando órdenes al secretario para el verdugo. El hombre hizo una reverencia a Ambrose, me vio, me hizo una reverencia y luego nos dejó.

Ahora estábamos solos. Ambrose tomó mi mano.

—Tomemos un poco de aire fresco. Lo necesito.

Caminamos por el jardín de rosas, ahora desprovisto de flores, pero la gente se nos acercaba. Si quisiéramos privacidad, tendríamos que ir a nuestra habitación. Incluso la familia podría molestarnos en el solar.

Lady Isolde fue una de las que se acercó a nosotros. Estaba de buen humor.

—Me alegra mucho que hayas sido misericordioso, sobrino. —Sonrió—. Anoche le conté a Clementia lo que habías planeado y ella también lo aprobó. ¡Has empezado bien tu reinado! Los violadores de la bandera han sido capturados y se enfrentarán a la muerte, pero todavía se te puede ver como misericordioso sin parecer débil.

—En el futuro, no le digamos a mi tía nada que deseemos mantener en secreto —susurró Ambrose después de que ella nos dejó—. Ella ve a la familia como una gran masa y no como personas diferentes.

—Muy bien, pero creo que tu juicio no parecía una conclusión inevitable, y eso es lo más importante. Parecías elegante sin parecer débil.

—Es cierto, pero necesito evitar que mi familia, que no debería tener ninguna influencia sobre mí y mis acciones, tenga esa influencia.

Eso se puso a prueba esa tarde. Nessa, Madoc y Lewis solicitaron una audiencia con Ambrose. Me quedé con él como apoyo. Ahora sabía que Rodnap había hablado a solas con Madoc. Desde entonces había hablado con Rodnap, quien simplemente le había dicho que reconocía a Madoc como hermano del rey y que creía que podría tener influencia sobre él.

—¿Le crees? ¿Hablaste con alguien más que pudiera haberlos escuchado?

—No sé qué creer. Puede que conociera o no mi conexión con Madoc y su aspecto. No puedo probar ni refutar eso. Hablé con los guardias, quienes sólo pudieron decirme que los dos hombres intercambiaron muy pocas palabras y que después ambos estaban más tranquilos. Ambos parecían muy ansiosos antes.

—¿*Madoc* estaba ansioso?

—Aparentemente sí, y tengo la intención de descubrir por qué. Ya vienen ahora.

Los tres entraron a la habitación con sonrisas en las que ahora nunca podría confiar. Hicieron reverencias y reverencias con el respeto debido a su soberano y su esposa. Le devolví la cortesía, con cuidado de ocultar lo que sentía.

—Mi querido hermano —comenzó Madoc—. Tenemos una sugerencia, una solicitud.

—¿Qué pasa? —Ambrose preguntó amablemente.

—Oremos decapitar a los cuatro que violaron la bandera lo antes posible. Hazlo tan pronto como llegue el verdugo. Seguramente no tardará ni una semana en llegar.

—¿Por qué desea ir en contra del fallo de un tribunal de justicia? No sólo eso, sino que va en contra de la ley del país. Los condenados a muerte deben disponer de una semana entre el anuncio de la sentencia y su ejecución. Les da tiempo para preparar su alma y tiempo para que salga a la luz cualquier nueva evidencia. A veces la gente se presenta después de que se ha

anunciado una sentencia.

La sonrisa de Madoc se hizo más tensa. El rostro de Nessa se congeló.

—Siento que cuanto antes concluya este lamentable asunto, mejor —afirmó finalmente Madoc—. La gente necesita que se haga justicia lo más rápido posible.

—No estoy de acuerdo —respondió Ambrose—. ¿Puedes decirme qué te dijo Rodnap? ¿Por qué se acercó a ti?

—Me tomó completamente por sorpresa. Por eso fui con él. Pensó que podría influir en ti. Le aseguré que respetaría el juicio de mi soberano.

Ambrose levantó una ceja. Madoc se sonrojó y la reunión concluyó apresuradamente.

—¿A qué se debió todo eso? —Quería saber.

—Los dioses lo saben. Personalmente, creo que simplemente les gusta imponer su autoridad donde pueden. Bueno, cuanto antes sepan que no tienen autoridad sobre mí, mejor. Las ejecuciones se llevan a cabo según lo planeado, a menos que escuche algo extraordinario que me convenza de la inocencia de los cuatro. Los violadores de la bandera serán un imán para los alborotadores y una figura decorativa para los agitadores a menos que sufran la pena de muerte.

La semana siguiente pasó rápidamente. Los cuatro condenados no hicieron más alegatos e insistieron en que no tenían más parientes ni amigos que ellos mismos. Dudamos que esto fuera cierto, pero Cerys me dijo que muchos condenados a muerte decían esto por miedo a que sus seres queridos sufrieran venganza. Una sacerdotisa escuchó sus confesiones y sospechó que estaban ocultando algo, pero no se abrieron.

—Es muy inusual, señor —informó ella—. Normalmente, están ansiosos por contarte cada fechoría que cometieron para limpiar sus almas.

Ambrose le agradeció por decírnoslo e insistió en que se guardara su opinión para sí misma. Llegó el verdugo y Ambrose le informó de lo que era necesario; una muerte rápida pero también pública.

—La gente de Mendoc debe ver que se está haciendo justicia.

El hombre asintió pensativamente. Intenté mirarlo discretamente. Parecía tan normal, pero su negocio estaba funcionando a la perfección.

Me estremecí. Los verdugos eran necesarios para una sociedad civilizada, pero yo no quería estar cerca de ellos más tiempo del necesario.

La noche antes de las decapitaciones, nos acostamos en la cama, abrazados. Habíamos vuelto a hacer el amor, por quinta vez desde nuestra noche de bodas. Ambrose adquirió más confianza y me alegró verlo florecer. La idea de nunca poder tener un amante todavía me preocupaba, pero era más feliz de lo que esperaba.

«En cualquier caso, existe un vínculo entre nosotros y está creciendo».

—Mañana será un gran día —murmuré.

—Sí, y es algo que no espero con ansias. A diferencia de ti, he asistido a ejecuciones antes, pero no deseo asistir a éstas. Sin embargo, no debo eludir mi deber.

—Estaré contigo.

Sonrió con la sonrisa que siempre transformaba su rostro y mostraba el hombre que realmente era.

—Lo sé. Sé que puedo confiar en ti, Hawise.

Nos abrazamos el uno al otro, tranquilos el uno con el otro pero no tranquilos con lo que nos esperaba.

—He estado pensando —dije—. ¿Conoces la bolsa de monedas que se encontró en el cuatro? Creo que deberíamos conservarla y cualquier ropa que no usen cuando son ejecutados. Hay un

misterio ahí. Está claro que no nos han dicho toda la verdad y, una vez que se hayan ido, no tendremos nada más con qué seguir. Un día podrían salir a la luz más pruebas o alguien podría confesar algo significativo.

—Estoy de acuerdo. Lo haremos y tendremos que ver qué pasa mañana.

Me desperté muy aprensiva a la mañana siguiente. Mi apetito estaba bastante muerto, algo de lo más inusual en mí. Ambrose me aconsejó que no comiera nada y que bebiera sólo un poco. Lo que estaba a punto de ver, oír y posiblemente oler me revolvería el estómago.

Me vestí de manera similar a como lo había hecho para el juicio, con un estilo sobrio pero que no pudiera confundirse con luto.

«Esto es algo que puedo controlar. Como me veo. Puedo hacerlo bien».

Ambrose parecía decididamente descontento antes de que dejáramos el solar para las ejecuciones. Le di una sonrisa tan tranquilizadora como pude y él me apretó la mano a cambio.

Hubo un golpe en la puerta. Entró Jane, la hija de diez años de Nessa y Madoc. Se parecía a su madre, pues tenía la constitución de una amazona, con una estructura ósea similar, dientes excelentes, piel aceitunada y una masa de rizos negros. Sin embargo, no la llamaría hermosa como llamé hermosa a Nessa. Hubo ligeras pero significativas diferencias en su apariencia y muchas más en su comportamiento. Era tan tímida e infeliz, tan temerosa de llamar la atención, como su tía Clementia.

Hoy la niña se paró torpemente frente a nosotros. Llevaba un sencillo vestido de terciopelo, de un corte y un color que no le sentaban bien. Le quitaron el pelo de la cara de una manera que hacía que su cara pareciera gorda y su nariz bulbosa.

—Buenos días, Jane —la saludó amablemente su tío—. Estamos a punto de partir hacia las ejecuciones.

Hizo una reverencia torpe y luego habló al suelo con voz ronca.

—Mi padre y mi madre envían sus disculpas, tío. Yo debo ir en su lugar. Mi tía Clementia también se unirá a nosotros.

Como si fuera una señal, Clementia emergió. Tenía aproximadamente el mismo tamaño que Marjory, pero mucho menos llamativa, porque siempre se ocultaba entre las sombras. Ella era sencilla, con el rostro color sebo, rasgos corrientes y cabello color ratón. No podía decir de qué color eran sus ojos porque nunca me miró a los ojos. Hoy iba vestida tan sobriamente como su sobrina.

Partimos hacia las ejecuciones. Hice un esfuerzo por hablar pero pronto me di por vencido. ¿De qué podríamos hablar? No era momento para charlar y no era necesario discutir nada importante. Ambrose vio al aprendiz de verdugo y se dirigió hacia él con la intención de pedir que le trajeran lo antes posible las ropas que el condenado se quitó antes de ser decapitado.

—¿Qué está haciendo el tío Ambrose? —El rostro de Jane se llenó de pánico. De repente, su tía pareció decididamente preocupada—. ¿Los va a perdonar en el último momento? —Clementia parecía a punto de desmayarse.

—No. Quiere hablar con el chico sobre otra cosa. —No vi ninguna razón para darle razones a la pareja. El hecho de que seguramente informarían a Madoc, Nessa o Lewis fue una razón adicional para permanecer en silencio.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Clementia. El miedo hizo que su voz fuera aguda—. La ejecución va según lo planeado, ¿no?

Ahora estaba decididamente desconcertado. Respondí su segunda pregunta pero no la primera.

—La sentencia de decapitación, que Ambrose ordenó como Rey de las Tierras Occidentales,

se ejecutará esta mañana. Es su orden expresa y su derecho a emitirla.

Mi elección de palabras los silenció, pero ninguno parecía satisfecho. Les pregunté:

—¿Por qué están tan ansiosos?

Clementia me respondió rápidamente. Muy rápido.

—A ninguno nos gusta el derramamiento de sangre, pero los padres de Jane desean que ella se acostumbre a ello, ya que es posible que tenga que asistir a estos eventos cuando sea adulta. He venido aquí para apoyarla.

Ambrose volvió a reunirse con nosotros y los cuatro nos vimos obligados a separarnos. Él y yo nos dirigimos a la tribuna real, donde estaríamos tan expuestos como los condenados, mientras Clementia y Jane se dirigían hacia los demás nobles. Decidí contarle a mi marido lo que había pasado más tarde. Definitivamente ahora no era el momento. Me armé de valor.

El evento terminó sorprendentemente rápido. Los cuatro fueron llevados al cadalso uno por uno por el aprendiz. Los hombres vestían camisas e Isleen llevaba una camisa debajo de una falda para dejar sus cuellos al descubierto. No puedo decir si temblaron por el aire frío de diciembre o por el miedo al más allá. Parecían aturdidos, pero pudieron pronunciar discursos breves y comprensibles, en los que siguieron la tradición de confesar su culpa, reconociendo que Ambrose había impartido justicia como debía hacerlo un monarca y rogando a los presentes que aprendieran de sus errores. La multitud gritaba y abucheaba hasta tal punto que sólo escuché las palabras de los condenados porque estaba relativamente cerca de ellos.

Con una última súplica a los dioses, se arrodillaron uno a uno sobre la paja, que se volvió cada vez más sangrienta. Ambrose levantaba la mano cada vez que el verdugo lo miraba, para indicar que no había cambiado de opinión. Las ejecuciones deben seguir adelante.

No miré donde cayó el hacha, ni dejé que mis ojos se detuvieran en los cuerpos aún calientes. En cambio, mantuve mi mirada ligeramente hacia el costado del andamio. Nadie podía decir que me estaba dando la vuelta, pero deseaba ver lo menos posible.

Ambrose me ofreció su brazo, por lo que le agradecí, y me llevó lejos. No era costumbre que un rey pronunciara un discurso después de una ejecución. Podía escuchar a la multitud regresar a casa. El espectáculo terminó y se vio que se había hecho justicia. Los cadáveres serían eliminados de la forma habitual. Pronto no quedaría nada de los cuatro ni de su complot.

«Sólo nos queda esperar que hayamos atrapado a todos los involucrados y que quienes los protegieron no ayuden a otros traidores».

En nuestro camino de regreso a nuestra habitación, deseábamos estar solos, pasamos por una puerta abierta, detrás de la cual estaban Madoc, Nessa y Jane. Los adultos estaban demasiado concentrados en su hija para notarnos y la niña estaba demasiado angustiada.

—Necesitamos ser bastante claros en cuanto a lo que viste y oíste —insistió Madoc. Parecía que el pánico lo estaba enojando—. ¿Los cuatro fueron decapitados?

—Sí, papá. Fue tal como lo ordenó el tío Ambrose. Están todos muertos.

—Y sus últimos discursos. ¿Qué dijeron? Esto es *importante*. Te *dijimos* que lo es.

La voz de Jane tembló, pero pudo responder:

—No dijeron mucho y no pudimos escuchar mucho. En verdad, nadie pudo debido al rugido de la multitud. Había tanta multitud.

—¿Cuéntanos qué dijeron, pequeña perra estúpida! —Madoc tronó.

Ambrose me miró, tan consternado como yo me sentía. Nos detuvimos junto a la puerta, fuera de su vista pero al alcance de su oído.

—Todos dijeron cosas similares —lloró Jane—. Todos confesaron su culpa, reconocieron que el tío Ambrose se había comportado como debería hacerlo un rey justo, dijeron que había

hecho lo correcto y rogaron a todos los presentes que aprendieran de sus errores. Lo único que hicieron todos fue suplicar misericordia a los dioses. Juro que eso es todo lo que escuché.

—¿Nombraron a alguien más que a tu tío? *¿Lo hicieron?* —Nessa gruñó.

—Sólo los dioses, mamá, sólo los dioses. La multitud hizo mucho ruido, pero entendí la esencia de lo que decían. Estoy segura de que habría escuchado otros nombres porque el nombre de mi tío me llamó la atención.

La miserable niña se derrumbó. Ambrose entró en la habitación y yo lo seguí.

—¿Está todo bien? Escuché voces elevadas. Jane, ¿por qué lloras?

Nessa respondió a Ambrose antes de que su hija pudiera responder.

—Está siendo una inútil. Le molestó ver sangre, pero le advertimos que así son las ejecuciones y que hay formas mucho peores de morir.

—¿Se molestó al ver la sangre o lloró durante el interrogatorio? —Ambrose demandó.

Madoc se puso rígido.

—Depende de nosotros, como padres, cómo criamos a nuestra hija.

—Depende de mí, como nuestro rey, hacer las preguntas que deseo que respondáis.

Madoc se sonrojó pero no dijo nada de inmediato. Me pregunté si él y Lewis tenían los poderes atribuidos a las hadas, es decir, la capacidad de leer la mente, así como la piel azul brillante. Ambrose pensó que no, simplemente sabían cómo usar bien sus considerables habilidades, pero yo no podía sentirme tan seguro.

Finalmente Madoc habló.

—Deseamos criar a nuestros hijos para que estén en condiciones de ocupar los puestos nobles que disfrutan en la vida. Eso significa poder asistir a las ejecuciones. Queríamos que ella prestara atención a lo que estaba pasando porque no puede apartar la cara de las cosas que le disgustan en la vida. Por eso le hicimos preguntas.

Ni Ambrose ni yo le creímos, pero no pudimos probar nada ni obligarlos a tratar a Jane con amabilidad.

—Al menos ella estará con nosotros cuando nos mudemos al Castillo Pendroch después de Yule —le dije cuando estábamos solos esa noche. Me senté en nuestra cama, agarrando mi bata.

—Sí —estuvo de acuerdo—. Entonces podremos asegurarnos de que reciba el tratamiento adecuado. ¿Estás bien? ¿Todavía te sientes mal? Pareces pálida, por lo que puedo ver bajo esta luz.

De hecho, me sentía enferma. Las ejecuciones me habían enfermado y ver cómo trataban a Jane me hizo sentir aún peor.

Cuando desperté a la mañana siguiente, me sentí mejor. Mantuve buena salud hasta mediados de diciembre, cuando me sentí tan exhausto y con tantas náuseas que pensé que me estaba enfermado. Sin embargo, nadie más se quejó de ninguna enfermedad.

—¿Estás segura de que no te encuentras bien? —Ambrose me preguntó poco antes de Yule —. ¿Podrías estar embarazada de mi hijo? He leído que esto es una señal temprana.

Levanté la cabeza de la olla. ¿Podría ser? Mis senos se habían vuelto más pesados, pero pensé que se debía a que había comido en exceso y traté de controlarme. Intenté recordar cuándo había sangrado por última vez.

—Diosa mía —susurré—. Creo que tienes razón.

Ambrose estaba encantado. Me abrazó tan pronto como me atreví a alejarme de la olla y prometió cuidarme. Todo lo que un marido pudiera hacer para ayudar a su esposa embarazada, lo haría en un abrir y cerrar de ojos.

Envolví mis brazos alrededor de su estrecha espalda, tratando de no entrar en pánico.

«Necesito darle a las Tierras Occidentales al menos un príncipe o una princesa, pero ¿qué pasa si aborto o muero al dar a luz? Mi único aborto espontáneo casi me destruye y he perdido a tías y primas durante el parto. ¡Oh Bessy, ojalá estuvieras conmigo ahora!»

Narrativa continuada por Bessy La Novicia

Hawise y yo pudimos mantener correspondencia con bastante frecuencia en nuestro código. Nadie nos cuestionó y si alguien revisó nuestras cartas, yo permanecí en la ignorancia. Estaba seguro de que mi amigo todavía me escribía con sinceridad, pero ya no con franqueza. La forma en que describió a su marido me hizo creer que le había transferido su primera lealtad. Esto me dolió, pero era natural y comprensible. Tenía que hacer que su matrimonio funcionara, y el rey Ambrosio no sólo era su marido sino también su monarca.

No podía imaginarla como una reina, y mucho menos como la reina de una tierra con la que ninguno de nosotros había tenido conexión alguna hace menos de un año. Hawise siempre fue Hawise a mis ojos; mi adorable y vivaz amiga.

Guardé con cuidado la carta que me envió justo antes de Navidad, aquella en la que escribía que creía estar embarazada. Aunque estaba feliz por ella, también estaba ansiosa. El parto se cobró demasiadas vidas femeninas, incluso las ricas, y yo sabía cómo la había marcado su aborto espontáneo. Si volviera a ocurrir, no estaría allí para consolarla.

«¿Podrá el rey Ambrose ser lo que ella necesita que sea? Seguramente, a estas alturas él se preocupará por ella como persona y no solo la verá como un útero andante. ¿Existe un vínculo entre ellos?»

Me dirigí al jardín de hierbas. Era un día helado, pero aún quedaban plantas que cuidar. La hermana Agnes y sus tres monjes todavía estaban en el convento, siendo las mismas personas de siempre. Ella gobernaba con ojo de águila y puño de hierro, el hermano Harold trotaba tras ella como un cachorro ansioso, el hermano Percy parecía solemne y mostraba amabilidad de manera discreta, mientras que Gethin parecía tan infeliz como yo me sentía la mayor parte del tiempo.

«¿Es mejor ser como yo y añorar lo que creías que era alguien, alguien que en realidad es falso y que nunca se preocupó por ti, o es mejor ser como él? ¿Amar a una buena persona y ser amado a cambio, pero separarse de ella hasta que ambos mueran y se reúnan en el otro mundo?»

Vi la alta figura de Gethin inclinada sobre un arbusto, sus dedos enguantados buscando bayas medicinales. La expresión angustiada de su rostro me dijo que yo era el afortunado.

«No siempre parece miserable. De hecho, creo que a veces está genuinamente feliz, tal vez incluso experimente momentos de alegría, pero esa tristeza siempre está ahí, en algún lugar debajo de la superficie. Debe ser como una vieja herida que nunca se cura por completo. De vez en cuando, golpeará el sitio y sentirá dolor».

«Dios sabe que mi vida es mucho más austera de lo que jamás pensé que podría ser, pero sé

que no sería más feliz en el mundo civil. Estaría en un matrimonio que debe parecerme antinatural y aún así estaría separado de Hawise. Hace sólo siete meses nunca hubiera pensado que mi vida sería así, pero sé que podría ser peor. Debo contar mis bendiciones y seguir adelante».

Mientras miraba a mí alrededor para ver que estábamos solos en el jardín, saludé. Gethin levantó la vista, me sonrió y me devolvió el saludo.

—Hermana Bessy, ¿cómo estás?

—Estoy bien, gracias hermano. Espero que tú también. Escuché de Hawise nuevamente. Es probable que esté embarazada.

Su rostro se iluminó.

—Bien. Esas son excelentes noticias y justo lo que Westlands necesita; la promesa de un heredero o heredera a su trono.

Estuve de acuerdo y le conté el resto de las noticias de Hawise, que no eran confidenciales. Gethin y yo teníamos desde hacía mucho tiempo la costumbre de hablar abiertamente entre nosotros. Nos necesitábamos el uno al otro para afrontar la dura vida que ambos estábamos obligados a vivir.

—Hawise me dice que ella, el rey Ambrose y su corte se trasladarán al castillo Pendroch en el nuevo año, donde probablemente permanecerán algunos meses. Después de eso se moverán por las Tierras Occidentales.

—¿Ella lo espera con ansias?

—Creo que tiene sentimientos encontrados. Conoce su deber, pero conoce bien el Castillo Malwarden y a su gente, y ahora debe ir a algún lugar nuevo y extraño. Ella también estará constantemente en exhibición y será observada atentamente. Aunque es una persona sociable, sería una tensión considerable para cualquiera.

Él estuvo de acuerdo y continué, mirando a mi alrededor para comprobar que todavía estábamos solos.

—Sin embargo, estará encantada de abandonar las tierras de Malwarden por una razón.

—¿Oh?

—Me ha dicho más de una vez que no se puede confiar en Lords Lewis, Madoc y sus esposas. Bueno, durante los últimos quince días le han estado ofreciendo jóvenes apuestos a Hawise.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo puedes ofrecerle alguien a otra persona?

—¿Sabes que te dije lo extraño que se comportaron después de las ejecuciones? Bueno, su comportamiento cambió repentinamente. Hawise los describe como demasiado amables y siempre presentándola a la gente. La mayoría de estas personas son hombres de veintitantos años y muy guapos, o al menos encantadores. Los hombres coquetean con ella tanto como cualquier hombre puede coquetear con una reina.

—¿Cómo lo toma tu amigo?

—Al principio, ella estaba asombrada y educada, pero seguía mencionando al rey Ambrose. Ahora es educada pero fría y les habla sin parar sobre el rey Ambrose. Los hombres pronto retroceden, pero días después aparece otro.

—Eso es tan extraño. Esos cuatro siempre han sido extraños, pero ¿por qué intentar algo tan obvio para abrir una brecha entre su reina y su marido?

—No sé. Lady Nessa pidió que le permitieran dirigir la investigación sobre el Favor Mortal, pero el rey Ambrose se negó. Dejó muy claro que está en las competentes manos de Lord Owen y Lady Cerys. Están trabajando directamente con la milicia y otras personas, y sólo informarán al

rey Ambrose. Hawise no está seguro de si les gusta imponer su autoridad donde no es necesaria ni requerida, o si está sucediendo algo más siniestro.

—Tú los conoces, hermano. ¿Cuáles crees que podrían ser sus motivos?

—No sé. Sólo puedo suponerlo, pero por lo que sé de ellos, sus motivos serán, en el mejor de los casos, egoístas y, en el peor, maliciosos. Cada vez que Marjory los menciona en sus cartas, nunca tiene nada positivo que decir, lo cual es muy propio de ella.

Nos quedamos en el frío y silencioso jardín, ambos ocupados pensando. Por fin hablé.

—Me pregunto cómo tratará Hawise a Lady Jane como una señorita. Ella cree que han preparado al niño para espiarla, pero el decoro dicta que ofrezca lugares a los parientes de su marido, y Jane tiene edad suficiente. ¿Puedes decirme cómo es la chica?

—Físicamente se parece a su madre, pero es menos agradable a la vista. No puedo decir si por naturaleza o por crianza, porque sus padres son, en el mejor de los casos, fríos con ella. Siempre se comportaba como si fuera algo de lo que avergonzarse. En personalidad, se parece a su tía Clementia, con quien siempre estuvo unida. Clementia ha sido la base de su educación. Ella es más madre para sus sobrinas y sobrinos de lo que jamás lo será su propia madre. Creo que el niño será de gran utilidad para la reina Hawise. Es una criaturita ágil, pero tu amiga debe recordar que la primera lealtad de Jane siempre será hacia sus padres, no hacia su reina. Incluso si se casa con el hombre más rico del mundo civilizado, sus padres esperarán que ella les obedezca ante todo.

—Tal vez alejarse de ellos yendo al Castillo Pendroch le haga bien.

Sacudió la cabeza.

—Lo dudo, hermana. El control de sus padres es tan grande que si ella viviera entre las estrellas, todavía encontrarían una manera de influir en ella.

Pensé en lo extraño que era que una niña que vivía en un castillo, sobrina de un rey, todavía pudiera tener tanta vida. Poco que esperar en la vida. Me encontraba ya casi en la mitad de mi noviciado. Sólo volvería a vestir ropa de civil cuando hiciera mis votos perpetuos y cuando mi cadáver estuviera preparado para la cremación, pero tenía más libertad de la que jamás tendría esta chica. La hermana Agnes sólo podía imponerme hasta cierto punto. No podía ir en contra de la ley ni de las normas establecidas por nuestro fundador.

«Los padres y el tío de Jane son la ley en lo que a ella respecta y, además, una ley de lo más cruel y caprichosa».

Como si leyera en parte mi mente, Gethin me preguntó sobre mi noviciado. ¿Cómo me iba? ¿Estaba luchando con algo en mi viaje espiritual?

Fui directa en mi respuesta.

—Elegí la vida de monja, incluso después de que la hermana Agnes se hiciera cargo del convento, porque es preferible a lo que ofrece el mundo civil. Nunca me atrevería a acostarme con un hombre mientras quede otra opción. Por sí misma, esta vida es dura, pero tiene sus consuelos. Me gusta practicar física y trabajar con hierbas. Me interesa y me alegro de ser útil, aunque no siempre disfruto de lo que estoy obligada a hacer. Confieso que descuidé mi deber con los pobres y necesitados en mi vida pasada. Dedicarme a la meditación y la oración me ha ayudado a sentirme más tranquila y a gusto con el mundo.

»Puedo renunciar más fácilmente a los lujos, aunque de vez en cuando me asalta el anhelo de algo, ya sea un cinturón enojado o un vino franco, antes que la libertad o la oportunidad del amor. Sin embargo, nadie es completamente libre, ¿verdad, hermano? Todos tenemos un deber que seguir, leyes que obedecer, nadie puede hacer sólo lo que le agrada. En cuanto al amor... bueno, una vez me engañaron, no sé si algún día podré volver a confiar.

—Por favor, no vuelvas a confiar —intervino—. Hermana, las penas... Incluso yo ya no me arriesgaría ni siquiera a un beso o un coqueteo.

—¿Cómo te va, ¿hermano? ¿Tienes dificultades?

—Me las arreglo y lucho. El celibato es una cosa, pero separarme de mi familia, mi amor y mi verdadero hogar es otra muy distinta.

Parecía tan melancólico que pensé que iba a llorar.

—Incluso has renunciado a tu pañuelo azul.

—No exactamente. Lo uso atado alrededor de mi cintura debajo de mi bata. De esa manera, todavía lo tengo encima y no quiero correr el riesgo de esconderlo en mi celda. Diez a uno, alguien lo registrará, si aún no lo ha hecho.

—Sé que alguien ha revisado mis pertenencias y otras dos novicias me han dicho lo mismo. Una de ellas se quejó el otro día con hermana Agnes, quien sólo dijo que eso no podía ser cierto porque no poseemos nada. Simplemente tomamos prestado del almacén común del convento. Incluso nuestros paños dentales se consideran prestados, aunque, gracias a Dios, no los compartimos.

—El hermano Percy es el único humano de esos tres. Todo lo que esa diabla hace, el hermano Harold la respalda con entusiasmo.

Recibimos pruebas de esto más tarde ese mismo día.

Fueron seis días después de que Yule, que habíamos celebrado de forma mansa, y tres de las monjas decidieron que esto no sería suficiente. Querían celebrarlo como es debido, aunque fuera con retraso. De algún modo consiguieron un frasco de hidromiel y se pusieron muy contentos. Fue extremadamente tonto. La hermana Agnes vio lo que estaba pasando casi de inmediato. Los desterró a sus celdas durante una semana y quiso castigarlos aún más duramente, pero el hermano Percy intervino. Le rogó que no los golpeará en el mercado de Landesmar, como ella amenazaba, porque crearía mártires.

—Las tres hermanas son amadas por su gentileza hacia los niños a quienes enseñan. Más de un padre también les ha elogiado por sus conocimientos y su capacidad para impartirlos. Se pondrán de su lado si ven que los tratan así. Además, ¿sus hijos alguna vez volverían a respetar y obedecer a sus maestros?

La hermana Agnes retrocedió después de mucho resoplar y resoplar, pero el peligro persistía. El mundo en el que vivíamos hace menos de un año se había ido, para nunca volver, y había sido reemplazado con algo mucho más desagradable de lo que jamás podríamos haber imaginado. Lo que antes era impensable ahora es la vida cotidiana.

Bajo este duro régimen, me preparé para hacer mis votos perpetuos y mantuve correspondencia con Hawise, agradecido por esta única libertad que aún me quedaba.

Le hablé de mis luchas, no por evitar las comodidades, sino por trabajar con los pobres y los monjes de orígenes más humildes. Estaba descubriendo lados de mí que no me gustaban, lados de mí que había ignorado o que antes no conocía. En resumen, era un snob que temía y despreciaba a los que estaban debajo de mí.

Uno de los beneficios de mi formación religiosa y de mi amistad con Gethin fue que aprendí a afrontar mis errores enfrentándolos de frente. En el ambiente espartano de la estafa, había pocas distracciones del lado más oscuro de uno. Había que enfrentarse a los demonios porque no había forma de esconderse de ellos.

Me di cuenta de que temía lo desconocido y lo que me era ajeno, además de sentir cierta culpa por mi estatus comparativamente privilegiado en vida. Poco a poco, interacción tras interacción, comencé a ver a las personas con las que entraba en contacto como seres humanos

separados en lugar de una masa homogénea y desconcertante. Había quienes me gustaban y otros que no, un hombre tan decididamente estúpido que sospeché que descendía de un nabo, y todo iba bien.

—Siempre que puedas ser cortés y tratar a las personas como deseas que te traten a ti, nadie puede pedir nada más —advirtió Gethin una tarde de julio mientras regresábamos de una visita a Landesmar.

Asentí y desvié mis pensamientos de mi situación a la suya. Me pregunté cómo se las arregló sin el apoyo de la fornicación en el que había confiado durante años. A veces parecía tenso e infeliz, pero no nos contábamos absolutamente todo.

«Hawise también debe prescindir de lo que alguna vez usó para estabilizarse: amantes, comida rica y vino. No creo que alguna vez conozca sus verdaderos sentimientos por su esposo hasta que nos volvamos a encontrar, y la Diosa sabe cuándo será eso. ¡Oh, no pienses en eso y empieces a llorar! En cuanto a la comida y el vino ricos, su embarazo y la necesidad de presentar una buena imagen pública limitarán sus indulgencias, y escribió sobre la necesidad de mantenerse saludable. Ojalá supiera lo que ella realmente sentía. Ojalá pudiera asegurarme de que a ella le va tan bien como insiste».

—Haces tus votos exactamente en dos meses. —Gethin cambió de tema—. ¿Estás lista? Todavía tienes la oportunidad de dejar esta vida.

—Estoy tan preparada como cualquier mujer puede estarlo y no quiero volver al mundo civil. No es sólo tener que casarme, me siento la atracción hacia la vida monástica, aunque no estoy de acuerdo con todo lo que implica. Creo que debería hacerme monja. Es el mejor camino para mí.

El verano pasó volando. Hawise dejó el castillo Pendroch para ir a otro castillo propiedad de una casa diferente de Westlands, consciente de que allí daría a luz. Podía sentir su miedo a través de sus cartas, podía leer entre líneas alegres después de años de profunda amistad. Ella siempre escribió bien sobre el rey Ambrose, incluso riéndose suavemente de él.

Se ha encargado de aprender todo lo que pueda sobre el parto, escribió durante la última semana de julio. La gente se ríe de un hombre que se interesa tanto por un asunto así, pero a mí me conmueve su preocupación. Cultivó varias hierbas que ayudan a la madre que da a luz y las convirtió en tinturas. Los llevo conmigo para complacerlo, porque aprecio su amabilidad, pero ambos sabemos que tendré las mejores parteras cuando llegue el momento.

Debía hacer mis votos perpetuos el 11 de Septiembre de 2016, uno de los cuatro novicios que lo hicieron ese día. Mi ropa estaba lista. Como era costumbre, haría mis votos vestida como si fuera una novia en mi boda. Me pondría un traje nuevo, lo mejor que mi familia podía permitirse. Alisé la camisola color crema, la pesada falda de seda, que era de un rosa rosado, y el vestido a juego.

Admiré el cinturón de plata y giré el aro de plata, tachonado de zafiros rosas, una y otra vez para captar la luz de principios de otoño. Tía Illustra me lo había enviado junto con las otras joyas que usaría para la ceremonia; Pendientes de zafiro rosa y pulsera a juego.

Tenía la sensación de que necesitaba apreciar la fina ropa y los adornos porque nunca los volvería a ver después de la ceremonia. Según la ley monástica, la ropa iría a parar a los pobres. (En mi caso, a una mujer noble en circunstancias reducidas en lugar de que a un campesino en absoluta pobreza.) Sin embargo, no quería despedirme de mis joyas. Había heredado muchas joyas de mis padres y hermanas. No quería firmemente que se los donaran a la caridad.

En cambio, había visitado a mi antiguo guardia, y acordamos que toda mi ropa vieja y mis posesiones que no eran de valor sentimental para mí podrían ir a parar a los necesitados. Estaba más que feliz con eso. Mis joyas y lo que amaba se repartirían entre ellos, mis parientes lejanos y

Hawise.

—Podemos decirle a la hermana Agnes que la pulsera, el aro y los aretes son reliquias de su familia y no mías para regalar. Ni siquiera ella puede discutir eso. Mis otras joyas y posesiones no tienen nada que ver con el convento. Los tienes guardados de forma segura. Ella no podrá interferir allí.

El tío Piers me miró con lágrimas en los ojos.

—¿Tú *en verdad* quieres ser monja, Bessy? Será hasta el día de tu muerte, y es una vida muy dura.

—Tío, estoy segura. Tengo vocación.

Me fui a la cama en la noche del 10 de septiembre, todavía convencida de que así era. Pensé en Jennet, pensé en su engaño y recordé mi breve matrimonio.

«No, esta es tu mejor opción, Bessy. El camino que más te conviene».

Me desperté la mañana del día 11 sintiéndome tranquila pero no alegre. Me invadió una sensación de inevitabilidad.

Me trataron como a una novia el día de su boda. Las otras monjas estaban muy animadas y contentas por mí. Me atendieron, me ayudaron a vestirme con mi ropa fina, me sujetaron el aro a mis lavabos engrasados de cabello y me entregó los cosméticos y el perfume que no había usado durante un año.

«Y nunca los volveré a usar hasta que esté muerta y a punto de ser quemada».

Miré al cristal. Lo que vi me agradó. No fue la vanidad lo que me hizo pensar que me veía hermosa. Las otras mujeres me arrullaron de una manera que confirmó lo que mis ojos me decían. La hermana Agnes, como abadesa, no estuvo presente. Ninguno de los tres monjes estuvo presente debido a su sexo.

Aparté los ojos del cristal. Las demás novicias también estaban preparadas, vestidas en lo mejor que sus familias podían permitirse. Sólo yo era noble y rica, y nuestras apariencias lo reflejaban.

—Vamos —sugirió una de ellas.

Durante la ceremonia tuve una experiencia espiritual. Sentí como si los dioses me hablaran, dándome la bienvenida a mí. Las lágrimas corrieron por mis mejillas y no las contuve. Hice mis votos con un corazón sincero.

Llegaron los momentos finales de mi vida civil. Por orden de la hermana Agnes, las novicias nos acostamos frente al altar. Sentí el frío mármol debajo de mí. Las monjas y los monjes cantaron un lamento como si estuviéramos muertos mientras la hermana Agnes caminaba de un lado a otro con una vela, para imitar la cremación.

La canción terminó. La hermana Agnes apagó la vela y la dejó. Sin decir palabra, nos levantamos y nos desnudamos. Las monjas nos quitaron la ropa y nos dio el traje del convento. Nos vestimos. Más monjas se nos acercaron con cuencos y franelas. Lavamos nuestros cosméticos y todo rastro de perfume. El primer grupo de monjas regresó con tijeras y nos cortó el cabello cerca del cuero cabelludo. El segundo grupo nos regaló pañuelos y nos los atamos a la cabeza.

No sentí vergüenza cuando estaba desnuda frente a los hombres, ni sentí pérdida cuando me quitaron mi masa de cabello. Era como si hubiera abandonado mi cuerpo.

Nos arrodillamos frente a la hermana Agnes. Ella puso los collares sobre nuestras cabezas; de cada uno colgaba un pentáculo.

—Levántense, hermanas. ¡Levántate y regocíjate, porque ahora eres monja!

La congregación estalló en aplausos.

Me levanté, sintiéndome mareado. De hecho, ya no era Lady Millabess ni Bessy la novicia, sino Bessy la monja.

El resto del día fue un poco anticlímax. Me sentí casi entumecida. El convento celebró nuestra toma de votos perpetuos con una fiesta, a la que nuestras familias fueron invitadas.

Mis antiguos tutores asistieron y se quedaron sin aliento al verme. Técnicamente, debieron haberme llamado «Hermana» o «Hermana Bessy, pero no pudieron, y para ellos seguí siendo simplemente Bessy. Le entregué a tía Illustra un paquete que contenía las joyas, el frasquito de perfume y los cosméticos que ella me había enviado. Se sentían extraños en mis manos y no lo que eran sólo unas horas antes. Mi conjunto color crema y rosa ya estaba en la lavandería del convento, listo para ser lavado, planchado y enviado a un destinatario desconocido.

La presencia de mis tíos fue agri dulce. Ellos y las familias de las otras nuevas monjas no encajaban con el sencillo interior del convento ni con los hábitos religiosos que llevábamos. Parecían extraterrestres. Al mismo tiempo, sentí que los estaba viendo por última vez, aunque todavía podría hacer y recibir algunas visitas. Pensé en Hawise y mi difunta familia. Era todo lo que podía hacer para seguir sonriendo y charlar alegremente.

Gethin lo entendió. Se acercó a mí al final del día mientras ayudábamos a limpiar.

—Casi todo el mundo se siente extraño después de tomar sus votos finales —me susurró—. No significa que hayas tomado una decisión equivocada, simplemente que eres consciente del enorme cambio en tu vida. Date tiempo, ya sean días o semanas, y ven a hablar conmigo cuando puedas. El sentimiento pasará y empezarás a sentirte en paz.

Estaba en lo cierto. Me tomó casi quince días sentir una sensación de pánico creciente y como si no fuera parte de nada, como si solo estuviera observando la vida en el convento, antes de que me calmara y tuviera la cabeza lúcida. Las otras monjas nuevas me confiaron que sentían lo mismo. Se sintió bien encontrar puntos en común con ellos.

El 11 de Septiembre también fue un día notable para mi amigo más antiguo. En algún momento durante nuestra fiesta, Hawise dio a luz a una niña sana a muchos kilómetros de distancia. Ella me lo contó todo en una carta ese mismo mes.

Querida Bessy,

Recibí tu carta para decirme que ahora eres monja, pero no puedo dirigirme a ti por tu título, como tampoco tú puedes llamarme «Su Gracia». Nuestra amistad es demasiado profunda para tales formalidades.

¡Ahora soy mamá! Yo no puedo creer mi gran suerte, ni morí ni aborté. En cambio, aquí estoy, feliz, bastante recuperada y madre de una hermosa niña. Ella es perfecta, Bessy. Saludable y perfecta. Creo que se parece más al lado de la familia de Ambrose que al mío, y eso es algo bueno para mi reputación. Ella tiene su cabello muy oscuro y

creo que sus ojos y su piel serán iguales a los de él. Él dice que su rostro tiene forma de corazón como el de su madre, y sus ojos tienen forma almendrada como los míos. Tiene hoyuelos como los que tenían mis hermanas y me alegro de ese pequeño vínculo. No me importa si ella nunca se parece a mí, pero su padre insiste en que ella se parece a mí cuando estoy feliz.

Su nombre es Millabess y ya la llamamos Milly. Princesa Milly, la heredera de Westlands. No puedo creer que esté escribiendo estas palabras. Millabess es tu nombre y el de mi madre, y la madre de Ambrose se llamaba Milly, pero era la abreviatura de Millicent. Ojalá pudiera pedirte que fueras madrina, pero el protocolo dicta que el papel va a otra parte.

Todo lo que puedo ofrecer es actualización tras actualización de todo lo que hace, y te enviaré un retrato, si tu convento lo permite.

Su nacimiento fue dramático, pero bien está lo que bien acaba. Sangré más de lo habitual y me mareé bastante. Es una suerte que Ambrose tenía un frasco grande de tintura de clotweed. Me da miedo pensar cuánta sangre habría perdido de otro modo. Las parteras sólo trajeron una pequeña cantidad, lo que apenas me afectó, y estaban impresionadas de que un hombre considerara tal cosa.

Amo a mi esposo más de lo que creía posible. Yo sentiría lo mismo si fuéramos mendigos, ser reina no tiene nada que ver con el profundo amor, respeto, confianza y admiración que siento por él. ¡Oh, verlo adorar a Milly derretiría tu corazón! Todo esto, y siento tanta lujuria por él. Nunca soñé que podría tener todo esto en un solo hombre, y mucho menos que él pudiera corresponder a mis sentimientos.

Dejé de leer para secarme los ojos. Mis primeros sentimientos fueron de alivio y gratitud porque mi amiga había tenido un parto seguro y un bebé sano, además de una relación amorosa con su esposo. Debajo de eso, me sentí vacío. Que Hawise le pusiera mi nombre a su hijo en parte no cambió esto. Estaba segura de que no me arrepentía de haber renunciado a la oportunidad de ser madre, pero sabía que nunca sentiría lo que sentía Hawise. Sólo podía rezar para no encontrar nunca una mujer que me hiciera sentir lo que ella sentía por su marido. De repente, el abismo entre nuestras vidas se volvió enorme.

Pasaron algunos días antes de que pudiera escribir una respuesta adecuada y contarle que me convertí en monja.

Intercambiamos varias cartas durante ese otoño. Me contó todo sobre la pequeña Milly, como esperaba, pero también mencionó otros asuntos. Escribió sobre su señorita Jane y sobre cómo la niña estaba mucho más vivaz y feliz ahora que estaba lejos de sus padres y tío.

Nunca la llamaría una niña bonita, pero ahora tiene mejor apariencia, sonríe más y no camina con los hombros encorvados. Le estoy obligando a vestirse como le conviene y ella aprecia estas pequeñas atenciones. Sin embargo, no confío en ella y no lo escribiría si no estuviera escribiendo en nuestro código. Estoy convencida de que le han ordenado que me espíe. Es una niña rápida y siempre me mira con inquietud cada vez que recibe una de sus muchas cartas. No puedo comprobar su correspondencia sin despertar sospechas, pero ni Ambrose ni yo podemos confiar en ella, aunque no sea culpa suya. En cambio, la observamos discretamente.

El resto de su carta estaba llena de personas que nunca había conocido pero de las que había

oído mucho, gracias a sus cartas anteriores. Lady Cerys y la investigación sobre el llamado Favor Mortal. Hasta el momento no se había detenido a nadie, pero tampoco se habían reportado más desapariciones. Sus anfitriones en High Castle, Lady Bronwyn y Lord Gudarro, fueron muy acogedores y fue un placer pasar tiempo con ellos. El joven Lord Bran y su ambición de tener un ejército de halcones y gatos. Lady Cerys escribió que hizo algunos progresos allí, pero no eran una fuerza a tener en cuenta.

Dejé la carta, sintiéndome enferma. Ahora vivíamos en mundos completamente diferentes. ¿Me extrañaba tanto como yo a ella, o nuestra correspondencia era simplemente un deber que ella se sentía obligada a cumplir? ¿Se compadeció de mí por mi sombría vida monástica?

Una lágrima se deslizó por un lado de mi nariz. Me compadecí de mí misma. La pérdida de los vestidos de brocado y los regalos con incrustaciones de perlas. Los reyes, los juglares y el vino importado los podía soportar fácilmente. La soledad y la pérdida de mi libertad fueron mucho más difíciles de soportar. Si Gethin se fuera o Hawise dejara de escribir, realmente creía que caería en la locura y la aceptaría como el sufrimiento menor.

«Es la monotonía del lugar. Pasan muy pocas cosas y mañana tendré que ocuparme del Hijo del nabo porque estúpidamente se ha vuelto a atravesar el pie con una pala. ¿Por qué no podría haber sido su cuello?»

Comencé a preguntarme si un segundo matrimonio habría sido tan malo antes de recordar que me preparé para besar a Horace y sus ojos cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. No, había elegido el menor de los dos males y no había una tercera opción disponible para mí.

Aproximadamente a principios de diciembre, se me permitió visitar a mis guardianes durante una semana. Tanto la invitación como el permiso me sorprendieron.

Una vieja amiga de mi tía Illustra le había escrito para pedirle una visita. Su nombre era Maeve, era originaria del Reino Esmeralda y había regresado allí después su matrimonio. Ahora viuda, deseaba tomar unas vacaciones en el lugar donde había pasado varios años felices. También deseaba traer consigo a su pupilo, Roisin.

Te escribo, Bessy, para pedirte ayuda. Rowena, Simon y sus dos también se quedarán con nosotros. Es probable que Rowena dé a luz dentro del próximo mes y todos tendremos las manos ocupadas. No puedo disuadir a Maeve, éramos muy cercanas cuando éramos niñas y ella acababa de enviudar. Únase a nosotros para ayudarme con su rostro alegre y sus maneras tranquilas. ¡Díselo a tu superior como un acto de misericordia, que te puedo asegurar que así lo veré!

La hermana Agnes accedió con sorprendentemente poca persuasión y simplemente me recordó la importancia de comportarme como una monja en el hogar de mi infancia.

—Evita todas las indulgencias innecesarias. No comer en exceso o beber para alegrarse. Ora tan a menudo como oras aquí sin convertirlo en una muestra de tu virtud. Lleva el hábito como lo usas hoy, sin modificaciones, y evita perfumes, cosméticos y adornos.

—Sí, Reverenda Madre.

Escribí una rápida nota de respuesta a mi tía, acordando que iría al Castillo de la Costa Oriental una semana después de ese día, antes de difundir la noticia a mis hermanas. Algunos envidiaban que yo tuviera la oportunidad de salir brevemente del convento, otros no.

—¿No será demasiado contraste, hermana Bessy? —preguntó la hermana Ida—. El castillo debe ser muy suntuoso, pero no podrás disfrutar de todos los placeres que ofrece, entonces debes regresar aquí. Creo que debe ser más difícil que quedarse aquí.

No sabía que ansiaba algo de variedad, y ésta era la oportunidad más probable de obtenerla. En cambio, llegué a mi antiguo hogar en el dragón que mi tía me envió el día acordado.

Me deslicé del dragón, agarré mis bolsas y le di unas palmaditas, diciéndole lo buen dragón que era. Un hombre me saludó con tanta ceremonia como cuando yo era «mi señora», pero se quedó mirando mi apariencia antes de llevarse al dragón. Mi tío salió del castillo y me abrazó cálidamente.

—¡Bessy! —Me besó en la mejilla—. Es tan bueno verte otra vez. —Me soltó parcialmente para mirarme más de cerca—. No puedo creer el verte como monja. Supongo que debería llamarte hermana.

—¡—No, tío, por favor no lo hagas. No quiero ser nada más que Bessy o querida para ti y para tía Illustra.

—Nuestros invitados podrían llamarte hermana. —La expresión de satisfacción en sus ojos disminuyó levemente y su voz se volvió cansada.

—Por invitados, supongo que no te refieres a Rowena, Simon, Henry o Clarice.

—No, me refiero a Lady Maeve y su maldita pupila, Lady Roisin. —Él suspiró pesadamente, lo cual era muy propio de él.

Lo miré desconcertada y él continuó con el mismo tono plano.

—Lady Maeve está muy bien, es una mujer agradable y encantadora, pero uno sospecha que su buen carácter no es demasiado profundo, al menos no cuando debería. Significa hacer algo que pueda resultarle inconveniente. Ella y tu tía se llevan bien, pero entre nosotros no creo que se repita esta visita. Ya no son tan cercanos como antes.

—En cuanto a la niña, cumplió catorce años en octubre y es una molestia. Se comporta como si tuviera treinta y cuatro años y fuera una gran reina, pero muestra una vena desagradable de la que me habría avergonzado si alguno de mis hijos la hubiera mostrado a la edad de cuatro años. Su comportamiento es petulante, egocéntrico, a veces francamente rencoroso, y tiene un sentido desmesurado de su propia importancia. Ha traído a su gato y, francamente, tiene mejores modales que ella.

Estaba asombrada. No era propio de mi tío hablar de alguien de esta manera, y mucho menos de una joven huésped bajo su techo.

—Lady Roisin debe comportarse muy mal para que me digas esto. ¿Qué dice su tutor? ¿No la frena?

—Creo que sería un inconveniente para Lady Maeve notar la mala educación de su pupila, y mucho menos su violencia ocasional hacia ella. Él es sirviente, por lo que ella hace la vista gorda o, en el mejor de los casos, le habla con suavidad. «Por favor, no hagas eso», ya sabes, ese tipo de cosas.

—¿Violencia hacia los sirvientes?

—Sí. Apartó a algunos de su camino y abofeteó a la doncella que no hizo algo de su agrado. No escuché toda la conversación, pero la muchacha había cometido el pecado mortal de traer la capa equivocada, luego las botas equivocadas o algo así.

Miré a mi tío con la boca abierta. Era tristemente cierto que algunos lords y las damas trataban así a sus sirvientes, pero yo nunca había vivido con nadie que se comportara tan mal. Nunca se me habría ocurrido golpear así a alguien.

Mi tutor notó mi sorpresa y continuó.

—Intervine entonces y le dije a Roisin, delante de la criada, que tal comportamiento no sea tolerado bajo nuestro techo. Ella pareció desconcertada cuando la detuvieron antes de burlarse de que está acostumbrada a mejores sirvientes. Le respondí que estaba acostumbrado a tener

mejores modales. Ella respondió que en su lugar de origen las cosas se hacen de otra manera, y cuando se case, porque su tutor ya está negociando los esponsales, no tolerará sirvientes estúpidos ni preguntas estúpidas.

—¿Ella te habló así?

—Sí. La dejé en ese momento y fui a buscar a Lady Maeve. Contó la historia completa, pero su señoría se limitó a suspirar y decir que catorce años es una edad difícil y que Roisin ha sufrido mucho. Perdió a sus padres a los cinco años y al hombre al que llamaba papá antes de cumplir catorce. Sin embargo, accedió a hablar con ella. Si lo hizo o no, no lo sé. Tendremos que ver de qué sirve, si es así.

Entramos al castillo y mi cabeza estaba llena de estas personas extrañas que aún no había conocido. El tío Piers preguntó a un sirviente dónde estaba su amante y el hombre respondió que estaba en el solar con Lady Rowena. Fui allí directamente mientras otro sirviente se ocupaba de mi equipaje.

«No hace mucho que me atendieron de pies y manos. Qué contraste será volver al convento la próxima semana y tener que volver a hacer todo por mí misma».

De hecho, mi tía y su hija estaban sentadas en el solar. Ellos saltaron sorprendidos al verme y me abrazaron exclamando lo bueno que era volver a verme. Me sequé las lágrimas de los ojos. Me di cuenta de cuánto los extrañaba a todos.

—¿Cómo están ambos? —pregunté antes de bajar la voz a un susurro—. El tío Piers me ha hablado de Lady Roisin.

Rowena puso sus ojos negros en blanco y mi tía habló.

—Todo lo que puedo decir es que agradezco a los dioses que ninguno de ustedes haya mostrado jamás una actitud tan cruel y que ambos se vayan pronto a casa. Se van a casa de otro amigo al día siguiente de que tú nos dejes. No los volveré a invitar. Maeve se sonroja por el mal comportamiento de Roisin, pero apenas lo aborda. Me ha hecho perder todo el respeto por ella. Me sorprende, porque recuerdo que ella tenía un carácter mucho más fuerte cuando éramos más jóvenes.

—¿Quizás su pérdida los haya afectado? —Intenté ser caritativa, pero Rowena sólo se rió.

—¡Oh Bessy, ese convento ya te ha convertido en toda una santa! No, hablan a menudo del difunto Lord Sean, pero no parecen tan abrumados como para perder el juicio. Lady Roisin habla más sobre el chico con el que espera casarse, el gran Cormac de Ballywoods, que sólo tiene diecisiete años y ya es un guerrero temible. Lady Maeve está en contacto con su familia y es probable que acuerden un compromiso antes de Imbolc y luego se casen tan pronto como ella cumpla quince años. Sin embargo, es posible que no hablen de él en casa, por lo que ella recupera el tiempo perdido aquí.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir con que no pueden hablar de él en casa?

Rowena volvió a poner los ojos en blanco.

—Aparentemente, a muchas chicas de alta cuna les gustaría casarse con este escurridizo guerrero. Roisin me cuenta lo guapo, lo inteligente que es y demás. Sin embargo, debido a la naturaleza de su trabajo, tiene que tener cuidado con lo que le dice a la gente sobre su paradero. Roisin no debería contarle a nadie en el Reino Esmeralda sobre él hasta justo antes de casarse. Nadie le haría daño una vez que sea su esposa, pero estaría en peligro como su prometida.

—Nunca había oído hablar de algo así. ¿Ella está mintiendo o allí hacen las cosas diferente? Todos los guerreros que he conocido han sido bastante abiertos acerca de lo que hacen. Quienes están en misiones secretas no crean misterios para llamar la atención. Si corre tanto riesgo, ¿por qué está considerando casarse?

Rowena se encogió de hombros.

—La Diosa lo sabe. Ella no lo está inventando. Me ha mostrado su retrato. Lady Maeve lo ha mencionado en más de una ocasión y he visto a Lady Maeve enviar cartas por correo. Ella dice que son para el padre. Aun así, Roisin se establecerá con él en algún lugar del Reino Esmeralda o la Tierra del Duende. De cualquier manera, ella no regresará a ningún lugar donde es probable que estemos nosotros, gracias a Dios.

—Amén a eso —añadió la tía Illustra—. Ya he oído suficiente de ella, sobre su prometido, su rango y su marca de sangre real.

—¿Marca de sangre real?

—Dice que tiene una marca de nacimiento con forma de estrella en la clavícula. Toda mujer descendiente de alguna reina que murió hace más de cien años tiene lo mismo. Está decidida a mostrárselo a Rowena.

Estaba llena de curiosidad cuando conocí a estos invitados durante la cena. Por mucha suerte, o para darles un respiro a mis tutores, me sentaron entre ellos para la comida. Había aprendido su lengua materna, Banshee, cuando era niño, pero mi tío cuando me aseguraron que hablaban Suvvern con fluidez.

Lady Maeve era una mujer bonita de unos cuarenta años. Tenía el pelo rojo intenso, una tez lechosa y ojos de color gris verdoso. Cuando hablaba, tenía un claro acento Banshee, pero las palabras nunca le fallaban. Encontré en ella una agradable compañía en la cena. Hablamos un rato de su tierra natal, ella quedó impresionada por mi conocimiento de su idioma y por mi vida en el convento.

Lady Roisin era completamente diferente, aparte de su acento, que era tan fuerte como el de Lady Maeve. Para comenzar, ella era una de las chicas más hermosas que había visto en mi vida. Era esbelta sin ser desgarbada, rubia sin verse descolorida, su cabello era como un campo de trigo y sus ojos eran de un intenso azul púrpura que nunca había visto antes. Su conversación reveló una mente aguda, una personalidad engreída y una educación minuciosa en todo menos en el desarrollo del autoconocimiento o la consideración real por los demás.

No podría atribuir sus fríos juicios y arrogantes presunciones a un duelo reciente sin mentirme para mí mismo. Intenté entablar conversación con ella pero solo recibí respuestas monosilábicas. Admirar sus uñas cuidadas era más interesante para ella que cualquier cosa que pasara en la mesa. Las pálidas mejillas de Lady Maeve se enrojecieron, pero no hizo ningún esfuerzo por reprender a su pupila. En cambio, centró mi atención en sí misma y me hizo preguntas. El tema se centró en Hawise y me di cuenta de que ni Lady Maeve ni Lady Roisin sabían que la Reina de las Tierras del Oeste también era mi más antigua y querida amiga.

El efecto que produjo en ellos fue interesante. Lady Maeve se sorprendió e hizo preguntas educadas. Ella mostró la curiosidad que uno esperaría al descubrir de repente que la persona con la que está hablando conoce a la realeza. La reacción de Lady Roisin me hizo mordeme el interior de las mejillas y evitar llamar la atención de nadie. Al principio se quedó paralizada de asombro antes de preguntarme si realmente era así. Cuando le aseguré que sí, que la Reina Hawise y yo fuimos protegidas en el Castillo de la Costa Este y nos volvimos tan cercanas como hermanas, se enderezó y me prestó toda su atención durante el resto de la comida. Su actitud no era exactamente deferente, pero ciertamente me trató con mucho más respeto.

No fui la única persona que notó esta nueva apreciación o que era también dirigido a mis antiguos tutores, a su hija y a su marido.

—Dioses, Bessy —me susurró Rowena tan pronto como estuvo segura de que no nos escucharían—. Nunca vi una transformación así efectuada tan rápidamente. ¡Qué niña tan tonta!

Eso le enseñará a tratar a las personas con respeto.

—No puedo imaginar por qué se molesta —respondí—. Hawise y yo mantenemos correspondencia, pero apenas puedo influir en ella. Además, ¿qué favores podría necesitar de la Reina de las Tierras del Oeste cuando pronto se instalará en El Reino Esmeralda o la Tierra del Duende?

Rowena no tuvo respuesta, entonces Lady Roisin entró al solar con un libro en la mano. Su gato, una simpática criatura pelirroja llamada Pan, la seguía pisándole los talones. Ella hizo una reverencia en silencio, le devolvimos el saludo, tomó al gato y ella comenzó a leer. La luz no era lo suficientemente fuerte para ella, así que pidió velas. No puse ninguna objeción, pero sí hablé cuando ella comenzó a abusar del hombre que los trajo por no haberlos traído lo suficientemente rápido.

—Eso es grosero. Nadie le habla así a cualquiera aquí.

Ella me miró con la cara roja y su nuevo respeto por mí se desvaneció.

—En casa, las cosas son diferentes.

Le levanté una ceja.

—No estás en casa ahora.

Miró alrededor del solar y se burló:

—Ya veo.

Me negué a dignificarla con una respuesta. Rowena estaba a punto de decir algo cuando la tía Illustra entró en la habitación con Lady Maeve. Hablaban en tono preocupado sobre la violación de la bandera en Mendoc.

—Fue un evento terrible —intervine—. Hawise me lo contó todo. La iglesia del pueblo y varias casas quedaron completamente destruidas. Muchos otros edificios sufrieron graves daños. Hubo muchos heridos, pero afortunadamente nadie resultó gravemente herido ni murió. Por suerte, capturaron a los culpables y los decapitaron hace aproximadamente un año. Es un destino mejor del que merecían.

Lady Roisin parecía consternada, pero no por las razones que supuse.

—¡Esa no es la verdadera historia!

—¿Disculpa? —Me sorprendió demasiado su desprecio para ofenderme.

—Te dijeron mentiras. Los que luchan por la libertad se manifestaron pacíficamente y encendieron una hoguera como parte de las celebraciones tradicionales de Samhain. Eran luchadores por la libertad, no terroristas. Sólo querían protestar contra el trato brutal que la milicia local da a la gente y contra la incompetencia del Consejo del Interregno. Los nobles vivían en el lujo, ignorando la difícil situación del pueblo. Cuando los cuatro se dieron cuenta de que iban a ser condenados injustamente, huyeron, pues pocos tenían el valor de albergarlos. No recibieron un juicio justo. En cambio, fueron asesinados para infundir miedo en cualquiera que se atreviera a defenderse.

Ella se recostó satisfecha. Su tutor jugueteó con su pulsera y trató de cambiar de tema. La tía Illustra parecía horrorizada. Rowena arqueó las cejas.

Al fin, respondí.

—¿De verdad crees que me mintieron? Le transmití relatos de testigos presenciales a mi tía y a mi tío. Los informes oficiales respaldan estas afirmaciones. Los cuatro ejecutados recibieron un juicio justo y una sentencia más leve de lo que esperaban. El Rey Ambrose y la reina Hawise vieron el daño a Mendoc y hablaron con su gente. De hecho, el rey Ambrose estaba allí cuando ardió.

—¡Todas mentiras! El fuego fue contenido en una hoguera.

—¿Cómo sabes que no te mintieron? ¿De dónde sacaste tu información? —Quería saber.

Hizo una pausa antes de decir:

—De mi prometido. El hombre que pronto será mi prometido. Cormac de Ballywoods. Está bien relacionado y es un hombre de honor. Me escribió el día después de Samhain y me envió noticias antes y después del juicio.

—¿Por qué deberías creerle a él más que a todos los demás? ¿Estaba allí?

—No, pero como digo, tiene muchas conexiones y nunca me mentiría.

—¿Quiénes son estas conexiones? ¿Cómo sabes que no le mintieron a tu prometido?

Ella sonrió serenamente con una mirada de lástima en sus ojos y no dijo nada.

—Confiaré en lo que escuché de mi amiga más antigua —le dije.

Ella continuó mirándome con la misma expresión. Me volví hacia la tía Illustra y Lady Maeve y me uní a su conversación sobre sus planes para las celebraciones de Yule.

—Diosa, Bessy, qué mocosa tan engreída —siseó Rowena más tarde esa noche, cuando estaba a punto de irme a la cama—. Ella piensa que es algo especial, ¿no? Como si supiera más que nadie y como si las reglas habituales de la sociedad, como las m básicasanners, no se aplican a ella. ¿Cree que su marca de nacimiento es un pasaporte para hacer lo que quiera?

Sólo pude estar de acuerdo y agregar que ella y su tutor pronto estarían lejos de nosotros y de Woldsheart.

Esa noche, en la cama, pensé en lo que había pasado aquel día, lo que había dicho y hecho y si había pecado en alguna forma. El convento estaba dejando su huella en mí.

«Mantuve la calma y no bajé a su nivel. Además, no me corresponde a mí intentar enseñarle nada. Ésa es responsabilidad de Lady Maeve. Tampoco me corresponde a mí decirle a Lady Maeve que le está fallando a su pupila al permitirle comportarse tan mal».

«Una vez también pensé que las reglas no se aplicaban a mí. Debo admitirlo. Cuando llegué por primera vez al convento, hice lo que me gustaba, pero todos los demás también. No, no hice ningún daño allí, mientras que Lady Roisin sí causa daño a través de sus palabras y sus acciones. Ahí no me engaño».

El resto de mi visita transcurrió de la misma manera. Aunque me alegré de ver la espalda de Lady Roisin, asumiendo incorrectamente que nunca la volvería a ver a ella ni a su tutor, realmente lamenté tener que despedirme de mis tutores, Rowena y su familia. Rowena prometió avisarme cuando naciera su bebé.

Partí hacia el convento, exactamente una semana después de haberlo dejado, con un corazón pesado. La Hermana Ida tenía razón. Fue un gran contraste al que acostumbrarse.

La rutina de la vida del convento se vio interrumpida brevemente por las celebraciones de Yule. Esta vez nadie se atrevió a introducir contrabando en el convento ni a infringir ninguna norma. No puedo decir que fuera feliz, pero me sentí contento. Hawise me escribió desde otro castillo en otra parte de las Tierras Occidentales. Leyendo entre líneas, me di cuenta de que ella luchaba con lo que se esperaba de ella; estar siempre en exhibición, apoyar al hombre más importante del reino y parecer siempre feliz. Si no hubiera sabido ya que el dinero no puede comprar la felicidad, ahora lo sabía.

«Simplemente protege contra ciertos males, no todos».

Hawise también escribió sobre más desapariciones, llevadas a cabo a la manera del llamado Favor Mortal. Me preguntaba si debía o no comunicarle esta noticia a Gethin. Sabía lo ansioso que estaba por sus hijos. Al final no lo hice, pero él se enteró de todos modos por una carta de su amada.

Rowena dio a luz a un segundo hijo, llamado Paul, en la segunda semana del nuevo año.

Se declaró una paz eterna entre nuestra casa y nuestros aliados y enemigos, es decir, la Casa de Ishelmer, la Casa de Merendysh y la Casa de Malwarden. Las celebraciones fueron silenciosas, porque nadie estaba seguro de que durarían. Escondido como estábamos en la costa oriental, los combates apenas nos habían afectado. Me avergüenza decir que no sentí el peso de tal anuncio, salvo que fortaleció la posición de Hawise. Sólo podía esperar que la paz durara para que ella se sintiera segura.

—Esta es la primera vez en mi vida que la Casa de Lothwold no ha estado en guerra —me dijo la hermana Ida, que tenía casi cuarenta años. El anuncio la afectó más que a mí—. La paz fue declarada entre nosotros y el Reino de las Islas hace casi cuatro años, y se mantuvo. La paz entre Woldsheart y Doggerdale ha durado casi treinta años sin ni siquiera una escaramuza.

Sus ojos color avellana brillaron de placer.

—¿Crees que podremos vivir en paz y armonía con *todos* nuestros vecinos *para siempre*? —La idea me sorprendió. Los conflictos y las luchas parecían ser la forma natural de vida en los diez reinos de estas islas—. La paz, la paz eterna, se habla desde hace diez años, pero parece demasiado maravilloso para hacerse realidad.

—Se está haciendo realidad, hermana. —Sonrió—. Mira lo que ha sucedido hasta ahora. Muchas guerras han terminado y ambas partes han acordado no reavivar el conflicto. Muchos rehenes han sido devueltos a sus hogares. Viviremos en un mundo mejor.

Su optimismo era sincero. No quería ver, pero me sentí un poco desequilibrado.

«El mundo y lo que podemos esperar de él están cambiando rápidamente. Cuando entré en este convento, hace menos de dos años, nunca hubiera imaginado que acabaría viviendo bajo un

régimen tan estricto. No habría imaginado que sería preferible a un segundo matrimonio. Independientemente de las dificultades que enfrente, sé que tomé la decisión correcta».

«¿Qué pasará después? ¿Mi vida cambiará una vez más? ¿Cómo le irá a Hawise en las Tierras Occidentales?»

Al cabo de dos meses sucedió algo más que cambió tanto mi vida como la de Hawise. También me devolvió el contacto con Lady Maeve y Lady Roisin, y cambió mi opinión tanto sobre la mujer como sobre la niña.

Narrativa continuada por el hermano Percy de Lothwold

Miró horrorizado a la hermana Agnes al otro lado de la mesa. No podía creer lo que acababa de informar alegremente.

—¿Disculpa, Reverenda Madre? ¿Quiere decir que los monjes pueden ser castigados retrospectivamente por las fechorías que cometieron antes? ¿Antes de que el Sumo Sacerdote anunciara que las reglas debían hacerse cumplir adecuadamente? Y, en los casos en que el pecado haya sido grave, ¿sus parientes o amigos más cercanos también deberían ser castigados?

La ventana mostraba un hermoso día de marzo. Las hojas verdes empezaban a cubrir las ramas. Nubes blancas y esponjosas se movían rápidamente a través de un cielo azul claro. En el interior reinaba el más profundo invierno. Me senté con la hermana Agnes y el hermano Harold alrededor de una mesa redonda para discutir los asuntos del convento como lo hacíamos todas las semanas. Todavía formamos una especie de consejo provisional para el Convento de la Luna Nueva. El hermano Gethin también habría estado presente si la herida de un campesino no se hubiera vuelto venenosa y lo hubiera llamado para que se fuera.

«Han pasado más de dieciocho meses desde que tomó el poder, a falta de una frase mejor. ¿Por qué el obispo no ha insistido en que se instale una abadesa permanente? ¿Tiene intención de quedarse aquí para siempre? Quiero volver a mi antiguo monasterio y dejar de ser parte de sus viles planes».

La hermana Agnes meneó la cabeza con tristeza.

—No, no del todo, hermano. Esa es la propuesta que le envié a su Santidad el Sumo Sacerdote, ayer. Naturalmente, no puedo esperar una respuesta tan pronto, pero la idea se me ocurrió anteanoche en un sueño. Es como si los dioses me hubieran hablado.

Ella bajó los ojos con modestia. El hermano Harold miró fijamente su adoración. Intenté dominarme. Sabía que tenía que actuar con cuidado, tal como lo había hecho desde el verano de 2015.

—Hermana, ¿cómo funcionaría eso? —finalmente pregunté—. Las nuevas reglas, porque así es como debemos verlas, existen desde hace mucho tiempo menos de dos años. ¿Podemos condenar moralmente a las personas por lo que hicieron antes, si no han infringido ninguna regla desde entonces? ¿Podemos castigar moralmente a las personas por los crímenes de otros?

Ella intercambió una mirada de lástima con el hermano Harold, algo a lo que yo ya me había acostumbrado. Ninguno de los dos me atribuyó mucha inteligencia porque mi mente funcionaba de manera muy diferente a la de ellos.

—Hermano, estas reglas no son... *nuevas* —afirmó en voz baja—. En el caso de este

convento, existen desde hace más de mil años. Los monjes simplemente han escapado a un castigo justo cuando pecan.

—¿Pero castigar a sus conexiones más cercanas? —Mi voz vaciló—. ¿Cómo es eso justo?

—Algunos pecados son tan atroces que se propagan del culpable a quienes aman. Además, esto alentará a las personas a controlar el comportamiento de los demás, reduciendo así la probabilidad de que alguien peque en primer lugar.

No dije nada. Tenía tan poco poder. Había hecho los pequeños cambios que pude dentro del convento para tratar de mitigar las pequeñas crueldades que cometían mojigatamente, pero si el Sumo Sacerdote aprobaba su loca idea, mis manos estaban atadas. Por millonésima vez, me maldije por ofrecirme voluntario para ayudar con algo que no había entendido. Realmente había creído que haría el bien ayudando a conventos y monasterios corruptos a enmendar sus costumbres. El reinado de terror de la hermana Agnes, respaldado por quienes estaban por encima de ella, pronto me desengañaron de esa idea.

«Debo comunicarme con el hermano Gethin tan pronto como pueda y advertirle. Podría enfrentarse a la castración».

El hermano Harold pareció leer mis pensamientos.

—Las llamadas nuevas reglas ciertamente se están aplicando adecuadamente. Me atrevería a decir que has oído hablar de un hermano en Doggerdale que pagó el precio por ceder a su lujuria.

No lo habíamos hecho, así que él continuó en el mismo tono, el tono de un niño contando cuentos sobre otro niño.

—Mi primo, que es prior de este monasterio, situado a menos de sesenta kilómetros de nosotros, me lo dijo en una carta que me llegó esta mañana. Al parecer, pronto será de conocimiento público. Este el monje hermano Henry fue sorprendido *en el acto* con una campesina local. La mujer huyó y no sé qué será de ella, pero él no pudo negar su pecado. El abad insistió en que lo castraran, y así fue ese mismo día.

El vómito subió a mi garganta. Tragué. La hermana Agnes parecía tranquila pero curiosa. Habló como si se hubiera corregido un gran error.

—Todo esto ocurrió cuatro o cinco días antes de que mi prima me escribiera. Él cree que el hermano Henry pronto estará lo suficientemente bien como para regresar a sus deberes. Aunque la operación se llevó a cabo en privado, tuvo un gran impacto en los demás hombres y niños allí presentes. Mi prima cree que la disuasión funcionó, porque el ambiente en el monasterio ha sido muy solemne desde entonces.

—Como debe ser —afirmó la hermana Agnes—. Creo que cuanto más públicos se hagan estos casos, menos probable será que se apliquen tales castigos.

«Qué decepción será para ambos. No finja que se ofreció como voluntario para esta misión de salvar el alma de nadie o mejorar la posición de la iglesia. Era poder intimidar a la gente según tus caprichos, pura y simplemente».

Más tarde ese día, alegé dolor de muelas y fui a buscar al hermano Gethin.

Comprobé que estábamos solos en la enfermería.

—No me pasa nada, Hermano —susurré—. Sin embargo, necesito hablar con usted urgentemente y en confianza.

Pareció sorprendido y me pidió que me sentara en voz alta. Fue a buscar algunos instrumentos para respaldar la mentira de que me estaba examinando, en caso de que nos interrumpieran, antes de retirarme colocando un taburete cerca del mío.

Le conté lo que había sucedido en la reunión de esa mañana. El color desapareció de su rostro.

—Sé que solías usar una bufanda azul. Hace mucho que no lo veo, pero estoy seguro de que no fui la única persona que lo notó y creo que tiene valor sentimental. Por el amor de los santos y de todo lo santo, deshazte de él tan pronto como puedas. No puedo creer que lo hayas perdido o que lo hayas tirado.

Se puso de pie, miró hacia la puerta cerrada y luego se levantó brevemente la bata. Vio la tela brillante atada alrededor de su cintura. Se sentó y le explicó su importancia.

Mis ojos se llenaron de lástima por él.

—Me mataría bastante separarme de ello. —Su voz se quebró—. Me... me mata porque es separarme de Marjory y de nuestra c.ñiños, que sólo pueden comunicarse escribiendo cartas.

—Estoy seguro de que esas cartas se están leyendo. Cuando salí de la reunión, el hermano Percy instó a la hermana Agnes a estar más alerta y ella respondió algo así como revisar todo con regularidad. Sé que busca entre las celdas y las posesiones de las personas. Ella sabe que la gente se comunica, lo cual está permitido, pero cuando me fui, la escuché mencionar a Bessy, la reina y un código. Sé que nuestra hermana se crió con la Reina de las Tierras Occidentales y son tan unidas como hermanas. Supongo que se escriben entre ellos.

—Lo hacen y escriben en un código. La hermana Bessy me lo dijo. Marjory, los niños y yo escribimos en Suvvern. Somos bilingües en el lenguaje de los libros, nuestro niño lo habla con fluidez y las niñas tienen un poco de conocimiento pero no conocemos otros idiomas ni ningún código. Toda persona educada tiene algún lenguaje de libro. Su uso como medio de comunicación internacional lo hace inútil para mis necesidades. —Su rostro decayó—. ¿Debo quemar mis cartas, mi bufanda y pedirle a la hermana Bessy que le diga a mi familia, a través de mi reina, que deje de escribir?

—Para salvarte a ti y al niño al que llamas tu hijo, sí, sí debes hacerlo.

—No se atreverían a tocar a Bran. ¡Yo moriría primero! No puedo creer que se atrevan a pensar tal cosa. —Su rostro se sonrojó.

—Hermano —dije suavemente—. ¿Habrías creído hace dos años que estaríamos teniendo esta conversación? No podría haberlo creído hace sólo un año.

Se desplomó hacia adelante, casi a punto de desmayarse.

Saqué un trozo de tela chamuscada de mi bolso. él lo miro con sorpresa. La tela era de un azul brillante, fina y moteada de hollín y marcas de quemaduras.

—Esto es parte de una enagua de niña que fue donada como limosna para los pobres. Noté que el color y la textura se parecían mucho a tu bufanda. La mayor parte de la prenda está ahora hacia un retrete. Arranqué parte de la falda y la ataqué con una vela.

El hermano Gethin me miró con la boca abierta.

—Cuando digo «deshazte de tu bufanda», quiero decir que debes enviársela a tu amada a través de la hermana Bessy. Envío de un paquete desde el convento despertaría sospechas, pero no si lo enviara desde Landesmar, lo cual podría hacer fácilmente. Ambos sois llamados a la aldea con frecuencia para ayudar a la gente. Esta noche le presentaré esta tela a nuestro supuesto superior y le diré que usted me la dio. Tal sumisión podría salvarte y evitar que sospechen de mis verdaderos pensamientos.

—Hermano Percy, ¡eso es un golpe de genialidad! —Me abrazó con lágrimas en los ojos—. La hermana Bessy y yo planeamos ir al pueblo mañana, hablaré con ella directamente. —Él se tomó un momento para recomponerse antes de continuar.

—¿Crees que sospechan que no estás de acuerdo con ellos?

Respondí honestamente.

—Me temo que sí. No me malinterpretes, creo que la iglesia necesitaba reformarse. Los

conventos y monasterios eran focos de ociosidad e indulgencia. Los monjes descuidaron sus deberes. Por eso me ofrecí voluntario. Sin embargo, la situación actual es mil veces peor. Esto está tan alejado de lo que es correcto, de lo que pretendían los fundadores, como el infierno lo está del cielo.

»Si por mí fuera, yo te habría impedido girar. Sin embargo, habría dictado un castigo más humano y os habría advertido. Si eso fallara, te habría expulsado de la orden.

—¿Pero nadie puede abandonar la vida monástica sino mediante la muerte?

Me encogí de hombros.

—Yo podría decir que si alguien peca lo suficientemente grave y persistentemente, entonces debería ser devuelto al mundo civil. Han roto sus votos y se niegan a cambiar sus costumbres. Si tuviera la opción, dejaría la iglesia y volvería a la agricultura. No hice ningún daño en el campo y la iglesia se ha vuelto aún más corrupta pero de una manera diferente.

—¿Eras granjero antes de unirme?

—Yo era peón de campo. Mi familia ha trabajado en la tierra a unas treinta millas al suroeste de aquí durante generaciones. Me casé con la hija del herrero cuando ambos teníamos diecinueve años. Mi Blissmina murió al año, dejándome con el corazón roto. No tenía hijos ni ganas de casarme por segunda vez, así que me uní a la iglesia. Creí que era lo correcto para mí. Eso fue hace una década el pasado Yule. ¡Cómo desearía que nuestras vidas hubieran sido diferentes! Al principio pensé que estaba en el camino correcto, pero ahora... ahora siento que causo sufrimiento, en lugar de aliviarlo.

Nos sentamos en silencio por un minuto, perdidos en nuestros propios arrepentimientos antes de que él hablara con voz firme.

—Hermano, te estoy agradecido. Si alguna vez puedo pagarte en el futuro, lo haré.

Nos dimos la mano y lo dejé. Fue un alivio saber que alguien que me gustaba y admiraba no me menospreciaba. Sólo podía adivinar lo que las monjas pensaban de mí.

Le entregué el paño chamuscado a la hermana Agnes después de cenar esa noche. Estábamos solos y le conté cómo el hermano Gethin me lo había entregado en la enfermería.

—Fue una muestra de su vida pasada que siente que debería haberse rendido hace mucho tiempo. Trató de quemarlo, pero el material no se quemaba por completo, así que me lo dio con sus humildes disculpas.

Ella sonrió con su terrible sonrisa, la que siempre hacía cuando sabía que alguien estaba descontento por su culpa, y tomó la tela. Era una tarde lo suficientemente fría como para justificar un incendio. Con un movimiento ágil, arrojó el trozo de enagua a las llamas.

—Gracias hermano. Puedes irte ahora.

Narrativa continuada por Bessy La Monja

Gethin me habló en confianza antes de partir hacia Landesmar. Sus ojos eran salvajes y su voz era rápida. Acepté escribir una nota a Hawise, adjuntarla a su paquete y una carta a su amada y dirigir el paquete a Hawise con mi propia letra. Sabía que ella y el rey Ambrose habían regresado recientemente al Castillo Malwarden, donde vivía Lady Marjory.

—Por supuesto que haré esto. Lo enviaremos a publicar en la posada —prometí—. Buenos dioses, hermano. No puedo creer que hayamos llegado a esto. Nos están quitando hasta el último detalle. Hasta el último consuelo. ¿Debería dejar de escribir? ¿A Hawise?

—No, creo que estás a salvo porque escribes en código y por su posición. No se atreven a admitir que nos espionaron, no te pedirán que descifres el código. Además, no has cometido ningún pecado. Lo he hecho.

Besó el paquete con una mirada desesperada en sus ojos me hizo sentir bastante preocupada.

—Adiós, Marjory. Un día vendré por ti. En cuanto pueda, lo haré —susurró como si estuviera rezando.

Se recompuso y se calmó una vez que me vio entregarle el paquete hace un rato. La posada. Visitamos a las personas que necesitaban nuestra ayuda y noté lo fácil que me sentía con ellos. Pude examinarlos, consolarlos, aconsejarlos y brindarles atención médica sin sentirme incómodo.

«Ciertamente, he progresado. Realmente soy una monja. Me siento conectado con estos campesinos, conectado con todas mis hermanas y conectado con un hombre de una tierra extranjera. Realmente me he convertido en parte de la humanidad en general y ya no soy una dama de Lothwold of the Woldsheart. Al renunciar a ese papel, me convertí en parte de algo mucho más grande».

No compartí mis pensamientos con Gethin. Su rostro mostraba lo distraído que estaba.

Al cabo de una semana recibí una carta de Hawise. La carta era casi un paquete, de lo gruesa que era. No pensé que Gethin hubiera recibido nada, no sabía si tenía alguna correspondencia. Además de Lady Marjory y sus hijos, me pregunté si Hawise estaba tratando de contactarlo a través de mí.

«Por favor, no lo hagas, Hawise. Nos pone a él y a mí en gran peligro».

Abrí la carta tan pronto como estuve sola en la enfermería con Gethin. Jadeé antes de que pudiera detenerme.

Estuvo a mi lado en un instante.

—¿Qué pasa, hermana? ¿Es mi familia?

Allí pude tranquilizarlo.

—No, están a salvo. Hawise simplemente escribe que Lady Marjory tiene su nota y su bufanda, tal como le solicité. El problema se relaciona al Reino Esmeralda. Debo pedir permiso a la hermana Agnes.

Le entregué la carta. Era más fácil que intentar explicarlo.

Querida Bessy,

Recibí tu paquete. Lamento saber que la vida en el convento ha empeorado tanto. No te preocupes, le pasé la carta y el pañuelo del hermano Gethin a Marjory. Utilicé a Cerys como mensajera, porque ella está más cerca de Marjory que yo. Vi a Marjory más tarde. Está tan descontenta con la noticia como puedas imaginar, pero lo comprende y promete no enviar más mensajes al hermano Gethin. También ha explicado a sus hijos por qué debe ser así en términos adecuados a sus edades.

Espero que puedas hablar con ellos pronto, pues debo rogar tu presencia y ayuda lo antes posible. Tenga la seguridad de que estamos todos bien. Este asunto se refiere a Lady Roisin.

Lady Maeve es prima lejana de Owen. Ayer por la tarde recibimos un mensaje suyo a través del duende dorado. Ella y Lady Roisin viven en su castillo, el Castillo Kinselk, en la costa este del Reino Esmeralda. Ella solicita que Owen vaya a buscar a Lady Roisin discretamente y lo antes posible. Ella le pide que se la quite de encima permanentemente o se verá obligada a tomar medidas más estrictas. Lady Maeve está dispuesta a pagar suficiente dinero para que su pupila sea aprendiz y se mantenga hasta que comience a ganar lo suficiente para mantenerse. Lady Roisin no necesita ser tratada como una doncella noble, sino como cualquier otro aprendiz en su castillo.

Puedes imaginarte el asombro de Owen al recibir semejante carta. De hecho, todos quedamos asombrados, porque es una petición muy extraña y está muy lejos de cómo usted describió la relación entre el tutor y el pupilo el pasado mes de diciembre.

Todos tememos que métodos más estrictos puedan significar la ejecución o una prisión en algún lugar lejos de cualquiera que la niña. Lo sé. Estas palabras son dramáticas, pero ¿qué más podría significar su señoría?

Adjunto un pasaporte diplomático, firmado por Ambrose y Owen, y una carta de ellos dirigida a su Reverenda Madre. Bessy, te ruego que vayas al Castillo Kinselk y traigas a Lady Roisin. El Castillo Malwarden tan pronto como puedas. Te lo pregunto porque conozco tus habilidades: tu fluidez en Banshee, tu sensatez y tu coraje. También eres monja, lo que hace que sea menos probable que te detengan o te interroguen. Los habitantes del Reino Esmeralda y las Tierras Occidentales tienen tanto respeto por los monjes como nosotros en Woldsheart. También se le considerará no partidista, lo que creo que será vital.

Lo que haya sucedido en el Castillo Kinselk es realmente muy preocupante. Temo que la chica se haya entrometido en lo que no le concierne y ahora su propia vida está en peligro.

—Por todos los dioses —susurró Gethin. Me devolvió la carta—. Bueno, hermana, ¿irás?

—Sí, lo haré. Encontraré a la hermana Agnes ahora mismo. No tengo idea de lo que ha hecho Lady Roisin, ni por qué no puedo ir con la familia de su prometido, pero es mi deber salvarla si puedo.

No tuve problemas para convencer a la hermana Agnes de que me dejara ir al Reino Esmeralda, aunque no podía decirle cuándo podría regresar. A pesar de sus principios igualitarios, no podía ignorar una orden real. Asimismo, le encantaba salirse con la suya, pero tenía la sensatez de no trastornar lo que pudiera implicar la política internacional.

Empaqué y me preparé para partir en un estado mental muy diferente al de antes de regresar a mis viejos guardianes hace unos meses. Me sentí más segura de mí misma y segura de que realmente era monja. Fue el camino correcto para mí. Sabía que volvería a encajar en la vida del convento.

Temprano a la mañana siguiente salí en busca de un dragón, un Gryngolet rosa fucsia. Como ella se fue, me di cuenta de que no había estado sola durante tanto tiempo. Muy pocas monjas estaban solas por mucho tiempo. Aparte de la contemplación privada o de dormir por la noche, casi siempre estaba con alguien y haciendo algo.

Naturalmente mis pensamientos se dirigieron a lo que yacía delante de mí. Fue un gran misterio. No se me ocurría ninguna razón por la que la indulgente Lady Maeve le hubiera dado de repente la espalda a su mocosa pupila, y con tanta frialdad.

«Claro, el comportamiento de Lady Roisin es vergonzoso, pero ¿por qué castigarla con el destierro y por qué hacerlo ahora? No entiendo por qué Lady Maeve no la envía simplemente a Cormac de Ballywoods. Puede que no se case hasta que tenga quince años, para lo cual falta medio año, pero podría vivir con su familia hasta entonces. ¿Ha hecho algo tan malo que él haya roto su compromiso?»

A veces se rompían los compromisos, pero era raro entre las clases altas, donde era más probable que los matrimonios se guiaran por aspectos prácticos y políticos que por el amor. Desde mi conocimiento del Reino Esmeralda, no podía ver ninguna razón por la cual un matrimonio entre dos nobles se disolviera, a menos que se descubriera algo muy malo sobre uno de los miembros del grupo o una alianza hubiera fracasado.

Mi corazón latió aceleradamente durante la mayor parte de mi viaje hacia el oeste. Fue a la vez estimulante y estresante viajar tan lejos solo y a través de tierras que hasta hace poco eran enemigas de Lothwold. Sin embargo, mis buenos modales, mi hábito de monja y mi pasaporte me sirvieron admirablemente. Me trataron bien y no encontré ningún peligro. Gryngolet sentía tanta curiosidad como yo cuando vimos campos y ciudades desconocidas, pero fue discreta para ser un dragón y no hizo comentarios groseros. Sólo podía estar agradecido por la paz y preguntarme qué papel había jugado el rey Ambrose al lograrla al aceptar la corona de las Tierras Occidentales y qué papel había jugado Hawise al casarse con él. Juntos habían puesto fin a un interregno y habían proporcionado una heredera al trono. Tal vez la paz ansiada duraría y la gente podría disfrutar de estabilidad y la oportunidad de viajar fácilmente.

Hacia el mediodía de la segunda mañana, al terminar mi viaje, un par de jóvenes guardias me escoltaron hasta el Castillo de Malwarden. Me miraron con la misma curiosidad mal disimulada que mostraba Gryngolet, pero tuvieron la educación de no decir nada. Tenía curiosidad por ver dónde vivía ahora mi amigo.

El Castillo Malwarden me dejó sin aliento. Las montañas eran bastante impresionantes para mí, una chica acostumbrada a los Wolds y al campo llano, pero me sorprendió cómo los constructores del enorme castillo las habían incorporado a la defensa del castillo. Los guardias sonrieron ante mis elogios y el menor tomó a Gryngolet y mi equipaje mientras el mayor me rogó que esperara en el Gran Comedor mientras él iba a buscar a su rey y a su reina.

Miré a mi alrededor discretamente. Hawise había descrito bien el lugar. Estaba ricamente amueblada y hablaba de siglos de poder.

De repente apareció ella, gritando mi nombre. Su comportamiento era el de siempre, alegre pero consciente de la etiqueta, pero su apariencia había cambiado. El collar de oro que llevaba alrededor del cuello contenía diamantes y el vestido estaba cortado a la moda de las Tierras Occidentales. Su vestido de brocado y su camisola blanca, visible en el cuello y las muñecas, eran de una calidad mucho mejor que la que le había visto usar antes. Llevaba a un bebé en brazos, bien abrigado para protegerse del frío del día primaveral.

Nos abrazamos. Me acordé de mí misma. Ahora era real, e hice una reverencia tan profunda como debería hacerlo cualquier mujer ante una persona de tan alto rango.

—Oh, Bessy, no lo hagas. Tú no, eres mi amiga más antigua. No deberías hacerme esa reverencia.

—Eres una reina, debo hacerlo.

—Sí, y tú eres una monja. —Ella notó el cambio en mi apariencia y luego sonrió—. Esta es mi hija, Milly.

—Ella es adorable, muy dulce. —Esto era cierto. La niña era una niña inusualmente bonita, pero no pude ver en ella mucho parecido con Hawise.

—Yo creo que favorece al lado de la familia de su padre. —Hawise bajó la voz—. Lo cual no es malo. Devolveré mi pequeña bolita de amor a la enfermera y luego debemos hablar en mi armario. ¿Quieres algún refrigerio?

Le aseguré que esperaría un rato para almorzar. Y la seguí. Las mujeres en la guardería de la princesa hicieron una reverencia incluso con más reverencia que yo, y la que tomó a Milly de su madre hizo una reverencia primero al bebé. Las tres mujeres me miraron con curiosidad, pero no hablamos.

«Qué extraño que la hija de mi amiga más antigua algún día gobierne a las mujeres que ahora la cuidan. Deberán criarla y guiarla, como a cualquier otro infante, pero ella será su monarca.

Todas las habitaciones que encontré eran grandes y cómodas, incluso el armario comparativamente pequeño de Hawise.

—No puedo creer que realmente vivas aquí —le dije, una vez que estuvimos solos y a salvo—. Realmente eres una reina y has dado a luz al próximo gobernante de las Tierras Occidentales. Hawise se rió. Inmediatamente me sentí como en los viejos tiempos.

—Sí, ni yo mismo puedo creerlo a veces. ¡Oh, qué bueno verte de nuevo!

Ella me abrazó y luego volvió a sentarse.

—¿Estás feliz? —pregunté.

—Mayormente. Sé que vivo en un esplendor que no podría haber soñado, ni siquiera hace dos años, un esplendor que la mayoría de la gente ni siquiera verá, y lo hago. Amo a Ambrose. Es un hombre excelente y el mejor marido que podría tener. Milly es lo mejor que me ha pasado. Sé que tengo una suerte inusual... pero todo esto tiene un precio. Tengo que ser cuidadoso y astuto para crear privacidad; a veces todavía me siento muy extraño, el mundo nos observa y hay mucho en juego. La paz es tan frágil como nueva. La gente está agradecida a Ambrose por aceptar el trono, pero su buena voluntad durará cuando nos encontremos con malos tiempos, como inevitablemente sucederá. A veces, sinceramente, siento que si estornudo demasiado fuerte, estallará otra guerra. Vivo con miedo de dar un paso en falso.

Sonreí. Mi vida en el convento tuvo sus desventajas pero nada como esto. Hawise continuó.

—Cuando miro a Milly, siento un amor como nada más, y a través de ella, aseguramos el trono, pero ¡qué herencia para una niña tan pequeña! Mucha responsabilidad recaerá sobre sus hombros. El mundo la observará mientras crece, será madre de una nación y ella, de todas las niñas, tendrá que casarse por política más que por amor.

—Todo esto tiene un precio —comprendí.

—Sí, pero estuve de acuerdo con esto. Nadie me engañó ni me obligó a casarme con Ambrose ni a tener un hijo. Supongo que nadie sabe lo que es ser reina hasta que es coronada, pero yo entré en esta situación con los ojos abiertos. Pero ya basta de mí. Cuéntame de ti. Dime todo lo que no pudiste decirme en tus cartas.

Me alegré mucho de poder hacer precisamente eso. Le conté todo. Terminé hablándole de Gethin y la bufanda.

—Ah, esa es una historia triste. ¿Verás a Marjory tú misma esta tarde? Sé que a ella, y posiblemente a su hijo, les gustaría hablar con usted sobre él. Quieren hablar con alguien que pase tiempo con él.

—Por supuesto. ¿Cómo tomaron mi mensaje?

—No somos cercanos, así que le pedí a Cerys que me diera la noticia. Estuvieron encerrados durante algún tiempo. La próxima vez que vi a Marjory, tenía los ojos y la nariz enrojecidos e hinchados. Ahora siempre lleva un bolso que yo no había visto antes en su cinturón y lo sigue tocando. Ella guarda su bufanda ahí. No hemos hablado de ello, pero puedo ver cómo la ha devastado a ella y a su hijo. Las dos niñas son demasiado jóvenes todavía para que les digan toda la verdad, aunque, naturalmente, extrañan a su padre. Owen parece lleno de remordimiento y evita a la pequeña familia. Marjory y Bran parecen estar evitándolo.

—Qué desastre tan impío.

—Lo sé. —Ella suspiró y pareció perdida en sus pensamientos antes de continuar—. Tenemos otro lío impío que resolver. Lady Roisin.

—Sí, te dije todo lo que pude en mis cartas. Esto es un misterio tanto para mí como lo es para ti. Mañana saldré inmediatamente después del desayuno. Con suerte, volveré tarde al día siguiente.

—Gracias. Ojalá pudiera contarles más, pero sólo sabemos lo que nos han dicho. Owen le escribió a Lady Maeve se ofreció a quitarle la protección de las manos y le dijo que vendría a verla en los próximos días. No hemos recibido respuesta.

Sonó un gong.

—Deberíamos ir a comer. —Hawise se levantó y me abrazó—. Oh Bessy, tenerte aquí es como los viejos tiempos otra vez.

Le devolví el abrazo, me tragué las lágrimas y me reí.

—¿Como en los viejos tiempos? Reina Hawise, mírate en el espejo antes de salir de tu habitación. ¿Cuándo alguna vez usaste un vestido con gemas cosidas alrededor del escote y las muñecas o usaste diamantes? ¿Lo llevabas al cuello cuando estábamos en el Castillo de la Costa Oriental? Cómo se quedarían el tío Piers y la tía Illustra al verte ahora. Tal como están las cosas, apenas pueden creer que lleve bata y pañuelo de monja.

Ella se rió y abrió el camino hacia el Gran Comedor.

—¿Veré a Lord Bran y su ejército privado? —pregunté—. ¿Cómo le va con semejante empresa?

—Lo conocerás, pero no creo que haya tenido tanto éxito como esperaba con sus halcones y gatos. Aun así, nadie tiene el valor de desanimarlo. Además, han sucedido cosas más extrañas.

Una vez en el Gran Salón, Hawise me presentó a varias personas a quienes había descrito, algunas en términos más halagadores que otros, en sus cartas. Fue gratificante poder conocerlo por fin. Estaba especialmente ansioso por conocer a su marido y monarca.

El rey Ambrose me llamó la atención y se la quedó. Naturalmente, no podía admirar a un hombre como la mayoría de las mujeres, y ni siquiera podía decir que fuera convencionalmente guapo, pero había algo allí que me hacía querer seguir mirándolo.

«No es sólo su posición. Un niño puede ver cómo todos le respetan, pero independientemente de eso, es interesante. Hawise tiene suerte. Nunca la vi así con ningún otro hombre, ni siquiera con Adam. Si tan solo pudiera conocer a una mujer que hiciera que mis ojos brillaran así, y poder estar con ella sin correr el riesgo de sufrir terribles quemaduras».

El rey Ambrose fue amable conmigo. De hecho, todos fueron agradables y educados. Después de la comida, él, Lord Owen y Hawise se quedaron conmigo para hablar de mis negocios en el Reino Esmeralda.

—No creo que ella se resista a ti —dijo Lord Owen—. Sin embargo, no importa si lo hace. Se le debe hacer entender que ésta es una situación en la que no puede hacer valer su peso. Si es terca, Lady Maeve o sus guardias podrían engañarla. Dile que vaya contigo.

—Por supuesto. No puedo imaginar lo que encontraré. Todo esto es muy diferente de lo que experimenté con ellos en diciembre. Tengo entendido que Lady Maeve es pariente suya, señor. ¿La conoces bien?

—No precisamente. Solo la conocí dos veces. Una vez, poco después de casarse con Lord Sean, y otra, unos años después de que acogieran a Roisin. Tuvieron cuatro o cinco, tal vez incluso seis, hijos propios, todos mayores que su pupilo. Recuerdo a Roisin como una niña excepcionalmente bonita y precoz. Era bastante dulce, nada comparable a su comportamiento bajo el techo de tus tutores.

—¿Cómo se comportaron Lord Sean y Lady Maeve con Lady Roisin?

Hizo una pausa para pensar antes de finalmente decir:

—Honestamente no puedo recordar nada sobre su comportamiento que sobresalga. Creo que fueron amables y atentos con ella como lo son la mayoría de los padres con sus hijos pequeños. No recuerdo nada que pueda explicar qué hay detrás del repentino deseo de Lady Maeve de deshacerse de la niña que ha criado durante casi diez años.

Más tarde esa tarde se me acercó una mujer delgada con cabello rojo oscuro y una mirada ansiosa en sus ojos.

—¿Hermana Bessy? —preguntó—. Soy Lady Marjory de Malwarden. Tuviste la amabilidad de enviarme... una bufanda, hace unos quince días.

—Sí, mi señora, soy yo.

Hice una reverencia y ella me devolvió el saludo.

—Por favor, ven conmigo —suplicó—. Tengo tantas preguntas que me gustaría hacerte. ¿Tienes el tiempo?

—Por supuesto.

La seguí. Hawise no se llevaba bien con ella, y eso se reflejaba en sus cartas, pero había tratado de ser justa con ella. No había mencionado su apariencia más allá de describir el pañuelo azul, que podía ver metido en su vestido, y no había hablado con ella lo suficiente para juzgar su comportamiento. Lo único que pude decir con seguridad fue que se trataba de una dama que sufría una gran tensión.

Me pidió que me sentara y la miré con simpatía. Hawise no la había descrito como una mala persona y Gethin había oído hablar mucho de ella. No merecía lo que apretaba su boca y hacía que sus ojos parecieran atormentados.

—¿Qué le gustaría saber, señora? Puedo asegurarles que cualquier cosa que digamos no saldrá de estas cuatro paredes. Sabes que la reina Hawise y yo somos tan cercanas como hermanas, pero no estoy obligado a contárselo todo, ni ella lo esperaría.

Lady Marjory parecía un poco más tranquila, sonrió agradecida y comenzó a hablar.

—Debes saber lo que pasó entre Gethin y yo.

—Sí. Me lo ha dicho. No la juzgo, señora. Deseo ayudar a dos personas que se encuentran en una situación miserable que no merecen estar.

—Cinco personas, en realidad. Nuestros hijos también sufren. Nuestro hijo sabe que nunca más debe tener contacto con su padre y por qué. Puedes imaginar su sufrimiento. Nuestras hijas saben que no podrán escribirle a su padre ni recibir cartas de él, pero no saben que esto será para siempre. No puedo obligarme a aplastarlos como Bran, Gethin y yo hemos sido aplastados. No mientras pueda evitarlo y distraerlos.

Ella se alejó, lanzó un gran suspiro y luego me bombardeó con preguntas sobre el hombre que amaba.

¿Cómo estaba? ¿Estaba bien de salud? ¿Cómo encontró la vida en el convento? ¿Estaba en algún peligro? ¿Fue bien tratado? ¿Se mintió con alguien? ¿Él confió? ¿En mí? ¿Tenía algún mensaje para ella, Eluned, Isabeau o Bran?

Le respondí lo mejor que pude. Pude asegurarle que gozaba de excelente salud física, aunque su alejamiento de sus seres queridos lo hacía infeliz. Podría confirmar que lo hizo. Confiando en mí, ni siquiera coqueteaba con nadie y hablaba de ella a menudo y con el mayor de los amores. No lo trataron peor que a nadie en el convento. Creí que se enorgullecía de su trabajo como médico. Los aldeanos, las monjas y el hermano Percy lo respetaban. A la hermana Agnes y al hermano Harold no les agradaba nadie y sólo se preocupaban por su misión moralista.

—Siempre que él obedezca a su supuesto superior, no corre ningún peligro. Ninguno de nosotros lo es hasta que rompemos las reglas. Tenía un mensaje para ti. La vez que lo vi, dijo que vendría por ti tan pronto como pudiera. Un día vendrá por ti.

Ella se derrumbó y sollozó lastimosamente.

—Él siempre dice eso. ¡Oh, eso será en el próximo mundo ahora! Después de que su cadáver haya sido despojado de su hábito de monje, vestido con chaqueta y pantalones de civil y reducido a cenizas. Dioses, ¿cómo voy a pasar los años que me quedan sin él? Si no tuviera hijos, te juro que habría...

Su voz se disolvió en lágrimas. Rompí la etiqueta al poner una mano en su brazo. Ella lloró sobre mi hombro durante algún tiempo. Lágrimas de simpatía corrieron por mis mejillas.

—Su bufanda y la que me dio es todo lo que tengo de él ahora. —Se secó los ojos y señaló la tela azul alrededor de su cuello y el bolso de cuero en su cintura—. Los he cambiado.

—¿Disculpe?

—Esto, —Se tocó el pañuelo alrededor de su cuello—, es lo que le di a Gethin. Quiero que me toque porque una vez le tocó a él. El que me dio está en este bolso. —Golpeó la bolsita.

—Lo lamento. —No tenía más palabras.

Nos sentamos en silencio por un rato antes de que ella se recuperara y se volviera hacia mí.

—Le agradezco lo que ha hecho por mí, hermana Bessy. Cuando regreses a tu convento, por favor dile a Gethin que tiene todo mi amor y que siempre lo tendrá. los niños y no deseo nada más en el mundo que estar con él. Tal como están las cosas, los criaré lo mejor que pueda y consideraré sus deseos en todas las cosas. No enviaré más mensajes a través de usted, por temor a ponerlos en peligro a ambos. Le ruego que muestre la misma moderación. Sólo me pondré en contacto con él a través de usted, en caso de que yo o nuestros hijos... en caso de que estemos muriendo. ¿Me concederías el mismo favor? Si no tengo noticias tuyas, ¿puedo estar tranquilo sabiendo que está vivo, aunque vivo e infeliz?

Tragué y asentí. No podía hablar.

Ella entró a lavarse la cara y me preguntó si podía ver a sus hijos. Obedecí con gusto.

Encontré a Lord Bran, reconocible al instante por su dragón, charlando con dos niñas pequeñas, que se parecían mucho entre sí pero en nada a él. Supuse correctamente que eran Isabela y Eluned. Me presenté y le expliqué que venía del convento donde se alojaba su padre.

¡Cómo se abalanzaron las niñas sobre esa información! Lord Bran parecía emocionado pero permaneció en silencio mientras me bombardeaban con tantas preguntas como su madre. Tuve cuidado al responderles, sin querer romperles el corazón ni darles falsas esperanzas. Sin embargo, pude satisfacer su curiosidad y hacerlos sonreír. Estaban de muy buen humor cuando su tía Cerys los llamó.

Lord Bran me clavó una mirada inteligente. Sabía que no podía ni debía intentar mentirle. En cambio, le conté una versión diluida de lo que le había dicho a Lady Marjory.

—Te lo agradezco, hermana —dijo con una dignidad inusual para su edad—. Pero por favor, dime, ¿No hay esperanza de que podamos volver a encontrarlo en esta vida?

—Mi señor, no le mentiré. Ojalá fuera de otra manera, pero no, no lo hay. Me temo que incluso si le escribieras, podría ser castigado de tal manera que lo mutilaría o incluso lo mataría. Las reglas son muy duras y se aplican sin tener en cuenta las circunstancias de cada individuo. Los responsables no considerarían la necesidad de que un padre tenga una relación con su hijo. Simplemente lo verían como una violación de sus votos a los dioses.

Su rostro se arrugó y me pidió permiso. Su dragón se alejó sin decir palabra, alejándolo de mis ojos. Mientras se alejaban, pasó Lord Owen. La criatura le lanzó una mirada que yo nunca desearía recibir, y la mirada en los ojos del Señor de Malwarden reflejaba una culpa que sólo podía alegrarme de no haber sentido nunca.

Gryngolet y yo salimos del Castillo Malwarden temprano a la mañana siguiente, ambos preocupados por lo que podríamos encontrar en el Castillo Kinselk. Volamos sobre el mar y llegamos sin incidentes. Rápidamente me di cuenta de que ahora estaba en un país extranjero, más que cuando estaba en las Tierras Occidentales. Aquí la gente hablaba otro idioma y se vestían diferente. Las mujeres ricas adornaban sus trajes con algo llamado encaje e incluso lo usaban como velo. Vi a varios vestidos de esa manera mientras un guardia revisaba mi pasaporte, y tuve que sisear a Gryngolet para que no mirara.

Mi Banshee me sirvió bien. Podía entender a la gente y ser comprendido. Otro guardia me escoltó al Castillo Kinselk. Me felicitó por mi acento. A cambio, le pregunté por la familia que vivía allí. Resultó que su hermano era guardia en el castillo.

Me contó lo que su hermano le decía frecuentemente. Lady Maeve era una mujer fría y orgullosa, pero lo suficientemente razonable hacia quienes la sirvieron. Lord Sean era de naturaleza similar, pero tenía un temperamento más fuerte. Sus hijos, ahora todos adultos y viviendo en otro lugar, aparte de su hija mayor, que algún día heredaría el castillo, se parecían mucho a sus padres.

—Un hombre puede llevarse bien con ellos siempre que recuerde su lugar y muestre respeto —me dijo mientras nos dirigíamos hacia el castillo.

—¿Qué pasa con Lady Roisin? ¿Cómo es ella? He oído que la describen como la chica más hermosa.

—Muy parecido aunque quién la crió. Claramente piensa mucho en sí misma y en su rango. Ella no es el tipo de chica que se sale del camino para ser desagradable, pero no querrás enojarla. Sí, es preciosa a la vista, claro está.

—He oído que ahora tiene quince años —dije una pequeña mentira—. Supongo que se casará y abandonará el castillo en algún momento de los próximos años.

El guardia negó con la cabeza.

—No, creo que ella es un poco más joven que eso. En cualquier caso, mi hermano no ha mencionado ningún compromiso, y ese tipo de las noticias se difunden rápidamente por estos lares.

Ya habíamos llegado al castillo Kinselk. Pasó un sacerdote y el guardia lo llamó.

—Padre Declan, esta es la hermana Bessy, que ha venido desde Woldsheart para hablar con Lady Maeve. Ella tiene pasaporte. ¿Sabe si se encuentra su señoría?

El sacerdote asintió con entusiasmo.

—Sí, lo está. ¿Llevarás al dragón a los establos y yo llevaré a la hermana Bessy con su señoría?

Le di las gracias a él y al guardia, le di unas palmaditas a Gryngolet y le dije que se comportara, luego seguí al padre Declan. Tan pronto como nos perdimos de vista del guardia, me susurró al oído.

—¿Vienes del rey Ambrose o de Lord Owen de Malwarden?

—Ambos. Me han dicho que lleve a Lady Roisin al Castillo Malwarden.

Se relajó visiblemente.

—Gracias a los dioses por eso. Temo que, de lo contrario, se volverá loca o su tutor la matará.

Lo miré horrorizado.

—Padre, ¿qué ha pasado? —Le expliqué lo poco que sabía sobre la situación y agregué que nadie en Westlands sabía nada más.

Me dijo mucho más que el guardia tenía. Tanto el guardia como Lord Owen habían descrito con precisión a Lord Sean, Lady Maeve, su pupilo y sus relaciones. Sin embargo, el tierno vínculo entre la mujer y la niña había cambiado tan recientemente como dramáticamente.

Un día cerca del comienzo de marzo, un hombre y una mujer llegaron al castillo y pidieron ver a Lady Maeve. Ambos eran de baja cuna y vestían andrajosamente, el hombre parecía tener unos cuarenta y tantos años y se llamó Finbar el Verdugo. De hecho, alguna vez fue verdugo, pero desde entonces se le había prohibido ejercer esa profesión por aceptar sobornos para prolongar muertes ilegalmente. Admitió haber deambulado por el campo durante los últimos diez años, cometiendo delitos menores para sobrevivir, entrando y saliendo de varios grupos de inútiles. La mujer era al menos dos décadas menor que él y tan atractiva que la gente la miraba fijamente, a pesar de su apariencia sucia y su ropa gastada. Ella dijo que se llamaba Mairead y dijo que no sólo era la hija de Finbar sino también la media hermana de Lady Roisin. Finbar los había engendrado a ambos.

—Puedes imaginar el asombro de la gente cuando anunció esto en el Gran Comedor, hermana. Lady Roisin también estaba presente y no podía hablar. Sin embargo, Mairead era guapa como lo es su señoría. Alta, esbelta, piel cremosa, mucho cabello rubio sedoso y ojos muy inusuales colocados en un rostro de aspecto angelical. Una vez que veías el parecido, no podías dejar de verlo. Ciertamente, ninguno de los dos se parecía a Finbar.

»Lady Roisin estaba muy disgustada por este anuncio, como puedes imaginar, e insistió en que Mairead estaba mintiendo con algún mal propósito. En respuesta, Mairead se quitó el chal y se bajó el corpiño lo suficiente como para revelar una marca de nacimiento con forma de estrella en su clavícula. Insistió en que Lady Roisin hiciera lo mismo.

—La marca de sangre real —susurré.

El Padre Declan se rió con tristeza.

—Oh, sí, cómo solía alardear Lady Roisin de eso. Incluso insistía en mostrarle a la gente su marca de nacimiento cuando era más joven. He trabajado en este castillo desde antes de que ella naciera.

Continuó en el mismo tono triste. Lady Roisin se recuperó lo suficiente como para insistir en que Mairead estaba tratando de engañarla por alguna razón. Le dijo que lavara la marca de nacimiento porque creía que había sido pintada. Antes de que Mairead pudiera responder, Lady Maeve dio un paso adelante y les dijo a Finbar, Mairead y Lady Roisin que fueran a su solar para hablar. Pidió al padre Declan que los acompañara como testigo.

Dejaron al horrorizado grupo de sirvientes en el Gran Salón y siguieron a Lady Maeve. Una vez en el solar, Lady Maeve hizo una confesión completa y franca sinrubar. Esto molestó al padre Declan y a lady Roisin, pero no sorprendió a los otros dos presentes.

Lady Roisin había sido adoptada por Lord Sean y Lady Maeve poco después de su quinto cumpleaños. Poco podía recordar de su vida anterior, sólo que ella no había vivido en circunstancias tan cómodas y su familia no era respetada. No podía recordar los detalles, sólo una sensación de ser temida y odiada por sus vecinos y de vivir con sus padres y sus hermanos mayores en un vecindario pobre. Su recuerdo más preciso es el de su padre teniendo que viajar por trabajo.

Cuando Lady Maeve y su difunto esposo la acogieron, le dijeron que era porque sus padres y todos sus hermanos habían muerto, y que eran amigos de su familia. A ella le hicieron creer que ella era de alta cuna y que su familia había quedado reducida a la pobreza. A lo largo de los años, la disuadieron de preguntar sobre su familia biológica hasta el punto de que apenas pensaba en ellos y creía lo que le habían dicho.

—Le dijeron mentiras, hermana. Lady Maeve nos explicó que, si bien su madre y sus hermanos murieron durante una epidemia, su padre y su hermana, Finbar y Mairead, sobrevivieron. Lady Maeve y su difunto señor acogieron a Roisin, debería decir Roisin, porque no tiene título, y Mairead se quedó con Finbar.

—¿Por qué? ¿Por qué se entregó a Roisin pero no a su hermana, por qué Lady Maeve le mintió a su pupila y por qué Finbar y Mairead han regresado ahora?

—Finbar había sido expulsado de su profesión y Roisin era demasiado joven para trabajar o casarse. Mairead, de catorce años podría unirse a él en una vida delictiva, pero el niño de cinco años era un lastre. Entonces, hizo el mejor uso que pudo de ella. Conocía al señor y a la señora al ejecutar a sus prisioneros y les pidió que se llevaran a su hija menor, pero mintieran sobre su ascendencia.

—¿Por qué aceptaron?

—Porque obtendrán un buen precio por ella cuando se case. Acordaron darle una pequeña porción.

—¿Aquí se hacen las cosas de manera diferente? ¿Cómo pueden obtener dinero sus tutores cuando ella se case?

—Las cosas no son *legalmente* hechas de manera diferente aquí. Lady Maeve admitió con calma que Roisin sería vendida como novia cuando cumpliera quince años. Chicas jóvenes tan guapas, brillantes y saludables ganan mucho dinero en el comercio prohibido de seres humanos.

—Eso ha sido ilegal en todo el mundo civilizado. durante más de cien años.

—El asesinato siempre ha sido ilegal, pero la gente todavía mata.

Luché por asimilar todo esto. Nos detuvimos fuera del castillo para poder seguir hablando de forma confidencial.

—No puedo creer que Lady Maeve haya admitido esto tan casualmente —dije—. ¿Sabía Cormac de Ballywoods que iba a conseguir una novia comprada o también estuvo involucrado? ¿Es por eso que no podía contarle a la gente sobre él?

—Cormac de Ballywoods no existe. Fue un invento de Lady Maeve. Ella preparó la historia para impedir que cualquiera busque la mano de Roisin y evitar que ella pida que se arregle un matrimonio en un futuro próximo. Además, necesitaba una razón para convencer a Roisin de que viajara con ella cuando llegara el momento. Lady Maeve tenía la intención de llevar a Roisin con su dueño poco después de que cumpliera quince años. En ese momento se suponía que Finbar vendría al Castillo Kinselk por su dinero. Vino aquí con varios meses de antelación porque el comprador de Roisin se había retirado. El comprador vive en Westlands y la nueva paz allí ha hecho que el tráfico de personas sea casi imposible. Finbar quería recuperarla para usarla y ganar dinero para su familia. No me sorprendería que tuviera la intención de prostituirla.

—¡Diosa, qué historia! ¿Qué pasa ahora? ¿Dónde está Roisin?

—Ella está encerrada en un calabozo y permanecerá allí hasta que puedas sacarla del país y alejarla permanentemente de las manos de Lady Maeve. Lady Maeve no quiere que ella vaya con Finbar porque de esa manera permanecería en el Reino Esmeralda y podría intentar regresar. Ella corre menos riesgo sobre el agua. Por eso me dijeron que fuera testigo, para que ni Finbar ni Mairead pudieran volver a reclamar a Roisin con falsos pretextos.

—No puedo creerlo del todo, padre. Lady Maeve y su pupilo visitaron a mis antiguos guardianes justo antes del pasado Yule. Ella estaban amable e indulgente con ella. Esto es increíble. ¿Fue sólo un acto?

El asintió.

—¿Estás bastante serena, hermana? ¿Podrás enfrentarte a Lady Maeve? El tiempo es esencial, ya que Roisin se pone cada vez más histérico. Incluso se llevaron a su querido gato y se lo llevaron. Llévelo a un granjero. Está completamente sola y destrozada. Temo que se vuelva loca, si no lo ha hecho ya.

—Sí, padre, estoy lista. ¿Crees que Roisin aceptará venir conmigo? La última vez que la vi, le gustaba mucho su manera de ser.

—Ella lo hará, ella definitivamente lo hará, porque Lady Maeve le ha dicho en más de una ocasión que si no va a las Tierras del Oeste, la mantendrá encerrada y mantendrá a todos alejados de ella hasta que su cadáver se haya podrido.

Me sentí aún más consternada. El sacerdote notó mi cara y asintió.

—Sí, su señoría ha revelado su verdadera cara. Sabía que tenía más que una pizca de hielo en su alma, pero nadie podría haber soñado que amenazaría a la niña que crió como si fuera suya con la muerte por sed y hambre. De hecho, nadie debería haber adivinado que la venderían o la desterrarían del país.

—¿Lady Maeve no teme las represalias? Lo que ha hecho seguramente va contra la ley aquí. Además, no puedo creer que este tipo de comportamiento sea más aceptable aquí que en el resto del mundo es en Woldsheart.

—Su familia gobierna esta zona con mano de hierro y mantiene alejados a los piratas. Dudo que incluso nuestra propia reina se atreva a volcar el carro de las manzanas.

Entramos al edificio y nos quedamos en silencio, sin poder hablar más sin correr el riesgo de que nos escucharan. El padre Declan se acercó a un sirviente y le pidió que nos llevara con Lady Maeve.

—Dile que ha llegado la hermana Bessy del Woldsheart. La está esperando.

El hombre pronto regresó y nos rogó que lo siguiéramos. Nos llevó al solar donde se encontraba su señoría nos informó. Hice una reverencia y traté de ver algún cambio exterior en la vieja amiga de mi tía, convencido de que tía Illustra había sido engañada en cuanto a su carácter e igualmente convencido de que debía decirle la verdad a la primera oportunidad. Sin embargo, no pude ver ningún cambio en la mujer que tenía delante, más allá de pequeños cambios en su vestimenta para adaptarse al clima más cálido. Ella me saludó con una sonrisa y una cortesía que me heló la sangre más de lo que lo habrían hecho las amenazas a gritos.

—Hermana, me alegro de que hayas llegado hasta aquí. ¿Vendrás a mi barrio? Luego, por favor, toma un refrigerio y llévala al Castillo Malwarden. Creo que Lord Owen explicó lo que se requiere.

—Si señora. Si esa sigue siendo realmente tu voluntad, entonces sí.

No pude igualar las palabras del padre Declan con su alegre cortesía.

Mi sonrisa no decayó.

—Lo es. Los llevaré a ambos a las mazmorras ahora.

La seguimos y fuimos a la parte del castillo que todo castillo debe tener pero en la que yo nunca había entrado. Salimos del edificio principal y entramos en un edificio más pequeño fuertemente vigilado y atravesamos tres puertas cerradas antes de ver a Roisin.

Mi corazón se rompió por ella y la perdoné por su comportamiento bajo el techo de mis guardianes en un instante. Todavía estaba elegantemente vestida con encaje y damasco, y su capa parecía nueva, pero tanto ella como su ropa estaba sucia. Tenía el pelo grasiento y enredado, parecía como si lo hubiera estado tirando de él con desesperación, mientras que su cara y sus manos estaban sucias. También estaba claro que había estado llorando y mordiéndose las manos en extrema angustia. La ropa estaba manchada de suciedad e incluso de lo que parecían días de sangre menstrual. Claramente, la habían dejado sangrar sin paños.

Al vernos, corrió hacia Lady Maeve y le suplicó clemencia. Sin pestañear, su tutor la golpeó en la cara, derribándola. Ella se levantó. Creo que le habría dado una patada si yo no hubiera intervenido.

—No, se lo ruego, no haga eso, señora.

La palabra de una monja llevadatanto en Banshee como en Suvvern. Dio un paso atrás y se dirigió a Roisin con frialdad.

—Levántate. La hermana Bessy es quien te lleve a las Tierras del Oeste, desde donde espero no volver a ver ni oír nada de tu existencia. Contáctame y regresarás aquí a tu tumba. Los sirvientes te traerán jabón, agua y una muda de ropa. Prepárate para partir dentro de una hora.

El padre Declan rogó que a Roisin se le permitiera comer y beber antes de su viaje y que se le permitiera llevar consigo paños para sangrar. En un tono aburrido, la niña le dijo que no esperaba sangrar hasta dentro de un mes. Lady Maeve asintió y me pidió que tomara un refrigerio en su solar antes de mi viaje.

Dejamos a Roisin en su prisión y me la trajeron una hora más tarde. Ahora estaba limpia y ordenada, pero vestía como una campesina con un abrigo de piel de oveja sobre una bata de tela áspera. Llevaba una bolsa en sus manos, del que tiraba incesantemente.

Lady Maeve explicó enérgicamente que la bolsa contenía una muda de ropa de cama y algunas otras necesidades, pero que una vez en el Castillo Malwarden, dependería de su Señor y Señora cuidar de ella.

—Ya recibieron el dinero que envié para su sustento, y pueden hacer lo que quieran. Ahora me he lavado las manos y lo único que deseo es que ambos abandonéis esta tierra para siempre.

Roisin abrió la boca, pero la interrumpí antes de que pudiera producirse más violencia, con un brusco. Se dirigió a Lady Maeve y tomó a la niña del brazo.

—Gracias hermana.

Dicho esto, su señoría giró sobre sus talones y nos despidieron del Castillo Kinselk.

—Vamos. Llegaremos a buen ritmo con mi dragón y deberíamos estar en el Castillo Malwarden al anochecer.

Él obedeció, aturdido, y encontramos a Gryngolet. Una vez que tuvimos permiso para salir del Reino Esmeralda y estábamos volando muy por encima del mar, decidí hablar con ella. Hasta ahora, ella había permanecido sentada en silencio mientras yo hablaba con los funcionarios y con Gryngolet.

—¿Estás bien después de tu encarcelamiento? ¿Te gustaría ver a un médico una vez que estés en el Castillo Malwarden?

La chica orgullosa que conocí en diciembre habría desdeñado esas preguntas. La persona apagada a mi lado simplemente sacudió la cabeza y susurró:

—No, gracias.

—¿Tuviste algo para comer y beber antes de partir? Si no, tengo suministros conmigo. ¿Qué has traído contigo? Necesito saber qué más necesitarás.

Descubrí que era algo natural para mí tener estas preocupaciones y cuidar de ella. No fue ni una señal de debilidad ni de ser monja. Era simplemente ser humano.

Roisin se derrumbó.

—Oh Dioses, hermana, esas son las primeras palabras amables que alguien me ha dicho desde que me arrastraron al calabozo. Después de todo lo que he sufrido, sufrimientos que nunca podría haber evitado. Nunca hubiera ocurrido un problema, y después de haber sido tan grosero contigo y tu familia.

Ella lloró un rato y le dije, sinceramente, que la perdonaba.

—Estaba enojada contigo —admití—, pero nunca te deseé ese destino. Nadie con humanidad en ellos podría. ¿Te trataron mal en el calabozo?

—No precisamente. Los guardias apenas me hablaban, y mucho menos me tocaban, y me traían comida y cerveza pequeña y vaciaban la olla con bastante regularidad. Hacía frío, pero tenía mantas. Me dejaron sangrar... —Detuve su voz, luego continuó en un tono más decidido—. Lo que viste hacer a Lady Maeve fue lo peor que sufrí. Ella me golpeó de manera similar cuando no quise entrar al calabozo, luego no la vi hasta que tú lo hiciste. Pensar que ella era mi tutora y la llamaba mami, porque ella era una madre para mí.

—¿Y hasta que aparecieron tu verdadero padre y tu hermana, ella siempre fue tan amable contigo como cuando te vi en el Castillo de la Costa Este?

—Oh, sí, ninguna chica podría haber querido una vida más madre tierna y cariñosa. Lord Sean fue igualmente amable conmigo. Toda la familia me hizo sentir muy bienvenida y muy deseada. Los santos saben lo que sabían sus hijos, a quienes yo llamaba mis hermanos, o lo que les han dicho. Sé que Lord Sean estaba involucrado en el complot, pero no sé nada de ellos. Su hija mayor y su familia viven en el castillo, pero han estado fuera visitando a otros parientes. Partieron el día antes de que aparecieran Finbar y Mairead.

—¿Realmente habías olvidado a tu familia biológica? ¿Honestamente no reconocistes a Finbar y Mairead? ¿No sospechaste nada sobre Cormac de Ballywoods?

Hizo una pausa, pensando profundamente.

—Creo que me obligué a olvidar de dónde vengo poco después de llegar al Castillo Kinselk. Sinceramente no sospeché nada cuando vi a Finbar y Mairead. Cuando se bajó el corpiño para revelar su marca, me sentí mal por dentro, pero todavía no sabía completamente la verdad, si sabes a qué me refiero. Sentí algo malo, pero no sabía muy bien qué.

»En cuanto a mi supuesto prometido... sólo puedo decir que entonces no tenía motivos para dudar de mis tutores. Hicieron un retrato de él, me mostraron cartas y tomaron cartas mías para enviárselas. Hablaron con tanto detalle sobre este niño y su familia. Te juro, hermana, que el más sabio de nosotros se habría dejado engañar.

Estaba a punto de preguntarle quién le había contado sobre la quema de Mendoc, ya que obviamente no era Cormac y lo que sabían sus guardianes, pero juzgué prudente no decir nada. Parecía abrumada, y la terrible experiencia de llegar al Castillo Malwarden para comenzar una nueva una vida como sirvienta de baja cuna entre extraños. En cambio, me concentré en lo que tenía en su bolso y en lo que podría necesitar para instalarse en el castillo.

Avanzamos a buen ritmo y llegamos al castillo antes del anochecer como había prometido. Gryngolet se alegró de volver y poder charlar con los otros dragones. Roisin parecía como si hubiera aterrizado en la luna y apretaba su bolso contra su pecho.

—Ven —dije en Suvvern—. Conozco a la reina Hawise desde que éramos niñas, y conocí al rey Ambrose, Lord Owen y Lady Cerys antes. Todos serán amables contigo si te portas bien con ellos y tratas de encajar.

Ella me respondió en el mismo idioma, la lengua extranjera que tendría que hablar por el resto de su vida, y me siguió al interior del castillo.

Narrativa continuada por la Reina Hawise de las Tierras Occidentales

El regreso de Bessy se anunció poco antes de la cena. Ambrose y yo estábamos pasando una hora solos, tumbados en nuestra habitación, cuando un sirviente llamó a la puerta. Nos vestimos apresuradamente y fuimos al solar para recibirlos. Ya habíamos acordado que se trataba de una recepción que no debía realizarse ante el público del Gran Salón. Una vez que hubiéramos hablado con Roisin, llamarían a Cerys y Owen para que la conocieran.

Los cuatro habíamos tomado otras decisiones. Antes de que mi amiga hubiera siquiera salido de su convento. Plenamente conscientes del carácter desagradable de Roisin, acordamos presentar un frente unido y firme. Podría ser aprendiz de alguien cerca o en el castillo, cualquiera que no fuera un tacto suave, y aplicarse como cualquier otro aprendiz o vivir en una mazmorra. Debía ser sencillamente Roisin y renunciar a todos los artículos que ahora le estaban prohibidos según las leyes suntuarias, como joyas de metales preciosos, telas de plata y ciertos perfumes.

—No debemos ser crueles —afirmó Cerys—, pero hay que hacerla encajar en la vida aquí y comprender que ya no es una dama con las expectativas de una dama. Con un poco de suerte, la ficción de Cormac el Guerrero la habrá desanimado de los hombres y no estará olfateando a los muchachos y al matrimonio. Si es tan agradable a la vista como escribe la monja Bessy, es casi seguro que llamará la atención, independientemente de su ropa sencilla y su falta de adornos. Sin embargo, es de esperar que no haga nada para prolongar dicha atención.

Estuvimos de acuerdo, luego cambié el tema en cuanto a qué historia debería contarle a otras personas en el castillo sobre ella y su historia.

—Su historia llamará la atención sobre ella, una atención que no necesita. Sin embargo, ¿podría mantener una mentira por el resto de su vida?

Al final decidimos que debería decir la verdad, pero una versión engañosa de la misma. Todo lo que necesitaba decir era que había sido acogida por una pareja en el Reino Esmeralda, la mitad de los cuales conocía a Lord Owen. Debido a una pérdida reciente, necesitaba encontrar otro lugar donde vivir y rápidamente, porque no tenía a nadie más.

Una vez resuelto esto, estábamos preparados para la llegada de la niña. Le había dicho a Ambrose más de una vez que no quería que ella se enseñoreara de nadie, y él estuvo bastante de acuerdo conmigo.

—Ella puede vivir como lo hacen los otros aprendices, obedecer como ellos. Hazlo y alégrate de que esté lejos de Lady Maeve. No permitiré que golpee a la gente ni esperaré que la persigan.

No estaba muy seguro de qué esperar cuando finalmente conocí a Roisin, pero una vez que la conocí, me sorprendí.

Bessy no había exagerado. Ella realmente era una de las chicas más hermosas que había visto en mi vida. De pie frente a ella, incluso con un vestido adornado con zafiros que todos decían que me sentaba bien, me sentía como una bola de masa vieja. Lo que pude ver de su cabello, maldita sea, fue una trenza tan gruesa como la cuerda de un barco, simplemente sujeta con alfileres alrededor de su cabeza, parcialmente cubierta por una sencilla tela marrón, que enfatizaba su rubio.

Tuve que evitar tocarme las trenzas del ancho de un dedo, que estaban sujetas con alfileres de oro bajo un velo de seda. Ignoré la diferencia entre mi cabello y el de ella, del mismo modo que ignoré el hecho de que ella era media cabeza más alta que yo, aunque probablemente pesaba menos que yo, y en cambio, me concentré en el negocio que tenía entre manos.

Roisin no notó el contraste en nuestra apariencia o era demasiado sensata, capaz de demostrar que lo hizo. En general, creo que lo primero era cierto porque me llamó aún más la atención la expresión aterrorizada de su rostro y sus manos temblorosas que su apariencia. Si no hubiera tenido plena fe en la veracidad de Bessy, habría creído que ella no me había dicho la verdad sobre el comportamiento de la joven de catorce años en diciembre pasado.

Casi cayó en una reverencia a nuestros pies.

Ambrose se dirigió a ella en un tono neutral.

—Te doy la bienvenida a mi reino, Roisin.

—Se lo agradezco, señor. Créeme, soy muy agradecida. Sinceramente creo que si no me hubieran acogido, ya me estaría muriendo de sed.

Ella se estremeció.

«¿Es esto un intento de manipularnos, o realmente piensa que su antiguo tutor la dejaría morir y que sufriría una muerte terrible?»

—Lady Maeve le ha dicho a más de una persona que si Roisin no viniera aquí, la encerrarían y la dejarían morir —dijo Bessy—. Roisin, este debe ser tu hogar para siempre, o al menos, nunca debes regresar al Reino Esmeralda. No creo que necesite decir nada más sobre este tema.

La chica asintió y estaba a punto de hablar cuando Ambrose interrumpió.

—No hiciste nada para merecer tal destino —le dijo—, pero todos sabemos muy bien cómo te comportaste en el Castillo de la Costa Oriental cuando no eres un invitado allí en diciembre. Lord Owen y Lady Cerys también lo saben y están igualmente consternados.

Ella se sonrojó y miró al suelo. Hizo una pausa para lograr efecto antes de continuar con la misma voz fría.

—No creo que sea necesario explicar cuán inapropiado es ese comportamiento, ni que serás severamente castigado si lo haces aquí. Sabes cómo comportarte. Hazlo.

Abrió la boca y luego la cerró sin hablar. Parecía perdida para las palabras.

Ambrose continuó.

—Debes haberte dado cuenta de que no lo harás. Deje de vivir como una dama de rango. Has regresado a la estación de la vida en la que naciste. Vivirás aquí y serás aprendiz de alguien en el castillo. Estamos dispuestos a dejarte elegir entre cetrería, física y negocio de telas, y tienes hasta mañana por la mañana para decidir. En breve iremos a cenar, donde os presentaré al señor y a la señora del castillo, antes de que cenéis bajo la sal.

Ella asintió y pareció aliviada de no enfrentarse a un destino más duro. Ella le dio las gracias de nuevo y le dijo que decirle a todos sobre sus antecedentes.

Owen y Cerys la recibieron con tranquila cortesía y como si estuvieran dando la bienvenida a su castillo a un nuevo sirviente, no a un invitado de alto rango. Roisin aceptó dócilmente su saludo y siguió a un aprendiz curtidor a la mesa correcta.

—Creo que salió bien —le susurré a Bessy mientras nos sentábamos—. Hablemos más después de cenar. Quiero saber todo.

Mi amigo sonrió.

—Yo también. Quiero escuchar todo lo que ha pasado aquí también. Quiero escuchar sobretodos los que habéis mencionado en vuestras cartas. Puedo reconocer a algunas personas por tus descripciones.

—No están aquí todos los que normalmente están. Estamos tranquilos esta noche, pero entiendo que algunas personas regresarán más tarde esta noche.

Ambrose le pasó la cesta de pan y eligió un panecillo con los ojos muy abiertos.

—Esto es un gran contraste con el convento. La comida, el vino, los tapices de la pared, todo. Tengo mucho que decir y muchas preguntas que hacer.

Ambrose nos dejó para hablar en mi closet, sin molestarnos, hasta la cena. Teníamos mucho de qué ponernos al día. Hasta que Bessy estuvo sentada frente a mí, contándome su historia de la vida en el convento, no me había dado cuenta del pobre sustituto que eran las letras. Me preocupaba la vigilancia constante que sufría.

—No tengo miedo —dijo—. No hago nada malo y tengo cuidado de no decir nada que pueda malinterpretarse. Además paso gran parte del tiempo en la enfermería o atendiendo a los enfermos de Landesmar. Es raro que esté mucho tiempo bajo la mirada de la hermana Agnes o del hermano Harold, y ellos saben que amo a las mujeres, por lo que Gethin y yo podemos trabajar juntos sin sospechas.

—He notado que nunca le das su título al hermano Gethin. Siempre escribes sobre el simple Gethin.

—Creo que es porque somos amigos cercanos y él no debería ser monje. No tiene vocación, aunque es un excelente médico. Sin embargo, tengo cuidado de llamarlo hermano en la cara y cuando hablo con los demás.

—Ah, pobre hombre y pobre Marjory. Pobres Bran, Eluned e Isabeau también. Incluso puedo agregar al pobre Owen porque la culpa devora hacia él.

—Lo sé. Es un desastre impío que jamás podrá resolverse en esta vida.

Pasamos al tema de mi matrimonio y pude decirle sinceramente lo feliz que era.

Esa noche, mientras Ambrose y yo nos preparábamos para acostarnos, él me vio frunciendo el ceño ante mi cabello en el cristal. Era suave al tacto, no tenía calvas y brillaba dorado a la luz de las velas, pero no estaba contento con él.

—No le pasa nada a tu cabello —me dijo—. No tienes trenzas gruesas cuando lo peinas, ¿y qué? Puedes comprar cabello postizo que parezca real, si lo deseas. Es mejor que intentar adquirir una personalidad falsa.

—¿Cómo adivinaste lo que estaba pensando?

Él me sonrió.

—Te conozco bastante bien después de más de un año de matrimonio, esposa mía. También vi como miraste la cabeza de nuestra recién llegada antes.

—¡Dioses! —Me sonrojé—. ¿Crees que alguien más se dio cuenta?

—Lo dudo. Tu amiga estaba observando a Roisin para ver cómo se comportaba y Roisin apenas podía mirar a nadie a los ojos. Será interesante ver qué lo que dice y hace una vez que se ha acostumbrado a vivir aquí. Me temo que sus verdaderos colores se mostrarán en poco tiempo, y entonces ¿qué vamos a hacer? Tendremos que encerrarla como la amenazamos, o ella nos pisoteará. Dudo que pueda mantener esta fachada mansa durante más de un mes. Una vez que deje de sentirse extraña y nerviosa, cometerá un error.

—Sí. —Me metí en la cama y me acomodé—. Sin embargo, eso puede ser después de que nos hayamos ido para ir con el Señor y la Señora de Merendysh. Roisin será el problema de Owen y de Cerys para entonces.

Apagó la vela y subió a mi lado.

—Sí, ese será un problema menos que abordar. Es posible que el favor mortal haya regresado; se informó que un joven había desaparecido de su aldea, un lugar a treinta kilómetros de aquí, hace una semana. El consejo se reunirá mañana para discutirlo. Al día siguiente recibiremos al embajador de Doggerdale, que se quedará quince días. Es un signo prometedor de fe en la paz, pero todo es muy agotador.

—Nunca se detiene, ¿verdad?

—Mientras te tenga a ti a mi lado y la pequeña Milly cerca, creo que puedo con todo. Has hecho al hombre y al rey que soy, Hawise.

Me besó y me sentí amada. Sabía que podía ser una mejor mujer, una mujer capaz de ocupar un alto cargo y dignidad real, por su apoyo e influencia.

Roisin se acercó a nosotros dos justo antes del desayuno. Con voz tímida, suplicó que le permitieran convertirse en aprendiz del halconero.

—Amo a los animales y me gustaría mucho trabajar con ellos.

—Después del desayuno te presentaré al Maestro Evan —le dije, interiormente aliviado de que ella pareciera haber aceptado su nueva situación y no hubiera sugerido algo estúpido—. Ven a verme cuando termine la comida.

Ella obedeció y busqué al halconero. Cerys vino también, con ganas de seguir un ojo sobre lo que estaba haciendo el nuevo habitante de su castillo.

—Ahí—dije—. Ese es él, el hombrecito vestido de amarillo, parado al final del banco, hablando con Lord Madoc, el caballero azul con un traje gris.

La chica palideció y agarró mi brazo, una gran violación de la etiqueta, pero parecía a punto de desmayarse. Tenía la mirada fija y la boca abierta. Cerys la agarró y la sentó.

—¿Qué ocurre? —ella preguntó—. Tu mano está helada.

No podía ver ninguna razón para este cambio repentino en ella.

—¿Viven... aquí esos dos hombres? —Roisin finalmente susurró.

—El maestro Evan es nuestro halconero. Él y su familia han vivido en el castillo desde antes de que yo viniera aquí —explicó Cerys, perplejo—. Lord Madoc vive aquí con su familia, pero tanto él como su hermano, Lord Lewis, son llamados a menudo por negocios.

—¿Lord Lewis también está aquí?

Se puso gris y empezó a caer hacia adelante. Cerys rápidamente empujó su cabeza hacia sus rodillas. Intercambiamos miradas de desconcierto mientras Roisin intentaba recuperarse por sí misma. Cerys mantuvo una mano suave sobre sus temblorosos hombros. Finalmente la chica se sentó. Todavía estaba temblando.

—¿Por qué estás tan asustada? —pregunté—. ¿Cómo conoces al Maestro Evan, Lord Lewis y Lord Madoc?

—Yo... yo no los conozco como tales. De hecho, nunca he conocido a alguno de ellos. Lord Madoc conocía a mi difunto tutor. Sí, Lord Sean hablaba a veces de él y de su hermano. Temo que me delaten. ¿Puedo ir y ser aprendiz en otro lugar? Usted es de la Casa de Lothwold, señora, ¿no puedo acudir a algún viejo conocido suyo? Felizmente haría cualquier cosa. —Su voz se hizo más fuerte cuando terminó su breve discurso.

Cerys y yo intercambiamos otra mirada.

—No —dije sin rodeos—. Debes quedarte aquí en el Castillo Malwarden y realizar un

aprendizaje como acordamos. Es eso, o vas al calabozo del castillo.

—Iré allí si prometes que solo tú o el rey Ambrose tienen la llave y me visitas con lo que necesito.

Ahora estaba completamente desconcertada. Nunca esperé que ella diera esa respuesta.

—No, tomarás un aprendizaje con el Maestro Evan, tal como acordaste. —Cerys hablaba como hablaba con sus hijos cuando eran especialmente testarudos—. Lord Owen le preguntó el otro día si tenía sitio para otro aprendiz y dijo que sí. ¿Incluso nos estás diciendo la verdad? ¿Por qué te reconocerían Lord Madoc o Lord Lewis? Dices que apenas los has conocido, que no tienes título, que estás vestido como un campesino y que la historia que contarás sobre ti mismo no involucrará a Lord Sean ni a ninguno de ellos.

—Me sentiría más segura, señora. Eso es todo.

—Estás perfectamente a salvo tal como estás. —Cerys se volvió hacia el Maestro Evan. Madoc se estaba alejando de él, su conversación había terminado—. Maestro Evan, tengo un nuevo aprendiz para usted.

Roisin se encogió, pero se levantó y siguió a Cerys hasta el cetrero. El Maestro Evan pareció sorprendido y luego complacido y habló con Roisin, quien miró al suelo, pero ella respondió a sus preguntas. Su actitud era más tímida que arrogante, y él no actuó como si estuviera ofendido.

Miré hacia otro lado. El Gran Salón ahora estaba casi vacío y aparte de nosotros y Madoc. Madoc escuchó a Cerys pronunciar el nombre de Roisin y se sobresaltó. Se volvió hacia nosotros y la miró fijamente durante unos momentos antes de salir apresuradamente de la habitación.

Roisin afirmó no conocer a Madoc, pero él ciertamente la conocía.

Me comuniqué con Ambrose tan pronto como pude y le conté lo que había pasado. Él frunció el ceño.

—Sería muy propio de cualquiera de mis hermanos estar en el fondo de cualquier problema que esté sucediendo. Ninguno de los dos había mencionado antes a Sean, Maeve o Roisin, ni el Castillo Kinselk, pero nunca me dicen nada y sé que tienen vínculos con el Reino Esmeralda. Me pondré en contacto con Roisin y la interrogaré yo mismo. No tiene sentido que ninguno de los dos nos acerquemos a ellos ni a sus familias. Sólo nos mentirán.

—¿Será algo bueno? Ella no nos admitiría nada ni a Cerys ni a mí, y no tenemos forma de probar nada. Tal vez sea mejor dejar las cosas así y pedirle al Maestro Evan que la vigile discretamente. Si nos informa algo sospechoso, estaremos en mejores condiciones para actuar.

—Esa es una mejor idea. Sólo tenemos que dejar claro que debe callarse. Los dioses saben que el hombre tiene buen corazón, pero es un chismoso.

Ambrose hizo precisamente eso. Cerys y yo también acordamos vigilar, y ella advirtió a Owen y Marjory.

Más tarde ese día, me encontré con Jane hablando con Roisin. Obviamente no había nada malo en eso, le había dado a mi joven señorita un par de horas de permiso, ni a los aprendices se les prohibía charlar con las damas de honor, pero ninguna de las chicas parecía a gusto. Roisin siguió intentando abandonar la conversación, pero Jane estaba decidida a quedarse con ella. Desde la distancia, parecía que Jane le estaba haciendo preguntas.

«Es demasiada coincidencia que la tímida hija de Madoc haga infeliz a Roisin. Él la ha obligado a hacer esto».

Me acerqué a la pareja. Roisin parecía aliviada, mientras que Jane parecía culpable.

—Jane, anhelo hablar contigo. Roisin, por favor regresa a tus deberes.

La chica mayor rápidamente hizo una reverencia antes de alejarse rápidamente. El más joven parecía preocupado. Ella se dio la vuelta.

—No, Jane. Hablaremos en mi armario.

Su rostro decayó, pero me obedeció.

—Dime —dije, una vez que estuvimos solas y a salvo—. Dime qué pasó hace un momento en el jardín.

—Lady Roisin y yo estábamos charlando, mi señora. La vi como nueva y traté de hacerla sentir bienvenida.

—¿Por qué llamas «lady» a una aprendiz de halconero?

Sus ojos se abrieron y, por segunda vez ese día, pensé que estaba a punto de desmayarse.

—Por favor, siéntate. Pon tu cabeza entre tus rodillas. Ahora, ¿por qué das a Roisin un título?

—Cometí un error, señora. —Jane levantó ligeramente su cabeza oscura y rápidamente volvió a ocultar su rostro.

—Siéntate ahora. Puedo ver que ya no corres peligro de desmayarte. Es un extraño error cometerlo. ¿Cómo la conoce tu padre? ¿De la misma manera que lo hace tu tío? Supongo que alguno de ellos o tu madre te envió con ella. ¿Qué le preguntabas? ¿Qué es lo que quieren saber sobre ella?

Mi señorita se quedó helada como una liebre ante los perros. Ella no habló. Esperé y luego reproduje mi siguiente tarjeta.

—Buscaré a tus padres y les preguntaré yo misma si no tienes nada que decir.

—No, señora, le ruego que no haga eso. ¡Ellos me mataran!

Me agarró la manga con ambas manos, pareciendo al borde de la histeria.

—¿Por qué te matarían a ti, su propia hija? ¿Has oído hablar de otros padres o tutores a quienes mataron a sus hijos o te han amenazado?

Ella entrecerró los ojos y sacudió la cabeza vigorosamente, como si quisiera alejarnos a mí y a mis preguntas.

—Dime la verdad, Jane. ¿Estás tú o Roisin en peligro? ¿Qué te han dicho y qué le has dicho tú a ella? No puedo ayudarlas a ninguna de las dos si no hablan con franqueza.

La chica de repente se levantó y me sorprendió.

—Me voy, señora. Eres mi ama y mi reina, ¡Pero te temo menos que a mis padres!

Dicho esto, se recogió las faldas y huyó, sollozando ruidosamente.

La dejé ir, segura de que no obtendría nada más de ella y preocupado de que nunca lo haría, ahora que la había puesto en guardia.

La observé, Roisin, Madoc, Clementia y Nessa en la cena. Si Lewis no hubiera estado ausente, yo también lo habría vigilado.

Jane se sentó con mis otras damas, con los ojos rojos y callada. Nadie le prestó mucha atención, salvo su madre, que la miró severamente varias veces, y Clementia, que parecía comprensiva. Roisin se mantuvo bien entre los demás aprendices. Hablaba poco pero parecía interesada en lo que se decía. De vez en cuando miraba nerviosamente a su alrededor.

Madoc y Nessa pasaron la mayor parte de la comida mirando descaradamente at donde se sentaban los aprendices. Cada vez que miraban a Roisin, sonreían y sonreían, lo que hacía que ella se sonrojara y apartara la mirada. No les importaba quién los viera. Clementia los miró tímidamente pero apenas abrió la boca.

Bessy estaba tan confundida como yo y compañía. No podría ofrecer más explicaciones que las que podría ofrecer cualquier otra persona. Nos separamos a la mañana siguiente y derramamos lágrimas abrazándonos. Ya la extrañaba y prometí escribirle.

—Gracias a Dios tenemos nuestro código —susurró—. No quiero volverte paranoica, Hawise, pero no me sorprendería que Lord Madoc, Lord Lewis o Lady Nessa te estuvieran espionando e intentando leer tus cartas.

—A mí tampoco me sorprendería. Me ocuparé, amiga mía, y descubriré qué está pasando entre ellos y Roisin. También intentará proteger a Jane. Está claro que sufre, la pobre.

—Y les contaré todo lo que pasa en el convento. También transmitiré todo lo relacionado con Gethin a los ojos de Lady Marjory, si es necesario.

—Sí, por favor hazlo. Es tan cruel que quienes se han amado durante tanto tiempo deberían mantenerse separados.

—Estoy de acuerdo. Cuando considero mi situación, me alegro de haber terminado con amor. Cuando no se puede actuar en consecuencia, es un tormento que incluso la hermana Agnes

dudaría en infligir.

Narrativa continuada por Roisin, la Aprendiz del Reino Esmeralda

Me paré ante el rey Ambrose, la reina Hawise, Lord Owen y Lady Cerys en el solar en mi segunda mañana bajo su techo. Había visto a muchas personas en mi vida y había experimentado muchos cambios, pero nunca me había sentido tan nervioso como aquella mañana de abril. Me observaron cómo los halcones del Maestro Evan observaban a sus presas.

«Pensé que estaría a salvo aquí, con el mar entre mi antigua vida y yo. Sabía que Lord Madoc y su familia eran de la Casa de Malwarden, pero no sabía que vivían aquí. Siempre imaginé que vivían más cerca de la costa. Por segunda vez en mi vida, creí que estaba avanzando hacia una vida mejor, y por segunda vez, puedo ver que me he caído de la sartén al fuego».

Me mordí el labio para no llorar. Hasta ahora, todo me había ido muy bien en el Castillo Malwarden. Me habían tratado mucho mejor de lo que me había atrevido a esperar. Mis oraciones para escapar del calabozo de mi guardián parecían haber sido respondidas. No era nada vestir ropa de sirvienta campesina. De hecho, eran al menos tan cómodos como los que vestía una chica noble. Tampoco fue un gran desafío ser cortés y deferente. Me había comportado de esa manera ante la pareja en la que me esforzaba por no pensar todavía en mamá y papá, que me acogieron.

«Sinceramente, pensé que estaba a salvo y que tenía posibilidades de ser feliz. Ahora sólo estaría peor si estuviera en el calabozo del Castillo Kinselk, volviéndose loco de miedo y sed».

—¿Entiendo que deseas hablar conmigo? —Hice una profunda reverencia y luego miré al suelo.

—Mírame, Roisin —ordenó el rey.

De mala gana, obedecí. Este hombre de aspecto ordinario ahora parecía un monarca poderoso. Tragué. Continuó hablando como la voz de los dioses.

—Lord Owen y Lady Cerys acordaron dejarte vivir y trabajar en su castillo. Firmé el pasaporte que permitió a la hermana Bessy tener la amabilidad de ir a buscarte y traerte aquí. El Maestro Evan accedió a contratarte y entrenarte. El dinero ha cambiado de manos, es cierto, pero se necesita más a cambio. Exigimos honestidad de su parte.

Empecé a temblar. Junté mis manos húmedas y húmedas, pero no hizo ninguna diferencia.

—Responde a nuestras preguntas y respóndelas de forma completa y honesta. No omitas nada y no agregues nada. No intentes ser falsa —advirtió.

—La hermana Bessy nos ha contado su opinión sobre los acontecimientos ocurridos en Mendoc durante el Samhain de 2015. Usted afirmó audazmente que quienes cometieron incendios provocados, causando devastación y daños a las personas y a los medios de vida, eran

luchadores por la libertad que protestaban pacíficamente contra el gobierno. Cuando te preguntaron cómo sabías esto, dijiste que Cormac de Ballywoods, quien, aunque no estuvo presente durante el caos, estaba bien conectado y no era un mentiroso. ¿Cuál es la verdad detrás de tu declaración?

—Mis antiguos guardianes me engañaron, señor. Nunca conocí a nadie que afirmara ser Cormac de Ballywoods. En cambio, recibí cartas, envié cartas, posé para un retrato y recibí una foto a cambio. Sé que fui grosero e ignorante y pido perdón por ello. Mis tutores debieron haber escrito sobre Mendoc y Lady Maeve me animó a dar mi opinión cuando quisiera. O ella o Lord Sean debieron haber escrito la carta, porque recuerdo muy bien haberla leído.

«Si no lo hicieron, lo hicieron Lord Madoc, Lord Lewis o Lady Nessa. Uno de esos tres debió haber informado a mamá y papá de lo que estaba sucediendo en Westlands».

El rey Ambrose asintió y luego volvió a hablar.

—¿Recibiste alguna otra información sobre Mendoc y quienes lo destruyeron parcialmente? ¿Alguna vez tuviste corresponsales en mi reino?

—No, señor.

«Es técnicamente cierto. Nunca les escribí ni recibí ninguna carta».

—¿Qué te dijo Lady Jane ayer?

—Ella acaba de darme la bienvenida al castillo, señor. Charlaba mucho sobre nada en particular.

«Oh. Dioses».

—Se observó que ambos actuaban de una manera muy agitada, considerando que solo estaban charlando sobre trivialidades.

—No puedo explicar lo de Lady Jane, pero sé que ayer me sentí abrumada. Fue mucho para asimilar y estaba cansado por el viaje. Las últimas semanas han sido muy duras para mí, todos saben por qué.

«Por favor, cree mentiras tan endebles, o al menos deja de hacerme preguntas».

—Hablé con mi señorita, Lady Jane, después de que ella habló contigo —afirmó la reina Hawise. Su actitud fría y tranquila no se parecía en nada a la alegre vivacidad que me había acostumbrado a ver en ella.

El sudor me picaba las axilas.

—Ella te llamó Lady Roisin.

—Señora, juro por cada santo que no puedo dar cuenta de eso. Nunca vi a su señoría en mi vida, hasta ayer, y no he usado mi título desde que dejé el Castillo Kinselk. Yo juraría a eso en cualquier cosa que aprecies.

«La segunda y tercera afirmaciones son ciertas, al menos. Oh Diosa, ¿qué le han dicho sus padres?»

La reina me ignoró y continuó con sus preguntas.

—Sabemos que conoces a Lord Madoc y Lord Lewis, hermanos del rey, y Lady Nessa, la esposa de Lord Madoc. No tiene sentido negarlo. Hemos visto que se fijan en ti y hablan de ti. Para Lady Cerys y para mí está muy claro por qué pediste salir del castillo ayer por la mañana o ir a su mazmorra. Es aún más claro por qué suplicaste que sólo el rey y yo pudiéramos visitarte en el calabozo o tener la llave.

No podía hablar. Ya era bastante difícil mantenerse erguido.

—¿Alguno de esos tres, o Lady Clementia, la esposa de Lord Lewis, ha hablado con usted o le ha transmitido algún mensaje?

—No, señora.

«Lady Jane me rogó que fuera a los apartamentos de su familia y yo me negué, por ser un humilde aprendiz. Ella me llamó 'su señoría' y casi salté de mi piel, pero negué tener tal título. No tengo idea de lo que me esperaba allí. No tengo una idea real de cómo son realmente ninguno de esos cuatro. Conocí a los dos señores y a Lady Nessa en Castle Kinselk. Papá era especialmente cercano a los hombres. Me hicieron un escándalo que yo, tonto como era, simplemente acepté. Sé que hicieron negocios juntos, pero no qué tipo de negocios. Sabía que me iban a vender cuando cumpliera quince años. ¿Fue para ellos? ¿Qué podrían querer de mí? Lord Madoc, al menos, ama a su esposa».

Los cuatro permanecieron frente a mí, inmóviles y en silencio, durante lo que pareció una eternidad. Lady Cerys rompió el silencio cambiando de táctica. Su voz era suave y su expresión preocupada.

—Roisin, deseamos mantenerte a ti y a todos los demás a salvo en nuestro castillo. No podemos hacer esto si nos mientes sobre algo tan importante.

—Mi señora, sólo puedo prometer que no miento en nada.

Lord Owen suspiró profundamente y me despidió.

—Puedes dejarnos, Roisin, pero no creas que esto es el último asunto. Nosotros y otros seguiremos observándolos con mucha atención.

Hice una reverencia y salí de la habitación, todavía temblando pero también sintiéndose aliviado.

«Si mantienen esa supuesta amenaza, estaré a salvo. Puedo decir que no tienen una buena opinión de Lord Madoc, su hermano o su esposa. Cuantas más personas me observen, es menos probable que me atrapen. He logrado evitarlos hasta ahora, pero llevo dos días completos sin estar aquí. Ya han enviado a alguien a buscarme. Oh Dios, ¿cómo sobreviviré aquí? Se supone que debo quedarme aquí para siempre».

Dejé el castillo y me dirigí hacia donde el Maestro Evan les había dicho a sus aprendices que lo esperaran. Sólo Lord Bran ya estaba allí. Me vio, sonrió y saludó. Le devolví el saludo con genuina alegría. Ya me gustaba. Había sido amable y acogedor y me habría tranquilizado de no haber sido por tres personas determinadas.

«Fue una sacudida comenzar una actividad desde cero. Mis capacidades me sitúan con niños de diez u once años, pero puedo vivir con esto. No he sufrido nada peor que unas cuantas preguntas sobre mi acento y que uno de los muchachos me mirara durante más tiempo del necesario. Su novia no está muy contenta con eso, me lanzó una mirada muy fría durante el desayuno, pero no es aprendiz de halconero y apenas nos vemos. Es respetuoso y no me acosa. La pareja tendrá que arreglarse por sí misma. No pueden hacerme daño».

«He tenido esto antes, chicos mirando y chicas fulminantes, cuando era el amado pupilo de Lady Maeve y Lord Sean. Me gustó bastante el efecto que produjo. Sin embargo, no deseo tener enemigos aquí y no puedo evitar lo que parezco. Al menos Lord Bran me trata como a un amigo en ciernes. Después de la ficción de Cormac y lo que me pasó, lo que aún podría pasarme, no quiero volver a tener nada que ver con el amor o la lujuria. Dioses, ¿cómo me mantengo a salvo?»

—¿Estás bien, Roisin? —preguntó Lord Bran, entrecerrando los ojos para protegerse del sol —. Te ves nerviosa.

—Me siento muy nueva y extraño a mis antiguos guardianes.

Se mostró comprensivo, incluso Desdémona parecía preocupada por mí y cambié de tema. Charlamos sobre sus gatos y halcones hasta que el Maestro Evan llegó.

Me caía muy bien el hombrecito feo. Era el maestro perfecto, paciente, alentador y justo con

sus alumnos. Quería ganarme sus elogios.

«Eso valdría algo. Mis looks han sido elogiados tantas veces, pero realmente, ¿cuánto valen? También me han elogiado por otras cosas, como mi fluidez en idiomas extranjeros, pero no sé si el amado pupilo del señor y la señora del Castillo Kinselk recibió esas halagadoras palabras o si Roisin también. Aquí, si alguien me dice que lo he hecho bien, sabré que es verdad».

Más aprendices aparecieron en la distancia, junto con Lady Jane, que se alejaba trotando haciendo algún recado con una mirada ansiosa en su rostro marrón cetrino.

«Mi mayor logro será mantenerme a salvo y con vida. Cómo desearía poder volar como uno de estos pájaros y no volver jamás».

Narrativa continuada por Lady Jane de Malwarden

La reina Hawise me envió para que le trajera a la tía Clementia. No sabía por qué y sentí aún más náuseas y mareos por el nerviosismo de lo que solía hacer. El estómago revuelto, la boca seca, las manos húmedas y la sensación de haber abandonado mi cuerpo por el miedo eran tan normales para mí que sólo notaba esas sensaciones cuando estaba lejos de mis padres y de mi tío Lewis, y mágicamente desaparecían. Tanto mis hermanos como todos mis primos sentían lo mismo.

Sentí que me relajaba cuando encontré la mirada de tía Clementia. Si no fuera por su presencia en mi vida, sabía que me habría vuelto loco y me habría encerrado, como mis padres me amenazaban ocasionalmente cuando me irritaba. Llamé a Clementia en voz alta, pero a mamá en mi corazón, porque ella era más una madre para mí que cualquiera de los míos. Su presencia constante, discreta y constante salvó no sólo a sus hijos sino también a mí, a mi hermana y a mi hermano.

—La reina te quiere ver —le dije.

Ella asintió y dijo en voz baja.

—Espera un momento antes de ir con ella, Jane. Parecías aterrorizada en ese momento. ¿Cuál es el problema?

Miré sus ojos azul pálido y vi la simpatía que tan a menudo mostraba. Años de matrimonio con mi tío no le había dañado su humanidad.

—Tía, estoy aterrorizada, más de lo habitual. Desde que llegó esa chica Banshee, las cosas han empeorado. Mis padres y el tío Lewis son aún peores. Quieren algo de ella, pero no sé qué. Intentaron usarme para que la llevara a nuestras habitaciones, pero fallé y ahora la reina sospecha. Ella debe habérselo dicho al rey y a mi señor y a mi señora. ¿Qué será de mí? Me encanta ser una señorita porque me mantiene alejada de ellos, especialmente cuando no vivimos en este castillo.

—El rey, la reina, nuestro señor y nuestra señora son personas buenas y justas. No te castigarán injustamente. De hecho, podrían protegerte de tu tío y de tus padres.

—No creo que puedan. Realmente no lo hago. Obedecen la ley, mientras que yo conozco a mi tío y mis padres hacen lo que quieren, por eso son más poderosos.

—Los tiempos están cambiando, niña. La paz, una paz real y eterna, podría mantenerse. Eso significa que los gobiernos pueden concentrarse en mantener la ley y el orden. Esos tres se encontrarán ante unas preguntas incómodas muy pronto, en caso de que estén cometiendo delitos. El rey Ambrose está ansioso por dar un buen ejemplo a su reino. Ser sus conexiones

cercanas no los perdonará.

Negué con la cabeza.

—No, están por encima de la ley. Se los he oído decir a ellos mismos, los oí alardear de ello. Hablan groseramente de todos en el castillo, excepto de ellos mismos. Bien podrían ser dioses, tal es su poder.

—¡Silencio ahora! No digas esas blasfemias. —Rápidamente hizo la señal del círculo y automáticamente la copié—. Nadie es inmortal y nadie es todopoderoso. Los tiempos están cambiando, la atención prestada a la guerra y la defensa pronto se centrará en defender la justicia y hacer que la sociedad funcione sin problemas. Lo que es una bendición para nosotros y el reino es una espina clavada en ellos, y por los santos, espero que les duela.

—No. No sé lo que quiero. Sólo sé que cuando se enojan, cometen toda clase de malas acciones. Están tramando algo ahora. Lo sé. Que intentaran que llevara a Lady Roisin a sus habitaciones privadas era el comienzo.

Mi error garrafal con el nombre de la chica nueva me hizo sonrojar de nuevo, pero no tenía secretos para tía Clementia.

—¿Lady Roisin? Jane, esa chica es de baja cuna. ¿Por qué una doncella noble, a menos que esté empobrecida, aprendería así? Incluso si fuera una dama y de repente se volviera comparativamente pobre, nos lo habrían dicho. Después de todo, Bran es un señor y un aprendiz.

Le conté a mi tía todo lo que sabía. Era una mezcla confusa de hechos, pero se estaban sumando a algo peligroso, y temí, como tantas veces, que lo peor estuviera por venir.

—Mi padre reconoció a Roisin como una dama y habló con mi madre y mi tío Lewis al respecto. Estuvieron encerrados juntos durante mucho tiempo. No escuché mucho, sólo que papá creía que, después de todo, podría conseguir un buen precio por ella, siempre que la entregara joven, bonita y pura. Dijo algo sobre sorprender a un cliente al que le habían dicho que, después de todo, no podía tener algo.

»Mamá se quejó de que el tío Ambrose no les era leal a ellos, sus verdaderos parientes, y de cómo insistía en que los guardias, la milicia y los guerreros mantuvieran el orden. Ella dijo algo acerca de que la vida iba demasiado bien para negocios. Entonces papá dijo: «Podemos hacer algo al respecto. Puedo asegurarme de que nuestro hermano está loco», y luego se dirigieron hacia la puerta, así que tuve que huir.

—¿Cuándo fue eso, Jane?

—Ayer por la mañana temprano. Más tarde esa mañana mamá me dijo que fuera a buscar a Roisin y tráela a nuestras habitaciones. Le pregunté qué debía decirle y ella dijo que le dijera que quería hablar sobre sus difuntos tutores y consolarla. No me atreví a preguntar nada más, ya sabes cómo son, y fui a buscar a Roisin. Finalmente la encontré, pero ella se negó a ir conmigo, claramente sospechaba, luego vino la Reina Hawise y me hizo tantas preguntas...

Rompí a llorar y mi tía me consoló.

—La reina Hawise ahora actúa como si nada hubiera pasado —concluí—. Sin embargo, no sé qué quiere contigo.

—Averigüémoslo.

Me sequé los ojos, me soné la nariz y la seguí hasta el jardín de rosas, donde había dejado a la reina.

Nunca supe lo que mi ama quería de mi tía. No pasó mucho durante las siguientes tres semanas, aunque estuve continuamente en vilo. Roisin nos evitaba a mí y a mi familia, y mis padres estaban contentos de permitir que esto sucediera. No veía mucho a mis padres ni a mi tío Lewis, por lo que estaba agradecido. Mi padre abandonó el castillo hacia el final de las tres

semanas, algo tan común que yo sólo me alegré de que no estuviera cerca de mí y regresó de buen humor. Una vez más se encerró con mi madre y mi tío. Esta vez me fue imposible escuchar a escondidas. Lady Cerys me quería en la guardería.

Observé lo feliz que era con sus hijos. Los cinco estaban con ella y recientemente había anunciado que esperaba un sexto. Parecían tan relajados en compañía del otro. Lady Cerys no sólo escuchó lo que tenían que decir sino que pareció interesada. Ella sonrió y no se burló, habló suavemente en lugar de bruscamente y se deleitó con la compañía de sus hijos, en lugar de rehuirla.

«¿Por qué mi vida no puede ser así? ¿Qué hay de diferente en mí para que me señalen el desdén y la crueldad, mientras que a ellos se me aprecian? ¿Por qué los dioses nos impusieron tal destino a mí, a Drogo, a Blissmina y a nuestros primos?»

Lady Cerys me saludó y temí que me hiciera preguntas sobre Roisin. Sin embargo, ella sólo quería hablar de mi partida con las otras señoritas cuando el rey y la reina abandonaron el Castillo Malwarden para mudarse a otro lugar en mayo. Me alegré. Esto era algo que esperaba con ansias.

«Si Dios quiere, nos iremos dentro de un mes y no regresaremos hasta dentro de un año. Pueden pasar muchas cosas en un año y, mientras tanto, seré libre».

Mi cara cayó.

«Seré libre pero los demás no. Tendrán que quedarse aquí y sufrir».

Mi madre me agarró cuando salí de la guardería. Insistió en que la acompañara a nuestros apartamentos inmediatamente.

No me atreví a decir que la reina esperaba que yo regresara. Vuelve a ella. En lugar de eso, la seguí a las odiadas habitaciones.

Mi padre y mi tío Lewis estaban dentro, esperándonos. Fueron sospechosamente agradables conmigo.

—Jane, tenemos un pequeño trabajo para ti —anunció mi padre.

—¿Qué pasa, papá? —Su tono alegre me puso en guardia en lugar de estar a gusto.

—Vas a la guardería a menudo, ¿no?

—Con bastante frecuencia, sí. Sólo cuando me envían.

—Bien. La próxima vez que te envíen, pon un par de gotas de esto en la garganta de la princesa Milly o en su comida o bebida. No importa cual, y sólo necesitarás unas pocas gotas. Sólo asegúrate de que nadie te vea.

Me entregó una pequeña botella hecha de plata o peltre. No era más grande que su pulgar.

—Ponlo en tu bolso y aprovecha la próxima oportunidad disponible —ordenó mi madre.

—¿Qué es esto? —Examiné la botella con atención antes de guardarla. No había ningún grabado ni etiqueta.

—No importa lo que contenga. Eso no es importante. Lo importante es que hagas lo que te dicen —espetó el tío Lewis. Luego se recobró y habló con una voz más casual—. La niña difícilmente se quejará. Es sólo una bebé y balbucea para sí misma como lo hacen todos los bebés.

—¿Qué le hará esto a ella? ¿Por qué debo hacerlo en secreto?

Mi padre golpeó la mesa con el puño.

—Sangre de Dios, niña, deja de hacer preguntas y haz lo que te piden. —Caminó hacia mí, me agarró por los hombros y me sacudió—. Tú eres de nuestra propiedad, así como estas botas que llevo en los pies son de mi propiedad. Tiraré estas botas cuando ya no sirvan para su propósito. ¡Piensa en eso!

Me empujó hacia la puerta, haciéndome caer. Mi madre se rió. Me levanté y me escabullí.

Al borde de las lágrimas, huí detrás del retrete, un lugar donde sabía por experiencia que era poco probable que me molestaran. Saqué la botella de mi bolso y lo abrí. Resoplé con cautela y aparté la cara con disgusto. Fuera lo que fuese, me picó la nariz. La tapa era una pipeta. Con cuidado, arrojé dos gotas sobre la hoja de un arbusto cercano. Inmediatamente aparecieron dos agujeros con bordes negros, que se extendieron rápidamente por la hoja que alguna vez estuvo sana.

Con el corazón palpitando, volví a tapar y guardé la botella en mi bolso.

«Heridas de Dios, ¿qué hago ahora? Sea lo que sea, obviamente es veneno. ¿Quieren matar a la princesita? ¿Por qué? ¿Por qué quieren hacerle tanto daño a ella, al rey y a la reina?»

Permanecí medio escondida detrás de la estructura de madera durante algún tiempo. Mi mente estaba llena de confusión. ¿Qué puedo hacer? Sabrían si no hubiera envenenado a la princesa y ¿qué podrían hacerme entonces? Siempre habían insinuado que cualquier cosa que sufriera, podrían empeorarla mucho. Simplemente tirar la botellita no era una opción.

«Sin embargo, mi única otra opción es el asesinato. El asesinato de una niña inocente».

Sentí la botella a través del cuero de mi bolso. Había otra opción, tragar el contenido de la botella, pero no me atrevía a hacerlo. Huir también estaba fuera de discusión. Lo había intentado dos veces antes y no había llegado muy lejos cuando me encontraron, me escoltaron sin ceremonias de regreso al castillo y me castigaron. Cualquier castigo que pudiera esperarme esta vez sería aún peor.

«Quizás me hagan beber la botella. Nada me sorprendería ahora».

Empecé a llorar y no podía parar. Vi a un hombre caminando hacia el retrete y huí, decidido a no ser visto. Me tambaleé, llorando hasta caer en un estado de olvido de lo que me rodeaba. Al final casi choqué con el Maestro Evan.

El halconero estaba muy preocupado al verme tan angustiado. Preguntó cuidadosamente qué estaba mal en la mayoría de los casos con voz suave, lo que me hizo llorar aún más. ¿Por qué este hombre de buen corazón no podría haber sido mi padre? Había visto con qué amabilidad él y su esposa trataban a sus hijos. La vida era tan injusta y estaba a punto de empeorar aún más.

Incapaz de sacarme nada, fue a buscar a Tía Clementia. Nos dejó solos en el jardín de rosas mientras yo lloraba y le contaba lo sucedido. Parecía horrorizada, pero antes de que pudiera decir algo importante, aparecieron mi madre y lady Marjory. Nos vieron, pero sólo mi madre se dio cuenta de la causa de mis lágrimas.

Lady Marjory intentó preguntarme qué pasaba. Estaba realmente preocupada. Sin embargo, mi madre logró despedirla dulcemente. Intenté seguir a su señoría, intenté alejarme, pero mi madre me agarró el vestido.

—Escúchenme, pequeña mierda, harás lo que te diga, o de lo contrario te lo echaré en los ojos. Oh, sé que no eres completamente estúpida. Lo habrás olido, tal vez haya dejado caer un poco en el suelo, habrás intentado descubrir qué es, pero sé que has tenido la sensatez de no saborearlo. No estarías aquí si ese no fuera el caso. Ahora lávate la cara y luego ve a la guardería. Envía a las enfermeras con Lady Cerys, díles que te dijeron que las necesita y tú cuidarás de los bebés. Entonces hazlo. Hazlo o te quedarás ciego. No tienes otra opción.

Me puse demasiado histérica para hablar. Mamá continuó con una voz enfermiza y dulce.

—El veneno está en tu persona, Jane. ¿Qué pasa si llamo a los guardias? ¿Y si te lo encontraran? No tienes otra salida que obedecerme. Tu ruido te despertará. Ve la mitad del castillo tal como está. Has sellado tu destino.

—No. —Tía Clementia puso su mano en mi bolso y miró a mi madre de una manera que

nunca la había visto antes. Mostró su verdadera fuerza de carácter y rapidez de pensamiento.

—¿Qué quieres decir con *no*? Ya puedo oír a la gente que viene a ver qué es el alboroto. Jane viene conmigo a lavarse la cara o le digo a quien nos contacte primero que encontré algo sospechoso en ella y se puso histérica cuando la confronté. Tirarlo a la basura no servirá de nada. Cualquier médico imbécil podrá deducir lo que contenía el frasco.

—Tía, déjame tomar el veneno —grité—. Preferiría morir antes que quedarme ciega. ¡No puedo seguir así!

—No, Jane. Lo haré. Te liberaré y frustraré tu plan asqueroso, Nessa. Te mostraré lo que es una verdadera madre.

Con eso, abrió el bolso en mi cintura y sacó la botella. Las voces y pasos de mucha gente se acercaron. Ella abrió la botella.

—Nunca te atreverías —se burló mi madre. Sonaba confiada.

Tía Clementia le respondió apretando la pipeta hasta llenarla y arrojándola por su garganta. El movimiento me dejó atónito y en silencio. Mi madre perdió el control y empezó a gritar y chillar. Mi tía se quedó helada, con los ojos muy abiertos con shock o dolor, antes de desplomarse sin decir una palabra más.

Lady Marjory regresó con Lord Owen y el Maestro Evan. Me volví hacia ellos, el miedo por mi tía superó el miedo por mí mismo.

—Mi madre intentó obligarme a envenenar a la princesa Milly dándole lo que está en esa botella. Me amenazó con cegarme si no lo hacía. Mi tía no quiso, así que se tragó el veneno ella misma. Ella está muerta por mi culpa.

Yo también me desplomé. La oscuridad me envolvió.

Volví en sí en una cama extraña en una habitación que no reconocí. Estaba ricamente decorado, incluso para los estándares del castillo. Me senté, sintiéndome mareada y asustada. Recordé muy bien lo que había sucedido. Lady Cerys y la reina Hawise estaban presentes y notaron mi movimiento.

—¿Dónde estoy? —pregunté—. ¿Dónde están mi madre y mi tía?

—Estás en mi recámara —respondió la reina—. Tu tía está en la enfermería, donde el médico y los boticarios hacen todo lo posible. Todavía hay esperanza para ella. Tu madre, tu padre y tu tío Lewis están siendo interrogados. Sabemos que si uno de ellos está involucrado en algo, los otros dos quedarán enredados en ello.

—Señora, intentaron matar a su hija, la princesa. Intentaron obligarme a hacerlo, aunque les juro que nunca haría algo así. Eso es por qué tía Clementia tomó el veneno; para salvarnos a mí y a la princesa Milly.

—Un boticario ha analizado lo que quedó en el frasco y lo que vomitó tu tía. De hecho, es un veneno de acción muy rápida que no se consigue fácilmente en estas tierras.

—Creo que mi padre lo compró. ¿Cómo... qué hora es?

—Son poco más de las tres. No estuviste inconsciente por mucho tiempo. Te trajimos aquí directamente desde el jardín.

Me senté en silencio, muy consciente del enorme sacrificio de mi tía y de lo que sucedería después.

Lady Cerys pareció leer mis pensamientos.

—Jane, si deseas que algo cambie, habla ahora y di *toda* la verdad. Te protegeremos. Podemos despedirlo, si es necesario. Cuéntanos todo sobre el veneno, Roisin, los negocios de tus padres y lo que te ordenaron hacer.

Sin otro camino que tomar, les conté todo.

—No sé por qué dañar a la princesa Milly les ayudaría con sus asuntos, pero pensaron que sí —concluí.

—Quieren distraernos al rey y a mí con el mayor dolor horrible y nos distraiga de los asuntos del gobierno. También pondría en peligro la sucesión. Esperan que eso conduzca al caos, bajo el cual podrían cometer cualquier crimen que estén cometiendo. Sí, son crímenes. Si no estuvieran cometiendo actos criminales, no tendrían que llegar a tales extremos.

La reina Hawise parecía sombría y decidida.

—¿Qué pasa ahora? —gemí.

—Te enviaremos con mi amiga, la hermana Bessy, que vive en un convento lejos de aquí. Está cerca de donde yo vengo. Estarás bastante seguro allí y sólo te quedarás hasta que hayamos

solucionado este asunto.

—¿Qué pasa con Blissmina y Drogo? ¿Qué pasa con mis primos? ¿Y mi tía?

—Nos ocuparemos de ellos —prometió la reina—. Tu tía recibirá el mejor cuidado y se mantendrá a salvo. Te escribiremos a menudo. Pase lo que pase, el reinado de terror de tus padres ha terminado.

—Pero no sabes cómo son —me atreví a contradecir—. Siempre han hecho lo que han querido y nadie puede detenerlos.

La reina mostró una sonrisa sombría.

—Por el contrario, están a punto de descubrir que son bastante mortales y están tan obligados a obedecer la ley como el resto de nosotros.

Ella cumplió su palabra. Al cabo de una hora, estaba sentado sobre un dragón con una bolsa y un guardia que sostenía un pasaporte y una carta. Fue entonces cuando comencé a creer que había personas en este mundo que eran más poderosas que mis padres o el tío Lewis.

Narrativa continuada por Bessy La Monja

La hermana Adeliza, portera del convento, recibió a un niño nervioso, un dragón emocionado y un guardia de espalda recta una mañana temprano. Fueron visitantes inesperados y causaron un gran revuelo. Me sorprendió aún más que me llamaran y que el guardia me entregara una carta.

—Mi señora, la reina Hawise de las Tierras Occidentales, te ha escrito, hermana.

Tomé la carta y me asomé al leer su contenido. Nunca esperé que los acontecimientos en las Tierras Occidentales dieran un giro tan desagradable. Recuperándome, me volví hacia la chica.

—Mi nombre es Hermana Bessy y soy una de los amigas más antiguas de tu reina. Les doy la bienvenida al Convento de la Luna Nueva. Te llevaré con la hermana Agnes, que es la madre superiora aquí.

El guardia se fue con la hermana Adeliza a encargarse del dragón, y yo llevé a Lady Jane a donde pensaba que la hermana Agnes podría serlo. Intenté mirarla sin que ella se diera cuenta, mientras caminábamos por el convento. Estaba seguro de no haberla visto durante mi visita al Castillo Malwarden. La chica parecía aturdida por sus experiencias recientes y la compadecí.

—¿Tendré que convertirme en monja? —preguntó ella.

—No. Los conventos y monasterios abren sus puertas a personas necesitadas o que huyen de persecuciones injustas. Tus padres no pueden tocarte aquí. Puedes quedarte aquí por un tiempo como civil y ayudar con el funcionamiento del convento, nada desagradable ni demasiado exigente, sólo ayudar en las tareas diarias como hacemos todas. Los niños también vienen aquí para recibir lecciones. Quizás asistas a alguno.

—Ya veo. ¿Cuánto tiempo me quedará aquí?

—No lo sé, pero sí sé que no serás enviada de regreso a Westlands hasta que sea definitivamente seguro.

Ella se rió amargamente. Fue un sonido extraño proveniente de alguien tan joven y educado.

—Entonces bien podría quedarme aquí hasta que sea una anciana. Mientras mis padres o mi tío vivan, estoy en peligro. Me da miedo pensar qué le están haciendo a mi hermana, a mi hermano o a mis primos.

—No pueden hacer nada —le aseguré—. La reina Hawise lo promete y no miente.

Lady Jane no respondió, pero pude ver que no estaba convencida.

Encontramos a la hermana Agnes, ella se sorprendió un poco al ver a nuestro visitante y escuchar lo que tenía que decir, pero estuvo de acuerdo en que Lady Jane podría quedarse todo el

tiempo que fuera necesario. Le dio la bienvenida al convento y le dijo qué esperar. La niña parecía bastante abrumada, pero se mantuvo educada y se comportó bien.

Lady Jane de Malwarden no fue la única recién llegada esa semana. A la mañana siguiente, durante el desayuno, la hermana Agnes nos dijo que tres monjas de otro convento se unirían a nosotros permanentemente.

—Sus nombres son Phyllis, Ideline y Maude. Su convento, el Convento de los Equinoccios, está cerrando debido al bajo número de asistentes. Ya no es sostenible administrarlo, por lo que las monjas se están uniendo a otros conventos. Los esperamos mañana por la tarde.

Esta no fue una noticia sorprendente. La aplicación de las reglas habían llevado a que menos novicios hicieran sus votos perpetuos, lo que provocó que muchos conventos y monasterios se volvieran inviables. Sin embargo, la gente todavía optó por abandonar el mundo civil y unirse a la vida monástica. Nuestra forma de vida no iba a desaparecer todavía, y su número podría incluso aumentar en el futuro.

«Ya pasó la época en que se podía vivir permanentemente en un convento sin necesidad de iniciar el noviciado. A menos que seas como Lady Jane, o estás dentro o estás fuera. Sin embargo, creo que las cifras volverán a aumentar. Siempre habrá personas como yo que evitarán el matrimonio, sin importar el sacrificio. Incluso podríamos convertirnos en algo de lo que estar orgullosos, ahora que realmente nos dedicamos a los dioses y a las buenas obras».

Las tres mujeres nos fueron presentadas durante la cena. Yo estaba demasiado distraído con la carta de Hawise y mis pensamientos sobre lo que ocurría en el castillo de Malwarden como para prestarles mucha atención.

Sin embargo, cuando a la mañana siguiente la hermana Ideline llamó a la puerta de la enfermería, no pude dejar de mirarla. Era más o menos de mi estatura y edad, pero mucho más delgada, con la piel pecosa y casi translúcida, nariz respingona y cejas arqueadas y oscuras. Sus ojos eran de un color que nunca había visto antes, ni podía definirlo. Sin duda eran oscuros, pero no sabía si eran marrones, grises, verdes o de un color intermedio. No creía que fueran azules o negros, pero no podía ser más preciso, como tampoco podía dejar de mirarla.

Su voz era baja pero clara y dulce, y su acento era uno que no me había parecido atractivo hasta que ella habló. Ella misma se mostró educada, inteligente e interesada en lo que estaba pasando. Su repentina sonrisa iluminó su rostro, y era imposible no devolverla y esperar no tener nada atrapado entre los dientes.

La hermana Ideline había trabajado como herbolaria en su antiguo convento y le habían dicho que trabajaría con las hermanas Judith y Leah para cuidar nuestro jardín de hierbas.

—Esto significará que también trabajaré con ustedes —nos dijo a Gethin y a mí.

—Lo espero con ansias —le dije.

Ella sonrió, transformando bastante su rostro y el mío.

Intercambiamos algunas palabras más y le mostramos la enfermería antes de responderle varias preguntas. Luego, el hermano Percy llegó a la enfermería para preguntarle algo a Gethin, y la hermana Ideline se despidió.

Me perdí en mis pensamientos. Gethin me devolvió al mundo real tan pronto como el hermano Percy se fue.

—No lo hagas, hermana. Es demasiado arriesgado; para ti y para ella. Mantente alejada y mantente pura. La amenaza de los hierros candentes no ha desaparecido ni desaparecerá.

—¿Qué quieres decir, hermano?

Él se rió suavemente, pero sus ojos estaban serios.

—Es obvio. Puedo verlo como palabras en una página. Le has tomado bastante cariño a la

hermana Idelinde, y no es nada fraternal.

Me reí. Me conocía demasiado bien como para negar algo.

—No hay nada malo en que te guste una persona agradable, ¿verdad?

—No, pero mantenlo en una actitud cortés y amistosa. Estás sonriendo como una idiota y nunca había visto tus ojos tan brillantes. Por amor a los santos, ten cuidado.

Narrativa continuada por la reina Hawise de Westlands

Los acontecimientos se desarrollaron rápidamente en el Castillo Malwarden. Jane fue enviada al Convento de la Luna Nueva antes de que tuviera la oportunidad de protestar. Recibí una nota de Bessy diciéndome que había llegado sana y salva y que se le había permitido quedarse por el tiempo que sea necesario, sin tener que hacer noviciado.

Nessa, Madoc y Lewis fueron detenidos por separado e interrogados por Ambrose y los miembros de su consejo. Yo no estuve involucrado. En cambio, me enfrenté a Roisin, lloroso pero decidido, que me buscó. No era ningún secreto que Jane había sido despedida, que Clementia había tragado veneno o que sus parientes más cercanos estaban siendo interrogados.

—Señora, ya no puedo ser cobarde y permanecer en silencio. Debo inspirarme en el coraje de Lady Clementia y contarte todo lo que sé.

Ella hizo precisamente eso, y sólo pude concluir que el negocio secreto de los tres desgraciados era el comercio de humanos. Le pasé esto a Ambrose tan pronto como pude.

Después de una semana de cuidadosa atención, Clementia se había recuperado lo suficiente como para decir todo lo que sabía sobre su marido y sus suegros. El veneno le había ennegrecido los dientes, había hecho que su voz sonara ronca y había minado su energía. Los médicos nos dijeron que era poco probable que estos síntomas mejoraran alguna vez y, de hecho, era un milagro que ella no hubiera sufrido más. Su propia supervivencia fue considerada maravillosa.

Fue el tiempo más largo que pasé en su compañía desde que nos conocimos por primera vez. Le presté más atención durante esas horas en que ella abrió su corazón y nos dijo información vital que nunca antes había obtenido. También la admiraba más de lo que jamás hubiera creído que pudiera.

El relato de Clementia coincidía con el de Roisin. También podría agregar información sobre el hombre llamado Eoin a quien Ambrose me había mencionado cuando me contó sobre su familia.

—Eoin era un hombre Banshee, del Reino Esmeralda. Era un famoso comerciante de carne humana. Su reputación como demonio inteligente y malvado era bien merecida, ya que causaba más sufrimiento que todos los diablillos del Hades juntos. Él se vio a sí mismo en Lewis y Madoc, y así los convirtió en sus herederos. Roisin estaba destinado a ser el juguete de un hombre rico en las tierras Pendroch, en algún lugar muy al sur de aquí. No sé nada más sobre lo que se planeó para ella, ni cómo sucedió. Si buscas entre sus pertenencias, encontrarás documentos relacionados con su venta.

Clementia hizo la señal del círculo y estaba demasiado cansada para continuar su relato.

Daba igual. Teníamos muchas pruebas contra los tres. Le agradecí sinceramente por salvar la vida de mi hija, prometiéndole todos los cuidados que necesitara en el futuro y la dejé descansar.

Se registraron los apartamentos privados de Lewis, Madoc y Nessa, pero no se encontró nada incriminatorio. Ambrose me dijo con qué frialdad habían respondido a cada pregunta que les hicieron.

—Ciertamente tenemos pruebas suficientes para llevarlos a juicio, pero no podemos garantizar que los declararemos culpables. Lo creo, pero no estoy seguro de que podamos demostrarlo. —Gimió profundamente de desesperación—. Si yo fuera otro tipo de rey, otro tipo de hombre, podría simplemente ejecutarlos y terminar con esto. Incluso podría hacer arreglos para que sufrieran un accidente inesperado. Sin embargo, no puedo. Me he erigido en un monarca justo, por eso tenemos orden en nuestras tierras, y nadie, que yo sepa, se ha rebelado contra mí.

—La verdad prevalecerá —dije con mucha más confianza de la que sentía. La idea de que los encontraran inocentes era aterradora. Era frustrante. Ambrose fácilmente podría ordenar sus muertes, sin tener en cuenta el juicio al que tenían derecho, pero hacerlo condenaría a su gobierno por corrupto y destruiría su reputación.

Bessy me escribió desde su convento. Era una carta locuaz. Me dijo lo bien que Jane se había adaptado, tan bien que habló de hacerse monja.

«Gethin y yo la hemos disuadido de tomar cualquier decisión. En cualquier caso, ella es demasiado joven para convertirse en novicia, pero él sabe lo que es convertirse en monje y vivir para arrepentirse. Ninguno de nosotros permitiría que ella cometiera el mismo error».

Bessy pasó a describir a una nueva interna del convento, una tal Ideline. Escribió como habría hablado si yo hubiera estado con ella, sobre la mujer de la que se estaba enamorando.

«Cuídate, mi amiga, —pensé mientras doblaba su carta—. Esta Ideline puede ser otra Jennet, alguien que te utilizará, o puede que ni siquiera ame a las mujeres como tú. Incluso si ella corresponde a tus sentimientos, corres el riesgo de ser torturada si te atrapan. ¿Realmente vale la pena?»

Le di la noticia a Roisin de cómo casi la habían vendido y a quién. Sentimos que tenía derecho a saber toda la verdad sobre lo que le preocupaba, ahora sabíamos la verdad sobre Lewis, Nessa y Madoc. Ella estaba sorprendida pero no sorprendida. Más tarde me dijo que había sospechado tal destino, pero que no conocía los detalles.

La información la perturbó y siguió regresando al tema. El engaño de sus guardianes la preocupó mucho. Se preguntó en voz alta por qué le habían alimentado con falsedades sobre la quema de Mendoc. Sospeché que era porque estaban involucrados de alguna manera, el caos les convenía tanto como a Nessa, Lewis y Madoc como distracción de sus crímenes, pero no dije nada porque no podía probarlo.

La falta de pruebas de algún delito cometido por ellos era una preocupación constante. El tiempo corría y se acercaba la fecha del juicio. Por ley, no podemos aplazarlo sin una buena razón y no teníamos buenas razones. Ambrosio no sólo necesitaba ser un gobernante justo, sino también ser visto como un gobernante justo.

—Si creemos que no podemos declararlos culpables, debemos dejarlos ir. —Lloró en mis brazos una noche de principios de mayo—. Porque si los probamos y son hallados inocentes, la gente puede simpatizar con ellos y se saldrán con la suya en un intento de asesinato. La gente también nos juzgará a mí y a ti con dureza por interrogarlos.

—Hemos salvado a Milly y Jane —lo tranquilicé—. Podemos insistir en que Jane se quede en el Convento de la Luna Nueva porque siente que podría tener una vocación. Es demasiado

joven para verse obligada a actuar en consecuencia, pero ningún padre podría hacer retroceder a su hijo si dice eso, especialmente ahora que la iglesia se está reformando y se la está tomando más en serio. El dictado diabólico del Sumo Sacerdote ha causado mucho sufrimiento, pero también le ofrece a Jane un santuario.

»Ahora saben que sospechamos y han escapado por poco de la ejecución. Eso no los detendrá, pero sí obstaculiza sus planes y nos da una excusa para espiarlos. Te has comportado sabiamente, no débilmente. Seguiste la ley en lugar de matar a personas por un crimen terrible por el que no fueron condenados.

Ambrose se apaciguó un poco, pero fue él quien tuvo que consolarme cuando quedó claro que no teníamos motivos sólidos para un juicio. De mala gana, aunque con una expresión de alegría en su rostro, Ambrose liberó formalmente a sus hermanos y a su cuñada. Hubo grandes muestras de reconciliación que no engañaron a nadie. Puse una sonrisa en mi rostro mientras fantaseaba con torturar a aquellos que habían intentado matar a mi hija y amenazaban con cegar a los suyos.

—Daría cualquier cosa por verlos sufrir una muerte dolorosa. —Sollocé en el pecho de Ambrose la noche después de su liberación—. No se ha hecho justicia ni tendremos jamás la oportunidad de llevarlo a cabo. Si ordenaras su muerte, el pueblo ya no podría considerarte honorable.

No me di cuenta de que parte de este deseo se cumpliría antes de que terminara el año.

Narrativa continuada por Bessy La Monja

Hawise me envió la triste noticia de que los tres que estábamos convencidos de que eran culpables no serían llevados a juicio. Respiré hondo y fui a buscar a Lady Jane. Necesitaba saber esto y saber que todavía estaba a salvo.

La encontré teniendo una lección privada en lenguaje de libros con el hermano Harold. Cuando terminaron les di la noticia.

La chica se entristeció pero no se sorprendió.

—Se salen con la suya en todo —susurró ella—. Bien podrían ser dioses, son muy poderosos.

—Ven ahora, no blasfemes, y menos aquí. No, no se han salido con la suya. La princesa Milly está a salvo gracias a ti y a tu tía. Saben que están siendo observados y tendrán la sensatez de no hacerle daño a ella ni a ningún otro niño, incluido el suyo. Tu tía se está recuperando bien. Está despierta y está alejada de ellos. Tú también estás a salvo. Puedes quedarte aquí, donde no puedan alcanzarte.

—Primero me convertiré en monja.

Ella repitió esta afirmación mientras ayudaba a Gethin, Ideline y a mí a hacer ungüentos más tarde esa tarde. Gethin intentó disuadirla.

—Hija, no hagas votos sin vocación. Como he dicho antes, si puedo ofrecerles algún consejo en la vida, es este: una vida monástica es dura pero satisfactoria si los dioses lo han elegido para ti. Si no lo han hecho, es verdaderamente un infierno deprimente. Además, ¿eres qué? Doce como máximo. Ninguna muchacha puede comenzar su noviciado hasta que tenga dieciséis años como mínimo. A menos que te llame el amor a los dioses, en lugar del terror a cualquier mortal, sería mejor que te quedaras aquí unos años más y luego buscaras casarte. La reina y la hermana Bessy tienen muchas conexiones locales y podrían conseguirte un buen marido.

Jane no discutió, aunque no pensé que pareciera convencida. Cuando terminamos los ungüentos, Gethin centró su atención en preparar tinturas. Tenía muchas preguntas. Observé la consideración que tenía cuando respondía a sus preguntas. Su comportamiento hacia ella era casi siempre paternal.

«Las hijas de él tienen aproximadamente la misma edad que ella. ¿Estar con ella le hace pensar en ellas?

Ideline interrumpió mis pensamientos pidiéndome que la ayudara a recoger flores en los huertos. Estuve de acuerdo y dejamos a Gethin y Jane juntos.

Mi corazón empezó a latir más rápido cuando llegamos a los árboles, la parte más alejada del

convento de cualquier edificación. Estábamos bastante solos en una tarde soleada de primavera, lejos de los ojos y oídos de nadie. Mi atracción por Ideline había crecido y crecido. Constantemente quería estar con ella, pero esto se sentía diferente a cualquier otra pasión o relación que hubiera experimentado antes. También me sentí más cómodo en su compañía que en la de cualquier otra persona, incluida la de Hawise.

No éramos los mismos. Su naturaleza era más astuta que la mía, era más propensa al silencio y a ocultar sus pensamientos que yo, pero encajamos juntos como piezas de un rompecabezas. No me enorgullecí al ver que ella hablaba conmigo más y más abiertamente que con cualquier otro habitante del convento. Ella también se rió más fuerte y alegremente conmigo.

«Cuidado. Dejando a un lado los hierros calientes, puede que a ella ni siquiera le gusten las mujeres como a ti».

Hablamos de asuntos casuales antes de que ella encontrara el árbol que quería cosechar. Armados con tijeras y cestas, cortamos en silencio, moviéndonos gradualmente hasta que terminamos uno frente al otro.

Nuestros ojos se encontraron a través de un hueco en la masa blanca y espumosa. Ella sonrió y hablé.

—Sabes, finalmente descubrí de qué color son tus ojos. Son un color que nunca había visto antes, pero yo lo llamaría pizarra mezclada con café.

Me sonrojé. ¡Qué tontería!

Ella rió.

—Suenas como un color muy divertido, pero tiene sentido. Nunca he podido decir de qué color son mis ojos. Otras personas siempre tienen opiniones diferentes al respecto. Sé que no debemos considerar nuestra apariencia personal como algo más allá de la pulcritud y la higiene, pero me gusta oírte hablar así. Me hace recordar que soy mujer además de monja.

Ella me miró significativamente. Los latidos de mi corazón aumentaron. ¿Me engañé a mí misma?

—Ah, sí. Se supone que somos una comunidad de mujeres, que vivimos como hermanas.

—¿Se *supone*?

—Sí... creo que es imposible que una monja considere a todas las mujeres del convento como su hermana. Ciertamente es imposible considerar a la hermana Agnes como una madre. A menos, por supuesto, que uno tenga una madre muy desagradable.

Ella se rió, con un sonido tan alegre que me encontré sonriendo. Luego se puso seria.

—¿Consideras a *cada* mujer aquí como hermana?

—No. No lo hago. —Mis dedos temblaron. Tuve que apartar la mirada.

—¿A quién no ves como una hermana, Bessy? —Su dulce voz era tan pensativa.

—Bueno... nuestra Reverenda Madre, por supuesto. Sólo puedo verla como una maldición para el convento, y cuanto antes alguien más se haga cargo, mejor. Su nombramiento sólo fue temporal. —Me armé de valor. Ella me había llamado por mi nombre de pila—. Hay otra mujer, Ideline, que vive aquí y viste hábito de monja, pero nunca la veré como una hermana.

Me obligué a sostener su mirada. Ella rodeó el árbol y se acercó a mí.

—¿Quién es ella, Bessy?

Extendí la mano, casi tocándola, pero sin atreverme a creer en mis sentidos.

—Creo que puedes adivinarlo, Ideline.

Ella tomó mi mano con la suya cálida.

—Di mi nombre otra vez. Nadie más lo dice como tú.

—¿Lo pronuncio mal? ¿Es mi acento?

—Oh, no. Amo tu voz, y amo oírla pronunciar mi nombre.

Tomé su otra mano entre la mía. Estábamos tan cerca.

—Corremos un gran riesgo, Ideline —susurré—. Pero creo que vale la pena correr algunos riesgos. ¿Tú crees?

Quitó sus manos de las mías, las puso detrás de mi cabeza, me atrajo hacia ella y me besa. Le devolví el beso. La electricidad me atravesó.

—Ahí está tu respuesta, Bessy. Estaremos juntas. Correremos este riesgo. Nos llamaremos «hermana» en público y nuestros verdaderos nombres en privado.

—Y cada palabra cariñosa que podamos pensar.

Ella se rió y nos besamos de nuevo todo el tiempo que nos atrevimos.

Regresamos al convento con nuestras cestas de flores y una promesa mutua. Intenté con todas mis fuerzas evitar sonreír salvajemente.

El comportamiento de Gethin hacia mí fue un fuerte indicación de que ambos lo habíamos logrado. Sabía que me habría llamado a un lado en el momento en que sospechara algo, pero no lo hizo.

Narrativa continuada por Lord Owen de Malwarden

El consejo y el gobierno general de mi castillo y de mis tierras. Me mantuvo muy ocupado durante el verano de 2017, más ocupada de lo habitual. Nessa, Madoc y Lewis permanecieron callados y educados, su misma falta de comportamiento sospechoso levantó las sospechas de todos. El consejo y Hawise estuvieron de acuerdo en que era probable que hubieran estado planeando las desapariciones del Favor Mortal, especialmente porque no se había reportado la desaparición de nadie desde marzo.

—O están esperando el momento oportuno o han aprendido a ser más discretos —dijo mi esposa, y yo estuve de acuerdo con ella.

Cerys dio a luz a nuestro sexto hijo a finales de septiembre, un niño dulce y con sus ojitos, al que llamamos Simón. Mientras ella todavía estaba tumbada, fui a montar al Bosque de los Mil Pinos. Fui solo deliberadamente porque esa mañana estaba de mal humor y quería aclarar mi mente.

El ejercicio, la paz y el hermoso paisaje calmaron mi alma. Estaba feliz en mis pensamientos cuando Flame, mi caballo, se detuvo de repente.

—¿Qué pasa, muchacho? —pregunté, hablándole automáticamente a mi caballo como si fuera un dragón que pudiera responder. Vi qué, o más bien quién, lo había asustado.

Un joven de unos veinte años se acercó tambaleante a nosotros y luego se quedó paralizado. Se veía delgado y sucio, su apariencia hablaba de vivir duro y sufrir por ello. Su ropa era la de un campesino y sus ojos estaban aterrorizados.

—Buenos días —llamé—. No te alarmes. No quiero hacerte daño.

Él asintió tontamente, con los ojos fijos en mí y en Flame.

—¿Necesitas algo? ¿Puedo ayudarte? —Hasta donde yo sabía, nadie vivía en el bosque y daba la impresión de estar necesitado, además de estar angustiado.

—No lo sé... vengo de Grey Mountain, un lugar pequeño a menos de un día de caminata de aquí, pero no estoy seguro de poder regresar.

—¿Por qué? ¿Has cometido un delito?

—No señor, pero de allí me sacaron, y temo que me vuelvan a sacar si vuelvo o mi familia resultará perjudicada.

—¿Quieres decir que fuiste secuestrado?

—Sí, señor, pero escapé y he permanecido oculto desde entonces. En verano hay mucho que comer en el campo y las noches son cálidas.

«No tardarán mucho en desaparecer y la cosecha está casi recogida».

—Ven conmigo. Te traeré algo de comer y decidiremos qué hacer a continuación. Toma, puedes montar mi caballo conmigo.

El joven obedeció y casi me sentí dominado por su olor. Me recordó a Ambrose en los viejos tiempos.

—¿Cómo te llamas? —pregunté mientras nos acercábamos al castillo.

—Morgan, el tercer hijo de Peter el Molinero e Isolde de Montaña Gris. ¿Quién es usted, señor?

—Lord Owen de Malwarden. Te llevaré a mi castillo.

Casi se tira de Flame, haciendo que el caballo se sobresalte.

—¡Quieto! ¿Qué ocurre? No tienes por qué temerme.

—Tengo toda la necesidad de temer a vuestro castillo, o más bien a ciertos habitantes del mismo. Preferiría pasar hambre y frío en el bosque.

—¿Quiénes son estos habitantes? —Tuve una astuta idea.

Sacudió su cabeza en silencio. Insté a Flame a seguir adelante.

—Iremos al castillo de todos modos. Necesitas comer.

—¡No! Se lo ruego, mi señor. *No*.

—Puedo colarte en el castillo, en mis apartamentos privados, donde podemos hablar.

—Por favor, hágalo, señor. ¿Lord Madoc, Lady Nessa o Lord Lewis pueden ir a sus apartamentos?

—Ciertamente no.

Lo sentí relajarse.

Le di mi capa con capucha y así disfrazado lo conduje a mis habitaciones, llamándolo en voz alta Anselmo y hablándole de la cosecha. Una vez instalado, pedí comida y cerveza para él e insistí en que se sentara más cerca del fuego. Miró a su alrededor maravillado.

Morgan comió y bebió con entusiasmo. No lo interrumpí hasta que dejó su taza.

—Gracias, señor —dijo con sinceridad.

—Está bien. A cambio, por favor, cuéntame todo lo que sabes sobre Lord Lewis, Lord Madoc y Lady Nessa.

—¿Nos mantendrás a mí y a mi familia a salvo?

—Lo prometo.

Morgan se recostó y me contó una historia extraordinaria.

Trabajaba como herrador en su pueblo, donde había vivido felizmente toda su vida. Estaba casado con una chica local, pero hasta el momento no tenían hijos. A principios de marzo, un caballero bien vestido se le acercó con un caballo que necesitaba su atención.

El caballero dijo que había oído que yo era el mejor herrador en muchos kilómetros a la redonda, lo cual confieso que me halagó, milord. Me pagó más de lo que cobré. Regresó la semana siguiente con el caballo de su amigo y estuvo muy agradable. Mi Martha y yo esperábamos que se convirtiera en un cliente habitual, porque él insistió en verme a mí y no a ninguno de los otros herradores del pueblo.

El caballero, que se identificó como Rhodri, preguntó si Morgan podría estar interesado en trabajar para él en su mansión. Mencionó un lugar del que ni Morgan ni Martha habían oído hablar, pero dijo que era una casa recién construida a unas treinta millas de distancia pero todavía en tierras Malwarden. Rhodri mencionó que los salarios eran el doble de lo que Morgan ganaba entonces. Explicó que era un comerciante que había hecho fortuna y que quería establecerse como un terrateniente. Estaba en el proceso de adquirir personal.

Mudarse tan lejos de su pueblo fue una gran decisión para Morgan y Martha, pero la oferta

de Rhodri era muy tentadora y era poco probable que se hiciera dos veces. Rhodri se ofreció a llevar a Morgan a ver su propiedad la semana siguiente, con la condición de que ni él ni Martha hablaran de ello ni de su oferta con nadie.

—Rhodri nos dijo que a muchos les molestaba que un hombre de origen humilde ascendiera tan alto, por lo que quería que todo se arreglara antes de hacerlo público. Por eso no habíamos oído hablar antes de su casa, Plas Green. Lo que dijo tenía sentido. De hecho, sabía que había gente en Grey Mountain que envidiaría nuestra buena suerte, así que acordamos guardar silencio.

Morgan se encontró con Rhodri a pie en un momento y lugar acordados, en un cruce de caminos a cinco millas de su aldea. Rhodri tenía un dragón y saludó a Morgan de muy buen humor. Morgan subió a bordo y partieron.

Rhodri permaneció de buen humor hasta que aterrizaron. Aterrizaron en un claro del bosque, aparentemente lejos de nadie. Rhodri dio la excusa de que necesitaba hacer sus necesidades. Morgan no sospechaba nada y esperó a que Rhodri regresara. Gire desde detrás de los árboles.

Cuando Rhodri regresó, lo hizo con una docena de otros hombres y sus dragones. Ya no sonreía. Morgan se dio cuenta de que lo habían engañado pero no pudo luchar ni escapar. Preguntó qué estaba pasando y le dijeron que se callara. Volvería sobre el dragón. Sin otra opción disponible, obedeció. Todos se fueron volando y permanecieron en silencio hasta que aterrizaron en una mansión aislada.

—Luego me dijeron que me habían vendido al señor de esa mansión, un hombre llamado Bryn, y que yo era suya para hacer con ella lo que quisiera. Lord Bryn quería que yo fuera su herrador pero sin salario. Todo su personal eran esclavos, no campesinos libres.

Morgan se enteró por los otros esclavos que Rhodri era Lord Madoc del Castillo Malwarden, y uno de los hombres que había estado en el bosque es Lord Lewis. Ellos y la esposa de Lord Madoc dirigían un negocio, secuestrando y vendiendo humanos por encargo. La gente le decía a uno de los tres lo que estaban buscando, y ellos buscaban a esa persona, la atraían y la vendían por un precio considerable. Sus nombres se susurraban con temor, porque eran famosos en el inframundo criminal.

Morgan pronto descubrió que Lord Bryn era un hombre cruel y que vivía en un lugar a una semana de viaje de Grey Mountain, dentro de las Tierras del Oeste pero no en tierras de Malwarden. Desesperaba de volver a ver a su familia o a su pueblo. Parecía no haber salida.

Lord Bryn era un hombre cruel, pero afortunadamente también descuidado. Hacia finales de julio, envió a Morgan a la granja más cercana para ver un caballo. Morgan abandonó la mansión y huyó. Vivió de la tierra, escondiéndose cautelosamente de la gente y dirigiéndose hacia su hogar lo mejor que pudo, pues no tenía ni idea exacta de dónde se encontraba.

—Cuando vi la Montaña Gris, mi corazón se hundió, señor. Si regresara allí, Lord Madoc sabría cómo encontrarme. Probablemente ya había estado allí para mirar. Temía que hiciera daño a mi familia o a mis amigos si pensaba que me estaban escondiendo. No me atrevía a creer que ahora que había escapado me vería como el problema de Lord Bryn, porque si decía la verdad, estaría condenado. Por eso llevo no sé cuántos días o semanas viviendo en el bosque.

Se recostó, exhausto de hablar durante tanto tiempo. Estaba pensando mucho.

—Morgan, esa es una historia increíble y te creo. Lord Madoc, Lord Lewis y Lady Nessa deben ser llevado ante la justicia, pero ni usted ni nadie más debe sufrir daño. Puedes quedarte en mis habitaciones por ahora. Te ruego que te bañes y que te preste parte de mi ropa mientras lavas y remendas la tuya. Tenemos aproximadamente la misma altura.

Me lo agradeció profusamente. Sonreí, llamé a un sirviente y comenzó a conspirar.

Encontré a Ambrose y discretamente se lo llevé a Morgan, que ahora estaba lavado y bien

afeitado. Estaba bastante abrumado por estar en presencia de su monarca, pero Ambrose lo tranquilizó y le hizo preguntas amablemente. Pronto averiguamos dónde estaba la mansión de Lord Bryn.

Se formó un plan, pero tuvimos que tener mucho cuidado al ejecutarlo. No despedí a las mujeres en la habitación de Cerys, sino que esperé hasta que estuviéramos juntas en la cama esa noche antes de susurrarle al oído. Ambrose informó a Hawise de la misma manera. El consejo no debía reunirse hasta dentro de cuatro días y no adelantamos la reunión. Los tres malvados que viven en mi castillo no deben sospechar nada. El número mínimo de sirvientes atendió a Morgan y me aseguré de que fueran mis sirvientes de mayor confianza.

No necesito detallar la reacción del consejo cuando les conté todo lo que Morgan me había dicho. Sólo puedo advertirles que guarden el mayor silencio posible sobre el tema y subrayar la necesidad de actuar con rapidez.

—Para mañana por la mañana, se reúnen tres docenas de milicianos, que asistirán a la comida del mediodía como invitados del castillo. Serán necesarios en caso de que Lord Madoc, Lord Lewis o Lady Nessa se resistan, o si sus sirvientes intenten luchar por los amos. La presencia de tantos guardias despertaría sospechas y necesitamos que mantengan la calma hasta el último momento posible. La milicia tendrá armas escondidas y se vestirán para pasar desapercibidos.

»Me levantaré una vez que la gente haya empezado a comer y buscaré a Morgan. Lo llevaré a donde está sentado Madoc y llámalo Rhodri. Le presentaré a Morgan de Grey Mountain y su reacción, y la de Lewis y Nessa, demostrarán su culpabilidad. Los tres serán llevados a las mazmorras y realizaremos un juicio lo antes posible. Una vez que los tres estén encerrados a salvo, un grupo se dirigirá a la casa de Lord Bryn para arrestarlo y liberar a sus esclavos. Morgan me ha dado una buena idea de dónde está. Intentaremos descubrir quién más ha sido vendido y a quién y haremos todo lo posible para liberarlos.

La habitación zumbó con acuerdo. Ambrose salió esa tarde para discutir un asunto menor con un tal capitán Llewelyn, un militar con quien a menudo trabajaba en estrecha colaboración. Esa noche le conté a mi esposa lo que iba a pasar.

—Cómo desearía estar lo suficientemente recuperada como para comer mañana en el Gran Comedor —susurró Cerys. Pude ver sus ojos brillar con entusiasmo, incluso en la oscuridad—. Aun así, la partera dice que ya debería estar levantada pasado mañana.

—No arriesgues tu salud, mi amor. Te lo contaré todo, ya sabes que siempre lo hago. Podrás asistir al juicio y ver que se haga justicia, que es lo más importante. Sus ejecuciones harán que nuestra tierra y la de nuestros vecinos sean más seguras. Enviaré un mensaje claro de que este tipo de comercio nunca será tolerado en ninguna parte. La gente recordará mañana, 12 de octubre, por el resto de sus vidas.

Dio la casualidad de que el día siguiente fue memorable, pero de una manera que nadie podría haber previsto.

Narrativa continuada por Lord Bran de Malwarden

Nosotros los aprendices tuvimos la mañana del día 12 libre. El Maestro Evan necesitaba que nos reuniéramos después del almuerzo para practicar la caza, pero hasta entonces éramos libres de hacer lo que quisiéramos. Roisin y las otras niñas mayores fueron a leer, los niños más pequeños jugaron a la liebre y los perros, y los niños mayores me preguntaron si quería unirme a ellos para tomar unas hierbas felices que uno de ellos había conseguido recientemente.

Lo rechacé. Necesitaba tener la cabeza despejada para la tarde y tenía planes para la mañana. Mi entrenamiento con gatos y halcones no iba tan bien como esperaba. Había esperado, no tan bien como esperaba. Los halcones generalmente me obedecerían, pero no pude obligarlos a atacar los objetivos que establecí. En cambio, se fueron volando o pelearon entre sí, lo que me provocó pánico. Los gatos eran aún peores. Había conseguido que me siguieran, que no persiguieran a los halcones, que no huyeran de los halcones ni se pelearan entre ellos, pero nueve de cada diez veces me volvía y los veía tumbados al sol o acicalándose unos a otros en lugar de estar de pie.

«Quizás todos los demás tuvieran razón. Quizás esto sea una quimera. ¿Por qué debería yo tener éxito donde otros han tenido la sensatez de no intentarlo? Probablemente no lo intentaron por una buena razón. Puedo manejar a los pájaros tan bien como cualquier otro aprendiz, y el Maestro Evan a menudo me elogia. ¿Debo contentarme con eso?»

Mientras me dirigía hacia el lugar donde encontraría mis pájaros, vi a Jerome pasar corriendo, luciendo muy ansioso. No lo conocía bien. Lo único que puedo decir de él es que formaba parte del consejo, donde actuaba como secretario, y que era viudo y sin hijos. Sólo podía preguntarme qué lo había perturbado.

Algún tiempo después, no podría decir exactamente cuánto tiempo, estuve ocupado tratando de evitar que Gremlin se alejara, cuando vi a Lord Madoc, Lord Lewis y Lady Nessa juntos. Esta no era una vista inusual, pero sus expresiones y acciones fueron. Todos llevaban una bolsa y caminaban muy rápido, pero no corrían del todo. Parecían aterrorizados.

—Gato, ven aquí. Los dioses saben lo que están haciendo, pero no es tan interesante. No es tan interesante como trabajar conmigo, lo prometo.

Gremlin agitó sus alas, se volvió hacia mí y la llevé a ella, a Magdalena y a dos halcones menos experimentados a un prado lejos del castillo. Desdémona ignoró a los dos pájaros más jóvenes que se aleteaban entre sí, pero fue un trabajo duro evitar que Gremlin las golpeará con sus patas o Magdalena de intervenir picoteándolos.

Esperaba entrenar también a otros gatos y a un halcón, pero no cooperaron tanto que tuve que dejarlos atrás. Los halcones se portaron perfectamente solos, pero no con los otros pájaros, y los otros dos gatos tenían tendencia a unirse a cualquier travesura.

Decidí ver cómo eran los animales cerca del agua, ya que en el pasado había resultado ser una distracción, y los llevé hasta un río que bordeaba la pradera. Cuando llegué a la orilla del agua, me di cuenta de que todos mis animales, excepto mi fiel Desdémona, habían desaparecido.

Maldije. Sería un desafío reunirlos, especialmente porque este no era un territorio familiar para ellos. La tentación de explorar era demasiada.

Desdémona y yo volamos un rato río abajo, Magdalena siempre había estado particularmente fascinada por el agua, pero vimos a Jerome antes que a cualquier otra criatura. Nos quedamos helados. Obviamente no había nada malo, él estaba parado junto a un pequeño barco, pero su expresión era casi tan preocupada como cuando lo vi antes. Estaba claro que buscaba a alguien, y no era para darle un agradable paseo en su barco.

Empecé a alejar a Desdémona de la orilla del agua y volver a subir por el prado, cuando escuchamos voces. Las voces pertenecían a Lady Nessa, Lord Lewis y Lord Madoc. Los hombres llamaron a Jerome.

—Dije que no te defraudaría —respondió.

—Sí, has sido una buena amiga para nosotros a lo largo de los años —dijo Lady Nessa—. Sin ti sin informarnos sobre las discusiones del consejo, ya estaríamos mirando la muerte cara a cara.

Desdémona se alejó lentamente de ellos con todo mi apoyo. Lo que sea que estuvieran hablando no tenía sentido para mí, pero sabía que estaba en peligro si sabían que había observado eso. Era mejor dejarlos escapar y luego dar la alarma.

Algo, nunca estuve seguro de qué, tal vez un ruido, tal vez un movimiento, llamó la atención de Lord Lewis. Gritó y nos señaló. Desdémona intentó alejarse acelerando, pero antes de que me diera cuenta, alguien había sacado un arco y una flecha del bote y le había disparado debajo de mí. Ella gritó como sólo los dragones pueden gritar y se desplomó. Lord Lewis me agarró y me arrastró fuera de ella, llevándome al río, maldiciendo todo el tiempo.

—Suéltame —exigí, intentando parecer mayor de lo que era—. No me importa tu viaje en barco, ¿por qué deberías molestarme? Déjame en paz y te dejaré en paz.

Ellos rieron. Desdémona intentó volar o correr hacia mí, pero sangraba abundantemente por el costado. La desesperación en sus ojos se reflejaron los míos.

—¡Por la sangre de los dioses, la has matado! Te colgarán por esto. ¡Déjame ir! —Me quedé tan consternado que olvidé que no estaba en condiciones de hacer amenazas. Mis piernas estaban tan inútiles como siempre, aunque dudo que muchos chicos de dieciséis años pudieran tenerlas. He rechazado a cuatro adultos, al menos uno de los cuales estaba armado.

Se rieron de nuevo.

—¿Dejarte ir? —Lord Madoc se burló de mí—. No, son sólo tus piernas las que están defectuosas. Ya has oído y visto lo suficiente como para andar contando cuentos. Una vez que te hayamos ahogado, acabaremos con tu mascota.

Grité pidiendo ayuda y traté de luchar, pero no sirvió de nada. Los dos señores me arrastraron al agua. En cuestión de segundos, estaba hasta mi cintura.

—No se saldrán con la tuya. Serán detenidos. No me matarán. ¡No los dejaré!

—¿Oh sí? —Jerome abandonó el barco y caminó hacia nosotros—. ¿Quién nos va a detener entonces? ¿Tú y qué ejército?

—¡Mi ejército! El ejército que irá a donde yo ordene. El ejército de tus peores pesadillas,

porque siempre lo subestimaste.

—No, Bran —dijo Nessa—. Nosotros somos tu peor pesadilla hecha realidad. Nunca pensaste que nos atreveríamos a matarte, pero...

Su voz se cortó. Hubo un sonido distinto que se hacía cada vez más fuerte. Sonó como el batir de alas. Los cuatro se volvieron hacia mí y los dos señores me arrastraron hasta el medio del río, donde el agua era más profunda y la corriente más fuerte.

Grité de terror. Estaba tan abrumada que no me di cuenta de que los demás también gritaban. Los dos hombres me soltaron de repente. Abrí los ojos y vi por qué..

Mi ejército había llegado.

Gremlin, el gato más ocioso del mundo civilizado, lideraba a una docena de otros gatos. Sus alas peludas batían furiosamente mientras volaban en formación de V. Por el otro lado venía Magdalena y todas mis aves rapaces. También formaron una V, dirigiéndose decididamente hacia nosotros.

Ahora libre del control de los señores, pude nadar usando mis brazos y regresar a la seguridad de tierra firme. Escuché gritos detrás de mí, pero no me di vuelta hasta que estuve a salvo en la orilla fangosa. Los animales atacaban humanos, rascándose, picoteando y mordiendo, impidiéndoles salir del agua. Abrumados por capas de ropa mojada y agredidos constantemente, vieron sus propias tumbas de agua.

No me moví. No podía creer lo que estaba pasando.

—¡Bran!

Me volteé y vi a mi tío Ambrose corriendo hacia mí. Vio la escena delante de nosotros. La sangre se mezcló con el agua del río y los gritos de auxilio eran cada vez menos frecuentes y más débiles. Cada vez menos aparecían sobre el agua rostros heridos, aterrorizados y manos temblorosas.

No sabía qué hacer. Acaban de intentar asesinarme, pero era un espectáculo horrible ver gente ahogándose y con esas heridas.

—¿Qué hacemos? —gemí.

—No hacemos nada. Como tu tío y como tu rey, te prohíbo entrar al agua. Cuando definitivamente se hayan ahogado, les explicaré todo. Mientras tanto, no llores a tu ejército. Hacen un buen trabajo.

—Desdémona. ¿Ella está muerta? Déjame ir con ella.

Me permitió arrastrarme hacia ella. Usando solo la parte superior de mi cuerpo, era doloroso y agotador, y mi ropa fría y mojada aumentaba la tensión. Sin embargo, mi tío no podía dejar de mirar el río para ayudarme. Tenía que estar seguro de que estaban muertos.

Llegué hasta ella, mi más fiel compañera y mi más valiente amiga. Ella no estaba muerta, pero gravemente herida. Apoyó su cabeza en mi regazo. Nuestras lágrimas se mezclaron.

Por fin, mi tío se unió a nosotros. Declaró que efectivamente estaban muertos.

—Tío, Jerome estaba esperando a los otros tres en un bote. Dijo algo sobre no decepcionarlos. Lady Nessa le dijo que si no los hubiera mantenido informados sobre las discusiones del consejo, estarían muertos o mirando a la muerte cara a cara, algo así. Me vieron, dispararon a Desdémona y trataron de ahogarme. Me dijeron que era porque había oído y visto lo suficiente como para andar contando cuentos. ¿Qué estaba pasando? Debemos llevar a Desdémona al veterinario.

—Buscaré ayuda de inmediato y se lo explicaré más tarde. Gracias Bran. Tú y tu increíble ejército han salvado muchas vidas.

Narrativa continuada por Lord Owen de Malwarden

La huida de Nessa, Lewis y Madoc fue un shock. La forma en que terminó su huida y el descubrimiento de la traición de Jerome fueron conmociones aún mayores. Bran fue todo el héroe del momento. Al principio no podíamos creer que su bandada de gatos y pájaros hubiera hecho lo que ni siquiera él pensaba que podían hacer. Afortunadamente, las heridas de Desdémona resultaron ser superficiales y estaba lista para recuperarse bien.

Presenté a Morgan de Grey Mountain al resto del castillo. Su ocultamiento con tanto éxito fue sólo otra sorpresa para ellos después de una serie de sorpresas. También les contamos a quienes no conocían la historia de Lewis, Nessa, Madoc y Jerome, con cuidado de exonerar a Clementia y los niños. Morgan y un grupo de milicianos, encabezados por Ambrose, fueron a la mansión de Lord Bryn para liberar a los que aún estaban esclavizados. Hice el viaje más corto a Grey Mountain para decirle a la familia de Morgan que él estaba vivo y que pronto regresaría con ellos.

Rápidamente encontré a Peter el Molinero y su esposa Isolde. Fue a buscar a Martha su nuera, y su alegría hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

La expedición a la mansión fue un éxito. Decenas de personas fueron liberadas y Lord Bryn fue llevado a juicio. Cuando Ambrose comenzó la investigación sobre quién más podría haber sido vendido y a quién, regresé a Grey Mountain para ver cómo le fue a Morgan y ver si él o algún otro aldeano podría ayudar con la investigación.

La primera persona que conocí y a quien reconocí fue Martha, que estaba hablando con un hombre que me parecía vagamente familiar. Su ropa indicaba que era de baja cuna pero no pobre, sin embargo, estaba seguro de haberlo visto con ropas muy diferentes y en un entorno más grandioso.

Martha parecía insegura de cómo presentar al hombre. Él intervino y se presentó como Enrique de Merendysh, un pariente lejano suyo. Esto fue una sorpresa, su acento no era nada de lo que hubiera esperado de un hombre de cualquier parte de las tierras Merendysh, pero no dije nada. Me reuní con Morgan y me alegró ver que le estaba yendo bien. Él y Martha pudieron responder mis preguntas, lo que me dio una mejor idea del alcance del tráfico de seres humanos que se había producido.

Henry de Merendysh me siguió cuando me dispuse a abandonar el pueblo.

—Sé que usted me conoce, señor —dijo.

Ahora estaba desconcertado.

—Te ves muy familiar. —Jugué por tiempo.

Él rió.

—Ven ahora. Usted es un pobre mentiroso, Lord Owen. Reconoces al Sumo Sacerdote cuando lo ves y puedes deducir cuándo está visitando a su hija bastarda.

—Su Santidad, no sé qué decir.

Eso era ciertamente cierto. Rápidamente se hizo cargo de la situación.

—Mira, has salvado a mi yerno y terminé con el tormento de mi hija. Usted ha contribuido decisivamente a poner fin a un reinado de crueldad. Me gustaría darte una recompensa. Llámalo recompensa, llámalo soborno por jurar por tu vida no decir una palabra a nadie sobre mi conexión con Martha, llámalo como quieras. Puedes nombrar cualquier cosa que quieras que esté en mi poder para concederte, y te la daré.

Una idea me golpeó como un rayo.

—Su Santidad, juro olvidarme de conocerlo, si puede hacer una cosa. No quiero dinero, oro, terreno o un nuevo título. Todo lo que quiero es esto...

Narrativa continuada por Bessy La Monja

En la mayoría de los conventos y monasterios era costumbre coser trajes para los necesitados tres veces al año. El Convento de la Luna Nueva no fue la excepción, y a medida que se acercaba el final de octubre, llegó el momento de empezar a considerar ropa de invierno para quienes no tenían los medios para adquirirla.

Esta fue también la única vez que nos probamos ropa de civil estando vivos, ya que cada uno de nosotros armamos un traje y uní las costuras con tachuelas. No terminamos las costuras ni agregamos pinzas para que la ropa pudiera modificarse más fácilmente para sus eventuales dueños.

Por esta época supimos que las leyes suntuarias centenarias habían sido abolidas. Algunos de nuestros artículos estaban hechos de seda y terciopelo, prohibidos a quienes no eran de sangre noble o real. Las monjas y novicias de baja cuna se habían negado a probarse trajes que contuvieran estos tejidos, tal era el poder de las leyes suntuarias. Ahora todas las telas estaban permitidas a todos los que pudieran permitírselo, algunas de ellas posaban alegremente con enaguas de seda y vestidos de terciopelo, acariciando las telas con los dedos y posando frente al espejo. Las otras monjas de baja cuna todavía no se atrevían a tocar estos materiales más de lo estrictamente necesario. (La hermana Agnes estuvo ausente del convento, por supuesto).

Idelinde había hecho una falda de pesada seda de color púrpura. Como hija de un comerciante, estaba acostumbrada a tener muchas posesiones materiales pero ciertos lujos estaban prohibidos a ella. Mi corazón se alegró al verla acariciar la rica tela y girar en ella.

—Te queda bien —me atreví a decir.

La hermana Maude dijo que no le gustaba usar ropa de civil, aunque fuera brevemente, porque le recordaba en qué la quemarían. Luego describió un traje que habían cosido el otoño anterior para una monja que había muerto.

—Era la viuda de un maestro artesano, así que la vestimos finamente, pero no demasiado. Tenía piel morena clara y cabello castaño oscuro, así que elegimos un vestido color prímula y de capa roja. Hice la capa y estaba muy orgulloso de ella. Era del color de la rosa mosqueta y le sentaba muy bien.

Más tarde ese día, llamaron a Idelinde a nuestro monasterio vecino, donde Gethin, el hermano Percy y el hermano Harold habían ido a hacer ropa masculina. Ella regresó luciendo aterrorizada.

—¿Qué pasa? —Le pregunté tan pronto como pude dejarla a solas.

Ella rompió a llorar y la sostuve durante algún tiempo, escuchando con un oído a la hermana

Agnes, que no debía regresar al convento hasta el día siguiente, pero nunca podríamos ser demasiado cuidadosos.

—Bessy, debes ser valiente. Fui al monasterio como estaba previsto. No vi a nadie que conocamos aparte del hermano Harold. No me vio y siguió hablando con otro monje, al que llamó hermano Rickynd.

—El hermano Rickynd parecía estar a cargo de coser ropa para los necesitados en el monasterio. El hermano Harold le dijo que se asegurara de que los trajes inspirados en el hermano Gethin y el hermano Percy estuvieran listos mañana.

No podía ver por qué esto la molestaba, pero ella continuó en el mismo susurro rápido.

—El hermano Rickynd describió cómo colocar dardos en los pantalones y las chaquetas. Preguntó algo que no entendí, y oí claramente al hermano Harold decir: «Sólo necesitan tener trajes adecuados a sus rangos antes de que tomen sus votos y se adapten a la época del año. No importa si les conviene a sus personas o a sus gustos». El hermano Rickynd preguntó si seguiría adelante. El hermano Harold respondió algo así como que aún no se habían hecho preguntas, pero cualquiera podía adivinar sus respuestas. Luego habló de una segunda camisa, unos calzones y medias, y los hombres se alejaron.

»Bessy, ambos sabemos lo que esto significa. ¡Nuestro amigo y buen hermano Percy será ejecutado! Estos trajes son con los que serán quemados.

Me quedé atónita pero no del todo desesperada.

—No. No, eso no puede ser. No han sido juzgados, y mucho menos declarados culpables de nada que conlleve la pena de muerte. El Sumo Sacerdote rechazó la sugerencia de la hermana Agnes de que los monjes fueran castigados en retrospectiva o que sus familias sean castigadas por sus crímenes. Es evidente que otros hombres necesitan estos trajes con urgencia, eso es todo.

—Entonces, ¿por qué referirse a la ropa como si fuera adecuada para sus rangos antes de que hicieran sus votos? ¿Por qué coserlos para que queden bien y no otro par de hombres, que no tendrán medidas idénticas? Sobre todo, ¿por qué hablar de conocer las respuestas a preguntas que aún no se han formulado? Se refirió a un juicio espectáculo sin nombrarlo.

—¿Por qué hablar de una segunda camiseta y demás si van a ser ejecutados? —Sabía que me estaba aferrando a una pequeña posibilidad.

—Es posible que el hermano Harold no se haya referido a ellos cuando mencionó esa ropa. ¿No hicimos todos más de un par de calzoncillos y cambiamos cada uno de ellos, pero sólo una falda o un vestido? Son más rápidos de hacer y es necesario cambiarlos más a menudo.

Me quedé sentada en un silencio atónito. Lo que fuera que estuviera pasando iba a ser horrible, pero ninguno de nosotros podía imaginar qué podría ser.

«Alguien debe estar planeando sus ejecuciones, no sus asesinatos, ya que ninguna víctima de asesinato tiene un traje listo para la cremación. Seguramente se instalarán y se llevará a cabo un juicio espectáculo. Oh Diosa, ¿qué puedo hacer? ¿Debo decir nada mientras mueren dos hombres inocentes?»

Ni Idelinde ni yo pudimos ocultar nuestros sentimientos esa noche. Afortunadamente, no se esperaba que los tres monjes y la hermana Agnes regresaran hasta la mañana siguiente. Ya era bastante difícil no contarle todo a las otras monjas y novicias curiosas.

Apenas dormí esa noche. No pude desayunar. Una vez en la enfermería, no pude trabajar. Me senté y miré la pared con ojos llorosos.

Un golpe en la puerta me sobresaltó. La hermana Ida asomó la cabeza.

—Hermana Bessy, la hermana Agnes nos ha dicho que debemos reunirnos en el refectorio inmediatamente. Ella tiene algo muy importante que decir.

Cómo caminé hasta allí, no lo sé. Las paredes daban vueltas y no podía hablar.

También estuvieron presentes los tres monjes. No pude mirarlos. Me quedé mirando al suelo mientras la hermana Agnes anunciaba su primera noticia. Ella y los monjes nos dejarían o en noviembre o diciembre. Su trabajo estaba hecho y se nombraría una abadesa permanente.

—Mi segunda noticia puede afectar a algunos de ustedes más que a otros.

Cerré mis ojos.

—El Sumo Sacerdote ha hecho un anuncio inesperado. Todos los monásticos que hayan hecho sus votos perpetuos se les dará un año y un día, a partir de hoy, durante el cual podrán dejar sus órdenes, sin penalización. Sin castigo en esta vida, al menos. Considera que los recientes cambios en los monasterios y conventos son tan grandes que quienes hicieron sus votos hace algún tiempo podrían haber creído que se estaban comprometiendo a un tipo de vida diferente. Por lo tanto, desea liberar a aquellos que no se dieron cuenta de lo que estaban aceptando. —Ella no se molestó en ocultar su desaprobación—. Aquellos que decidan irse recibirán un conjunto de ropa apropiado a su posición en la vida antes de abandonar el mundo civil, una muda de ropa y dinero suficiente para vivir durante un mes. Quienes se retiren también podrán solicitar un personaje, si desean buscar empleo.

Apenas podía creer lo que estaba escuchando.

—Aquellos que deseen pensar en... irse pueden venir a buscarme más tarde esta mañana. —Ella hizo ademán de despedirnos, pero Gethin y el hermano Percy se levantaron inmediatamente.

—¡Reverenda Madre, nos iremos!

Narrativa continuada por Gethin El Monje

Una vez que el hermano Percy y yo anunciamos nuestra intención de regresar al mundo civil, los acontecimientos se desarrollaron muy rápidamente. El hermano Harold nos entregó la ropa que habíamos cosido con una mirada en sus ojos que sugiere no esperaba nada mejor de nosotros. La hermana Agnes nos dio a cada uno de nosotros una bolsa de dinero y nos pidió que nos fuéramos inmediatamente después del desayuno a la mañana siguiente. También me entregó un documento que parecía oficial y un segundo bolso.

Sintiendo mucha curiosidad, abrí el documento. Era un pasaporte diplomático, escrito por Lord Owen de Malwarden y autorizado por el rey Ambrose III de Westlands. Owen había adjuntado una nota solicitándome que fuera a su castillo tan pronto como pudiera. El dinero que había en la bolsa era suficiente para comprar un dragón.

Me volví hacia la hermana Agnes, sintiéndome verdaderamente perpleja.

—¿Puedo preguntar cuándo recibiste esto?

—Hace exactamente siete días, pero el duende dorado que lo trajo también tenía un mensaje para mí. Lord Owen no quería que te lo pasara hasta esta mañana.

—Pero... ¿cómo podrían él o Ambrose saber que podría volver a casa? ¿Cuándo anunció el Sumo Sacerdote que los monjes podrían regresar al mundo?

—Hizo el anuncio hace cuatro días, y cada abad y abadesa fueron informados hace tres días. Se envió una enorme bandada de duendes dorados para que todas las casas religiosas recibieran la noticia el mismo día. Se nos ordenó decírselo a nuestros hermanos y hermanas esta mañana.

—¿Cuándo se lo dijeron a los civiles?

—Los monarcas fueron informados esta mañana. Depende de ellos cómo se propaga la información.

—Entonces, ¿cómo supieron Ambrose u Owen hace más de una semana que podría volver a casa?

Nadie podría responder a eso.

El hermano Percy y yo fuimos a Landesmar esa tarde para comprar algunas cosas que necesitaríamos para nuestras nuevas vidas. También compré un dragón naranja brillante llamado Clarence. El hermano Percy tenía la intención de ir con su primo, que era dueño de una granja a unas treinta millas de distancia.

—Nos hemos mantenido en contacto a lo largo de los años y sé que si no puede encontrar trabajo para mí en su granja, no lo hará. Me importa quedarme con él hasta que pueda encontrar

algo. Diosa, hermano, no lo puedo creer. Finalmente somos libres. Es como si un ángel hubiera susurrado al oído del Sumo Sacerdote.

—Lo sé. No puedo entender qué ha provocado esto.

«¿Owen o Ambrose se reunieron con el Sumo Sacerdote? ¿Como pudieron? Las visitas del Sumo Sacerdote a cualquier castillo son raras, se planifican con mucha antelación y siempre se les da mucha importancia. Parece que Owen sabe más que Ambrose sobre el asunto o ha tenido más influencia en él, pero incluso si conociera bien al Sumo Sacerdote, ¿cómo podría hacerlo? ¿Provocará tal cambio en los asuntos de la iglesia?»

—Estás aturdido, hermano.

—Simplemente no puedo creer nuestra suerte.

Nos despedimos de aquellos que conocíamos en el pueblo. Al regresar al convento, tuvimos otras despedidas que hacer.

Sabía que extrañaría especialmente a la hermana Bessy y derramamos algunas lágrimas.

—¿Tú también te irás? —le pregunté a ella.

—No, sigo creyendo que este es el lugar adecuado para mí.

—Al quedarte aquí, renuncias a toda esperanza de libertad, a toda esperanza de amor.

—Todavía siento que este convento es donde pertenezco. Te extrañaré, hermano. No puedo dejar ese título todavía, el hábito es demasiado fuerte. ¿Supongo que mañana te irás a Westlands inmediatamente después del desayuno?

—Sí. Dime, ¿te contó esto tu amiga, la reina Hawise? ¿Sobre mi obtención de un pasaporte o sobre la decisión del Sumo Sacerdote?

Ella sacudió su cabeza.

—No. Me quedé tan asombrada como tú. Recibí una carta de Hawise ayer por la mañana y no mencionó nada sobre esto. Porque escribimos en código, sé que ella habría escrito sobre esto si lo hubiera sabido. Ella sabe que sólo yo puedo leer todo lo que ella escribe.

Esa noche tuvimos una especie de ceremonia. El hermano Percy y yo entramos a la capilla vestidos de civil. Nos arrodillamos ante el altar, colocamos nuestros collares con el pentacles sobre él, y se inclinó reverentemente. Firmamos un documento para declarar que disolvimos nuestros votos, y los disolvimos por nuestra propia voluntad. La hermana Agnes dirigía las oraciones por nuestro bienestar con un rostro más propio del olor a carne podrida.

Nada que ella o el hermano Harold harían podría afectarme ahora.

Nos despedimos definitivamente a primera hora de la mañana siguiente. El hermano Percy y yo acordamos mantenernos en contacto. Me sentí seguro al darle la dirección del Castillo Malwarden, aunque todavía no podía entender qué había sucedido para provocar esta extraordinaria cadena de acontecimientos. Clarence el dragón y yo nos dirigimos hacia el oeste.

Era una tarde fría y despejada cuando llegamos al castillo. Me sentí nervioso tan pronto como vi el enorme edificio. Todavía esperaba enfrentarme a la castración o alguna otra pena. Una sirvienta, una mujer a la que no reconocí, se me acercó cuando aterricé.

—¿Eres Gethin de Pendroch, una vez Gethin el Monje?

—Sí, lo soy.

—Lord Owen ruega verte de inmediato. ¿Me seguirá, señor? Alguien se hará cargo de tu dragón.

Estuve de acuerdo y me llevó a una pequeña habitación. Noté que tenía cuidado de que no nos vieran y me pregunté qué estaba pasando ahora. ¿Me habían traído aquí con falsos pretextos?

La sirvienta me rogó que esperara y dijo que iría a buscar a su señor lo más rápido posible. Ella regresó con él en cuestión de minutos y luego nos dejó solos.

Me incliné.

—Owen... no sé qué decir. Como puedes imaginar, recibí tu dinero y el pasaporte, y vine aquí tan pronto como pude. ¿Pero cómo supiste que podría hacerlo?

Sacudió su cabeza pelirroja, con lágrimas llenando sus ojos.

—Gethin, nunca podré decirte toda la verdad. Ambrose tampoco lo hará, pero sabe poco más que tú; simplemente autorizó tu pasaporte. Todo lo que puedo decir es que espero poder finalmente corregir lo que tan tontamente y arrogantemente destruyó hace más de diecisiete años. Pido disculpas. Dijiste que me perdonaste hace años, pero ahora finalmente puedo volver a unirme a ti y a Marjory.

—¿Puedo quedarme aquí entonces? ¿Quedarse con ella y nuestros hijos? ¿Casarse con ella incluso?

—Por supuesto. Déjame llevarte a ella ahora.

Subimos por una escalera. Intenté hacerle más preguntas sobre lo que había hecho, pero no respondió. Finalmente llegamos a donde trabajaba Marjory. Apoyó la oreja en la puerta.

—Ella está con alguien. Llamaré. Por favor, retrocede. Debería estar sola cuando la encuentres.

Él llamó, ella gritó y él entró. Hubo una breve conversación y dos hombres abandonaron la habitación y acordaron regresar más tarde. Dejaron la puerta entreabierta y oí hablar a Owen. Ahora estaba llorando.

—Marjory. Fuiste lo suficientemente amable para perdonarme por separarte de Gethin hace tantos años. Pido disculpas nuevamente y finalmente puedo corregir lo que hice mal. Él está aquí, aquí ahora en el castillo.

La mujer que había amado durante tanto tiempo respondió con voz perpleja.

—Eso no es posible. Si viene aquí, se arriesga a sufrir penas terribles. Además, sus superiores nunca se lo permitirían. No, esto no puede ser real.

—Es real, Marjory. Esto no es un sueño. De hecho, tu pesadilla ha terminado. Lamento mucho haber provocado esto en el primer lugar.

Abrí la puerta y entré a la habitación. Owen nos dejó con tacto. El color desapareció de su rostro, sus ojos se abrieron y su boca se abrió.

—Dioses... Gethin, estás aquí y aquí vestido de civil. ¿Es esto real? ¿Estás a punto de ser ejecutado?

Avancé y agarré sus frías manos.

—Sí y no, mi amor. Esto no es un sueño y nadie me va a matar. Te decía que algún día vendría por ti, en cuanto pudiera, lo haría. Ahora ese día ha llegado. Me casaré contigo, viviremos aquí, y nunca más nos separaremos.

Narrativa cerrada por Bessy La Monja

La hermana Justiniana asumió como Abadesa del Convento de la Luna Nueva el día 7 de Diciembre de 2017. Para entonces ya había recibido muchas cartas.

Percy estaba felizmente trabajando en la granja de su prima. El ejército de animales de Lord Bran había atraído considerable atención y centró su tiempo en entrenarlos, aunque estaba llegando a la conclusión de que los gatos no se mueven hasta que es absolutamente necesario. Lady Jane había regresado sana y salva al Castillo Malwarden y relativamente no se vio afectada por la muerte de sus padres. Siguió siendo devota de su tía Clementia, a quien le iba bien, aunque era poco probable que alguna vez recuperara completamente su salud. Roisin había hecho amigos y estaba lejos de ser la chica desagradable que una vez conocí. La investigación sobre la compra y venta de seres humanos superó las expectativas de todos y muchas personas fueron reunidas con sus seres queridos o llevadas ante la justicia.

Gethin y Lady Marjory se casaron tan pronto como pudieron después de su regreso. Hawise describió su boda en términos elogiosos. Ella y Lady Marjory nunca iban a ser cercanas, pero aún podía llorar de alegría en su boda. Lord Owen claramente había contribuido a lograrlo, pero se negó a responder ninguna pregunta. Hawise escribió que el rey Ambrose sabía poco más que ella, pero ambos se contentaban con dejar las cosas como estaban.

La hermana Justiniana llamó a todas las monjas y novicias del convento para que se reunieran con ella a solas poco después de su llegada. Ahora teníamos tres nuevos novicios y nadie había abandonado el convento aparte de Gethin y Percy. La gente se oponía al régimen de terror de la hermana Agnes y al hermano Harold, más que a la vida monástica misma. Ya aprobaba a la hermana Justiniana y creía que pronto llegaría a respetarla.

Nuestra reunión alentó esta creencia. Se mostró como una mujer sabia y humana, genuinamente preocupada por quienes estaban a su cargo.

Concluyó nuestra reunión haciéndome tres preguntas que, según dijo, les hacía a todas las monjas y novicias.

—¿Estás completamente segura de que este es el lugar adecuado para ti? ¿Sientes que esto es lo que los dioses pretendían que fuera tu camino en la vida? No se puede esperar una alegría ininterrumpida en una vida monástica, pero ¿te sientes contento en general?

Mi respuesta fue sincera pero no del todo honesta.

—Reverenda Madre, estoy completamente segura de que este convento es el lugar indicado para mí. Aquí siento una alegría y una satisfacción que sé que nunca sentiría en ningún otro lugar. Aquí podré ser útil en la enfermería, alabar a los dioses y amar a cada habitante según me

dicte mi conciencia y mi corazón.

FIN

Querido lector,

Esperamos que hayas disfrutado leyendo *El Favor Mortal*. Tómese un momento para dejar una reseña, incluso si es breve. Tu opinión es importante para nosotros.

Atentamente,

Ruth Danes y el equipo de Next Chapter

SOBRE LA AUTORA



Ruth Danes ha disfrutado tanto de la historia como de la ficción desde su infancia y ha vivido en cuatro países diferentes. Estos intereses y experiencias la inspiraron a escribir la serie *Life on Another Island*, que se desarrolla en un mundo donde muchos personajes inesperadamente comienzan nuevas vidas en tierras extranjeras, a veces aparentemente hostiles.

Ruth también ha escrito un thriller, *The Flower and the Wolf*.

Los cinco libros fueron publicados por Rogue Phoenix Press.

Su último trabajo es una nueva serie de historia alternativa llamada *The Woldsheart Chronicles*, publicada por Next Chapter. La serie comienza con *El favor mortal* y el segundo libro es *Another Green and Pleasant Land*. Ruth tiene planes para un tercer libro de la serie.

Ruth Danes vive en el corazón de Inglaterra. Cuando no está ocupada con sus amigos imaginarios, le gusta bailar, viajar y pasear por el campo con buenas compañeras.